El presente volumen está inspirado
en características gráficas generales de la
primera edición, de 1639.
El mapa de las regiones del Paraguay
que acompaña esta edición,
es atribuido al Padre Luis Ernot (1647).

Edición a cargo de Sonia Stengel
Dirección de arte, diseño de cubiertas
y diseño editorial: Víctor García
Editado por el Equipo Difusor de Estudios
de Historia Iberoamericana.
Buenos Aires 461, 7° A.
(C. P. 3100) Paraná. E. Ríos.
República Argentina.

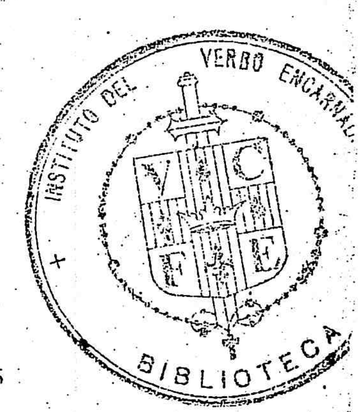
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

I.S.B.N.: 950-99481-0-1
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina.

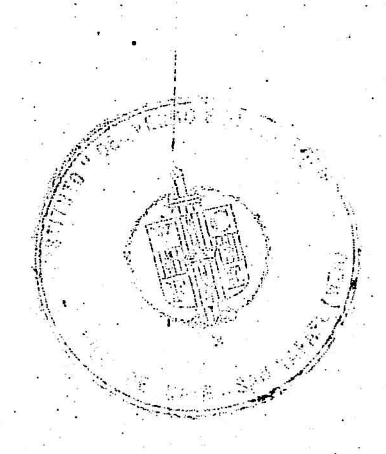
ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

CONQUISTA ESPIRITUAL

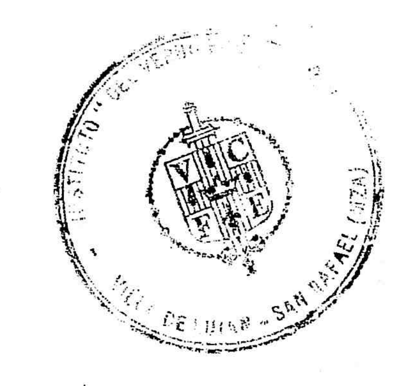
HECHA POR LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN LAS PROVINCIAS DE PARAGUAY, PARANA, URUGUAY Y TAPE

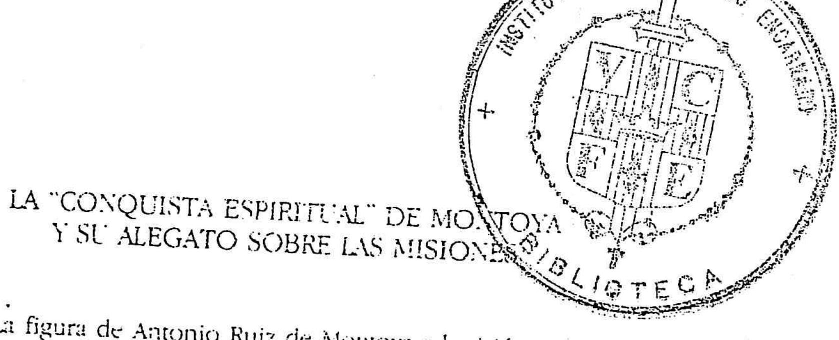


Estudio preliminar y notas
Dr. Ernesto J. A. Maeder



Equipo Difusor de Estudios
de Historia Iberoamericana
Rosario
1989





LA "CONQUISTA ESPIRITUAL" DE MONTOYA Y SU ALEGATO SOBRE LAS MISIONES

La figura de Antonio Ruiz de Montoya adquirió, ya en su época, una justa fama como apóstol de los guaraníes. Su extraordinaria labor de misionero en el Paraguay está acompañada además, por sus estudios sobre la lengua guaraní, y el relato de la acción evangelizadora cumplida por la Compañía de Jesús en aquellas regiones.

Esta obra, recogida en las páginas de la *Conquista Espiritual,* no tuvo entre los historiadores y críticos la misma estimación que lograron entre antropólogos y lingüistas su gramática, vocabulario y catecismo. Libro apasionado, escrito bajo la impresión que le produjera la destrucción de los pueblos del Guayrá y del Tape, por las malocas paulistas en 1631 y 1637, refleja las realidades y las contradicciones de la sociedad colonial hispano portuguesa de aquella época.

La mayoría de los historiadores han dejado de lado la *Conquista Espiritual,* en parte por la dificultades que ofrece para una ubicación clara dentro del género historiográfico, como por su descuido cronológico, su frecuente admisión de lo sobrenatural, y su apasionamiento. Sin embargo, debe reconocerse que la obra es una pieza clave para comprender los conflictos de aquella época, y sobre todo, para apreciar el espíritu y la independencia con que los jesuitas emprendieron la evangelización de los guaraníes preservándolos de las condiciones oprimentes que ofrecía el régimen colonial en Paraguay.

La reedición de la misma, en vísperas del V° centenario de la evangelización americana, viene a rescatar un libro escasamente editado, pese a su importancia. Libro que tiene tanto de alegato como de crónica y cuya estructura lo vincula a los me-

moriales, las hagiografías y las Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay, más que a una historia formal como las que la Compañía produjo en estas latitudes a partir de Techo.

UNA VIDA AL SERVICIO DE LOS INDIOS

La evangelización de los guaraníes constituyó en la América meridional una de las empresas de mayor aliento que haya llevado a cabo la Iglesia en el recién constituido imperio español en las Indias. Esa tarea fue desempeñada por los misioneros jesuitas, a quienes les cupo una tarea fundacional que dio las bases de uno de los más originales intentos de constituir una cristiandad americana modelo, capaz de vivir de acuerdo con los principios de su fe y en armonía con el resto de la sociedad colonial. Dentro de ese proyecto, que se fue elaborando gradualmente y cuya definición no parece lograda hasta la segunda mitad del siglo XVII, la figura de Antonio Ruiz de Montoya adquiere una dimensión propia, ya que su acción pastoral, su obra cultural y la defensa que hizo de los neófitos guaraníes entre 1613 y 1652, le otorgan las dimensiones de un verdadero apóstol de esos indios, en similar perspectiva al recuerdo que la Iglesia guarda por los grandes evangelizadores de los pueblos germanos y eslavos en la temprana edad media.

Es verdad que la obra de Montoya tuvo precursores insignes entre los franciscanos, como fray Luis de Bolaños (1550-1632) y fray Alonso de San Buenaventura (m. 1594) y entre los mismos jesuitas, como Diego de Torres (1551-1638), José Cataldini (1571-1653), Simón Masceta (1577-1658), Marciel de Lorenzana (1565-1632) y otros. Pero es en Montoya donde se percibe, tal vez con mayor claridad la conjunción de ese esfuerzo misional. Inteligencia despejada, celo ardiente por la difusión de la fe, amor y comprensión por el indio; valorización de su cultura a través del conocimiento y divulgación de su lengua; animador y conductor de la emigración del Guayrá y defensor de sus derechos ante la corte de Madrid, la Audiencia de Charcas y el

Virrey de Lima, la magnitud de su obra se impone hoy con caracteres tales que le otorgan una dimensión sobresaliente.

a. Misionero y superior de las reducciones del Guayrá

Cuando Antonio Ruiz de Montoya fue destinado a misionar entre los guaraníes tenía 27 años. Había nacido en Lima el 13 de junio de 1585 y era hijo natural de un caballero sevillano y de una mujer peruana. Quedó huérfano tempranamente, pero pudo realizar sus primeros estudios, que dejó sin terminar. Entre los 16 y los 21 años llevó una vida turbulenta, que abandonó luego de una profunda conversión interior, para ingresar al noviciado de la Compañía de Jesús en 1606. Al poco tiempo, tuvo la fortuna de ser incluido como apetecía, en el contigente de misioneros que el padre Diego de Torres reclutaba en el Perú para la recientemente creada provincia jesuítica del Paraguay. Continuó sus estudios en Córdoba en 1608 y fue ordenado sacerdote por el obispo Trejo en 1611, en Santiago del Estero. Al año siguiente, ya se hallaba entre los guaraníes, en las misiones del Guayrá[1].

En aquella fecha y durante el provincialato del padre Diego de Torres (1607-1615), los jesuitas habían iniciado con singular empuje la evangelización y reducción de los guaraníes al sudeste del Tebicuarí (provincia del Paraná en la nomenclatura de la época) y en la confluencia del Paraná y Paranapanema (Guayrá). Esta política misional, que contó con el apoyo del gobernador Hernandarias y del visitador Francisco de Alfaro, se extendió más tarde a otras regiones, a las cuales no había llegado la

1. La más antigua biografía es la de Francisco Jarque, *Vida del V.P. Antonio Ruiz de Montoya*, Zaragoza, 1662 (2ª ed. Madrid, 1900, en 4 volúmenes). Además de las referencias que brindan en sus obras Nicolás del Techo (1673), y Pedro Lozano (1754-1755), las biografías más recientes son las de Blanco Villalta, *Montoya, apóstol de los guaraníes*, Bs. As., 1954; Guillermo Furlong, *Antonio Ruiz de Montoya y su carta a Comental (1645)*, Bs. As., 1964; y recientemente, Hugo Storni SJ, *Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652)* en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, vol. LIII (Roma, 1984), pp. 425-442, con un completo catálogo de sus escritos y de la bibliografía correspondiente.

conquista española: a lo largo del Río Paraná, y en las riberas del Uruguay, y más tarde, el actual estado de Rio Grande do Sul (Tape). En uno y otro ámbito se fundaron entre 1615 y 1630 más de 15 reducciones. Dos criollos, Montoya y Roque González de Santa Cruz (1576-1628), uno peruano y otro paraguayo, fueron los líderes principales de esta expansión misionera.

Cuando Montoya llegó al Guayrá, todo el sistema reduccional se hallaba en sus inicios. Los pueblos de San Ignacio de Itaumbuzú y Loreto del Pirapó estaban atendidos por dos jesuitas italianos, Simón Masceta y José Cataldini, a quienes Montoya halló "pobrísimos, pero ricos en entusiasmo. Los remiendos de sus vestidos no daban distinción a la materia principal, tenían zapatos remendados con pedazos de paño que cortaban de la orilla de sus sotanas... La choza, las alhajas y el sustento decían muy bien con los de los anacoretas". Y luego resume lo que fue su propia vida en los años iniciales del Guayrá: "pan, vino y sal no se gustó por muchos años; carne, alguna vez la veíamos de caza, que bien de tarde en tarde nos traían algún pedazuelo de limosna; el principal sustento eran patatas, plátanos, raíces de mandioca... Obligó la necesidad a sembrar por nuestras manos el trigo necesario para hostias. Durónos media arroba de vino (6 litros), casi cinco años, tomando de él lo preciso para consagrar, y por no ser cargosos a los indios teníamos nuestro huertecillo de las raíces comunes y legumbres con que sustentarnos[2]".

Ciertamente, eran tiempos heroicos que requerían de mucha fortaleza. Alguno de los primeros misioneros, como Martin de Urtazun, murió virtualmente de hambre en 1614; otro como Juan Vaisseau enfermó y falleció en 1623 y alguno como Antonio de Moranta debió regresar enfermo a Asunción. Había que construir la iglesia, sufrir la desconfianza de los caciques y el odio de los hechiceros; organizar la escuela de primeras letras y de música, cuidar de los apestados de viruela y afirmar en definitiva la presencia de los misioneros hasta que la fe arraigara

2. Antonio Ruiz de Montoya, *La conquista espiritual*, Madrid, 1639, f. 12.

en los neófitos y permitiera la paulatina transformación de las costumbres y el abandono de la poligamia y el canibalismo. A estas penurias se añadía la inquina de los vecinos de Villa Rica y Ciudad Real, que vieron en los padres jesuitas censores celosos de sus costumbres y opositores al bárbaro trato que daban al indio en la recolección de la yerba[3].

Montoya se desempeñó como misionero en esa región entre 1612 y 1622. Luego fue designado Superior de las misiones del Guayrá entre 1622 y 1634, y finalmente, Superior de todas las reducciones desde 1637 a 1638. Para ese tiempo, los juicios que mereció de sus provinciales lo describían como "varón perfecto, de mucha oración; en la conversión de la gentilidad acomete muchos trabajos con riesgo de la vida; de muy buen gobierno, fue pecado quitarle los estudios, porque pudiera ser provincial; imita los pasos de nuestro San Francisco Xavier en ánimo, trabajo y discreción"[4].

Tal vez el testimonio más elocuente que se conserva de su vida misionera sea la carta del 2 de julio de 1628, en la cual informa acerca del estado de las misiones del Guayrá, que en ese momento sumaban ocho pueblos, así como también de las tensiones existentes con los encomenderos españoles y las violentas "malocas" que los bandeirantes portugueses y los indios tupíes comenzaban a dirigir sobre los poblados guaraníes[5].

3. Las observaciones al sistema de encomiendas y la negativa de los jesuitas a absolver a los incursos en abusos con los indios, constituyen uno de los motivos de la inicial tirantez con los encomenderos. Cfr. Magnus Mörner, *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata*, Bs. As., Paidós, 1968, p. 23. Los jesuitas habían tomado medidas en ese sentido en 1601 y 1608 en Chile y en 1609 en Santiago del Estero.

4. Hugo Storni, *ob. cit.*, p. 426. La alusión a quitarle los estudios parece indicar que Montoya ni hizo la tercera probación o segundo noviciado en la forma habitual sino que cumplió esa etapa como misionero en Loreto del Guayrá pronunciando sus votos allí el 2 de febrero de 1620; Cfr. Guillermo Furlong *ob. cit.*, pp. 11-12.

5. Este es el único texto completo de una Carta Anua que se conserva de Montoya como Superior del Guayrá. Fue publicada por Jaime Cortesão en *Manuscritos da Coleção De Angelis. I. Jesuitas e bandeirantes no Guayrá (1594-1640)*,

Como consecuencia de los ataques y cautiverio masivo de los indios por los portugueses, y de la negligencia de los vecinos españoles para evitar esas depredaciones e incendios de pueblos, Montoya, a fines de 1631, tomó la decisión de evacuar el Guayrá y emigrar hacia el sur con todos los indios de Loreto y San Ignacio. Buscaba con ello tierras más seguras para recomenzar las reducciones. El sitio elegido, después de una penosa retirada, fue la actual provincia argentina de Misiones, donde se repoblaron con igual nombre los pueblos evacuados. Más de 10.000 guaraníes de distintos sexo y edad salieron del Guayrá en balsas, canoas y a pie, guiados por Montoya, quien debió superar todo tipo de dificultades para conducirlos a destino. Y además de ello, con la oposición armada de los vecinos de Villa Rica, los reproches y pleitos de lo encomenderos y la tarea ímproba de reiniciar desde la base la edificación de los nuevos pueblos.

b. *Procurador en España y edición de sus libros*

En los años siguientes, se repitieron las entradas de los bandeirantes sobre el Itatin en 1632, y sobre las reducciones del Tape en 1636. Esta situación hizo ver a la congregación de la provincia jesuítica, reunida en Córdoba en 1637, la necesidad de arbitrar recursos para defender las misiones y obtener en Roma y en Madrid la condena de esos hechos así como la adecuada protección de los indios. Para este cometido se eligieron a los padres Francisco Díaz Taño (1593-1677) y Antonio Ruiz de Montoya como procuradores ante ambas cortes[6].

Montoya emprendió su viaje desde Buenos Aires el 15 de octubre de 1637 y se presentó en Madrid el 22 de setiembre

Río de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1951, pp. 259-293. (En adelante MCDA).

6. El P. Díaz Taño tenía también experiencia misionera entre los guaraníes del Tape. Su gestión en Roma le permitió obtener del Papa Urbano VIII la bula *Commisum Nobis*, del 22-IV-1639, que confirmaba y ampliaba las anteriores declaraciones de Paulo III en 1537, Pío V en 1568 y de Clemente VIII. Cfr. Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Bs. As., 1949, pp. 103-121.

de 1638, permaneciendo allí y en otras ciudades españolas hasta 1643 en que emprendió el regreso. Durante esa larga estancia, que tuvo dos momentos políticos diferentes, marcados por el alzamiento portugués de 1640, Montoya no tuvo momentos de reposo. Por una parte lo absorbió la gestión oficial, la presentación de los memoriales y las entrevistas con personajes de la corte. Por otra, la edición de una serie de obras fundamentales para la catequesis de los guaraníes.

La tarea de presentar el problema de las misiones y las implicancias que ello poseía con Portugal, así como interesar a los consejeros y obtener las soluciones del caso demandó tiempo, largas gestiones, paciencia y persuasión, así como la ayuda de valimentos adecuados. Tuvo oportunidad de entrevistar al Rey Felipe IV, quien se interesó vivamente por el problema, y como consecuencia de ello, el Consejo de Indias estudió el problema de la invasiones paulistas y propuso al Rey en 1639 un conjunto de medidas e instrucciones para las autoridades locales respecto de las bandeiras y la protección debida a los indios.

Otras disposiciones reales para el ámbito del Brasil, tales como el castigo de los responsables y el retorno de los indios cautivados, se frustró a último momento al producirse el 1º de diciembre de 1640 el alzamiento que puso término al reinado de Felipe IV en Portugal, y que enfrentó por largos años a las dos naciones. Este hecho obligó a Montoya a permanecer más tiempo en España y reorientar las gestiones que tenía a su cargo en beneficio de las misiones guaraníes.

Pero si bien ese fue el aspecto más importante y urgente de su cometido, otros afanes como la edición de sus libros, ocuparon también su tiempo.

El conjunto de las obras que llevaba en su equipaje era nutrido y de considerable interés. Al margen de la *Conquista Espiritual*, que redactó en España por motivos circunstanciales, el bagaje se componía de un grupo de libros de carácter lingüístico que él mismo describe así:

> "Tres cuerpos ofrezco impresos. El primero es un arte y vocabulario de un tomo. El segundo intitule Tesoro (de la lengua guaraní) porque procuré vestirle con algo de su riqueza, que mi corto caudal ha podido sacar de su mineral rico. El tercero es un Catecismo, que será de alguna ayuda a los que tienen obligación de enseñar, donde hallarán materia para las ordinarias doctrinas; y si la vida diere lugar ofrezco los sermones de las domínicas del año y fiestas de los indios"[7].

Este grupo de obras estaba elaborado en gran medida desde mucho tiempo atrás. En la Carta Anua de 1616 se dice que "El padre Antonio ha hecho un arte y vocabulario en la lengua guaraní y según me escriben los padres —dice el provincial Pedro de Oñate— parece que Nuestro Señor le ha comunicado don de lenguas, según es la facilidad, brevedad y excelencia con que la habla"[8]. La Congregación general de 1620 dio su aprobación para que se imprimiera, pedido que se reiteró en 1625 y 1630[9].

Tal como sus títulos lo indican, el *Tesoro de la lengua guaraní* (1639), el *Arte y vocabulario* (1640), y el *Catecismo* (1640) constituyen un compendio de aquel idioma, y eran por su naturaleza, la llave para la comunicación adecuada de la fe cristiana a ese pueblo. No debe creerse que se tratara de obras breves: eran volúmenes de 408, 234 y 336 páginas respectivamente, que requirieron de su autor una atención muy especial

7. Prefacio "A los padres etc...." del *Tesoro de la lengua guaraní*, Madrid, 1639; en el Mueso Mitre de Buenos Aires se conservan ejemplares de estas obras en su edición original.

8. Guillermo Furlong, *ob. cit.*, pp. 129-130. Jaime Corteçao en *Manuscritos cit.*, p. 293, trae un texto de Montoya donde refiere la forma en que obtenía de los indios el conocimiento de su idioma. En este caso, refiere cómo aprendió la lengua Guañaná de los labios de un indio tullido, y como "con ayuda deste hice catecismo, acomodado al tiempo de peste, confesionario, y después hice un arte (gramática) breve".

9. Carlos Leonhardt, *Cartas Anuas de la provincia jesuítica del Paraguay, de la Compañía de Jesús.* Bs. As., Instituto de investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1929, p. 197 (Colección de documentos para la historia argentina. vol. XX).

de las peculiaridades ortográficas y fonéticas de dicha lengua, así como un cuidadoso control de su factura tipográfica.

Estos libros, no solo aprobados sino elogiados por los censores eclesiásticos en 1637 y 1639, son quizá el fruto más decantado de la labor de Montoya entre los guaraníes. De ellos aprendió su lengua y con ella toda la riqueza de su cultura, codificada en las páginas del *Tesoro,* sistematizada en la gramática y expuesta literariamente en el *Catecismo.*

Editados entre 1639 y 1640, esos libros son hoy una verdadera joya de la cultura guaraní y la obra acabada de su más calificado interlocutor. Tuvo la desventura de saber que una buena parte de la edición se perdió en Lisboa después del alzamiento, razón por la cual se convirtieron hoy en una rareza bibliográfica[10].

c. *Cronista y abogado de las misiones de guaraníes*

Otra obra importante que Montoya redactó e imprimió en Madrid fue la *Conquista Espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape* (1639), crónica con mucho de alegato, que buscaba exponer la labor realizada por los misioneros entre los guaraníes, y sobre todo, poner de manifiesto la gravedad de los abusos cometidos contra ellos por los bandeirantes.

Esta obra, a diferencia de sus libros lingüísticos, forma parte de su labor de procurador y abogado de las Misiones y

10. Montoya, en su carta al P. Pedro Comental, fechada en Lima el 16-XII-1645, le refiere que "los libros de la lengua... fue ventura haber dejado en Madrid la mitad de 2400 cuerpos que imprimí, porque la otra mitad con todo cuanto tenía, lo envié a Lisboa, donde queda todo sin haber podido sacarlo..." en Guillermo Furlong, *ob. cit.*, p. 158. Juicios sobre su labor lingüística en Bartolomé Mitre, *Obras completas, Catálogo razonado de la sección de lenguas americanas,* Bs. As., 1968, vol. XIV, pp. 470-492, entre los clásicos y recientemente, en los trabajos de Bartomeu Meliá, *Fuentes documentales para el estudio de la lengua guaraní de los siglos XVII y XVIII*, en *Suplemento de antropología* de la Universidad Católica de N. Sra. de Asunción vol. 5 (Asunción, 1970), pp. 113-161.

sus indios. Esa tarea, que tanto le mortificó en Madrid, debió ser reanudada a su regreso. Montoya no volvió a las reducciones, sino que fue destinado a Lima, capital del virreinato en cuya jurisdicción se hallaban las provincias rioplatenses. Si bien no se conocen las razones que llevaron a sus superiores a darle ese destino, es posible conjeturar que su experiencia debía ser aprovechada en un centro de decisión como Lima, y ahorrarle con ello las fatigas de la vida misionera. El regreso a su ciudad natal le brindaría además el sosiego necesario para un hombre que ya se acercaba a la ancianidad (Montoya alcanzaba los 60 años en 1645) y evitarle nuevas amarguras con los vecinos del Paraguay, a quienes retrató duramente en sus memoriales y libros.

Esta etapa limeña de la vida de Montoya, que abarca desde 1644 hasta su fallecimiento en 1652, es la menos conocida de su biografía. Consta que debió reclamar ante el Virrey en 1644 y 1646 las armas de fuego para que los guaraníes pudieran defenderse con eficacia de sus atacante, tal como lo autorizaba una real cédula del 21 de mayo de 1640; de igual modo insistió en 1647 para que, conforme a las disposiciones reales se declarara a los guaraníes exentos de servicios personales, de acuerdo a las prerrogativas conferidas a quienes defendían las frontera del virreinato, y que se los visitara y empadronara, para así pagar el tributo correspondiente a vasallos del Rey. Y todavía en 1652, tenía a su cargo informar sobre aspectos del enojoso pleito entre el ex obispo de Asunción, Bernardino de Cárdenas y los jesuitas de esa provincia[11].

No parece sin embargo, que aquella ciudad y su mundo conformasen el espíritu de Montoya. Aunque poseía allí parientes y era apreciado por muchos, sentía aquel destino como un destierro:

11. Pablo Hernández, *Organización social de la doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús.* Barcelona, 1913, tomo I, pp. 526-528 y 531-532, y Hugo Storni, *ob. cit.*, pp. 435-436.

> "Con vergüenza acudo a palacio y tribunales, aunque hallo en todos demasía en los agasajos y favores; todos me hacen muchas honras; pero como no las he menester, ni las apetezco, me enfadan"[12].

En verdad, su pensamiento y sus afectos estaban lejos, en las Misiones. En 1645 alude a su condición de desterrado y envía saludos cariñosos a varios guaraníes que menciona por sus nombres. Ese mismo año, escribe en otra carta:

> "Tenemos dos mártires nuevos: el P. Pedro Romero, mi connovicio, mi condiscípulo y mi deudo cercano. Dióle Dios lo que a mí me ha negado tantas veces por mi indignidad. Matáronle en los Itatines, conquista nueva que empecé antes de ir a España".

Y agrega:

> "Las demás reducciones perseveran con muchos aumentos, así me lo escriben, y aunque desean mucho verme por allá, deseo yo más verlos y morir entre ellos, porque deseo que mis huesos resuciten en medio de los suyos"[13].

Durante esos últimos años de su vida, fatigado y con la nostalgia de Misiones, Montoya halló consuelo en la oración y la meditación. Redactó una obra de mística, y también memorias y confidencias espirituales que recogieron en parte el P. Francisco del Castillo y su biógrafo Francisco Jarque, ya que los textos originales parecen haberse perdido[14].

12 Francisco Jarque, *ob. cit.*, vol. IV, p. 141.

13 Jaime Corteçao, en *Manuscritos da Coleçao de Angelis.* II. *Jesuitas e bandeirantes no Itatim (1596-1760),* Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1952, p. 69; da el texto de la carta I hermano Diego de Chavez, fechada en Lima el 17-XI-1645. La carta anterior es la ya citada al P. Comental (nota 10). El P. Pedro Romero (1585-1645) se ordenó con Montoya en Santiago del Estero y fue un notable y animoso misionero de los guaraníes, de cuyas reducciones fue superior entre 1631-1636.

14 Su título era *Silex del divino amor*.. manuscrito de más de 200 páginas; su descripción en Guillermo Furlong, *ob. cit.*, pp. 142-149. Las referencias de sus interlocutores, en Rubén Vargas Ugarte, *Un místico del siglo XVII. Autobiografía del V.P. Francisco del Castillo*, Lima, 1960, y Francisco Jarque, *ob. cit.*, vol. IV, pp. 157-168.

Su vida se apagó en Lima, el 11 de abril de 1652, en fama de santidad. Sus restos fueron reclamados desde las Misiones, y un contingente de indios fue a buscarlos a Potosí, para desde allí conducirlos a la reducción de Loreto, donde quedaron enterrados[15]. Con este gesto póstumo se cumplía el deseo de quedar para siempre entre sus hermanos de religión en las Misiones, y sobre todo, entre sus indios, a quienes amó entrañablemente, con el fervor y la entereza de un apóstol.

LA CONQUISTA ESPIRITUAL

La *Conquista Espiritual* es una obra fundamental en la historiografía de las misiones de guaraníes. A diferencia de los libros lingüísticos de Montoya, no constituye un trabajo lento y pacientemente elaborado, sino un texto escrito con premura, al calor de los acontecimientos y estrechamente vinculado con su gestión en la corte. Pero su calidad de testigo y protagonista de los sucesos narrados, así como su conocimiento directo de los guaraníes, suple los defectos formales de la obra. Al mismo tiempo, la relación de casos edificante y anécdotas fantásticas, tediosa para el lector de hoy, se ve compensada con creces por la riqueza de la información etnográfica que contiene y la vivacidad y fuerza de su alegato en favor de los guaraníes.

a. Propósito y estructura de la Conquista Espiritual

La misión ante la corte de Madrid era de tal complejidad e importancia que convenía que Montoya no se apartara de su cometido principal. Al menos, así lo creían sus superiores, que dudaban le sobrara tiempo para atender la edición de tres obras sobre la lengua guaraní que había redactado desde tiempo atrás y que las congregaciones de la provincia paraguaya reclamaban como necesarias para su labor pastoral[16].

15. Guillermo Furlong, *ob. cit.*, p. 76.
16. Pablo Hernández, *Un misionero jesuita del Paraguay en la corte de Felipe IV*, en *Razón y Fe* Nº 33 (Madrid, 1912), pp. 77-79, refiere los antecedentes de la impresión de dichos libros y sus vicisitudes iniciales, que toma de una carta fragmentaria de Montoya al Provincial (C. 1640), cuyo texto reproduce in extenso.

Sin embargo, pese al quebranto de su salud, sus ocupaciones en la corte y otras atenciones religiosas, Montoya supo hallar oportunidad para atender la corrección de pruebas de esos libros. Y lo más interesante es que además, redactó también la *Conquista Espiritual* a pedido de sus interlocutores madrileños.

¿Cómo surgió esta obra y en qué circunstancia fue escrita? El mismo lo refiere en su carta antes citada:

> "El Señor don Juan de Palafox, con ser electo y publicado obispo de la Puebla de los Angeles, y hasta ahora Oidor de Indias, me pidió escribiese algo de esa Provincia. En casa se leía entonces el Anua, edificados todos de la materia, pero ofendidos del estilo, pues como se hizo por el camino, no salio con el estilo que para casa profesa. Los padres graves me pidieron que la imprimiese;..."

y más adelante, expone sus limitaciones como escritor y el modo que se acordó para redactar la obra.

> "y excusándome de mi corto estilo me aconsejaron lo encomendase al Padre Eusebio. Diéronme batería muchos días sobre ello, y hablo verdad, como es razón en lo que digo. El Padre Eusebio se excusó con un catecismo que hace. Otros dos padres, que dicen tienen buen estilo, se escusaron con sus sermones. Finalmente, yo me excusé con mi enfermedad y poca vista para escribir; pero ofreciéronme un escribiente pagado, con el cual puse el libro que envío a V.R...."[17].

Es así que el libro fue redactado a pedido de sus oyentes, en los primeros meses de 1639, tal como lo sugieren la licencia y aprobación del mismo[18].

17. Pablo Hernández, *ob. cit.*, p. 216. El P. Eusebio Nieremberg fue un célebre escritor y místico jesuita. Una de sus obras, *Diferencia entre lo temporal y lo eterno. Crisol de desengaños* (1643) fue reeditada en las Misiones.
18. Su entrada en Madrid se produjo, conforme a las anotaciones de su viaje, el

Su propósito aparece manifiesto en varios pasajes y de modo especial en la introducción, donde el autor recuerda su comisión ante el Rey. Luego de aludir a la obra misional cumplida y las invasiones paulistas, señala que ello

> "me ha obligado a dejar aquel desierto y soledad y acudir a la Real corte y pies de S.M.... a pedir instantemente el remedio de tantos males que amenazan... y dixera mejor, daños y peligros de perderse la mejor joya de su corona real.

y en el epílogo añade:

> "Estas cosas contadas por mayor fueron la causa de mi venida... empleo para mí dichoso, que con esperanza firme espero el debido remedio para que aquellas ovejas... usen de la libertad comun a todos y reconociendo con el tributo que su pobreza alcanza, vivan amparadas del poderoso brazo con que S.M. que Dios aumente, defienda sus vasallos"[19].

El tono vibrante y la demanda de justicia que impregna su obra, dan a la Conquista Espiritual el tono de un alegato conmovedor, antes que el de una crónica.

Pero por otra parte, si bien la obra ha sido ubicada como la primera crónica de la evangelización de los guaraníes, la estructura de la misma no se ajusta del todo a dicho género. Incluso es muy probable que ya al imprimirla, se le haya planteado ese problema al editor. En la aprobación dada por Lorenzo de Mendoza, se lee lo que parece fue el título originario: *Relación de la conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús, en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.* La supresión posterior de la palabra *relación* en el título definitivo parece abonar en favor de esa duda inicial.

22.IX.1638. La aprobación del libro por Lorenzo de Mendoza es del 16.V.1639 y las erratas corregidas el 28.VI.1639.

19. La *Conquista Espiritual,* capts. I y LXXVI. En otras partes de la obra aparece con claridad la intención reivindicatoria del indio guarani, como en el cap. VIII: "No es mi intento referir los agravios que comunmente reciben los indios, porque sería recopilar muchos autores y añadiendo lo que yo he visto, hacer muy gran volumen. Los que me obligan a venir a esta corte será fuerza referirlos en su lugar". Otro tanto se advierte, cuando dice: "que mi intento sea que los indios no sirvan personalmente, confiésolo". Cap. XLV.

En cuanto a su estructura, la Conquista participó tanto del estilo de una crónica, como de las formas usuales que los provinciales daban a sus Cartas Anuas, con el informe de los progresos espirituales logrados en cada distrito.

Una lectura de sus 81 capítulos permite descubrir la siguiente estructura en el libro: una primera parte (caps. I-III, X) destinada a dar la descripción geográfica y etnográfica de la provincia. La segunda parte (caps. IV-IX; XI-XX; XXX-XXXIX) es la historia de la conquista espiritual entre los guaraníes, con noticias sobre la supuesta predicación de Santo Tomás en América, intercalada entre los caps. XXI-XXVI. La tercera parte, que responde a los moldes de una Carta Anua, describe las reducciones en general (XLV) y pueblo por pueblo (Caps. LVI-LXX), con la inclusión de las biografías de los padres Pedro de Espinosa (Cap. XLIV); Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodriguez y Juan del Castillo (LVII-LIX) y Critóbal de Mendoza (LXXI-LXXII). La cuarta y última parte, retoma el hilo de la historia y refiere los últimos ataques paulistas en el Tape (LXXIV-LXXVII).

La obra, en definitiva, tanto en su propósito como en su estructura, es de género mixto. Participa del ordenamiento cronológico de una crónica, revestida del vigor de un alegato. Pero al mismo tiempo, una buena parte de su material posee el estilo inconfundible de las Cartas Anuas provinciales. Imperfecta en su forma, Montoya no busca en ella un estilo depurado, tanto como la trasmisión de una experiencia misional y una demanda de justicia para la población guaraní.

b. El testimonio personal de Montoya como fuente principal de la Conquista

Una primera lectura de la *Conquista Espiritual* deja la impresión de ser el relato de un testigo principal de la evangelización de los guaraníes sin mayor elaboración documental.

Ciertamente, el autor permaneció en ese mundo guaraní más de 25 años (1612-1637) y fue protagonista de no pocos de los sucesos narrados y conocedor cabal de la lengua y costumbres de aquellos pueblos. En ese sentido, los ejemplos de su intervención pueden multiplicarse a lo largo del libro y rozan, por momentos, lo autobiográfico[20].

Sin duda, el conocimiento del tema así como también la prisa y el deseo de brindar a la opinión un relato convincente y adecuado a los propósitos de su misión ante el Consejo y el Rey, hicieron que Montoya acudiera más a su memoria que a documentos. De ello deriva una cronología poco clara y las frecuentes disgresiones con que tropieza su obra.

De ese asincronismo, o más bien de su falta de preocupación por precisar la fecha de los sucesos narrados, abundan los ejemplos[21]. Incluso las biografías han sido intercaladas con referencia a los lugares donde padecieron martirio los padres, antes que por su orden cronológico[22].

La distancia cronológica con el hecho referido tampoco ha sido óbice para que Montoya introdujera discursos de los protagonistas, según el modelo clásico. Y aunque no se trata de largos parlamentos, sino más bien de fragmentos, ello es pertinente, ya que viene a corroborar la importancia que los guaraníes asignaban a la oratoria de sus caciques y hechiceros[23].

20. Las referencias a su vida, en cap. IV, con alusiones a su juventud y conversión; en cap. VIII, el cambio de destino misional: el Guayrá en vez de Chile; en cap. XI, sus primeras misiones; cap. XIII-XIV, la curación de su pierna tullida; cap. XV, reflexiones sobre su vida, etc. Las alusiones a su participación directa en hechos, referidos incluso en primera persona, son numerosos.

21. Expresiones como "habrá como seis meses" (VIII), "pasó muy poco ha" (VI); "su viaje a la Asunción" (XIII-XIV): "la convocatoria del P. José (Cataldini) a la congregación provincial" (XIV): "Desde 1628 hasta estos tiempos" (XXXVI) abundan en la primera y segunda parte del libro. Por el contrario, cuando se refiere a hechos más cercanos en el tiempo, las precisiones no faltan, como por ejemplo las fechas de los asaltos paulistas a San Francisco Xavier y Santa Ana, en el Tape, ocurridos en 3 y 25-XII-1637 (LXXV-LXXVI).

22. La muerte del P. Pedro Espinosa (XLIV) ocurrió el 3.VII.1634, los santos mártires (LVII) el 17.XI.1628 y la del P. Cristóbal de Mendoza (LXXI) el 25-IV-1635.

23. Así, por ejemplo, discursos de los caciques Araraá y Miguel Atiguayé (XI-XII) y sobre todo el de Nezú (LIX) o del cacique Dios Yeguacaporú (LXX), entre otros. La mayoría de las veces el texto va destacado en bastardilla, pero otras veces ello fue omitido.

¿En qué medida la memoria de Montoya ha sido fiel? Un cotejo con las Cartas Anuas conservadas permite advertir que lo fundamental del relato se ajusta a lo allí referido. Y uno de los ejemplos más claros para corroborarlo es, precisamente, la lectura del Anua del Guayrá, que él redactara de su propia mano y fechara en el Tambo de Guaracibere el 2.VII.1628. En ella aparece, con mayor detalle, el relato de las entradas al Tayaoba y las costumbres de los indios, referidas en la *Conquista Espiritual* de modo más sintético, pero fundamentalmente fiel[24].

El lenguaje usado es, por otra parte, fresco, vivo, desprovisto de amaneramiento. Cuando el tema alude a hechos graves, el tono refleja indignación y patetismo, como al describir el brutal trabajo en los yerbales:

> "Tiene la labor de aquella yerba consumidos muchos millares de indios. Testigo soy de haber visto por aquellos montes osarios bien grandes de indios, que lastima la vista el verlos y quiebra el corazón saber que los mas murieron gentiles, descarriados por aquellos montes, en busca de sabandijas, sapos y culebras, y como desto no hallan, beben mucho de aquella yerba, de que se hinchan los pies, piernas y vientre, mostrando el rostro solo los huesos y la palidez, la figura de la muerte[25].

24. El cotejo de los capts. XXX al XXXIV de la Conquista con el Anua aludida, muestra que sólo se omitieron detalles y particularidades, algunos muy interesantes, pero que no modifican el fondo del asunto. Cfr. MCDA. t. I, pp. 282-292. Otro tanto puede hacerse con el Anua general de 1626-1627 del P. Mastrilli Durán.

25. *Conquista espiritual*, cap. VII. Si bien Montoya confunde los efectos de la desnutrición con el consumo del mate, el texto es conmovedor. Otros, de semejante o aún mayor patetismo, al referir la cruel agonía del P. Cristóbal de Mendoza (LXXI) o la excelente descripción etnográfica de los guaraníes y los daños del servicio personal (XLV); su realismo ante las matanzas de los paulistas en el Tape (LXXV-LXXVII) como al llegar a Jesús María: "Saliónos al encuentro un hedor terrible de los muertos, cuyo número nos vedó contar la hediondez; sólo una mujer hallamos viva, pero sin habla, chupada de un enjambre de moscas: abrimosle los dientes con un cuchillo, y bebido un trago de vino, pudo hablar y dixo..." (LXXII).

Frecuentemente, roza lo coloquial, e intercala expresiones entre paréntesis, tales como "(de quien ya dije); (como queda ya advertido); (ya dijimos); y así (con razón); un viejo (que estos suelen ser muy duros); larga historia (que saldrá algún día)", etc.[26].

La *Conquista Espiritual* es también pródiga en sucesos extraordinarios, lo cual la ha desmerecido tempranamente ante los ojos poco comprensivos de los historiadores. Algunos de esos ejemplos, como los que se refieren al mundo natural, pecan tanto de credulidad como de exageración, mientras que otras afirmaciones en ese mismo campo, no parecen exceder lo razonable[27].

En cambio, al referirse a ejemplos edificantes entre los indios o a sucesos extraordinarios, hay en Montoya una apelación constante, abrumadora, a la intervención divina o a la acción del demonio. Hechos estos que se manifiestan en uno u otro caso a través de signos, castigos, sueños, apariciones, premoniciones, ruidos, curaciones, sudores de imágenes, etc. El autor no se afana por buscar otra explicación natural, y parece sentir de modo muy particular, esa lucha entre el bien y el mal de la cual él es, a veces, testigo o protagonista[28].

De todo ello podrá pensarse como se quiera, pero de lo que no cabe duda es de la convicción con que Montoya acoge estas señales, en las cuales ve siempre, piadosamente, la mano de Dios y el misterio de lo sobrenatural en la conciencia de los hombres.

26. *Conquista espiritual*, capts. LVIII, LXIII, LXIX, XLVII, etc.

27. Entre los primeros, todo lo relativo a víboras y culebras, o al origen de la yerba mate. En cambio, sus alusiones a la anchura del Paraná, o la grandeza de las cataratas, parecen prudentes; *ob. cit.*, III,VI, VII.

28. Por ejemplo, la curación de su pierna por intercesión de San Ignacio (XIII), la aparición demoníaca (XIX); avisos celestiales (XXX); agonía y éxtasis de una muchacha (XLI); la caída del caballo y posterior curación del P. José Cataldini, viejo ya de 68 años (LXIII) y otros. Advierte también al lector que "quiero poner fin a estas cosas que el Señor ha obrado y a la Virgen Santísima... Callo muchas, contentándome con haber referido brevemente aquestas a Gloria del Señor" (XLIII).

c. Documentos y erudición

Si bien el testimonio personal de Montoya fue la fuente principal de la Conquista Espiritual, su autor no dejó de acudir también al uso de documentos y a construcciones eruditas en busca de apoyo adicional para su relato.

En el primer caso, la Carta Anua de 1635-1637 redactada por el provincial Diego de Boroa y fechada en Córdoba el 13.VIII.1637, fue utilizada casi a la letra, y ocupando aproximadamente un tercio de su libro. De este largo documento, del cual Montoya seguramente tenía conocimiento en razón de haber informado la parte que le correspondía como superior de las Misiones (1636-1637), dejó de lado todo lo referido a las otras residencias y colegios de la provincia[29].

El relato de Montoya comienza con una advertencia general (cap. XLV) en la que esboza el panorama de las Misiones, para luego describir las reducciones del Itatin (XLVI), del Paraná (XLVII-XLIX), del Uruguay (L-LVI) y del Tape (LX-LXX). El Anua que le sirvió de base seguía un orden inverso: comenzaba por el Itatin y luego describía los pueblos del Tape, Uruguay y Paraná. Cotejados ambos textos, se advierte una gran similitud entre ambos, tanto en su estructura como en los detalles. El modelo ha estado siempre a la vista del escritor, y las variantes han sido mínimas[30].

En cambio, diferencias de mayor entidad se notan al tratar las reducciones del Tape. Es evidente que el hecho dominante allí fue la violenta entrada de los paulistas, y precisamente por

29. Corresponde a los capts. XLV-LXXI de la *Conquista cit.* Dicha Anua en P. Carlos Leonhardt, *Cartas cit.*, pp. 443-763. De dicha Anua, Montoya sólo utilizó los capítulos X al XXXVI, o sea "solo... algunas cosas tocantes a los indios, que es solo mi intento". (cap. V).

30. Se advierte, por ejemplo, la omisión del pueblo de San Joaquín, una brevísima alusión al de Santa Teresa, o diferencias respecto de Corpus; en otros casos las variantes son de mero detalle, y a veces Montoya añade ejemplos o anécdotas no incluidos en la Anua, como puede verse en las referencias a San Cosme, Santa María La Mayor o Yapeyú, donde advierte que el hecho narrado "no ocurrió aquí".

ello, Montoya ha dejado ese tema para el final de su obra, suceso que encara con fuerza y elocuencia notable. A pesar de ser evidente la glosa o la copia del Anua de 1635-1637, no hay de su parte ninguna indicación respecto de la fuente que tuvo a la vista.

Al concluir su relato, añadió algunos documentos. Dos de ellos son del obispo del Tucumán, fray Melchor Maldonado: uno dirigido a la congregación provincial y el otro fechado el 11.VIII.1637, remitido al Rey. Ambos se hallaban también incluidos en el Anua citada. A esos textos, agrega Montoya una carta del gobernador Pedro Esteban Dávila al Rey, datada en Buenos Aires el 12.X.1637, y además una R.C. del 14.IV.1633 ordenando suprimir el servicio personal de los indios. Los cuatro documentos, por su contenido, eran oportunos y abonan a favor de la demanda del autor sobre las misiones[31].

Pero este esfuerzo por documentarse no paró allí. En ciertos pasajes buscó el apoyo de autores y libros cuya autoridad pudiera ser exhibida con respeto. Estos ejemplos no son muchos, ni tampoco sustanciales a los efectos de su relación, pero ponen de manifiesto algunas lecturas, y más que ello, una preocupación estimable aunque elemental por ponerse a la altura de su cometido. Una parte de las citas son lugares de la Sagrada Escritura. Otras aluden a los cronistas indianos, y ocasionalmente cita algún documento pontificio. Su papel, con todo, es más retórico que erudito[32].

Pero tal vez el esfuerzo mayor de Montoya en este orden de cosas ha sido brindar una exposición sobre la predicación

31. Otros documentos coetáneos, como las Cartas del obispo de Asunción, fray Cristóbal de Aresti, datadas en Bs. As. el 30.IX.1637, dirigidas al Rey y al Papa, refiriendo los daños hechos por los portugueses de San Pablo, no fueron mencionados por Montoya. *Manuscritos da Coleçao De Angelis III. Jesuitas e bandeirantes no Tape (1615-1641).* Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1969.

32. Las citas incluyen el Viejo y Nuevo Testamento; algunos clásicos y padres, como S. Gregorio, Eusebio y Josefo; cronistas como León Pinelo; Garcilaso; José de Acosta, y la bula *Sublimis Deus*, de Paulo III (1537) sobre la libertad de los indios.

del apóstol Santo Tomás en América. Dicho tema, tratado en los capítulos XXI-XXVI respondió al deseo

> "de seguir el rastro deste Santo Apóstol y assi me obliga a salir de mi provincia a la del Pirú, y creo que no salgo de mi intento, pues deseo rastrear que el santo estuvo en la Provincia del Paraguay, y que la tradición de los naturales es cierta, que traía una cruz por compañera de su peregrinación"[33].

En los seis capítulos dedicados al tema, insiste en el respeto que los indios sentían por la cruz, el valor que asignaban al sacerdote y la tradición de la venida de Santo Tomás, o Pay Zumé o Tumé. A ello añade la referencia a un camino libre de maleza que venía desde la costa atlántica y que identifica con la senda recorrida por el Apóstol. Enumera además, diversas huellas y señales dejadas a su paso por el Paraguay y el Perú. A partir de allí se remite a varias obras en apoyo de esa interpretación[34].

El tema no era nuevo para Montoya quien, al compilarse el Anua 1626-1627 había escrito al Provincial un largo párrafo sobre la tradición del Apóstol. Allí afirmaba que:

> "aunque al principio di muy poco crédito a una profecía que me referían los indios... me ha parecido referirlo ahora por haberlo oído de nuevo..."[35].

33. *Conquista espiritual*, cap. XXIII.

34. Principalmente la *Historia de Nuestra Señora de Copacabana* (1621), de fray Alonso Ramos Gavilán, capts. 7-11; también, Pedro Ribadeneyra, Antonio de Calancha, y Diego Alvarez de Paz S.J. aunque sin indicar los títulos de sus obras.

35. *Documentos cit.*, t. XX, p. 327. La leyenda de la venida del Apóstol Tomás surgió, al parecer, de las noticias que inicialmente difundió el P. Manuel de Nóbrega en 1549. *Cartas do Brasil (1549-1560)*, Rio de Janeiro, 1931, pp. 91 y 101. La elaboración posterior del tema fue hecha, entre otros, por fray Diego de Durán OP, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme (1570-1581)*: por fray Alonso Ramos Gavilán, *ob. cit.*, por fray Antonio de la Calancha, *Crónica moralizada del Perú (1638)* y otros autores. En el Río de la Plata, Nicolás del Techo en su *Historia provinciae paracuariae* (1673),

Pero el estudio que Montoya realiza del tema en la Conquista espiritual, quince años después, es inconsistente y sólo aparentemente erudito. Su apoyo bibliográfico es escaso; sus testimonios poco convincentes y el propósito pareciera limitarse a seguir piadosamente las huellas del Apóstol, más que a probar su efectiva presencia en América.

La elaboración erudita no era el fuerte de este hombre de acción, y la calidad del escritor declina en esta larga y fatigosa disgresión. El mismo, con toda simplicidad lo reconoce al expresar finalmente

> "con esto he concluido con la cruz, rastros y señales que hay en el occidente del glorioso apóstol; agora volveré a mis reducciones deseoso de que alguno tome este rasguño para tratar esta historia con fundamento"[36].

d. Fuerza e independencia de su alegato

El testimonio personal de Montoya y las fuentes adicionales utilizadas, confieren a la *Conquista Espiritual* un valor singular como crónica y alegato sobre la situación de las misiones de guaraníes. Cabe preguntarse, sin embargo, cuál fue la independencia del autor respecto de los problemas planteados y en qué medida su pasión por la justicia pudo turbar la serenidad requerida al historiador.

La narración, que abarca hechos ocurridos entre 1610 y 1637, involucra tanto a las autoridades y vecinos españoles como a los paulistas, y no deja tampoco de tomar en cuenta la conducta

L. 6, cap. IV. recoge abreviada la versión de Montoya, tema que Lozano ampliará luego considerablemente. En el Brasil, el P. Simón de Vasconcellos, en su *Chrónica da Companhia de Jesús, do estado do Brasil* (1663) en su L. II, párrafos 18-40. refiere también dicha tradición. Una síntesis sobre el tema de Enrique de Gandía. *Historia critica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, 2ª ed., Bs. As., CDL. 1946, cap. XIII.

36. *Conquista espiritual*, cap. XXVI.

de indios y sacerdotes. En todos los casos, hay en la obra de Montoya ejemplos claros de su opinión y elementos suficientes para valorar su independencia de juicio y su sentido de la equidad ante el problema.

El objeto principal del libro ha sido como reza su título, narrar la conquista espiritual hecha por los padres jesuitas en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y el Tape. Su labor allí ha sido

> "poner paz entre españoles e indios cosa tan difícil que en mas de cien años que se descubrieron las Indias Occidentales hasta hoy, no se ha podido alcanzar".

De ese propósito nació su tarea misional, hasta que las invasiones paulistas

> "me han obligado a dejar aquel desierto y soledad, y acudir a la Real Corte... a pedir el remedio de tantos males"[37].

La actitud de españoles y portugueses constituye así el tema principal del libro y el núcleo de los cargos formulados.

Los reproches a los "vecinos y moradores de las villas de San Pablo, San Vicente y otras villas", son palmarios y descriptos con indignación. Describe los orígenes oscuros de sus pobladores.

> "castellanos, portugueses e italianos y de otras naciones, que el deseo de vivir con libertad y desahogo y sin apremio de justicia los ha congregado. Su instituto es destruir el genero humano matando hombres, si por huir la miserable esclavitud en que los ponen se les huyen..."[38].

Describe las malocas, las matanzas de indios, blasfemias, latrocinios, y maldades de aquellos a quienes llama "lobos ves-

37. *Conquista espiritual*, cap. I.

38. *Conquista espiritual*, cap. XXXV.

tidos de ovejas... hipocritones con rosarios al cuello". Los capítulos XXXVI al XXXVII se dedican a ellos, y su incursión al Guayrá, mientras que los capítulos LXXV-LXXVII lo hacen con referencia al Tape, en términos conmovedores y patéticos[39].

Sin embargo, no debe creerse que la descripción del problema está dirigida a culpar únicamente a los paulistas. También se señalan las complicidades de las autoridades hispanocriollas del Guayrá, o los delitos y abusos de vecinos y encomenderos. El libro está lleno de acusaciones y testimonios que los involucran en el maltrato de los indios (cap. VII-VIII) y de hechos que incluso rozan lo institucional, tales como violación de reales cédulas, falta de jueces, acusaciones falsas, procuradores desleales, etc.[40]. Esa actitud de reserva y desconfianza para con españoles y criollos ya había sido manifestada por Montoya con toda claridad en el Anua del Guayrá de 1628, al decir:

> "y yo estoy muy desengañado de que los españoles no nos han de ayudar... porque ni quieren ni pueden... ni contra los portugueses ni contra los indios han de hacer en nuestra ayuda cosa alguna. Muestran buenos deseos y descubren malos efectos; dicen buenas palabras y hacen malas obras, y mostrándose amigos de la compañía impiden nuestros ministerios"[41].

Desde luego, hay excepciones, como las que corresponden al oidor Francisco de Alfaro, para el "gran soldado" e "hidalgo honrado", Manuel Cabral de Alpoin, y ocasionalmente, para otros innominados vecinos[42].

39. Estas observaciones sobre los bandeirantes, tuvo ocasión de corroborarlas en Rio de Janeiro, donde se detuvo algunos meses y pudo reconocer indios y personas que participaron de la entrada al Tape con Antonio Raposo Tavares (1636). MCDA, t. I, PP. 291-294.

40. El catálogo es extenso. Parte de ello se encuentra en el Cap. VII, fundamental en este aspecto. También hay otros ejemplos en los caps. XIII, XXXII y XXXVIII.

41. MCDA, t.I. p. 287.

42. Sobre Alfaro, cap. VII, las referencias a Cabral de Alpoin en VIII y XXXVIII. Este fue el vengador de la matanza del Caaró, y en Corrientes, dio asilo a los jesuitas expulsados desde Asunción por el obispo Cárdenas. Un estudio sobre

Por eso, la acusación de "antilusismo", en "un libro de propaganda que apuntaba a traer sobre las bandeiras de San Pablo la cólera del rey", que formula Corteçao es no sólo excesiva, sino injusta. Las acusaciones incluidas en la *Conquista Espiritual* apuntan tanto a portugueses como españoles, los que en todo caso eran súbditos del mismo Rey. No hay en Montoya disimulo de unas faltas y agravamiento de otras, sino una honesta y franca denuncia de abusos cometidos por ambas partes[43].

Y si no se halla en sus páginas un desborde de celo nacional que empañe su juicio, tampoco su condición de sacerdote le llevó a disimular faltas de otros eclesiásticos. Trazó sí, el panegírico de los jesuitas que murieron mártires o vivieron de modo ejemplar y señaló en otros su negligencia pastoral, su codicia o insidia[44]. Pondera el valor del obispo Cristóbal de Aresti en el Guayrá, cuya labor contrasta con la infame labor de los capellanes portugueses, que comparten el botín de los paulistas a título de diezmo[45].

Tampoco los indios, tema principal de su defensa, son ponderados indiscriminadamente. Tuvo el acierto de distinguir,

este interesante portugués radicado en Buenos Aires y Corrientes, en Raul de Labougle, *Un conquistador del siglo XVII*. En *Litigios de antaño*, Bs. As., Coni, 1941, pp. 135-157.

43. Jaime Corteçao, en su *Introducción* a MCDA cit., t. I, p. 80, le reprocha no sólo animosidad contra los portugueses, sino también ocultamiento de la labor cumplida por los jesuitas portugueses en el Paraguay (1587-1599), su "ingrato silencio sobre un hermano de la propia compañía", el P. Manuel Ortega. José Honorio Rodriguez, en su *Historiografía del Siglo XVII*, México, IPGH, 1963, pp. 122-123, aunque desestima esa apreciación de Corteçao, no vacila en inisistir en el "apasionado rencor" y la "parcialidad e intolerancia de Montoya hacia los paulistas".

44. Los panegíricos en los capts. XLIV; LVII-LIX; LXXI-LXXII. Referencias elogiosas a Lorenzana, Cataldini, Masseta, Field, Urtazum, IX, IV, XIV, etc. Las faltas anotadas en VII y XVI. El reproche alude sobre todo al bautismo dado sin preparación y la negligencia en la catequización del indio, cap. XVII.

45. La intervención del obispo del Paraguay (1628-1636) en cap. XXXVII. La presencia de los capellanes, uno religioso y otro clérigo, en cap. LXXV y LXXVII. Su reparto de cautivos es corroborado más tarde, en 1638, cuando Montoya recaló en Rio de Janeiro, indicando allí que el primero era carmelita, MCDA, t. I, p. 293.

por una parte, entre guaraníes y las restantes naciones aborígenes. Describe los robos y fiereza de los guaycurúes y la incidencia de los malos ejemplos españoles en su resistencia a recibir el Evangelio; la complicidad de los tupíes en las malocas paulistas; la brutalidad de los "protervos" Caingang[46].

Y aún entre los guaraníes, si bien rescata de ellos numerosos ejemplos encomiables, no vacila en señalar sus notas negativas, como la poligamia y el canibalismo, y nombrar a los responsables de una conducta equivocada[47]. Su juicio, en definitiva, no se oscurece para favorecer su línea argumental, ni cae en razonamientos maniqueos y simplificadores. Conserva los matices y es fiel a la verdad.

La *Conquista Espiritual*, en definitiva, es obra de género mixto. Participa del método de una crónica en tanto rescata del pasado hechos y nombres de la acción evangelizadora de los jesuitas en el Paraguay y los expone con sentido cronológico. Es también, al menos en parte, un informe del estado de las misiones, en un momento dado, en el estilo de una Carta Anua. Y es un alegato, porque apunta a referir de modo especial, los agravios que encomenderos y bandeirantes han causado a los indios. La oportunidad en que fue escrita y su propósito de influir en la opinión de la corte, coadyuvaron para que así se lo entendiera, y se dictaran en consecuencia las medidas buscadas, que corrigieran los males y castigaran los delitos. Complementó, de ese modo, eficazmente, la gestión que le cupo como procurador y sirvió para ganar el consenso necesario que requerían sus memoriales al Rey y al Consejo de Indias[48].

46. *Conquista espiritual*, VIII, LXX, LXXIII; poligamia y antropofagia, X, XXX: mesianismo, XXX.
47. Los ejemplos son numerosos y basta recorrer lista de los caciques guaraníes y los adjetivos que Montoya adjudica a cada uno, para advertir la ponderación de su juicio y la huida de toda simplificación. Así, Taubici "gran cacique, gran mago y hechicero, y familiar amigo del demonio", IX; Roque Maracaná "valiente y respetado", XI. La arrogante oratoria de Miguel Atiguayé, XII; Araará "Muy buen indio", XII; la actitud de Tayaoba, XXX-XXXI; la tétrica descripción del mago Guiraberá, XXXIII; Nezú "el mayor cacique que conocieran aquellos paises", LVII; etc.
48. Julio Caillet Bois aprecia que la obra "forma parte de la campaña que su autor cumplió en Madrid" y traza un matizado y agudo juicio sobre los valores de la misma. En Rafael A. Arrieta, *Historia de la literatura argentina*, Bs. As., Peuser, 1958, t. I, p. 201-202.

Tal vez por ello, la *Conquista Espiritual* ha sido comparada, más de una vez, con la obra de Las Casas. En ambas se clama por la justicia, se defiende a los indios y se describe con dureza la conducta de los conquistadores[49].

Pero las diferencias saltan a la vista. No sólo por la época, el caudal de los escritos y la repercusión de los mismos, sino también por el tono y la ponderación de juicio que ambos autores emplearon. Si en Las Casas, "inteligencia limitada por un corazón apasionado" al decir de Menéndez Pidal, la oposición indio-español es algo absoluto, que no admite duda ni excepción, y que llega hasta la desmesura, en Montoya, esa misma pasión no llega a nublar su juicio, ni a simplificar el problema, evitando las antítesis absolutas y las culpas unilaterales[50]. Si en uno bulle la fiebre del publicista y el coraje de la denuncia, que se derrama en infinidad de libros y escritos, en Montoya sólo la insistencia de su auditorio le impulsó a escribir, para volver luego al silencio de su vida religiosa en Lima.

Temperamentos semejantes, vidas distintas y obras incomparables, los une sin embargo el mismo amor por la justicia, el ansia de difundir la fe y el afecto y el respeto por el indio americano.

49. Juan María Gutiérrez, en carta a Bartolomé Mitre del 28.II.1868, lo hace en términos despectivos, llamando a Montoya "rival enano de Las Casas". Mitre, en su respuesta del 3.III.1868, matiza este juicio y hace reflexiones interesantes. "Es —dice— una naturaleza exaltada como Las Casas, y un espíritu visionario... tuvo algo del genio práctico de Moisés". *Archivo del general Mitre Correspondencia literaria* (1859-1881), Bs. As., La Nación, 1912, t. XXI, pp. 206-221. Guillermo Furlong, *ob. cit.*, p. 5, también lo compara con Las Casas "por levantar la voz, con infinita mayor razón que Bmé. de Las Casas en la misma corte".
50. Ramón Menéndez Pidal, *El P. Las Casas y Vitoria*, Madrid, EC, 1958, p. 133.

BIOBIBLIOGRAFIA SOBRE MONTOYA Y SU CONQUISTA ESPIRITUAL

Las biografías principales sobre Antonio Ruiz de Montoya se hallan mencionadas en la nota primera de esta introducción. El registro más completo de los trabajos referidos a este misionero es el publicado por Hugo Storni SJ, *Antonio Ruiz de Montoya cit.*, pp. 436-442.

A su vez, la nómina de los escritos de Montoya también ha sido compilada por el mismo Storni, *ob. cit.*, pp. 428-436. En ella recoje y ordena cronológicamente las páginas éditas e inéditas, así como también aquellos escritos que sólo se conocen indirectamente. De los 149 registros, 59 son éditos: entre ellos se cuentan, además de la *Conquista Espiritual*, el *Tesoro de la lengua guaraní* (Madrid, 1639), el *Arte y vocabulario de la lengua guaraní* (Madrid, 1640) y el *Catecismo de la lengua guaraní* (Madrid, 1640), que constituyen sus obras principales. Además, y siempre entre las páginas éditas, figuran varios de los memoriales que presentó al Rey y al Consejo de Indias entre 1639 y 1640 y al Virrey del Perú entre 1644 y 1652, la Carta Anua de las Misiones, fechada en el tambo de Guaracibere el 2.VII.1628, así como también cartas, billetes y apuntes.

Entre sus inéditos, Storni anota otros 90 documentos, localizados en diversos archivos, o citados en parte por otros autores.

Respecto de la Conquista Espiritual, cabe recordar que en lengua castellana ha tenido con esta, tres ediciones. La primera fue impresa en Madrid en 1639; la segunda en Bilbao en 1892. Esta última, aunque de excelente calidad tipográfica, con ortografía y ciertos giros idiomáticos modernizados, al igual que la puntuación, padece algunas omisiones. Tales, la supresión de una líneas del capítulo III°, en que se narra la violación de una india por un pez monstruoso; una frase reiterativa en el capítulo XXXVIII° sobre los libros de bautismo, y una alusión al llanto del caballo de Roque González en el capítulo LIV°.

La traducción de la obra a otras lenguas ha sido también

escasa: en 1879 se publicó en los *Anais da Biblioteca Nacional* de Rio de Janeiro una versión guaraní portuguesa, hecha sobre la base de un texto escrito en 1733. Recientemente, en 1987, el P. Arthur Rabuske SJ acaba de publicar una nueva traducción portuguesa de la Conquista Espiritual[51].

Con respecto a la presente edición, la misma ha sido hecha sobre el texto de 1639, modernizando la ortografía, pero manteniendo los giros idiomáticos y la voces originales. El texto ha sido acompañado por las notas indispensables. Estas se dirigen tanto a esclarecer voces o expresiones arcaicas, o a dar mayores detalles históricos o biográficos a ciertos pasajes del texto.

Ernesto J. A. Maeder

51. Las noticias sobra esta edición en Efraim Cardozo, *ob. cit.*, pp. 233-234 y en Guillermo Furlong, *ob. cit.*, pp. 111-112. La traducción al guaraní se atribuye por ambos autores al P. Pablo Restivo. También indican la existencia de una traducción al flamenco que permanece inédita.

CONQVISTA

ESPIRITVAL

HECHA POR LOS

RELIGIOSOS DE LA COMPAÑIA
de Iesus, en las Prouincias del Paraguay,
Parana, Vruguay, y Tape.

ESCRITA
POR EL PADRE ANTONIO RVIZ DE
la misma Compañia.

DIRIGIDA A OCTAVIO CENTVRION,
Marques de Monasterio.

Año  1639.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid. En la imprenta del Reyno.

Facsímil de la portada de la primera edición.

ERRATAS

Este libro intitulado: Conquista Espiritual del Paraguay, con estas erratas corresponde con su original. Dada en Madrid a 28 de Junio de 1639[1].

El licenciado Murcia de la Llana

1. Las erratas de la edición de 1639 son veinte. Su nómina no se incluye en esta oportunidad, ya que han sido corregidas en el texto.

APROBACION DEL MUY ILUSTRE SEÑOR EL DOCTOR DON LORENZO DE MENDOZA, PRELADO DEL RIO GENERO[2]

Después de haber visto por mandado del Real y Supremo Consejo de su Majestad, que Dios guarde, los libros del Tesoro, Arte, Vocabulario, y Catecismo de la lengua Guaraní del Paraguay, que hizo el Reverendo Padre Antonio Ruíz de Montoya, de la Compañía de Jesús, y dado la buena aprobación que las dichas obras merecen, por la noticia, y experiencia que tengo de las Provincias del Reino del Perú, adonde tanto tiempo he estado, y de sus lenguas; y asimismo del puerto de Buenos Aires, y río de la Plata. Me mandó de nuevo el dicho Real Consejo, que viese, y examinase esta obra del dicho Padre Antonio Ruíz, intitulada: *Relación de la conquista Espiritual, hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús, en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay, y Tape.* Y digo, que no solamente no contiene cosa alguna contra nuestra santa Fe y buenas costumbres; pero que se ve lo mucho que Dios ha obrado por medio del celo y trabajos, y predicación de los dichos Religiosos, en la domesticación, reducción y conversión de aquellas provincias, de tantos, aún más que bárbaros gentiles, como se verá en esta obra, y en particular en el [capítulo] 34, todo lo cual se debe a los dichos Religiosos, que fundaron en las dichas Provin-

2. En Río de Janeiro al igual que en Pernambuco se erigieron prelacías antes de crearse las respectivas diócesis. La prelacia de Rio de Janeiro fue establecida en 1576 y subsistió en ese carácter hasta 1676 en que se creó el obispado. Lorenzo de Mendoza fue una de las figuras más destacadas de su tiempo por el celo que puso en el desempeño de su prelacia y las persecuciones que sufrió en esa sede. Nombrado en 1631, tomó posesión en Rio de Janeiro el 9.IX.1633. Regresó a Portugal en 1637. Cfr. *Memorias da fundaçao da Igreja de Sao Sebastiao etc.* en *Revista do Instituto Historico e Geographico Brasileiro*, t. XXI (Rio de Janeiro, 1858), v. 21 de la 2ª ed. de 1930, 114-115.

cias un jardín de flores del cielo, y una nueva, y primitiva Iglesia, que el lobo del infierno por tantas vías ha pretendido destruir, y aún en gran parte destruyó, y hizo huir de sus mismas tierras, y de los términos dellas, cumpliéndose el exterminavit eam a perde silva, & singularis ferus de pastus est eam[3]. De mucho de lo cual, y principalmente de los dichos frutos de reducción de tantas almas, y gloria de Dios, yo soy buen testigo, por estar las dichas reducciones tan conjuntas con mi Diócesis. Y así solamente quien supiere lo que esto es, y lo que se ha hecho, y lo que se padece de pobreza, y otros grandes trabajos, por los dichos Religiosos, en aquellas tan largas tierras, y tan llenas de desiertos, breñas, selvas espesísimas, y montañas, buscando, y ayuntando a estas fieras humanas, cebadas en comerse unos a otros. Y donde, como ya otras veces dije, no hay las riquezas y comodidades de las otras partes de las Indias, puede hacer el aprecio que de debe de obras tan heroicas como aquellas, y que en esta relación se contienen: y asi puede aquella Provincia de la Compañía decir, sin agravio de las demás, el Plus omnibus laboravi[4]. Por todo lo cual es justo que se imprima. Madrid, y Mayo 16 de 1639.

El Prelado del rio Genero

3. La cita dice: La desterró de la selva y cada una de las fieras la alimentó.

4. La cita dice: La que trabajó más que todas.

DEDICATORIA
A OCTAVIO CENTURION, MARQUES DE MONASTERIO[5]

Logro es del don topar con quien lo estime. Este pequeñuelo que ofrezco a V.S. se le promete muy grande, afianzado de su piadoso celo, que no dudo crecerá con la lección de los maravillosos hechos de Dios entre Gentiles, que tan arredrados estaban de su conocimiento. La piedad de V.S. no dudo se llene de espiritual alegría con tan gloriosos trofeos de la Fe, ni que su misericordia se aumente con tantas almas que alcanzaron la Divina. Su devoción se gozará, viendo que naciones tan bárbaras hayan conocido a su Criador y Redentor Jesucristo. No se estrecha el deseo que V.S. tiene de agradar a Dios a solo lo que hace, sino que sus ejecuciones, aunque grandes, serán vencidas de sus afectos, que siempre han de echar el pie adelante a la posibilidad, y tienen por consuelo de su falta en los efectos propios, el gozo de los ajenos. Materia desto represento a V.S. en tan gloriosos trabajos, y servicios que se han hecho a Dios, y a la Iglesia en las últimas regiones de la tierra. Templos funda V.S. y santos monasterios, para que llene espiritualmente la gloria de su título humano, y gozarase de ver como se funda la Iglesia en las regiones que estaban en la sombra de la muerte, y las puertas del infierno, como se exalta la Fe, como se vence el demonio, como se redimen las almas. El argumento es digno de la piedad de V.S. y el afecto de su autor no indigno de su afabilidad, y favor, sobre los recibidos, será nuevo el que se le hará en admitir V.S. esta pequeña muestra de su gran voluntad.

De V.S. humilde capellán

Antonio Ruiz de Montoya

5. El marquesado de Monasterio fue un título del reino creado en 1625.

IHS

CONQUISTA ESPIRITUAL, HECHA POR LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN LAS PROVINCIAS DEL PARAGUAY, PARANA, URUGUAY Y TAPE

I
Introducción

HAME sucedido lo que a aquel gran Padre del yermo Afraates[6], que oyendo en su soledad y retiro el ruido de las ondas con que la nave de la Iglesia era agitada, y el fuego con que quería abrasarla aquel horrendo monstruo y apóstata Juliano[7], salió del yermo, dejó su soledad amada, privose de aquellos vitales y celestes aires con que en el desierto la sementera espiritual se ondea, se vivifica y crece, y entrando por el bullicio, inquietud y tráfago de las ciudades, sin recelar su tosco y rústico lenguaje, no dudó ingerirse entre los corteses y remirados puntos de los palacios reales, por ver si podía amansar los vientos, sosegar las aguas y apagar el fuego con que aquel apóstata abrasaba la tierra. Tal fue mi venida a esta corte

6. Afraates, eremita solitario de Antioquía, siglo IV.
7. Juliano Flavio Claudio, llamado el apóstata (332-363). Fue emperador romano entre 360 y 363.

y reales pies de su Majestad Católica, cuyos aumentos confirme el cielo con edad muy larga. Mi pretensión es poner paz entre españoles y indios, cosa tan difícil, que en más de cien años que se descubrieron las Indias Occidentales hasta hoy no se ha podido alcanzar[8]. Incítame a procurarla la caridad cristiana, el desamparo total de los indios, el ejemplo de mis pasados que los conquistaron y dejaron ejemplos raros de imitar. El haber cerca de treinta años que sin divertirme a otro empleo, mi principal ha sido su enseñanza y conversión a nuestra santa fe, coronando mi deseo trabajos y los más ordinarios peligros de muerte y de ser comido de bárbaros.

Ofrecióme el modelo de mi litigio el sacerdote Onías[9], que acepté de grado, por ser fundado en derecho de caridad, con que igualmente amo y deseo el bien eterno de ambas partes, y dice así: *Cum inimicitiae in tantum procederent, ut etiam per quosdam homicidia fierent, considerans Onias periculum contentionis, ad regem se contulit, non ut civium accusator, sed communem utilitatem, apud semetipsum universae multitudinis considerans: videbat enim sine regali providentia impossibile esse pacem rebus dari*[10].

He vivido todo el tiempo dicho en la provincia del Paraguay y como en el desierto, en busca de fieras, de indios bárbaros,

8. Al margen dice: V. Histor. de Chiapa, cap. 20. Licenciado Antonio de León, De escudos y armas. fol. 17 y Garcilaso, lib. 2 cap. 8. Las citas fragmentarias, parecen referirse a fray Antonio de Remesal, *Historia general de las Indias occidentales y particularmente de la gobernación de Chiapa y Guatemala*, Madrid, 1619. y a Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales que tratan del origen de los Incas*, Lisboa, 1609 o *Historia general del Perú* (segunda parte de la anterior).

9. Onías, sumo sacerdote y representante de la piedad y la ortodoxia judía. Comenzó su pontificado en 196 AC: cfr. Macabeos 3, 1-4 y 15, 12-16.

10. Al margen dice: 2 Mach. 4: La cita latina: Como las hostilidades avanzaran en tan alto grado que también los homicidios se cometerían por cualquiera de las partes, considerando Onías el peligro de ese enfrentamiento, se acercó al rey, no como acusador de los ciudadanos, sino pensando que el bien común estaba junto a él, ya que veían imposible lograr la paz en esa situación sin la presencia del rey.

atravesando campos y trasegando montes en busca suya, para agregarlos al aprisco de la Iglesia santa y al servicio de Su Majestad, de que con mis compañeros hice trece reducciones o poblaciones, con el afán, hambre, desnudez y peligros frecuentes de la vida que la imaginación no alcanza, en cuyo ejercicio me parecía estar en el desierto. Porque aunque aquellos indios que vivían a su usanza antigua en sierras, campos, montes, y en pueblos que cada uno montaba cinco o seis casas, reducidos ya por nuestra industria a poblaciones grandes; y de rústicos vueltos ya en políticos cristianos con la contínua predicación del Evangelio. Con todo eso, el carecer tantos años del trato español y su lenguaje, obligado por fuerza a usar siempre del índico, viene a formar un hombre casi rústico y ajeno del cortés lenguaje, a que no poco ayudan los ordinarios manjares que los indios comunmente usan, y de fuerza nosotros, que son raíces, calabazas, yerbas, habas y otros deste género, hasta que la invasión hostil, quema de iglesias, heridas que dieron a los sacerdotes, malos tratamientos que les hicieron, sacrilegios que cometieron, presa que hicieron en ornamentos de iglesias y alhajas pobres de los Religiosos que en once poblaciones predicaban; y lo que más es, haber desterrado de cuatro iglesias el santísimo y venerabilísimo Sacramento del altar, los vecinos y moradores de las villas de San Pablo, Santos, San Vicente y otras villas que se han forjado de gente, cuyas acciones obligaron a huir de la luz de la justicia, me ha obligado a dejar aquel desierto y soledad y acudir a la Real Corte y pies de Su Majestad, caminando al pie de dos mil leguas, con el peligro y riesgo de mar, ríos y enemigos que es notorio, a pedir instantemente el remedio de tantos males que amenazan muy grandes estorbos de su real servicio, y dijera mejor, daños y peligros de perderse la mejor joya de su corona real[11].

11. En nota al margen dice: Consta de informaciones auténticas que se presentaron en el Real Consejo de Indias.

II

Descríbese la provincia del Paraguay.

LA provincia del Paraguay constaba de cuatro ciudades de españoles; las tres asolaron los de San Pablo; la cabeza donde reside el obispo y gobernador es la ciudad de la Asunción, situada a la orilla del río llamado Paraguay, y quiere decir, río Paragua, corona de plumas; y así en nuestro idioma dice: Río Coronado. Es río caudaloso y ancho, por donde desde el puerto de Buenos Aires, que dista de la Asunción más de 200 leguas, suben y bajan barcas bien grandes al trajín de frutos de la tierra, que los más ordinarios son azúcar, miel, vino, cera, carretas, garabata, que es género de cáñamo, y la yerba que comunmente llaman del Paraguay. Tiene vecinos menos de 400, y es común voz que para un hombre hay diez mujeres; no tiene minas de plata ni oro, ni corre dinero alguno. El comprar y vender es por mutación de cosas por otras. Con todo eso hay un género inventado de pesos huecos, que así llaman comunmente a los pesos que avalúan las cosas: y así por un patacón de ocho reales de plata, dan tres pesos huecos en frutos de la tierra, la cual es muy fértil. Dióse siempre el trigo muy bien, pero sólo cogían el necesario para hostias o algún regalo, teniendo por muy grande los moradores la harina que llaman de mandioca y unas tortas que de ella se hacen, y en Cartagena, Panamá y Quito llaman casabe. Cógese mucho maíz, de que también hacen unas tortas que frescas son comestibles, añejas parecen de cuero. Habas, que allá llaman frisoles hay muchas y de varias especies, muchas calabazas de varias especies, hay frutas particulares de la tierra y algunas son de estima; hácense varias conservas y en mucha cantidad, cógese mucho vino y muy bueno, y todo esto se saca de la ciudad, cuyo precio es ropa que llevan los mercantes[12]. Cógese cera de nueve o diez especies diversas, de abejas silvestres que nunca se han dejado domesticar y se crían muy bien por los montes. Cógese ya ahora

12. Mercantes, por mercaderes.

mucho trigo, aunque el común pan es la harina de mandioca. La principal moneda que como plata corre es la yerba de que después diremos. Hay oficiales de todos los oficios mecánicos y los usan, pero ninguno se tiene por oficial, por haberlo aprendido cada uno para usarlo en su casa, y aunque el zapatero haga zapatos públicamente, no quiere que le tengan por zapatero, alegando que con su ingenio alcanzó aquel oficio, queriendo con esta metafísica ocurrir[13] por una parte a su necesidad, y por otra conservar la nobleza que heredaron de sus antepasados, que toda fué gente noble.

III

De algunos animales.

HAY muchas especies de víboras y culebras por toda aquella tierra; las menores son las de un palmo, de media vara otras, y van creciendo conforme a sus especies hasta seis varas. Desentrañando una víbora de media vara conté cincuenta viboreznos, ya animados todos[14]. Dicen los naturales que concibe por la boca, y que para nacer despedazan los hijos a la madre y aún ellos entre sí se matan, y parece cierto; porque si todos viviesen no hubiera donde poner el pié sin pisar víboras. Otras ponen huevos, y los que he visto serán un tercio mayor que de palomas. Empóllanlos echándose sobre ellos, y así cobran vida. Hay una que llaman de cascabel, el cual lo tienen en la cola al modo de una haba seca con su cáscara y granos dentro, y suena a aquel modo. Cada año echa un grano nuevo, oiráse a quince pasos, y cuando la fuerza de la ponzoña le molesta (al modo que una reuma da dolor de dientes) hace más ruido con sus cascabeles, hasta que mordiendo algo arroja

13. Ocurrir, por concurrir.

14. Entre los ofidios existen muchos, como los de las familias de los colúbridos y los boidos, que son ovovivíparos; es decir que el huevo verifica su apertura en el trayecto de las vías uterinas, y de ese modo las crías ya nacen animadas.

aquel licor ponzoñoso que tiene en las encías, y llena dos dientes o colmillejos al pié algo anchos, y rematan en una punta como de una fina aguja. Son todas estas víboras tan ponzoñosas, que picando en el pié, al punto hacen echar al que pican sangre por los ojos, narices, oídos, encías y por las uñas, y entre los dedos tanta sangre, que en un momento queda desfigurado. Usan de muchos remedios y yerbas que ha dado allá la naturaleza. La piedra de San Pablo es muy probada, ajos majados bebidos, piedra bezar[15] y yerbas; pero el más casero es el fuego, fogueando con un cuchillo ardiendo la parte lesa polvoreada con azufre. Este remedio es conocido, y acudiendo con tiempo no peligran. La cabeza de la misma víbora majada y puesta sobra la picadura, mitiga el dolor y chupa la ponzoña. Los hígados comidos usan por remedio.

Hay unas culebras de cuatro y cinco varas que se sustentan de caza, súbense a los árboles por los caminos a esperar la caza, de donde con gran velocidad se arrojan, y con extraña ligereza la rodean y atan tan fuertemente, que en muy breve tiempo la matan y se la tragan, y suelen quedar estas culebras tan ocupadas, que en manera se pueden menear, y como el calor que tienen no es bastante a digerir un gran venado o jabalí, vuélvense al sol, y así se le pudre (con la podrida carne de la caza); el vientre cría gusanos, a que acuden pajarillos, que tienen pasto para muchos días, y en pasando esta corrupción vuelve a recobrar su cuero y a quedar sana como antes. Ha sucedido tal vez a estas culebras cogerles este trabajo pegadas a un arbolillo, y al ir encorando, ir la misma carne incorporando el arbolillo, y cuando se vió sana se halló presa, sin poder desasirse, y allí la hallaron viva. Otras se sustentan de peces. Yo ví una que tenía cuatro varas de largo y la cabeza como de una ternera, estaba al pie de un árbol, y descolgando la cabeza al río Paraná echaba espuma de la boca, y al punto acudían gran multitud de pececillos a comerla, y dejándolos ella asegurar, con extraña ligereza

15. Piedra bezar o bezoar, concreción calculosa que suele formarse en el estómago e intestinos de diversos animales, generalmente rumiantes, y a las que se le atribuía poder curativo o antídoto.

abría la boca y hacía muy buena presa, y esta tragada, volvía a echar espuma y a porfía acudían los peces a comer de ella y la culebra a tragárselos.

Otras se sustentan de ratones, conejos, y otras cosas de ese género, y tienen tanta ponzoña, que si un género de anhélito[16] que despiden llega a la caza, aunque vaya corriendo, la detiene, de manera que no sólo se rinde, pero aún se alarga y dispone de manera que con facilidad la pueda tragar: vilo esto con grande admiración mía, que siendo la caza de largo de un geme se fue alargando y adelgazando un tercio, y así la tragó con mucha facilidad.

Hay otras culebras cuyo grandor es tal, que se tragan un hombre. Vimos tragar a un indio cuya estatura era de dos varas y muy membrudo. Andaba este hombre desnudo, pescando con el agua a la cinta, tragólo esta bestia, y al día siguiente lo volvió a echar entero, pero tan quebrantados los huesos como si los hubiera molido. No salen del agua, y en los mayores remolinos que hace el Paraná las ví; tienen la cabeza disformemente grande, la figura de cabeza y cuerpo de culebra, la boca es disforme.

Comunmente dicen los indios que engendran al modo que un hombre humano (y no es pez hombre, de que algunos dicen). Verificóse esto en este caso. Estaba una india lavando a la orilla de un río y al olor del menstruo que padecía (cosa que les provoca a estos animales) embistió con ella, y llevándola a la otra banda del río, con seguridad de que se ahogase, (que aún en esto se mostró la naturaleza) la sacó a tierra a la orilla, y allí tuvo su acto, de que la dejó totalmente perdida, y tan trabajada que no pudo irse de allí, guardábala el pez, y venía a verla tres días que allí estuvo: halláronla, y aviendo dado cuenta desto, y recibidos los Sacramentos murió.

Hay otras culebras de tres y cuatro varas que habitan en malezas pantanosas, salen a la orilla a esperar la caza, y con extraña ligereza saltan y la atan, y con un hueso que tienen muy

16. Anhélito, por álito.

agudo en la cola procuran herir la vía posterior, con que la rinden y la llevan a su pantanosa habitación, y si hallan resistencia vuelven a remojarse en el agua, porque la sequedad las debilita las fuerzas, y luego vuelven a la pelea. Esto se vió en un indio al cual acometió una destas culebras, y aunque le cogió los brazos resistió el indio por un rato. Vístose seca la culebra, dió un salto al agua, y con la misma presteza volvió a probar su ventura; pero el indio advertido levantó los brazos y así le ató solo el cuerpo. Llevaba el indio un cuchillo pendiente por las espaldas de una cuerda que llevaba al cuello, y con toda presteza tronchó la culebra y la mató; gozoso de llevar que comer aquel día y otros, que todos estos animales son sustento de los indios.

Hay una gustosa justa entre unos pájaros que los naturales llaman macaguá y una víboras pequeñas; esta ave entremete el pico por las plumas de la ala, que le sirve como de rodela, y embistiendo con la víbora le da una fuerte picada, la víbora le da otra, y si se siente el pájaro herido arremete a unas matas de yerbas que tienen el mismo nombre del pájaro, y comiendo de aquellas ramitas vuelve a la justa, y cuantas veces se siente herida, tantas vuelve a comer de aquella yerba, hasta que a picadas mata la víbora y se la come, acudiendo luego a su botica por la contrayerba, comiendo unos renuevos de aquellas matas, con que queda juntamente mantenida, curada y vencedora. De aquí tomaron los naturales el uso desta yerba para todo género de ponzoña, y aún hemos visto otros efectos buenos contra el dolor de cabeza, calenturas, ocupación de estómago y otras enfermedades.

Los tigres que se crían por aquellas tierras son innumerables, con la multitud de ganado vacuno silvestre que tienen a su querer. Tanto es, que por lo que acá se compra una gallina, se compra allá una vaca, que solo el sebo pesa, arroba y media y aún dos a veces. De la naturaleza destos tigres se podía decir mucho: iban dos por una playa siguiendo el rastro de un puerco de agua, que están mucho tiempo en ella y es su refugio contra los cazadores. Vió el tigre por el rastro que se había echado al agua, arrojose a buscarlo y por curiosidad recé la oración del Ave María, y a sexta Ave María que dije, salió el tigre con su

presa ya muerta, y entre los dos tuvieron bien que comer. Han conocido los naturales que huye este animal de la orina humana como de la muerte. Siguió un tigre a un indio por un monte, cerca de mi alojamiento, y aunque dió voces no le pudimos oir; subióse en un árbol y el tigre se echó al pié de él esperando a que bajase; arrojábale el indio ramones para espantarlo, pero no se meneaba; usó deste remedio tan fácil y al punto que el tigre lo olió se fué. Busca la peor carne, y si hay español y negro y indio, embiste con el negro, y si negros solos, con el más viejo o de mal olor.

Hay unos animales que llaman anta. Son como borricos, las orejas muy pequeñas, tienen una trompa de un palmo que alargan y encogen que parece les sirve de tomar viento, tienen en cada pié y manos tres uñas. Del cuero hacen los soldados morriones que defienden de saetas y a veces de balazos. La carne es muy buena semejante a la de la vaca. De día comen yerbas y de noche barro salobre, y hay en algunos parajes tanto rastro como en un corral muy grande de vacas. Los cazadores acuden de noche a estos barreros[17], y en sintiendo que vienen cerca, sacan de repente un hachón encendido, con que deslumbrada da lugar a que la maten. Toda la noche se les va en este ejercicio, y a la mañana las buscan por el rastro y a pocos pasos las hallan muertas. Las uñas deste animal son contraveneno, principalmente la uña del brazo izquierdo, que corresponde al corazón, de que el mismo animal, enseñado de la naturaleza tiene conocimiento, y así, en sintiéndose con accidentes mortales se echa sobre el brazo izquierdo, aplicando aquella mano al corazón, y así se ha visto muchas veces por la experiencia: tienen en el buche piedras bezares que sirven contra la ponzoña.

17. Barreros, terrenos salitrosos que lame el ganado cuando se alimenta con pastos muy dulces. Según Azara, "se encuentra en algunas cañadas poco profundas, pero no la hay en la parte oriental de las provincias del Paraguay y de Misiones jesuíticas, que por esto no pueden criar ganados". *Descripción e historia del Paraguay y de la provincia del Río de la Plata*, Madrid, 1847, cap. III.

IV

Cómo los de la Compañía entraron a la provincia del Paraguay.

LOS Padres provinciales del Pirú[18] enviaron algunos Padres por vía de misión a la ciudad de la Asunción, que dista de la villa de Potosí, último término de la provincia del Pirú, 500 leguas, en donde hicieron casa, predicaron y ejercitaron los ministerios de la Compañía por algunos añ s; pero como los superiores no pudiesen visitar esta residencia por la longitud de tierra, la deshicieron, llamando a los Padres. Solo uno, llamado el P. Tomás Pildi[19], irlandés de nación, hombre de muy madura edad y rara virtud, fué detenido allí con providencia del cielo para guarda de nuestra casa e iglesia, que aún con vivir el Padre en ella no faltaron Religiosos que deseasen ocuparla; pero el Padre con la esperanza que siempre tuvo de que había de ser bien ocupada de nuestros Religiosos, que habían de acudir a las miés de indios gentiles, que ya se iba sazonando, nos la conservó.

Por los años de 1603, el P. General Claudio Aquaviva[20], inspirado del cielo (como muchas veces oímos al venerable P. Diego de Torres)[21] puso todo su conato en volver a levantar la misión del Paraguay y hacerla viceprovincia, y así nombró al dicho P. Diego de Torres por Provincial, y juntamente le envió seis Paures, tres españoles y tres italianos que fueron los prime-

18. Pirú, por Perú.
19. Su nombre era Tomás Fields. Nació en 1549 en Limerick (Munster, Irlanda). Ingresó a la Compañía en Roma en 1574. Llegó a Buenos Aires en 1587. Hizo sus votos en Asunción en 1613, ciudad donde falleció el 15.IV.1625.
20. Claudio Aquaviva, P. General de la Compañía de Jesús (1581-1615).
21. El P. Diego de Torres Bollo nació en Villalpando (Zamora, España) en 1551, e ingresó a la Compañia en 1571. Sus últimos votos los hizo en Lima el 14.VIII.1588. Tuvo una labor muy destacada: fue procurador de la provincia del Perú en Europa (1600-1604); fundador y primer provincial de la del Nuevo Reino de Granada (1605-1606) y fundadaor y primer provincial del Paraguay (1607-1615). Falleció en Charcas el 8.VIII.1638.

ros que pasaron de Europa a aquella nueva provincia y socorro primero que Su Majestad nos dió.

En este mismo tiempo que el P. Claudio Aquaviva en Roma fundaba la provincia del Paraguay, despertó nuestro Señor en las Indias los ánimos de algunos para la misma empresa y espiritual milicia, entre los cuales fué uno que, deseando hacer un largo viaje, con ánimo de las granjerías que mueven a los hombres a perder el miedo a los peligros, y como el de la mar es cierto, acogióse al reparo de una buena y general confesión para cualquier suceso, la cual hizo después de un muy buen examen con un Religioso de la Compañía, el cual le persuadió hiciese unos ejercicios de los que da esta sagrada Religión. El, ignorante no solo de los maravillosos efectos que suelen causar, pero aún del nombre, dejándose guiar de su espiritual Padre los aceptó. Tres días estuvo en ellos como en galera: porque como las cosas pasadas de sus vanidades y locuras le robasen con arrebatada violencia el pensamiento, que en solo Dios, la muerte, eternidad de pena o gloria deseaba fijar: érale tormento cruel verse sumergido en devaneos y locuras, amigos y pasatiempos, que juzga el mundo por dichosa vida, siendo a la verdad muerte desdichada.

Al cuarto día, temeroso de ponerse a la oración como si fuera a un remo, porque allí le apretaba el demonio fuertemente, excitándose a esperanza de algún espiritual sosiego, se sintió con deseos de orar, libre de pensamientos, el entendimiento claro y la voluntad muy bien afecta, y con asomos de espiritual consuelo, y bien de repente se halló como en región extraña, y tan lejos y apartado de sí mismo, como si él no fuera. En este punto le mostraron un grandísimo campo de gentiles y algunos hombres que con armas en las manos corrían tras ellos, y dándoles alcance los aporreaban con palos, herían y maltrataban, y cogiendo y cautivando muchos, los ponían en muy grandes trabajos.

Vió juntamente unos varones más resplandecientes que el sol, adornados de unas vestiduras cándidas. Conoció ser de la Compañía de Jesús, no por el color, sino por cierta inteligencia

que le ilustraba el entendimiento. El blancor (me dijo él mismo, como al más conjunto que en amistad tuvo siendo secular) que significaban cosas bien misteriosas, las cuales habré yo de dejar por no salir del hilo de mi narración. Aquellos varones procuraban con todo conato arredrar a aquellos que parecían demonios, que todo hacía una representación del juicio final, como comunmente lo pintan; a los ángeles defendiendo las ánimas, y a los demonios ofendiéndolas. Vió que hacían oficio de ángeles los de la Compañía, con cuya vista se encendió en un ardiente deseo de serles compañero en tan honroso empleo. Siguióse luego el ver y sentir experimentalmente que Cristo nuestro Señor bajaba de la alto vestido de un ropa rozagante y celestial, a modo de manto, arrojado por debajo del brazo, y acercándose a él que estaba de rodillas, le echó el brazó sobre sus hombros, y llegándole el rostro a la llaga del costado le puso la boca sobre ella, donde por un buen rato bebió de un suavísimo vapor que por ella salía, deleitando el gusto y el olfato sobre todo lo imaginable.

Aquí entendió que Cristo Jesús, regalo de las almas que por medio de la gracia se unen con El, le escogía para la provincia del Paraguay, en donde había gran suma de gentiles que solo esperaban oír las dichosas nuevas de las bodas del Cordero[22], imprimiéndole en su alma un ardiente deseo de emplearse en su conversión. Afirmóme muchas veces que fué tanta la suavidad que en esto tuvo, que juzgó haber pasado todo en un punto; pero por la cuenta del reloj había pasado de hora. Trocósele aquí el despego y desamor que tenía a la Compañía en un entrañable y tierno amor, cobrando singular estima de su instituto y ansias de pedir le recibiesen. Pero el levantado concepto que había cobrado de su apostólico instituto, le acobardó por muchos días a descubrir sus deseos, hasta que comunicándolo con un muy santo y docto varón, le alentó a que intentese a conseguir tan santos deseos, encargándole que a nadie diese parte de su vocación y llamamiento al Paraguay, sino que lo

22. Bodas del cordero: cordero es el símbolo y denominación de Cristo. Hang y Born, *Diccionario de la Biblia*, 6ª ed. Barcelona, Herder, 1975.

dejase a sola la Providencia divina sin usar de diligencia humana, para que a solo Dios se atribuyese el fin de un tan dichoso principio.

Guardó el consejo con un exacto rigor; pero gusta el Señor que sus mercedes se manifiesten, y cuando el que las padece dice: *Sacramentum Regis abscondere bonum est*[23], sabe el Señor manifestarlas él mismo para su gloria y provecho nuestro. Y así se lo reveló a una santa mujer de muy aprobado espíritu, la cual, estando comunicando sus cosas con su confesor en la iglesia, le dijo: "Ve, Padre, aquel hermano que sale ahora a ayudar misa en el altar mayor? pues sepa que ha de ir a la provincia del Paraguay que se trata de fundar ahora, y allá ha de padecer muchos trabajos; pero el Señor irá con él y será en su ayuda". Preguntóle el confesor si le había conocido antes. Respondió que ninguna otra fuera de aquella vez le había visto, pero que el Señor se lo había revelado. Vive hoy este Religioso en aquella provincia, donde trabaja con grande estima y aprecio de su aspotólico empleo, y como amigo íntimo suyo me hizo relación desto. Y el haber revelado nuestro Señor su ida a la provincia de Paraguay, lo oí al mismo confesor de aquella santa mujer, y aún de boca della oí otras cosas que no pertenecen a mi narración, aunque son del mismo sujeto.

V

Fúndase la provincia del Paraguay.

EL apostólico varón P. Diego de Torres (cuya vida se espera presto impresa) primer Provincial de la provincia del Paraguay, viéndose con algunos sujetos, aunque pocos para cosecha tan grande como ofrecía casi innumerable número de gentiles, y con seis obreros que de antemano el Padre General le envió, sin la solicitud de otro procurador que

23. La cita dice: es bueno ocultar el misterio del Rey.

el de la inspiración divina, con que le instaba el cielo a formar aquella provincia de cuyo tesoro de almas esperaba enriquecerse, dió feliz principio a su provincia. Dejando las fundaciones de colegios, aplauso con que los españoles los admitieron, frutos muy copiosos que se cogieron, de que se verá con el tiempo bien enriquecida una larga historia, solo tocaré algunas cosas tocantes a los indios, que es solo mi intento, y en lo que el apostólico Provincial puso su principal cuidado, enviándoles apóstoles y ángeles de paz que les anunciasen la salud eterna.

La primera misión que emprendió fue hacia el sur, a donde envió al venerable P. Marciel de Lorenzana[24], hombre noble en sangre, pero mucho más en santidad, cuya vida escribió después de su muerte el P. Diego de Boroa[25], Provincial que hoy es de aquella provincia. Ofrecióse el P. Lorenzana muy de voluntad a la obediencia y a los sucesos varios que en empresas de infieles comunmente se esperan. Fundó la primera reducción que la Compañía hizo en aquella provincia (llamamos reducciones a los pueblos de indios, que viviendo a su antigua usanza en montes, sierras y valles, en escondidos arroyos, en tres, cuatro o seis casas solas, separados a legua, dos, tres y más unos de otros, los redujo la diligencia de los Padres a poblaciones grandes y a vida política y humana, a beneficiar algodón con que se vistan; porque comunmente vivían en desnudez, aún sin cubrir lo que la naturaleza ocultó). Llámase esta reducción San Ignacio, dista esta reducción de la Asunción 25 leguas, en que será fuerza nos quedemos por ahora hasta que subamos hacia el Oriente a la provincia de Guaira, de donde bajaremos, y quizá huyendo de los vecinos de San Pablo, a tratar desta y de las demás reducciones del río Paraná.

24. El P. Marciel de Lorenzana nació en León (España) en 1565, e ingresó a la Compañía en 1583. Fue ordenado sacerdote en 1591 y llegó al Paraguay en 1593. Sus últimos votos los hizo en Córdoba el 30.XII.1602. Falleció en Asunción el 12.IX-1632.

25. El P. Diego de Boroa nació en Trujillo (Cáceres, España) el 25.VII.1585. Ingresó a la Compañía en Toledo en 1605 y llegó a Buenos Aires en 1610.

VI

Entrada que hizo la Compañía de Jesús a la provincia de Guaira.

EN este mismo tiempo envió el P. Diego de Torres a la ciudad de Guaira (constaba de solo 30 hombres) al P. José Cataldino[26] y P. Simón Masseta[27], ambos italianos, valerosos misioneros y fieles hijos de la Compañía, apóstoles de aquella gentilidad. Distaba Guaira de la Asunción 160 leguas caminando al Oriente. Más adelante, por el mismo rumbo, estaba la Villa Rica, 60 leguas distante de Guaira. Tenia esta villa 100 hombres; esta tierra es toda montuosa y agria, a cuya causa se iba de un lugar a otro por ríos, que los hay muy grandes, y en estos parajes, el río Paraná, que es el que comunmente llaman de la Plata, tiene por algunas partes a dos leguas de ancho. En la ciudad de Guaira ejercitaron los Padres sus ministerios; pasaron a la Villa Rica con harto trabajo, por haber en este tan prolijo viaje dos embarcaciones: la una desde la ciudad de la Asunción al puerto de Maracayu, de 30 y 40 días de despoblado, por un enfadoso río y habiendo de llevar la comida necesaria para este tiempo. Desde Maracayu se va por tierra hasta el gran salto de Paraná, (que es una de las maravillas que hay en el mundo) en que se gastan 6 y 8 días que se andan a pie por pantanos y ásperos caminos y peligrosos ríos, que llenos con las avenidas, dan paso a los caminantes las puntas de los árboles, atando de

Fue ordenado sacerdote en Santiago del Estero el 15.IX.1610. En 1619 hizo sus últimos votos Fue provincial del Paraguay (1634-1640). Falleció el 19.IV.1657.

26. El P. José Cataldini nació en Fabriano (Ancona, Italia) en 1571. Ingresó a la Compañía en Roma en 1602, y llegó a la provincia del Paraguay en 1605. Sus últimos votos los pronunció en Asunción el 1.XI.1613. Tuvo una labor destacada, y entre 1644-1646 fue superior de las misiones de guaranies. Falleció en S. Ignacio Mini, el 10.VI.1653.

27. El P. Simón Mascetta nació en Castilenti (Italia) en 1577. Ingresó a la Compañía en Nápoles en 1606. Llegó a Buenos Aires en 1608 y participó activamente en la evangelización de los guaranies. Pronunció sus últimos votos en Asunción en 1619. Falleció en S. Ignacio Miní el 10.X.1658.

unas en otras algunos palos con unos juncos, que por su facilidad en quebrarse es cosa muy peligrosa.

Desde esta salto se toma otra embarcación, y caminando el río arriba, a dos leguas estaba la ciudad de Guaira; y subiendo por otro río llamado Huibay, en 8 días se llegaba a la villa del Espíritu Santo, lo cual está ya todo asolado por los vecinos de San Pablo (como después diremos). Estuvieron aquí los Padres muy enfermos, y la falta de médicos y medicinas les puso al último trance de la vida. Convalecidos ya, ejercitaron sus ministerios con muy gran fruto de las almas. Había en esta villa un cura, que siendo Religioso profeso de cierta religión deseó mudar hábito, y fingiendo que le habían de noche hurtado los suyos, tomó los de San Pedro, con que vivió y murió como clérigo, bautizó muchos adultos sin otro catecismo que arrojarles el agua en la cabeza.

Habiendo cumplido los Padres con su misión entre españoles, pusieron la mira en la conversión de los indios a que habían sido enviados, y aunque por aquellas partes había muchas provincias de gentiles al parecer dispuestas para el Evangelio, guiólos el cielo por un río llamado Paranapane, que quiere decir río desdichado y sin ventura. Desdicha fue para el demonio y dicha para el cielo, pues en aquellas provincia se registró por el bautismo un gran tesoro de almas para el cielo. Acompañó en esta empresa a los Padres un vecino de Guaira, a título de lenguaraz, hombre que tuvo deseos de hacer bien. Navegaron por este río arriba diez u once días, todo despoblado, y al cabo dieron en un pueblo que estaba a orilla del mismo río y por un lado le ceñía un arroyón llamado Pirapó. Vivían en él como 200 indios que recibieron con mucho amor a los Padres. Allí levantaron el estandarte de la Cruz, hicieron una pequeña choza para iglesia que intitularon de Nuestra Señora de Loreto, donde hicieron alto por algunos días. Tomada noticia de la gente que por aquellos ríos había, se partieron juntos los dos Padres con sus compañeros, para que la gente, (que como atrás dijimos vivía desunida en lugares pequeños) se juntase en poblaciones grandes. Hallaron 25 aldehuelas y algunas poblaciones de razonable número. Daban los Padres a los gentiles razón de su venida en sus sermones, que era hacerlos hijos de Dios y librarlos de la esclavitud del demonio.

Por otra parte el español seglar hacía su negocio, y tal, que puso a pique de que el Evangelio y sus predicadores fuesen desterrados o desestimados. Repararon los Padres que venía a casa una vez sin sombrero, otra sin capa, otra sin sayo ni jubón, y otra sin calzones, usando de solos pañetes blancos y un lenzuelo atado en la cabeza. Extrañada esta novedad le preguntaron los Padres la causa, y él les respondió estas palabras: "Vuestras Paternidades predican a su modo, yo al mío; fáltanme a mi palabras, y así predico con obras: he repartido todo lo que traía para ganar la voluntad destos indios principales; porque estos ganados, los demás quedarán a mi voluntad". ¿Quién no se edificará con tal acción y celo? Confundíanse los Padres de no tener que dar, tanta era su pobreza.

Habiendo hecho su negocio el español, pidió licencia para irse, y apenas había partido, cuando descubrieron los indios la almoneda que aquel hombre había hecho de su vestido, que con cada pieza de él había comprado una india o un muchacho, juzgando los indios que había sido orden de los Padres, con que perdieron por entonces algo del crédito que dellos tuvieron al principio, aunque bien satisfechos por los Padres, volvieron a recobrar su crédito. Peste es esta que sigue al Evangelio, que luego tras la libertad que alcanzan por el bautismo entra la servidumbre y cautiverio, invención ya no diabólica, sino humana, para atajar el paso al Evangelio; porque con estas compras se hacen guerra unos a otros para venderse, roban, matan y aumentan el número de concubinas.

VII

Ida a aquella misión del P. Antonio Ruiz, y trata de la yerba que llaman del Paraguay.

HABIA como seis meses que los Padres estaban en el Pirapó, y año y medio que habían salido de la Asunción, cuando el P. Diego de Torres me envió a aquella provincia, si bien estuvo en balanza mi partida. Porque habiéndome llevado desde la ciudad de Córdoba a la Asunción, que hay 200 leguas, y ya con el pié en el camino de mi misión, me dijo estas palabras: "Yo le había traido para aquella misión apostólica de Guaira, pero la necesidad que de su persona tengo, me obliga a mudar consejo y llevarle a Chile. Helóme el corazón tan inopinada deliberación, y sin responderle cosa me acogí al Santísimo Sacramento, y fué la resolución que luego, mudando de parecer, me señaló para aquella provincia.

Partimos juntos el P. Antonio de Moranta[28] y yo, y a la mitad del camino de 40 días de despoblado, nos faltaron los tasajos y harina de palo, que era nuestra provisión. Quedónos algún poco de maíz, del cual tomábamos un puñado dél cada uno a mediodía, y otro tanto a la noche. Causó esta estrechura una muy penosa enfermedad al Padre, y como la fama nos avisaba de otras dificultades que nos esperaban adelante, le forzó la necesidad a que del puerto de Maracayu se volviese.

Recibiéronme los indios de este pueblo con mucho amor, conté la gente y hallé 170 familias, y como después en mis peregrinaciones hice paso por allí algunas veces, en pocos años vine a contar no más de 50. Deste común desmedro de los indios sujetos o encomendados a españoles, ya no se pregunta la causa por ser tan sabida, ni causa admiración, ni aún se repara

28. El P. Antonio Moranta nació en Palma de Mallorca (España) en 1579. Ingresó a la Compañía en Aragón en 1596 y llegó a Buenos Aires el 1.V.1610. Sus últimos votos son del 21.IX.1615. Falleció en Asunción el 12.V.1645.

por ser común. Quedéme en aquel pueblo algunos días administrándoles los Sacramentos, y con el continuo curso de hablar y oír la lengua, vine a alcanzar facilidad en ella.

Está fundado este pueblo en un pequeño campo rodeado de casi inmensos montes de árboles silvestres, en que hay manchas de a dos y tres y más leguas de largo y ancho, de los árboles de que hacen la yerba que llaman del Paraguay. Son muy altos, hojosos y gruesos, la hoja es algo gruesa, la hechura de lengua. Derriban estos árboles, pero brotando de su tronco muy gruesos renuevos, en tres años se ponen en la hermosura y grandor que tenían cuando los cortaron. Los gajos destos árboles se ponen en unos zarzos, y a fuego manso los tuestan, y la hoja la muelen con no pequeño trabajo de los indios, que sin comer en todo el día mas que los hongos, frutas o raíces silvestres, que su ventura les ofrece por los montes, están en continua acción y trabajo, teniendo sobre sí un cómitre, que apenas el pobre indio se sentó un poco a tomar resuello, cuando siente su ira envuelta en palabras, y a veces en muy gentiles palos. Tiene la labor de aquesta yerba consumidos muchos millares de indios; testigo soy de haber visto por aquellos montes osarios bien grandes de indios, que lastima la vista el verlos, y quiebra el corazón saber que los más murieron gentiles, descarriados por aquellos montes en busca de muchas sabandijas, sapos y culebras, y como aún desto no hallan, beben mucha de aquella yerba de que se hinchan los pies, piernas y vientre, mostrando el rostro solos los huesos, y la palidez la figura de la muerte.

Hechos ya en cada alojamiento, aduar destos, ciento y doscientos quintales, con ocho o nueve indios los acarrean, llevando cada uno cinco y seis arrobas diez, quince y veinte y más leguas, pesando el indio mucho menos que su carga (sin darle cosa alguna para su sustento), y no han faltado curiosos que hiciesen la experiencia, poniendo en una balanza al indio y su carga en la otra, sin que la del indio, con muchas libras puestas en su ayuda, pudiese vencer a la balanza de su pesada carga. Cuántos se han quedado muertos recostados sobre sus cargas, y sentir más el español no tener quien se la lleve, que la muerte del

pobre indio. Cuántos se despeñaron con el peso por horribles barrancas, y los hallamos en aquella profundidad echando la hiel por la boca. Cuántos se comieron los tigres por aquellos montes, un solo año pasaron de 60.

Clamaron estas cosas al cielo; envió Su Majestad Católica al remedio destos males al Dr. D. Francisco de Alfaro[29], oidor que hoy es del Consejo de Hacienda, persona nacida para aquello, a quien la experiencia de vista de casi todo el Pirú, en visitas que hizo de provincias y gobiernos, con órdenes muy justas que puso, le llevó a aquella provincia, donde ni antes ni después hasta hoy, ha visto garnacha[30] alguna, con que el Occidente le celebra, deseando verle en el Consejo de Indias, donde como allá con su presencia le puso tan cristianas órdenes, acá con sus recuerdos y acertados pareceres haga que se ejecuten[31]. Prohibió con graves penas el forzar los indios al beneficio de la yerba, y a los mismos indios mandó que ni aún con su voluntad la hiciesen los cuatro meses del año, desde Diciembre hasta Marzo inclusive, por ser en toda aquella región tiempo enfermísimo.

Así lo mandó este rectísimo juez, más no se cumple, habiendo Su Majestad confirmado todas sus ordenanzas a la letra sin mudar cosa, aunque ciertos procuradores, no de los indios, que no los tienen, sino de los españoles, acudieron a esta corte con relaciones, cuya falsedad no se entendió; alcanzaron del consejo limitación de algunas, mejor dijera ampliación. Callarélas todas por no salir del carril de la brevedad que en esta

29. Francisco de Alfaro, oidor de la audiencia de Charcas, fue comisionado por el presidente de ese tribunal en 1610 para visitar las provincias del Río de la Plata (que entonces incluía al Paraguay) y Tucumán. El objetivo de la visita era suprimir el servicio personal que prestaban los indios a sus encomenderos y fijar el monto del tributo que les correspondía. Alfaro cumplió su cometido y dictó las ordenanzas que llevan su nombre para ambas provincias (1611-1612), y aunque luego suscitaron quejas de los vecinos fueron confirmadas por real cédula de 1618 y más tarde, incorporadas en buena medida a las leyes de Indias en 1680.

30. Garnacha, vestidura talar con mangas y sobrecuello grande; dícese de la persona que viste la garnacha, consejero o ministro de justicia.

31. En nota marginal dice: Ordenanzas. Alude a las dictadas por Alfaro.

narración pretendo, pero por una sola haré demostración de las demás. El Dr. Don Francisco tasó los indios en cinco pesos huecos (de que ya dijimos) y aunque deseó desterrar del mundo el abominable servicio personal (que ya hoy Su Majestad, que Dios guarde, con apretadísimas órdenes que se destierre de las Indias, si bien no falta quien le alce el destierro)[32] no le fué posible entonces, y así ordenó que por los cinco pesos sirviese cada indio un mes.

Acudieron los procuradores dichos a esta corte[33], y sin que hubiese hombre que hablase por los desamparados indios (aunque lo que gastaron en la corte los procuradores fué sudor y sangre de indios) porque soy testigo que les quitaban los bueyes, los caballos y yeguas, y otras cosas de sus haciendas, diciéndoles que eran para aviar al procurador que venía a procurar el bien de la tierra, y común (siendo su particular propio) lo que alcanzaron fué que en lugar de aliviar los indios, salieron condenados a que pagasen doblado tributo, que son 10 pesos pagados en dos meses de servidumbre personal, y ya tomáran los pobres que fuesen esos solos; pero es de notar que muchos acuden a esta mita o servidumbre de 30, 40 y 50 leguas, y aún 160 que hay de Maracayu al Paraguay, a cuya causa es fuerza que después de haber tardado en el camino 8, 15 y 20 días en venir, y dos meses en pagar su tributo, les obligue el rigor y miedo de la compulsión a detenerse por lo menos otro mes, y a veces dos y tres más.

Soy testigo que en la provincia de Guaira el más ajustado encomendero se servía los seis meses de cada año de todos los indios que tenía encomendados, sin paga alguna, y los que no se ajustaban tanto los detenían 10 y 12 meses. Y si esto es

32 En nota marginal dice: Cédula real del año de 1633. que está en el capítulo LXXXI.

33 Sobre el tramite de las ordenanzas en el ambito rioplatense, véase Enrique de Gandía, *Francisco de Alfaro y la condición social de los indios*. Bs. As. El ateneo, 1939; Ricardo Zorraquín Becú, *Las ordenanzas de Alfaro y la recopilación de 1680*, en *Revista del Instituto de historia del derecho* Nº 16 (Bs. As. 1965) 169-203.

así, como es verdad, ¿qué tiempo le queda a este desdichado para sustentar su mujer y criar sus hijos? que a veces suelen ser ajenos, engendrados en tal larga ausencia. Punto es este que pide más espacio del que llevo. Demás deste engaño de doblado tributo, queda otro en que paga el indio más tributo de los 10 pesos, siendo agraviado en el precio común de un jornalero de aquella tierra. Por ordenanza está mandado que a un jornalero por cada día se le dé real y medio, que en 30 dias son 45 reales, reteniendo en si su libertad de alquilarse (que es otra circunstancia) y al pobre indio, forzándole a pagar con su persona, le fuerzan a que sirva por 40 reales cada mes; de suerte que paga 10 reales más sobre el doblado tributo que le han puesto, que todo monta 11 pesos y dos reales de tributo, que para tan pobre tierra es intolerable carga.

Divertídome[34]he, y no sin causa, en tratar de agravios de indios, por ser mucha parte de ellos esta yerba, y volviendo a ella para decir lo que queda, digo, que con todo cuidado he buscado su origen entre indios de 80 y 100 años, y he sacado por cosa veriguada, que en tiempos que estos viejos eran mozos no se bebía ni aún se conocía sino de un gran hechicero o mago que tenía trato con el demonio, el cual se la mostró y dijo, que cuando quisiese consultarle, bebiese aquella yerba, y así lo hizo, y de su enseñanza otros que en nuestros días hemos conocido, y comunmente los hechizos que hacen llevan desta yerba. Dieron en usarla los indios viejos, pero con moderación: los frutos que comunmente refieren desta yerba, son que les alienta al trabajo, que les sirve de sustento, y así lo vemos cada día, que remará un indio todo un día, sin otro sustento que beber de tres en tres horas la yerba, púrgales el estómago de flemas, despierta los sentidos, ahuyenta el sueño al que desea velar sin embarazo de sueño, y en esto parece a alguno que se semeja, o es la misma yerba de la China llamada cha, que quita el sueño y aún el nombre no desdice mucho, porque en la lengua de los naturales se llama caa.

34. Divertir, por derivar a otro asunto

Los naturales indios la toman con medida una vez al día; los españoles han hallado remedio en ella contra todos los males, y dicen que es muy experimentado remedio contra el mal de orina, a cuya causa lo usan por aquellas partes sin orden ni medida. De la demasía en beberla he visto a algunos que por muchos días perdieron el juicio, y harta falta de él es común de tantos, que en solos vómitos gastan cada año más de 300.000 libras[35]. Yo no dudo que tenga virtud (aunque nunca la he probado), pero el abuso en usarla es condenable, en su trabajoso beneficio, en la estimación y aprecio, en los efectos de sustentar con aliento al que trabaja, en el subido precio en que se vende (porque en el Paraguay vale un quintal, que son 100 libras, 25 pesos huecos; en Santa Fe vale 16 y 20 en reales de plata, en el Tucumán 35 y 40 pesos, y a este paso va subiendo mientras más se va llegando a Potosí) y en el uso supersticioso de hechicerías, y aún en el olor y sabor que es zumaque[36], es muy semejante a la yerba del Pirú que llaman coca.

VIII

Efectos del descuido que se tiene en no tratar bien los indios.

NO es mi intento referir los agravios que comunmente reciben los indios, porque sería recopilar muchos autores, y añadiendo lo que yo he visto, hacer muy gran volumen. Los que me obligaron a venir a esta corte será fuerza referirlos en su lugar; los efectos de estos agravios referiré: El uno sea, no querer los gentiles recibir el Evangelio. El segundo, los ya cristianos detestarlo; porque si por el oído oyen la justificación de la ley divina, por los ojos ven la contradicción humana ejercida en obras. En muchas provincias hemos oído

35. En nota marginal dice: P. Acosta, *Historia Natural* l. c 22. Se refiere a la obra del P. José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, 1590.

36. Arbusto de la familia de las terebintáceas (Rhus coriaria). Tiene mucho tanino y lo empleaban los zurradores como curtiente. Fam. vino.

a los gentiles este argumento, y visto retirarse de nuestra predicación, infamada por malos cristianos; dos solas pruebas traeré de aquesto.

Tiene la ciudad de la Asunción en frente de sí (el río Paraguay en medio) dos naciones, Guaicurus se llama la una, y Guaicurut la otra, ambas harán número de 500 indios, y aún menos; tienen por casas unos pellejos de vaca, y así son portátiles. Son agigantados, los varones andan desnudos, las mujeres no, antes son honestas en su vestir. Usan de lanza y garrote, que despiden con ligereza y acierto, usan de arco y flecha, no siembran, pero cogen de los sembrados de los españoles, hurtando lo que pueden, y muy de ordinario entran en las estancias de ganados, y matan lo que quieren, y llevan al dueño el sebo y la carne y se la venden. Pasean la ciudad con toda seguridad, pero en sus tierras no la tienen los españoles que allá entran, porque con la facilidad que a una vaca degüellan a un español, y es tanta su fiereza, que no alcanza el poder de los españoles a corregirlos.

Trataron los gobernadores que los de la Compañía domesticasen por el Evangelio esta bárbara gente. Encargóse esta difícil empresa al P. Pedro Romero[37], varón verdaderamente apostólico, cuyo trabajo que con ellos tuvo es digno de cumplida historia. Hizo con ellos las invenciones que su fervoroso deseo le pintaba, para arrancarlos de sus bestiales costumbres y plantarlos en el cristianismo, pero no pudo en muchos años, porque se burlaban de nuestra fe. Porque ¿qué importaba que éste apostólico varón les predicase la hermosura de la castidad, si en la ciudad veían adorar a Venus? Apoyaban con esto sus bestiales costumbres, con que tenazmente están resueltos de vivir hasta la muerte, y así aqueste apostólico varón hubo de dejar aquellas infructíferas

37. El P. Pedro Romero nació en Sevilla en 1585. Llegó a Santiago de Chile en 1607 y ese mismo año ingresó a la Compañía, ordenándose sacerdote en Santiago del Estero en 1611. Fue superior de las Misiones de guaraníes (1631-1636). Había pronunciado sus últimos votos en la reducción de Encarnación el 20.X.1619. Murió asesinado en la región del Itatín (Paraguay) el 22.III.1645.

plantas, si bien cogió algunas flores de infantes, que antes que las marchitase la muerte, recibieron el agua que da vida[38]. Obligóle a dejarlos un señor Obispo, obligándose a poner un sacerdote, que compelido de estos bárbaros a dos días le obligaron a no volver jamás a verlos. El gobernador y el pueblo instaron a que la Compañía se encargase de ellos, mirando al bien común de su República; porque los hurtos de los caballos y otras cosas, hacía el Padre que los restituyesen.

Tenían también los españoles aviso de los designios de los indios, porque aún el día de hoy no se tienen en la ciudad por seguros de las vidas, viviendo con centinelas de día y de noche, y un insufrible afán. No tuvo efecto su deseo, porque cuando la emulación se enseñorea arrastra obligaciones, aunque sea a costa de pérdidas de almas.

Hay otra provincia que llaman Calchaquí[39], cristianos bautizados, en que Su Majestad tenía un pueblo suyo que le daba no pequeño tributo. Había en las doctrinas clérigos y en la ciudad religiosos. Viéronse estos indios tan apurados del continuo trabajo del beneficio de algodón y tejumbre[40] de lienzos, y sus mujeres tan afanadas con el perpetuo hilado y rigor con que se les pedía la tarea, aún a la más ocupada en criar sus hijos, que les obligó la necesidad a buscar el desahogo. Alzáronse, mataron buen número de españoles, y fué fuerza a los vivos desamparar la ciudad y sus bienes, que no eran pocos; y guarecerse a la ciudad de las Corrientes[41]; y aunque se ha hecho esfuerzo para volver a recuperar aquella tierra, no ha sido posible, aunque entró a ello un gran soldado y noble, el maestre de campo Manuel Cabral, que con su persona y bienes ha servido

38. Alusión al bautismo.

39. Calchaquí, según Lozano, era el nombre de dos regiones diferentes: una de ellas en el noroeste de la Argentina, y otra en el Chaco austral. A esta última, llamada también Valle Calchaquí en el siglo XVII, es a la que se alude en esta ocasión. Pedro Lozano, *Descripción corográfica del gran Chaco gualamba, etc.* Córdoba, 1733.

40. Tejumbre, por tejido.

41. Alude al abandono de la ciudad de Concepción del Bermejo y sus pueblos de encomienda, Matará y Guacará.

a Su Majestad muy fielmente[42]; antes con 700 caballos que un cierto general les dejó por despojo en una retirada que hizo, y armas que han ganado, se han pertrechado y animado de manera que se desespera ya de su conquista. Esto pasó muy poco ha en las provincias del Paraguay y Buenos Aires[43]. Lo mismo y casi en el mismo tiempo ha sucedido en el gobierno del Tucumán con otra nación del mismo nombre Calchaquí, conquistada por el Evangelio que predicaron los de la Compañía, donde tuvieron cinco poblaciones. Molestólas el infame servicio personal, y a los predicadores del Evangelio de tal suerte, que les fué fuerza despedirse de los indios, que con harto sentimiento y dolor quedaron, no siendo menor el de los Padres que los dejaron[44].

Causó contento a los españoles esta salida, pero viéndose los naturales privados de tanto bien y cargados de trabajos, tomaron las armas, despidieron el yugo, corrieron la tierra y estancias de los españoles, mataron muchos y destruyeron sus haciendas, ganados y sementeras, despoblaron un pueblo de españoles, y llevaban ánimo de destruirlos todos, y fué necesario que la Real Audiencia de los Charcas a tan desesperado suceso enviase el fiscal de aquella Audiencia por general, que ni su autoridad ni fuerzas que llevaba, con muy gran gasto de la Real

42. Manuel Cabral de Alpoim nació en 1591, en S. Miguel (Islas Azores, Portugal). Avecindados sus padres en Buenos Aires desde 1599, tramitó en Lisboa su ejecutoria de hidalguía en 1611-1612. De regreso fue alcalde de hermandad en Buenos Aires en 1621. Radicado en Corrientes, concurrió con siete vecinos y 200 indios de Itatí a sofocar el levantamiento del Caaró e Ijuhí. El 21.XII.1628, en Candelaria, fue herido de dos flechazos en la refriega. Tuvo actuación destacada en Corrientes, donde se lo nombró teniente de gobernador en 1629 y 1636. El maestre de campo Cabral de Alpoim mantuvo pleitos por las acciones de ganados de esa jurisdicción. La independencia de Portugal y la guerra con España disminuyeron su influencia, aunque todavía en 1657 fue elegido alcalde. Falleció en Corrientes en 1660. Cfr. Raúl de Labougle, *Litigios de antaño*, Bs. As., 1941, 137-157.

43. El despoblamiento aludido ocurrió entre 1631 y 1632.

44. En nota marginal: Escribe a su Magestad el ilustrísimo de Tucumán; puédese ver en capítulo LXXIX. El señor presidente de los Charcas trató que para apaciguar esta gente se volviese a encargar della la Compañía.

Hacienda, fué bastante a poner remedio, hasta que viéndose toda aquella provincia gastada de hombres y hacienda, tomó por último remedio el de la paz, dejando los indios en sus tierras de que hoy gozan, no sin deseo del Evangelio: porque todos piden sacerdotes, afirmando que no se rebelaron contra el Evangelio sino contra la tiranía y agravios[45]. Y si en la provincia del Uruguay, donde el Evangelio entró desnudo de armas, derramaron su sangre cinco sacerdotes de la Compañía con insignes martirios[46], no es flaqueza del Evangelio sino fortaleza suya y riesgo eficaz para su crecimiento, y no es deshonor de España, sino honra suya y aumento de la Real Corona, pues tan dichoso riego ha producido el fruto copiosísimo de veinticinco poblaciones o reducciones que la Compañía tiene hoy firmes en la fe y la obediencia de Su Majestad, a quien como yo en su nombre he propuesto en mis memoriales, ofrecen el tributo que Su Majestad fuere servido de imponerles[47].

Digresión ha sido esta no poco necesaria para mi intento; ahora quiero proseguir el hilo de mi viaje.

45. Alusión al levantamiento calchaquí de la provincia del Tucumán, ocurrido entre 1631 y 1636.

46. Los cinco sacerdotes mártires de la provincia del Uruguay fueron: Roque González de Santa Cruz (1628); Alonso Rodríguez (1628), Juan del Castillo (1628), Diego de Alfaro (1639) y Cristóbal de Mendoza (1635).

47. Los memoriales presentados por Antonio Ruiz de Montoya fueron varios; su listado puede verse en la obra de Hugo Storni SJ, *Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652)*, en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, v. LIII (Roma, 1984) 432-433.

IX

Llega el P. Antonio Ruiz de Montoya a la reducción de Loreto, donde estaban el P. José Cataldino y el P. Simón Masseta.

LLEGUE a la reducción de Nuestra Señora de Loreto con deseo de ver aquellos dos insignes varones, el P. José y P. Simón. Hallélos pobrísimos, pero ricos de contento. Los remiendos de sus vestidos no daban distinción a la materia principal. Tenían los zapatos que habían sacado del Paraguay remendados con pedazos de paños que cortaban de la orilla de sus sotanas. Túveme por dichoso de verme en su compañía. La choza, las alhajas y el sustento decían muy bien con los de los anacoretas; pan, vino y sal no se gustó por muchos años; carne alguna vez la veíamos de caza, que bien de tarde en tarde nos traían algún pedazuelo de limosna. El principal sustento eran patatas, plátanos, raíces de mandioca, de que hay dos especies, dulce una, que asada o cocida se come y no hace daño; la otra es brava y amarga, y comida desta manera mata; rallada y exprimida se come, y el zumo lo usan muchos para dar sabor a lo que con ella se cuece. Hay tradición que Santo Tomé el Apóstol[48] les dió esta comida, el cual tomando un palo le trozó y mandó que lo plantasen y así lo hacen y plantan, y sin tener el trozo raíz alguna, las produce muy gruesas en ocho, diez y doce meses, y si la dulce la plantan con la amarga, pierde su dulzor y se hace amarga y ponzoñosa. Obligó la necesidad a sembrar por nuestras manos el trigo necesario para hostias. Durónos media arroba[49] de vino casi cinco años, tomando del lo preciso solamente para consagrar, y por no ser cargosos a los indios, teníamos en nuestro huertecillo de las raíces comunes y legumbres con que sustentarnos.

48 Tradición sobre el apóstol Santo Tomás, ver más adelante, capítulos XXII al XXVI.

49. La arroba es una antigua medida de líquidos, cuyo peso varía según las regiones y los mismos líquidos. Para vino equivalía a 16 litros, aproximadamente.

Salimos el P. José y yo por aquellos ríos a convidar a los indios a que se redujesen en poblaciones grandes, en puestos que ya se les habían señalado. Llegamos a un pueblo cuyo gobernador era un gran cacique, gran mago y hechicero y familiar amigo del demonio, llamado Taubici, que quiere decir, diablos en hilera o hilera de diablos. Era muy cruel y con cualquier achaque hacía matar indios a su antojo, y así era respetado y sevido al pensamiento. Muy poco antes de nuestra llegada había hecho matar a un indio, porque habiéndole hecho ayo de un hijuelo suyo enfermo, se había muerto. Cuando éste quería hablar al demonio, mandaba que todos saliesen de su casa, y que en muchos pasos a la redonda no estuviesen. Quedaban en su compañía de sus mancebas cuatro de las más queridas. Mandaba descubrir algo del techo de su casa, por donde había de entrar el mal espíritu; tomábanle a este miserable unos desmayos, ayudábanle las mujeres teniéndole por los brazos y cabeza, haciendo él fieros visajes y meneos. Con estas acciones y embustes que hacía publicaba después muchas mentiras de cosas futuras, de que a veces se seguían efectos, sacándolos del demonio por sus conjeturas. Este nos recibió bien, y aunque malo nos libró de la muerte; porque algunos indios nos quisieron matar aquella noche de nuestra llegada, y aunque estaban determinados de hacerlo, les pareció no hacerlo sin consulta suya, el cual les respondió. *Si vosotros quereis matar a los Padres, hacedlo vosotros; pero yo no me meteré en eso.*

Este desden solo fue bastante para que no nos quitasen la vida: a la media noche trataban desto, y a esta hora desperté sobresaltado con un sueño que tuve de que nos iban a matar, con que estuvimos lo restante de la noche preparándonos para la muerte.

Bajó este cacique a la reducción que habíamos intitulado de San Ignacio[50], que estaba a cargo del P. Simón Masseta: empezó con sus malas mañas a entablarse con los indios, y aunque

50. La reducción de S. Ignacio de Itaumbuzú, en el Guayrá, fue fundada en 1611. Esta, junto con la reducción de Loreto, transmigró en 1632 a la actual provincia argentina de Misiones, donde se la conoce con el nombre de S. Ignacio Miní.

muchos no le daban crédito por verse prendados de la fe que el Padre les predicaba, con todo eso un caso que le sucedió le acreditó mucho. Tenía un indio dos matas de cañas dulces en su granja. Sus vecinos como cosa tan nueva le hurtaron algunas, cogió las que quedaban y llevólas a este Taubici, diciéndole que le traía aquel pequeño don, por haberle hurtado lo demás. Preguntóle por los malhechores. Díjole que no sabía quienes fuesen. No os dé cuidado (dice) que los ladrones lo pagarán y serán conocidos, porque yo haré que la enfermedad de cámaras[51] castigue ese atrevimiento. Fue así, que poco después se emprendió en aquel pueblo y en los demás esta enfermedad de que murieron algunos. Con esto cobró fama de tal suerte, que llegándose el día de Corpus Christi, apercibió el P. Simón la gente para que nadie saliese del pueblo hasta pasada la fiesta. Este Taubici por el mismo caso le dió deseo de irse del pueblo hacia el suyo, y convocando gente que le acompañase determinó su ida. Avisóles el Padre a él y a los demás, y principalmente a los que ya eran cristianos, que viesen primero la procesión y Misa, y que después se fuesen. No lo pudo acabar con ellos, y con espíritu celoso les dijo: *Pues no quereis honrar a nuestro Criador y Señor, y despreciais mis amonestaciones, temed por cierto que allá donde vais os castigará muy bien.*

Sucedió como lo dijo, porque yendo su viaje muy contentos, haciendo burla y chacota del Padre y de sus amonestaciones y amenazas, llegando ya a su pueblo, que distaba del de San Ignacio 20 leguas, reconocieron indios que estaban en sus canoas en el río. Fuese Taubici a ellos, teniéndolos por amigos, ellos luego que le reconocieron le mataron en venganza de uno que él había muerto. Sus compañeros dieron a huir en sus embarcaciones, y los contrarios a seguirlos. Hirieron muchos, parte saltaron en tierra para escapar la vida por la espesura de los montes, y parte apretando los remos salieron del peligro. Volvieron sin su caudillo, y bien enseñados con este castigo a no creer a los ministros del demonio y a creer a los de Dios, con que cobró el Evangelio mucho crédito.

51. La enfermedad de cámaras, o disentería.

Llegamos a otro pueblo que gobernaba un honrado cacique, deseoso de oír las cosas de su salvación. Pretendió el demonio estorbarle sus deseos, y así incitó a un gran ministro suyo, gran predicador de mentiras, que andaba en misión de pueblo en pueblo engañando aquella pobre gente, predicándose que él era Dios, Criador de cielo y tierra y hombres, que él daba las lluvias y las quitaba, hacía que los años fuesen fértiles, cuando (empero) no le enojaban: que si lo hacían, vedaba las aguas y volvía la tierra estéril, y otras boberías deste modo, con que atraía a si no pocos necios. Este fue a visitar aquel cacique llamado Maracaná, el cual previno tres deudos suyos, para que se le atasen. Saltó el mago de su embarcación, y puesto en tierra empezó a predicar con grande arenga y en voz muy alta, (usanza antigua destas bestias). La materia fue la porfiada necedad con que se fingen dioses. Llegó a la casa del cacique, hizo sus acostumbrados comedimientos; preguntóle el cacique quién era y a qué venia. Yo, dice, soy el criador de las cosas, el que fertilizo los campos, y el que castiga a los que no me creen con varias y molestas enfermedades. Hizo señas el cacique a los tres mozos, que le ataron aunque no con mucha brevedad; porque por muy buen rato se defendió, diciéndoles que con su saliva los había de matar, y así les escupía en los rostros. El buen cacique le decía: "Yo quiero probar si es verdad lo que tú dices, que das vida a otros, y lo veré si tú escapas de la muerte que ahora te tengo de dar". Hízole llevar al río, y puesto en el raudal de él, atada una gran piedra al cuello lo hizo arrojar, donde el desventurado acabó su infeliz vida.

X

Rito de los indios guaraníes.

VIVIAN y hoy viven los gentiles en poblaciones muy pequeñas (como se ha dicho), pero no sin gobierno. Tenían sus caciques, en quien todos reconocen nobleza, heredada de sus antepasados, fundada en que habían tenido vasallas y gobernado pueblo. Muchos se ennoblecen con la elocuencia en el hablar (tanto estiman su lengua, y con razón, porque es digna de alabanza y de celebrarse entre las de fama) con ella agregan gente y vasallos, con que quedan ennoblecidos ellos y sus descendientes. A estos sirven los plebeyos de hacerles rozas, sembrar y coger las mieses, hacerles casas y darles sus hijas cuando ellos las apetecen, en que tienen libertad gentílica. Conocimos algunos destos que tenían a 15, 20 y 30 mujeres. Las del hermano muerto toma a veces el hermano vivo, y esto no muy comunmente; tuvieron muy gran respeto en esta parte a las madres y hermanas, que ni por pensamiento tratan deso como cosa nefanda; y aún después de cristianos, en siendo parientes en cualquier grado, aunque dispensables o lícito, sin dispensación no la admiten por mujer, diciendo que es su sangre: del nefando huyen como de la muerte: ayuda a la naturaleza para evacuación por la vía, antes se morirán que admitirla. Los Caciques ya Cristianos no se casan hoy con mujeres vulgares, sino con principales, y son con esto muy remirados, aunque las vulgares sean dotadas de naturaleza; mujer perpetua aseguran muchos fundamentos que no la tuvieron, porque como gente que no tuvo contratos pasóseles por alto este tan oneroso en perpetuidad de matrimonio: demas de que como gente amiga de libertad, y desenfado tuvo por caso de indecencia el ligarse el varón con vínculo que ad libitum no fuese soluble con una sola; otros hallaron razones para la opinión contraria; mi intento no es decidir cuestiones.

Conocieron que había Dios, y aún en cierto modo su Unidad, y se colige del nombre que le dieron, que es Tupá; la primera palabra tu, es admiración; la segunda pá es interroga-

ción, y así le corresponde al vocablo hebreo manhu, quid est hoc, en singular. Nunca tuvieron ídolos, aunque ya iba el demonio imponiéndoles en que venerasen los huesos de algunos indios, que viviendo fueron famosos Magos (como adelante se verá).

Al verdadero Dios nunca hicieron sacrificio, ni tuvieron más que un simple conocimiento, y tengo para mí, que solo esto les quedó de la predicación del Apóstol Santo Tomé, que como veremos les anunció los misterios divinos[52].

Cuentan los años por los Inviernos, que llaman Roy. Su numerar no llega a más que 4, y de allí con confusión alguna hasta 10, y así les vamos enseñando nuestra cuenta, importante para las confesiones. Conocen el tiempo de las sementeras por el curso de las cabrillas[53]. Tenían por muy cierta doctrina que en el cielo hay un tigre o perro muy grande, el cual en ciertos acontecimientos de enojo se comía la luna y el sol, que son los que llamamos eclipses, y cuando sucedían, mostraban sentimiento y admiración.

El varón, en pariendo cualquiera de sus mujeres ayunaba con gran rigor por quince días, sin comer carne, y aunque la caza se le ofreciese no la mataba: guardaba todo este tiempo muy gran recogimiento y clausura, porque desto dependía la buena salud y crianza del infante. Usan un género de bautismo o ponerse nombre. El cautivo que cogen en guerra lo engordan, dándole libertad en comidas y mujeres que escoge a su gusto; ya gordo lo matan con mucha solemnidad, y tocando todos a este cuerpo muerto con la mano, o dándole algún golpe con un palo, se pone cada cual su nombre: por la comarca reparten pedazos deste cuerpo, el cual pedazo cocido con mucha agua, hacen unas gachas, de que tomando un bocado, toma cada cual

52. Sobre Santo Tomás y su legendaria presencia en América, ver mas adelante, capítulos XXII al XXVI.

53. La constelación de las cabrillas pertenece al grupo de las Pléyades, estrellas visibles que generalmente se cree son siete, aunque los astrónomos sólo cuentan seis.

su nombre: las mujeres dan a sus hijos de teta un poquito desta mazamorra, y con eso les ponen el nombre; es fiesta muy célebre para ellos, que hacen con muchas ceremonias.

Reciben a los huéspedes o los que vuleven de viaje con un formado llanto de voces a esta forma. En entrando el huésped en la casa, se sienta, y junto a él el que le recibe. Salen luego las mujeres, y rodeando al huésped, sin haberse hablado palabra, levantan ellas un formado alarido, cuentan en este llanto los deudos del que viene, sus muertes, sus hazañas y hechos que viviendo hicieron, la fortuna buena o mala que le corrió. Los varones cubren el rostro con la mano, mostrando tristeza y llorando juntamente; con palabras bajas van aplaudiendo a las endechas que las mujeres llorando dicen, y mientras más principal es la persona, mayor es el llanto y los alaridos, que parece por toda la vecindad que algún muy querido de aquella casa ha muerto. Enjúganse las lágrimas, cesan los gritos, y entonces se dan la bienvenida, y es desdichado el que así no es recibido.

A la muerte del marido las mujeres se arrojan de estado y medio de alto[54], dando gritos, y a veces suelen morir de aquestos golpes o quedar lisiadas. Tiénelos el demonio engañados, persuadiéndoles que el morir no es cosa natural y común a todos, sino que el que muere es acaso[55].

Juzgaban que al cuerpo ya muerto acompañaba el alma en su sepultura, aunque separada; y así muchos enterraban sus muertos en una grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando a los cristianos enterrábamos en la tierra, acudía al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traía el cedazo por la sepultura, como que

54. Estado, medida de longitud tomada de la estatura regular de un hombre, que solía estimarse en siete pies.

55. Acaso o causalidad.

sacaba algo, con que decían que en él sacaban el alma del difunto para que no padeciese enterrada con su cuerpo.

Al primer menstruo mujeril en empezando ponen a la moza que lo padece en su hamaca, o red, y allí la cosen al modo que se amortaja el cadaver, dejando solamente por donde pueda respirar, dánle a comer muy poco, y dura este trabajo dos, y tres días; estos pasados la entregan a una mujer muy trabajadora y recia, la cual la ejercita en trabajar en la casa en cosas de peso, trabajo y cansancio, en que la ejercita muy bien. El fin de aquesto es, que se haga trabajadora, y no sea delicada; anda sucia y afanada estos días, que comunmente son ocho; aquí conocen si ha de ser mujer de valor y de trabajo. Pasado esto le cortan el cabello al modo que a nosotros, vístenla y arreanla con lo mejor que tienen, que son cuentas azules, y otros dijes, y ya entonces puede conocer varón; y antes deste menstruo es cosa sacrílega tal acto. Tienen por cierta observancia de experiencia, que en entrando algún venado en el lugar y no matándolo, ha de morir alguno de aquel barrio por donde escapa, y el demonio ha concurrido a veces con estas supersticiones: como vimos que en una ciudad de españoles se casó uno, y estando el novio en la calle regocijando su casamiento con otros a caballo, pasó un venado que acosado en el campo pasó por aquella calle. Ayudó al regocijo el querer cogerle, pero escapóse, y con gran sentimiento dijo un indio: ¿Quien es el que ha de morir de aquesta casa hoy? Sucedió que aquella misma noche adoleció el novio y no amaneció vivo. Lo mismo tienen de los sapos, que si entra en alguna embarcación, alguno della ha de morir. Yendo yo en una embarcación, con más de 20 personas, oímos todos dos días arreo ruido destas sabandijas, yo ya avisado desta superstición, atendí con cuidado a las acciones de los indios, los cuales se turbaron, buscaron con cuidado estos animalejos, y no se pudieron encubrir si de facto los hubiera, pero fue invención diabólica que por dos días dió música de sapos, sin que en ninguna manera los hubiera. Congojáronse los indios, pero como ya recién cristianos, por mi respeto disimularon su pena. Dentro de muy pocos días, en el mismo viaje y embarcación adolecieron algunos de un pestilente

tabardillo[56], y aunque les acudí con sangrías, murieron cuatro dellos.

Tienen noticias por tradición del general diluvio que llaman Yporú, que quiere decir inundación muy grande; y la misma tradición tienen en el Perú, como escribe un autor de nuestros tiempos[57]. Las supersticiones de los magos se fundan en adivinaciones por los cantos de las aves, de que han inventado muchas fábulas, en curar y con embustes, chupando al enfermo las partes lesas, y sacando él de la boca cosas que lleva ocultas, mostrando que él con su virtud le ha sacado aquello que le causaba la dolencia, como una espina de pescado, un carbón o cosa semejante. Los peores y más perniciosos son los enterradores, cuyo oficio es matar, enterrando en la casa del que desea matar algunas sobras de su comida, cáscaras de fruta y pedazos de carbón, etc. A veces entierran sapos atravesados con alguna espina de pescado, con que se va enflaqueciendo el que desean matar, y sin otro accidente muere, de que hemos visto muchas veces efectos conocidos. Averigüé de algunos que el demonio en figura de un negrillo se les aparecía con un cesto en la mano, incitándoles que fuesen a enterrar, y en una pieza donde nunca faltaba gente de día ni de noche, hallamos más de trescientos hoyos y sepulturas de cosas que el demonio les había dado. Y deseando uno destos matar con estas cosas a un Padre, le respondió el demonio, que no tenía fuerzas contra aquellos religiosos.

56 Tabardillo, o tifus exantemático.

57 En nota marginal dice: Fray Alonso Ramos. Se refiere al fraile Agustino Alonso Ramos Gavilán, quien en 1621 publicó una *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros, e invención de la cruz de Carabuco.*

XI
Modo que tuvimos para quitar estos abusos, y predicar la fe.

LLEGONOS a esta sazón un compañero, que fué el P. Martín Urtazum[58], natural de Pamplona, donde dejó tres mil ducados de renta en mayorazgo, a la fama de los minerales ricos de almas de aquella pobre provincia. Dividímonos en dos pueblos, asistiendo dos de nosotros en cada uno, que fueron Loreto y San Ignacio; pusimos escuela de leer y escribir para la juventud; señalose tiempo de una hora mañana y tarde para que acudiesen todos los adultos a la doctrina, y aunque en ella y los sermones que hacíamos todos los domingos tratábamos con toda claridad de los misterios de nuestra santa fe y de los preceptos divinos, en el sexto guardamos silencio en público, por no marchitar aquellas tiernas plantas, y poner odio al Evangelio, si bien a los peligrosos de la vida instruímos con toda claridad. Duró este silencio dos años, y fue muy necesario, como comprobó el suceso, como veremos. Procuró el demonio tentar nuestra limpieza ofreciéndonos los caciques algunas de sus mujeres con achaque de que ellos tenían por cosa contra naturaleza que varones sirviesen en las acciones domésticas de guisar, barrer y otras deste modo.

Hízoseles muy buena relación de la honestidad de los sacerdotes, y que por ese fin lo primero en que habíamos puesto el cuidado había sido en cercar un breve sitio de palos para defender la entrada de mujeres en nuestra casa, acción que les admiró; pero como bárbaros no la tenían por honrosa; porque su autoridad y honra la tenían en tener muchas mujeres y criadas, falta muy común entre gentiles. Tenían el P. José y P. Martín, demás del pueblo de San Ignacio, a su cargo otros dos como colonias, a que acudían cuando era necesario; en Loreto

58 El P. Miguel de Urtasun nació en 1590 en Pamplona Navarra. (España). Ingresó en 1604 a la Compañía y llegó a Buenos Aires el 1.V.1610. Su fallecimiento se produjo en la reducción de Loreto del Pirapó el 2.II.1614.

el P. Simón y yo teníamos una, tres cuartos lejos de Loreto, cuyo cacique era un valiente y respetado indio llamado Roque Maracaná, a quien toda la tierra veneraba; íbamos alternativamente todos los domingos a doctrinar este pueblo, que todo era de gente reducida de nuevo, que, por ser ya muy numeroso, nos daba buen trabajo, aunque gustosos por la ganancia de muchos que se bautizaban, y adultos y enfermos a quienes era fuerza tratar del matrimonio y unidad de mujeres, en que se trabajó mucho. Nuestro ejercicio fue este: en amaneciendo visitábamos los enfermos, luego se decía la Misa y sermón después del Evangelio, despedíamos luego los gentiles, acción que sentían mucho, por verse echados de la iglesia como perros, envidiando a los cristianos que se quedaban en ella, de donde salió la emulación de saber con brevedad la doctrina para bautizarse, quitando todo impedimento; y tomando a mediodía tiempo para rezar las horas, volvíamos a la iglesia (en ayunas por no ser molestos en pedir cosa a los indios) donde se hacía la doctrina, bautizando a doscientos, trescientos, y cuatrocientos cada día. Llegada ya la noche nos volvíamos a Loreto bien cansados y quebrada la cabeza, y ayunos y sin ganas de comer, de cuyo trabajo se nos murió luego el P. Martín Urtazum, como después diré.

Teníamos los Padres en San Ignacio un principal cacique que había corrido varias fortunas en varias partes donde se bautizó y casó; y finalmente, por su elocuencia se había hecho como señor de aquella gente. Este era ministro del demonio, el cual aficionado de una mujer, no por hermosura sino por ser noble, repudió la suya legítima, desterrándola a una heredad, puso en su lugar a la manceba con título de mujer legítima, y con desvergonzada intrepidez decía que era su legítima mujer, servíase ella como señora de muchas criadas. Pasó este pobre adelante con sus embustes, y para acreditarse más con los suyos se fingió sacerdote; vestíase en su retrete[59] de una alba, y adornándose con una muceta de vistosas plumas y otros arreos,

59. Retrete, cuarto pequeño habitación destinada para retirarse.

fingía decir Misa; ponía sobre una mesa unos manteles, y sobre ellos una torta de mandioca y un vaso pintado de vino de maíz, y hablando entre dientes hacías muchas ceremonias, mostraba la torta y el vino al modo que los sacerdotes, y al fin se lo comía y bebía todo, con que le veneraban sus vasallos como a sacerdote: era sobremanera deshonesto, porque tenía gran número de concubinas, consintiéndolo todo y fomentándolo su fingida mujer. Bautizamos ocho infantes hijos suyos, esquilmo de aquel año, y todos bien dichosos porque murieron muy breve bautizados. Dábale en rostro nuestra honestidad y recato; no le daba gusto que a los enfermos y a los que deseando de veras lavarse por el bautismo obligábamos a dejar sus mujeres. Llegó a tanto su sentimiento; que empezó a turbar los ánimos de sus vasallos contra nosotros, y así en varias juntas les dijo: *Los demonios nos han traído a estos hombres, pues quieren con nuevas doctrinas sacarnos del antiguo y buen modo de vivir de nuestros pasados, los cuales tuvieron muchas mujeres, muchas criadas y libertad en escogerlas a su gusto, y ahora quieren que nos atemos a una mujer sola. No es razón que esto pase adelante, sino que los desterremos de nuestras tierras, o les quitemos las vidas.*

Había entre ellos muchos que nos tenían amor, y estimaban la virtud, y buen ejemplo y doctrina nuestra; estos le divertieron, avisándole que no parecía bien poner esto en ejecución sin parecer y consulta de Roque Maracaná, y que, viniendo él en ello, se podría ejecutar. Fué luego este cacique Miguel Artiguaye a visitar a los Padres, y al parecer con buen semblante y rostro risueño, y a muy pocas razones de cumplimiento, mudándose en una fiera bestia, prorrumpió diciendo a voces: *Vosotros no sois sacerdotes enviados de Dios para nuestro remedio, sino demónios del infierno, enviados por su príncipe para nuestra perdición. ¿Qué doctrina nos habeis traído? ¿Qué descanso y contento? Nuestros antepasados vivieron con libertad, teniendo a su favor las mujeres que querían, sin que nadie les fuese a la mano, con que vivieron y pasaron su vida con alegría, y vosotros quereis destruir las tradiciones suyas, y ponernos una tan pesada carga como atarnos con una mujer;* y saliéndose

del aposento dijo: *No será así, que yo lo remediaré.* Los Padres, que como corderos habían estado oyendo los bramidos deste lobo, queriéndole detener para darle razón a sus sinrazones, no pudieron, antes arrebatado de un furor diabólico, salió diciendo a voces: *Ya no se puede sufrir la libertad destos que en nuestras mismas tierras quieren reducirnos a vivir a su mal modo.*

XII

Salida que hace este cacique de su pueblo a consultar su mal intento con Roque Maracaná, y lo que le sucedió.

LA noche siguiente consultó Miguel este negocio con los suyos (y los Padres con Dios) y la resolución fué que, en amaneciendo, se oyó en todo el pueblo gran ruido y estruendo, apercibimiento de guerra, atambores, flautas y otros instrumentos: juntáronse en la plaza del pueblo 300 soldados armados con rodelas, espadas, arcos y flechas muchas y muy vistosas, por estar todas muy pintadas de colores y adornadas de varia plumería; llevaban en las cabezas muy vistosas coronas de plumas; pero entre todos se esmeró el cacique Miguel, el cual se puso un rico vestido todo hecho de plumas de varios colores, entretejidas con muy lindo artificio; llevaba en la cabeza una corona de plumas, armado con una espada y rodela: iban a sus dos lados dos mocetones con un arco y un gran manojo de flechas cada uno para el mismo cacique, el cual capitaneando toda esta gente se fué a embarcar; salieron del puerto con mucha gallardía, sonido de atambores y flautas.

Dejémoslos por ahora caminar el río abajo, y volvamos a los Padres José y sus compañeros, los cuales, dudosos deste viaje, no pudieron hacer otro juicio sino que iban a consultar su muerte con Roque Maracaná, y con su parecer matar al P. Simón y a mí, que estábamos en Loreto, y luego dar la vuelta a matarlos a ellos, lo cual confirmó el sentir de algunos de los

que quedaban en el pueblo. Llegábase a esto el haber oído decir al cacique Miguel: *Alguna mañana amanecerán estos Padres sin cabezas.* Facilitaba el creer que el cacique Roque vendría en ello, el ser interesado en muchas mancebas que tenía, y ser mozo muy libre y arrojado.

Con estos discursos se recogieron a tener una espiritual conferencia de lo que debían hacer para prepararse a recibir la muerte; convinieron en hacer una confesión general de toda su vida (si bien pocos meses después, muriendo en mis manos el P. Martín, en la confesión general que de toda su vida hizo, no hallé cosa grave ni de que yo pudiese dudar que lo fuese). Confesáronse para morir, poniéndose en las manos de Dios, en cuyo amparo solo estaba su defensa. Acudió nuestro Señor en este aprieto al socorro de sus siervos esta manera.

Mas adelante deste pueblo de San Ignacio estaba otro bien grande, de gente que habíamos allí reducido: era cacique de él un muy buen indio llamado Araraá, el cual, luego que supo el desacato del cacique Miguel, envió a los Padres un recado con una buena embarcación, en esta forma: *Sabido he la desvergüenza de ese cacique, y que trata de mataros; yo holgara mucho que quisiérades venir a este vuestro pueblo a guareceros de tal enemigo; no os faltará lo necesario, ni gente que os defienda, que vasallos tengo que lo sabrán hacer; y para que no hayan dilación en vuestras venidas por falta de embarcación, os envío esa, y quedo con deseo de veros ya en este vuestro pueblo.*

Los Padres por no mostrar cobardía, fiados en Dios, quisieron esperar el suceso, y así respondieron con agradecimiento a esta oferta, quedándose en oración continua, la cual es más poderosa que las armas, cuyos efectos se vieron aquel mismo día.

Estaba el cacique Roque bien descuidado, y el P. Simón y yo también, de aquestos alborotos, cuando oyó gran vocería y ruido de atambores. Preguntó a sus criados que novedad era aquella, e informado de todo, pidió su espada y embrazó una

rodela, mostrándose gallardo, que lo era, y muy bien dispuesto. Saltó el cacique Miguel en tierra, pusiéronse sus soldados en dos hileras, llevándole en medio como capitán, embrazada su rodela y ceñida su espada, y a usanza de los nobles antiguos empezó a caminar, hablando en altas voces, diciendo: *Hermanos, y hijos míos, ya no es tiempo de sufrir tantos males y calamidades como nos vienen por estos que llamamos Padres; enciérrannos en una casa (iglesia había de decir) y allí nos dan voces y nos dicen al revés de lo que nuestros antepasados hicieron y nos enseñaron; ellos tuvieron muchas mujeres, y estos nos las quitan y quieren que nos contentemos con una; no nos está bien esto; busquemos el remedio destos males.*

Salió el cacique Roque algunos pasos de su casa, acompañado de solos doce, o catorce vasallos suyos, armados de flechería; hízole Miguel su comedimiento, y Roque, antes que pasase adelante, le preguntó: ¿Traeis cartas de los Padres de vuestro pueblo para estos Padres que están acá abajo? No es tiempo de cartas (dijo Miguel) sino de que honremos el modo de vivir de nuestros pasados, y acabemos ya con estos Padres, y gocemos de nuestras mujeres y de nuestra libertad. A este punto arremetió Roque a él, y agarrándole de la ropa que traía vestida por el pecho, y dándole dos fuertes remezones, dió con él en tierra. Rodaron por tres partes, él, su rodela y su espada, y volviéndose a los suyos, les dijo: Ninguno tire flecha; empiecen ellos, que si empezaren, yo los acabaré; porque la desvergüenza deste, yo la castigaré. El pobre de Miguel viendo tan mala acogida, dió voces a los suyos diciendo: Volvámonos, volvámonos y así lo hicieron todos; y él haciéndose llevar a la otra parte del río (que es de ancho un tiro de mosquete) saltó en tierra, desnudóse de sus galas, de su corona y plumas, y vistiéndose una camiseta o casaca que tomó a un indio, y dejando su espada y rodela con un báculo en la mano, a fuer de penitente, siguió el camino de su pueblo solo con un criado.

Estaban los Padres cuidadosos de saber si ya nos habían muerto, esperando ellos también su fin, cuando vieron a Miguel desconocido por el hábito. Entrase por las puertas de los Padres,

híncase de rodillas, y puestas las manos les dijo: *Por amor de Jesucristo y de San Ignacio os ruego que me perdoneis el desacato que como necio tuve contra vosotros; estaba yo loco y sin juicio; ya le tengo, porque Dios ha castigado mi soberbia, y así os pido que me perdoneis, y pues nos habeis predicado la facilidad con que Dios perdona a los que le ofenden, imitalde*[60] *vosotros en perdonarme a mí, pidoos juntamente que me ampareis y defendais, porque con razón temo que esta gente me mate; bien merezco la muerte por mis necedades; pero vosotros, como verdaderos Padres y siervos de Dios, me habeis de perdonar y amparar.* El P. José le echó los brazos, y como Padre al fin, aunque de tan mal hijo y como verdadero y amoroso pastor, le levantó del suelo y le consoló, amonestándole que mirase por si en adelante, y que escogiese el verdadero camino, pues había experimentado cuán mal le habían salido sus quimeras. Con esto se apaciguó esta tempestad, y Miguel fingió que echaba de si a su manceba, causa destos alborotos, y trajo a su casa su verdadera mujer, con que en lo exterior fingía vivir bien, pero vivió siempre mal, y así murió mal como diremos.

XIII

Envían los Padres al P. Antonio Ruiz a la ciudad de la Asunción, y casos que le sucedieron.

COMO por la larga distancia de camino que destas reducciones había a la ciudad de la Asunción, no teníamos correspondencia con nuestros Superiores, y ellos por la misma razón estuviesen con cuidado, el cual se les acrecentaba cada día con la relación que unos españoles de la Villa Rica les hicieron, de que estábamos ociosos y que no hacíamos más que pasar tiempo, y que convenía sacarnos de allí (el fin que tuvieron no hay razón para excusarlo; porque desearon mucho

60. Imitalde, por imitadle.

que desamparásemos aquel rebaño, para entrar a la parte del esquilmo) con esta relación estaban ya determinados nuestros Superiores de llamarnos, y así se resolvieron los Padres a enviarme.

Salí con harto dolor por dejar a mis compañeros y privarme de tan apostólico empleo; caminé hasta el salto del Paraná por el río, y de allí por tierra 35 leguas, poco antes de llegar a Maracayu (de que ya he dicho) me acompañó un cruel aguacero casi todo el día, caminando a pié y descalzo por un continuo arroyo que corría por el mismo camino del agua que llovía; alberguéme para pasar la noche debajo de un árbol con cinco indios que me acompañaban, porque el sexto se había quedado una legua de allí con una frazada, y una hamaca y un poco de harina de palo, que era todo mi ajuar y matalotaje; sentéme arrimando la cabeza al árbol, donde pasé la noche sin comer bocado, ni mis compañeros, porque no lo había: el agua que corría por tierra me sirvió de cama, y la que caía del cielo de cobija; deseaba el día por ser tan larga la noche.

Al reir del alba probé a levantarme, pero halléme tullido de una pierna yerta como un palo, y con agudos dolores; animéme a caminar arrimado a una cruz que llevaba en las manos; llevaba arrastrando la pierna por el mismo camino del agua que corría; para pasar cualquier palo que hay muchos atravesados por aquel camino, me sentaba sobre él, y con ambas manos pasaba la pierna por él con crueles dolores, y levantándome, proseguía mi camino (es el cielo testigo del insufrible trabajo que padecí).

Llegué al puerto de Maracayu, donde hallé un español honrado, tratante en yerba; dile cuenta de mi trabajo con esperanza de que me favorecería con una embarcación que allí tenía: negómela, permitiéndolo el Señor para premiar la obediencia. Determiné proseguir mi viaje por tierra, camino de 150 leguas, lleno de indios enemigos y de hechiceros, fiado en que mi viaje era por pura obediencia; caminé en todo aquel día sola media legua, resistiendo a los indios que porfiaban en llevarme en hombro sobre una hamaca, lo cual no consentí.

Hicimos alto al poner del sol debajo de un árbol; tenía la rodilla hinchada, y los nervios como si fueran de hierro: a cualquier movimiento que hacía me metían lanzas, ni aún un paño tuve para abrigar la pierna; juzgué por el más eficaz remedio la oración; encomendéme a mi glorioso Padre San Ignacio, púsele delante los bienes que ofrece en su carta de la obediencia a los que a ciegas se dejan guiar desta virtud, y las victorias que cantan los obedientes; gasté buen rato en esto, porque, aunque era ya bien entrada la noche, no me dejaban dormir los dolores; apenas con el cansancio quedé adormecido un poco, cuando sentí a mis pies a San Ignacio, el cual tocándome el pié me dijo: Prosigue tu viaje, que ya está sano. Al punto desperté (y no sé si dormía), tenté la pierna, y halléla sana: dobléla, no sentí dolor; levantéme, paseéme, dí patadas con el pié que había estado tullido, y halléme totalmente bueno, y sano y alentado, sin cansancio alguno: hinquéme de rodillas a dar gracias a Dios que obra por sus santos tales maravillas.

A la mañana trataban mis compañeros de llevarme en hombros y aparejaban lo necesario; díjeles que apostásemos a caminar, y yo empecé la apuesta llevándoles muy buen trecho de ventaja, con espanto suyo que no sabían cuán buen médico me había curado. Al siguiente día encontré unos indios y me dieron aviso de una embarcación que estaba en un arroyo, aconsejándome no caminase por tierra, porque sin duda me matarían los indios bárbaros que habitan por aquellos montes, y en esta embarcación llegamos a la ciudad del Paraguay.

XIV

De mi llegada al Paraguay, y vuelta a las misiones, y muerte del P. Martín Urtazum.

LLEGUÉ a la ciudad de la Asunción, dí cuenta del glorioso empleo en que mis compañeros quedaban, pedí algunos, pero la penuria dellos no dió cumplimiento a mi deseo. Volví a desandar aquella tan larga tiramira[61] hacia mis amadas reducciones. Llegué al puerto de Maracayu, donde volví a hallar aquel hombre que me negó la embarcación muy quejoso de mí, calumniándome que habiéndome negado su embarcación, yo me la habia llevado; mostrele en la que había ido, que era la misma en que volvía; y fué el caso, que luego que el hombre me la negó, la sumergieron los demonios en el río, llenándola de arena; fué el hombre a verla, y como no la halló juzgó que yo la habia llevado, y lleno de enojo me culpaba; pero nadando en aquel paraje unos indios, toparon con los pies en los bordes de la canoa, que era grandísima; avisaron al dueño, el cual concertando veinte indios con buena paga para que el día siguiente la sacasen, teniendo algunos por casi imposible por su grandor y estar llena de arena· fueron el día señalado, y la hallaron sobre el agua y bien limpia. Hay por aquellos montes muchos destos malos espíritus.

Llegué a mis deseadas misiones con grandes deseos de ayudar a mis compañeros. Estuvimos seis meses trabajando al modo que queda dicho, con grandes conversiones, muchos bautismos y aumentos en la fe; cuando los Superiores llamaron al P. José a la Congregación, con que quedamos tres compañeros, y a pocos días solos dos; porque de puro trabajo se nos murió el P. Martín Urtazum, acelerándole la muerte, no ya la falta de regalos, médicos y medicinas, que nada desto teníamos, sino la falta del sustento de hombres racionales; su mayor regalo fué algún pajarillo que le traían cazado por los montes, y una

61. Tiramira, cordillera larga y estrecha. Fila o serie continuada de muchas cosas o personas.

poca de harina de palo, que aún un sano ha menester buena gana para comerla; porque en más de ocho o diez años no vimos pan de nuestros ojos

Pedíame algunas veces un terrón de azúcar para refrescar el ardor de la calentura, respondiéndole yo que ¿cómo me la pedía si sabía que no la había?, me respondió: Bien sé que no hay, pídola para hacer cocos a la naturaleza que me la pide, y no la ha de comer. De considerar es que un hombre noble, mayorazgo y criado en regalo, muera de hambre. Confesóse generalmente de toda su vida sin haber habido en ella cosa grave, como ya dije; dábale pena morir en cama, que era un colchoncillo y una frazada, que él juzgaba por mucho regalo, porque deseaba morir arrastrado y hecho pedazos por Jesucristo.

Gran flojedad es la mía (me decía muchas veces), pues como regalón muero en la cama: hacía muy frecuentes y fervorosos actos de martirio. Halléle el día que murió, al parecer triste; preguntéle la causa, y me respondió: Ah Padre, ¡qué viaje es éste, qué temeroso!, es menester probar a morir toda la vida para morir una vez bien. Ruégole que ya que mi alma se priva por muchos meses de los sufragios que por mi se han de hacer, por la longitud que hay de camino antes que a la provincia llegue aviso de mi muerte, que V.R. supla aquesta falta diciendo por mi 20 Misas, y la primera sea luego al punto que espiraré; ofrecíle cincuenta. Pidió la Extremaunción, diciendo que se la diese luego porque quería recibirla estando en su entero juicio, la cual recibió con mucha ternura y consuelo. Y estando este dichoso varón prometiéndome de ayudarme en el cielo con sus ruegos, de repente se le quitó la habla, siendo la última esta. Luego preguntéle si era la Misa que me había pedido luego que espirase; dijo con la cabeza que sí. A la media noche dió su alma al Señor, con tanta paz y sosiego como si durmiera un suave sueño, mostrando en la hermosura y serenidad de su rostro la hermosura de su dichosa alma.

De ahí a algunos meses, estando un grande amigo y devoto suyo, religioso, muy afligido y cargado de trabajos entre gentiles, le regaló una noche mostrándose en una grande claridad, y le

animó a la perseverancia y sufrimiento en los trabajos, diciéndole: Desta gloria gozan los que trabajan por Dios.

XV

Conversiones que se hicieron.
Cuéntase casos particulares.

DISMINUYÓSE el número de los obreros, pero no el de la labor y trabajo. Algunos de los puestos en que se juntaban los indios eran muy enfermos, y cuando acudíamos a uno, se morían en el otro algunos sin confesión. Llegóse a esto, que con el continuo trabajo me derribó una pesada enfermedad de fiebres, que por la posta me llevaban a la muerte; pasé mi trabajo solo, porque me desampararon unos indios que tenía en mi compañía.

Una noche pensé ser ya la última, y así, tomando en las manos un pequeño crucifijo que tenía al cuello, poniéndome en sus manos, le entregaba el alma con harto consuelo y júbilo de alegría, por verme morir en tan humano desamparo, que aún quien me encendiese una luz en una oscura choza no tenía; dábame gusto el verme amortajado, porque ni aún quitarme las vestiduras había podido. Acudió el médico común con su infinita misericordia, que nunca la niega a los que por su amor se arrojan a estos lances; acudió a este con prendas de que muy en breve cobraría salud, y así fué.

Tratamos mi compañero y yo de recoger toda aquella gente en dos puestos, que ya la experiencia nos aseguraba que eran sanos, para que recogidos así no corriesen riesgo de morir sin bautismo y confesión. Todos los caciques vinieron en esto; solo Roque Maracaná (de quien he hecho mención) desvergonzadamente dijo que no quería. Respondíle que él, aunque no quisiese haría lo que Dios gustase.

Era este pueblo el más necesitado de mudanza, por ser el más enfermo, y la mudanza a Loreto eran tres cuartos de legua, y aquel aún no fundado; porque no habían hecho más que hacinarse en él. Valímonos de la oración, que la común experiencia nos daba conocimiento de su valor y eficacia. A la nueva de mi enfermedad (de que ya yo estaba sano) bajó el P. Simón a verme la víspera de Pascua de Reyes, y habiendo aquel día los dos encomendado a Dios este negocio, oímos a la media noche en la reducción de Loreto, donde estábamos, un grande ruido en el pueblo; desperté a mi compañero, y dudando de la causa, nos pareció que quizá se armaba otro alboroto como el pasado para matarnos; pasamos lo restante de la noche en oración.

Apenas hubo amanecido, cuando entra en nuestra casa el cacique Roque acompañado de algunos criados, y con su espada en la cinta; creció nuestra sospecha de que trataban de matarnos. Preguntéle la causa de su venida tan de mañana (ya dije que este tenía su pueblo tres cuartos de legua lejos de Loreto). Has de saber (dijo) que aunque me pediste me mudase a este pueblo, no tuve voluntad de hacerlo, porque tenía por deshonor mío agregarme a otro pueblo, habiendo mis pasados y yo tenido el suyo aparte; pero esta noche, apenas cerré los ojos para dormir, cuando me despertó una voz que me dijo: Múdate, haz lo que te manda el Padre; desperté y no ví a nadie, porque tenía luz en mi aposento; segunda y tercera vez me sucedió lo mismo. Concebí temor de que si no lo hacía me privaría Dios de la vida. Y así luego al punto, que era ya la media noche, llamé a mi gente, y dándoles parte de lo que me había sucedido, les mandé que luego al punto saliésemos con herramientas de hachas para rozar aquí el puesto que me señalaste, y juntamente hice destechar parte de mi casa, y que por el río trajesen la techedumbre[62], para que aquí me hiciesen esta misma noche algún alojamiento o tienda en que he podido reposar; mis vasallos han derribado esta noche un gran pedazo de monte para fabricar sus casas y la mía, con ánimo que tengo de no volver más al puesto que he dejado ni dejar este: véngote a avisar para

62. Techedumbre, por techumbre.

que no estés con cuidado, y gustaré que vamos a ver lo que esta noche se ha trabajado.

Esto dijo, dejándonos maravillados de la divina providencia que tan fácil le es con un asombro mudar en cera un corazón empedernido. Fuimos al puesto, donde juzgamos por imposible de creer (si la vista no lo atestiguara) que de noche se pudiera haber hecho tanta obra; cuya oscuridad vencieron muy grandes hogueras, a cuya luz se hizo toda aquella obra; propia fué de la divina diestra, a quien hicimos las debidas gracias.

Con estos sucesos iba obrando la divina palabra, y cobrando su Evangelio fuerzas, y así la poníamos ya en predicar contra la deshonestidad, restituyendo a priesa los caciques sus mancebas. Uno oyó un sermón, y herido de la divina palabra, apenas se había bajado el predicador del púlpito cuando siguió al Padre, llevando consigo seis mancebas (siete habían de haber sido, para que los siete pecados saliesen de su casa); juntóse la gente a este espectáculo, por ser acción tan nueva entre aquellos bárbaros, que a todos causó novedad y espanto, y no poca edificación, por ser hecha del mayor cacique que tenía el pueblo; el cual dijo: *Padre, yo soy cacique y gobernador de aqueste pueblo, y así, es bien que yo empiece a dar buen ejemplo, deshaciéndome de aquestos embarazos, aquí te traigo seis mujeres que han sido mis mancebas, cásalas tú, o ponlas donde quisiereis, que ya no han de poner jamás sus piés en mi casa.* Acto fué este parecido al de Ananías[63], que defraudó del precio que ofreció a los Apóstoles: porque este defraudó del número de sus mancebas, dejando bien ocultas 30, y parte dellas que lo habían sido de un hermano suyo. Prendióle la justicia de Dios con una enfermedad muy grande, y vístose cogido con el hurto, compuso bien su alma, y aunque no de repente, murió en breve, con harto dolor de sus desórdenes, dejándonos prenda de su salud eterna. Deste tenor sucedieron algunos otros casos.

63. Episodio ocurrido con Ananías y su esposa Safira, referido en Hechos de los apóstoles 5, 1-11.

Estando un Padre en oración después de media noche, oyó que le decían en lengua castellana (no habiendo en el pueblo otro que la entendiese ni hablase sino él): Cásale; y a breves ratos oyó por tres veces la misma palabra. Cásale luego: juzgó ser engaño del demonio. Amaneció, y al punto llegó a él un cacique muy principal, y le dijo: Padre, cásame. Había el Padre amonestado a este mucho tiempo que se casase, porque era ya cristiano, y tenía por manceba una muy hermosa india, y no trataba de casarse, difiriéndolo cada día. Díjole el Padre, hijo, ¿qué novedad es esta? Cásame, respondió; instóle el Padre por la causa, por ver la intrepidez con que pedía cosa que con terquedad había rehusado. Cásame luego (dijo el indio) porque no quiero tener esta siguiente noche tan pesada y enfadosa como la pasada. Sabrás que anoche me acosté a dormir, y al primer sueño, hiriéndome el costado no sé quién, me dijo: Cásate: ¿por qué no haces lo que te manda el Padre? Desperté y no ví a nadie, y ví que toda mi gente dormía; volvíme a acostar, y apenas cerré los ojos, cuando me sucedió lo mismo segunda y tercera vez, sin ver yo a nadie. Déjame ya, dije a voces, que yo prometo que en amaneciendo iré a pedir al Padre que me case: quedé tan temeroso, que no pude dormir, deseando el día para venirte a pedir que me pongas en buen estado. Viendo el Padre la conformidad de avisos, averiguando que no había impedimento, los casó, y vivieron muy ajustadamente y murieron después de algunos años con muchas prendas de su salvación, dejando por herederos de sus virtudes tres hijos que hoy viven.

XVI
De un alboroto que un sacerdote clérigo causó en Loreto, y como procuró desterrar de allí a los Padres.

ENVIDIOSO el enemigo común de verse despojar por dos pobres sacerdotes de la presa que con tanta seguridad había poseído casi innumerables años, trató de hacernos guerra y barajar nuestros intentos. Tomó por instrumento a un sacerdote, el cual, juzgando que ya que a costa de nuestros trabajos estaba aquella gente pacífica, la podrían mejor que nosotros doctrinar clérigos, y así, trató con los indios que nos echasen de sus tierras, tomando por instrumento al cacique Roque, que en otra ocasión nos había librado de la muerte. Este con otros dos caciques trataban con calor de desterrarnos; púsose la gente en bandos; la mayor parte era del nuestro. El P. Simón en un sermón que les hizo les dijo estas razones: *Hijos, no os den pena estos trabajos que nos amenazan, el autor dellos es el demonio, que por medio de sus ministros quiere cortar el hilo que lleváis de vuestra salvación, presto pagarán con la muerte su atrevimiento, con que quedará todo en paz.* Cumplió Dios la profecía de su siervo, porque Roque y los dos sus compañeros, en el mayor fervor de su pretensión en desterrarnos, en su mayor sanidad y lozanía, que el de mayor edad tendría 35 años, adolecieron un lunes, y el viernes estaban ya enterrados y con ellos estos alborotos. Y para que estuviesen patente a los demás aqueste ejemplo, los enterró en medio de la iglesia, en tres distintos hoyos juntos, poniendo señal sobre sus sepulturas, con que los de la parcialidad de aquestos se reconciliaron con los Padres, y el clérigo, principal autor de todo esto, no se quedó sin castigo, porque murió poco después emponzoñado de una víbora.

Volvió en esta sazón el P. José Cataldino, con que quedamos más victoriosos del afán pasado. Sucedió por este tiempo que adoleció un buen indio, que siempre fue tenido por cristiano,

y como tal confesaba muy a menudo, y comulgaba una vez al año; fuíle a ver, confesóse sin materia grave, porque vivió muy ajustado: perseveró su enfermedad por más de dos meses, y él en llamarme cada día, y como apenas daba materia, juzgué que callaba algún pecado, pero con riguroso exámen no pude sacarle cosa: días hubo que me llamó tres veces, el día que murió me llamó otras tres con gran priesa, una tras otra. Preguntéle si el demonio le engañaba haciéndole callar algún pecado; dijo que no. Salió en esto una mujer anciana, y dijo: Padre, este no se acaba de morir, porque entiendo que no es cristiano y averiguando su bautismo, confesó él mismo, que en un pueblo de españoles a donde él había ido siendo mozo, le había bautizado un sacerdote, echando agua bendita a todos los que estaban en la iglesia, y que a él le habían caído algunas gotas, y él mismo se había puesto por nombre Juan. Este fué el asperjes que se hace en las iglesias los domingos. Aviséle que no era cristiano, y pidiendo él con muchas veras el bautismo, se asentó en su cama para recibirle, y así como le eché la agua, se recostó, y juntamente despidió su alma en mi presencia.

XVII
Prosíguese la misma materia de casos particulares sucedidos en esta misma reducción de Loreto.

TENÍAMOS en esta reducción un buen indio dotado de sinceridad y de buena alma: adoleció, y confesado murió, recibidos los demás Sacramentos, que ya dábamos el Viático (descuido de que pedirá a Dios cuenta a muchos curas que por no trabajar en disponer a los indios para la comunión, los condenan de rudos e incapaces). Ordené el lugar de su sepultura, en la cual después de algunas horas vi que un Padre estaba enterrando un difunto, y no dudé fuese este. Cerca de mediodía me llamaron de parte deste difunto, afirmando los mensajeros que había resucitado, y que todo el pueblo acudía a verle; fuí y hallé que le habían desamortajado: tenía

el rostro muy agradable y alegre, y el pueblo alrededor del maravillado. Díjome que había muerto, y que allí cerca de su cama, señalando él el mismo lugar, encontró su alma con un fiero demonio, el cual le dijo: Tú eres mío. No soy, respondió, porque me confesé muy bien, y recibí los Sacramentos. No es así, dijo el demonio, que no te has confesado bien; porque años ha que te emborrachaste dos veces, y nunca te acusaste desta culpa. Es verdad (dijo él) que no me confesé de esos pecados, no por malicia, sino por olvido, y así Dios me los ha ya perdonado. No ha (dijo el demonio), y así, yo te he de llevar porque eres mío. En esto se le presentó San Pedro Apóstol y dos ángeles, el uno conoció ser Miguel, y el otro el de su Guarda, cuya presencia ahuyentó al demonio.

Nunca había visto este buen indio imágen de San Pedro, pero pintómele de la misma manera que le pintan los pintores y los escritores lo describen, el cual cubriéndolo con su palio y en compañía de los dos ángeles se trasmontaron[64], y pasando unos amenísimos campos llegaron a vistas de una muy gran ciudad cercada, de la cual salía muy gran claridad y resplandor. Aquí hicieron alto, y San Pedro le dijo. Esta que ves es la ciudad de Dios, aquí estamos y vivimos con él; tú, conviene que vuelvas a tu cuerpo, y al tercero día entrarás en la iglesia (era aquel día viernes); a este punto se halló en su cuerpo. Preguntéle que entendía él por aquel haber de entrar al tercer día en la iglesia (si bien yo juzgué en mí, que se había de morir al tercer día). Respondió él: Porque el domingo me enterrarán, que yo no vengo a otra cosa más que avisar a mis parientes, para que crean lo que vosotros les predicais y enseñais de la otra vida, y para que se sepan confesar. Regaléle cuanto pude, para ver si pasaba del domingo con vida; comió el viernes y el sábado muy bien; habló en estos días a todo el pueblo, que a tropas acudían a verle y oirle, encargándoles viviesen bien, que se aprovechasen de la doctrina de los Padres. Mostró todo el tiempo que vivió

64. Trasmontar, por tramontar, pasar de un lado a otro los montes.

grandes deseos de morir, para volver a ver las maravillas que había visto, para cuya explicación decía que no tenía palabras.

El domingo, después de haberse confesado de solas aquellas advertencias que le hizo el demonio, porque no tenía otra cosa que le diese pena y habiéndolas asimismo confesado en público a toda la gente, durmió en el Señor, y a la tarde le enterramos, con que se cumplió su profesía. Hizo muy gran fruto este caso en todos, y fué muy grande advertencia para prepararse con buen exámen para la confesión, y así, muchos hicieron confesiones generales.

Ya que el demonio no pudo prevalecer con este hombre muerto, quiso probar sus artes con los vivos, y viéndolos ya de infieles suyos, vueltos en devotos cristianos, asestó sus tiros a engañarlos con devociones aparentes. Aparecieronse cinco demonios en la reducción de San Ignacio, vestidos los cuatro al modo nuestro, con sotanas negras, y por ornato unas listas[65] como de oropel, los rostros muy hermosos; el quinto apareció en la forma que pintan a la Virgen; pero como siempre miente aunque finja verdad, en la misma ficción descubre el sello de su mentira. Traía dos niños en sus brazos; hiciéronse encontradizos con unos indios, los cuales al sonido suave con que iban cantando a dos coros, e imitando el tono de las letanías de nuestra Señora, como se cantan en aquellas iglesias en canto de órgano, se detuvieron, pero advirtieron que no decían nada de alabanzas ni cosa perceptible; concibieron que debía de ser cosa celestial, según las voces, el adorno y hermosura de rostros indicaba, y con simplicidad les preguntaron quiénes eran: *Nosotros* (dijeron) *somos ángeles del cielo, y traemos aquí a la Madre de Dios, que quiere mucho a vuestros Padres. Pues si así es, dijeron los indios, vamos a casa de los Padres y a la Iglesia.* Juzgando los simples que sin duda irían y nos llevarían ellos una cosa que nos diese mucho gusto. *No nos conviene* (dijeron

65. Listas, señales largas y estrechas o líneas, con que por combinación de un color con otro, se forma en telas y tejidos.

los demonios) *ir a la casa de los Padres, por acá fuera andaremos ayudándolos, y os hablaremos despacio, y os enseñaremos lo que os conviene saber y los Padres no os lo dicen.* Con lo cual se desaparecieron.

Muchísimas veces se aparecieron en varias figuras, y estando a veces a muchos juntos, unos los veían y oían, y otros no los oían. Fué un cacique principal y muy buen cristiano, y viéndolos y oyéndolos, él solo no los veía; aconsejóle otro que se metiese al monte y tomase una disciplina, y quizá con esta diligencia los vería: tomó el consejo, y luego vió y oyó al demonio en figura de un hombre alto y bien dispuesto, con una escopeta al hombro, al modo con que andan hoy los maloqueros que andan a debellar[66] indios. De cuando en cuando hacía que disparaba, y veían salir fuego por el cañón sin ningún ruido (pronóstico fué aqueste de lo que años después han hecho los vecinos de San Pablo). Acudieron los Padres con exorcismos a echar de allí aquella canalla, que por entonces no se aparecía: pero volvían después. Alababan unas veces a los Padres, otras decían mal dellos; unas veces decían que eran sus amigos, otras que no los podían ver, hasta que se desvergonzaron a decir que nos matasen, con que los indios se acabaron de confirmar en las pretensiones del demonio; nuestros sermones eran enderezados a que se guardasen de oir ni ver a los demonios, si bien la curiosidad los incitaba a verlos. No salió el demonio en nada ganancioso, antes perdió mucho, porque los indios se afijaron[67] más en la fe y amor de los Padres.

Estaba yo por este tiempo en Loreto cubriendo un campanario, en que tenía una muy buena campana que su Majestad nos había dado: turbóme un pensamiento de que un indio de los que trabajaban se había de caer del campanario y morir sin confesión, o que un rayo había de caer sobre él o la iglesia, y destruirlo y quebrar la campana, acogíme al Santísimo Sacramento (que ya lo habíamos colocado) y supliquele que si algo de aquello había de suceder se refundiese todo en la campana, porque sentiría mucho ver un indio muerto sin confesión: esto fué sábado en la tarde; tocóse varias veces la campana aquel día, y a la noche al Ave María y después a las ánimas: el día siguiente al primer toque que se dió con ella la sentimos quebrada: consolóme mucho su pérdida (sin bien era de mucha estima en aquellas partes) por la ganancia del indio. Apenas habían pasado tres horas cuando el P. José me escribió de San Ignacio (que estaba tres leguas de Loreto) preguntándome si era verdad que estaba quebrada la campana, porque en amaneciendo se había aparecido el demonio a algunos indios, y les había dicho: *Mirad mi poder, yo vengo ahora de quebrar la campana de Loreto.* Escribíle contándole mi cuento, y que decía verdad el padre de mentiras[68]. Causónos no pequeña confusión y cuidado en este mismo tiempo un ruido que desde que los domingos empezábamos el sermón hasta el fin, impedía la quietud y provecho de los oyentes, porque no percibían nada; atribuímoslo a los niños de pecho, ocurrióse al remedio, haciendo a las madres que saliesen fuera, y que se lograse el fruto del sermón; pero prosiguió el ruido de la misma manera; fué en tanto exceso un día, que al medio de mi sermón por muy gran rato que estuve atento a ver de donde salía tan pernicioso ruido, ví toda la gente que pasarían de dos mil personas con una quietud extraña, sin hablar ni menearse; pero noté que de entre ellos salía un susurro que causaba tan ruin efecto; hice juicio que sin duda era el demonio, y así les advertí a los oyentes dello, y que rogásemos al Señor nos librase de aquel estorbo a su divina palabra; cesó entonces, y otro día dijo el demonio que él se iba a la iglesia todos los domingos, y puesto en la primera trave[69] de la iglesia, desde allí causaba aquel murmullo. Instamos al Señor nos lo quitase, y así lo hizo Su Majestad, porque en adelante con haber tanta gente en la Iglesia, oían

66. Debellar, por debelar indios, derrotarlos por la fuerza de las armas.
67. Afijaron, por fijaron, consolidaron.

68. El padre de mentiras, alusión al demonio.
69. Trave de la iglesia, o través, pieza de madera en que se afirma el pendolón de una armadura.

todos muy bien y con tanto silencio como si no hubiese allí persona alguna.

XVIII
De otras cosas que sucedieron.

IBA nuestro Señor con estas cosas visibles dando fuerza a nuestra predicación y a aquella cristiandad nueva, para que creyesen las invisibles de la muerte, común a todos (en que habían vividos engañados, que no era común, sino acaso) de las almas que quedaban en los sepulcros, error común entre ellos de los demonios y sus astucias, con que engañaban a los Magos, que ellos habían tenido por dioses, de la pena que padecen las almas en el purgatorio en tiempo limitado, de la que eternamente padecen los condenados en el infierno, y de la gloria de que los justos gozan en el cielo. *Prophetiae fidelibus datae sunt, non infidelibus signa autem infidelibus, non fidelibus*[70]. Doctrina es del Apóstol, y nosotros la vimos bien ejercitada, y en confirmación suya referiré otros sucesos.

En Loreto dedicábamos un nuevo templo a la soberana Virgen en día de una de sus fiestas; la víspera en la noche a la claridad de la luna, estaban más de sesenta personas regocijando la fiesta, cuando vieron todos que de la iglesia vieja que estaba enfrente de la nueva, salían tres figuras vestidas de un ropaje blanco como nieve y reluciente como bruñida plata; los rostros parecían tres soles, con unas cabelleras como de hebras de oro, derribadas sobre los hombros. Estaba en medio de una y otra iglesia una hermosa cruz con tres escalones al pie, y subiéndolos con agradables pasos, se pusieron arrimadas a la cruz, mirando al altar de la nueva iglesia, que aún no tenía puertas; la gente

70. La cita dice: Las profecías fueron dadas a los fieles, no a los infieles; los signos, empero, a los infieles, no a los fieles.

estuvo absorta mirando y contemplando su hermosura y linda disposición de cuerpos, los cuales no eran de una medida, en que todas tres se diferenciaban. Encendiéronse unos niños que allí estaban tanto en su amor, bien faltos de miedo y llenos de simplicidad, que con hermanable cariño se iban a ellas para hacerles compañía y gozar más de cerca de tan linda vista. Ellas retirándose muy poco a poco se volvieron a la iglesia de donde habían salido, quedando todos penados y culpando aquellos niños por verse privados por su causa de tan agradable vista. No es mi intento glosar aquestos actos, porque solo es hacer una narración simple. Solo advierto que esta soberana Virgen de Loreto se ha mostrado siempre muy grata a los pequeñuelos servicios que se le han hecho. Información diera de esto si me fuera lícito salir de mi intento, que es de solo dar cuenta de los medios que Dios ha tomado para la conversión de los indios de aquella provincia, y sus aumentos en la fe católica.

El P. Juán Vaseo[71], flamenco de nación, que trabajó apostólicamente en aquellas reducciones y puso la música en maravilloso punto entre los indios, y de quien dirá más larga historia, estando en Loreto muy enfermo, oyó en la ventana de su aposento había ruido por de fuera, y al fin tocaron a la ventana. Preguntó el Padre quién era. Respondió el que tocaba, y dijo: Ea, P. Juán, vámonos al cielo. Conocióle muy bien en la voz que era un cantor discípulo suyo; admiróse el Padre de oírle allí, sabiendo que estaba en su casa muy enfermo y sin poderse levantar; preguntónos por él y el estado de su enfermedad. Dijímosle que en aquel punto había espirado. Entonces el buen Padre dijo: "Ya es llegada mi hora, porque ahora me llamó y convidó para que fuésemos al cielo; yo muero muy consolado de morir en tan dichosa demanda de la conversión de los indios". Y así murió en breve.

71. El P. Juan Vaisseau (castellanizado Vaseo) nació en Tournai (Bélgica) en 1583. Ordenado sacerdote en París en 1607, ingresó a la Compañía en 1612 y llegó a Buenos aires el 15.II.1617. Falleció en la reducción de Loreto del Pirapó el 23.VI.1623.

En una peste de viruelas adoleció un mozo muy hábil y diestro en la música, cuya vida deseé que el Señor la conservase. La víspera de su muerte le fui a ver, y viéndole muy al cabo le dije que deseaba su salud, pero que nos conformásemos con la voluntad divina, el cual me dijo: *Padre, yo vengo ahora de visitar el Santísimo Sacramento, y nuestro Señor me ha significado que tengo de morir muy presto, y vengo muy consolado y deseoso que se cumpla su voluntad.* Repliquéle, ¿cómo has estado en la iglesia si no has ido allá ni puedes menearte? Respondióme: *Padre, yo he estado en la Iglesia, porque el Angel de mi guarda me llevó, por el deseo tan grande que yo tenía de visitar al Santísimo Sacramento, y si no me crees yo te daré señas: la primera es, que estaban enterrando a fulano, el cual yo no supe que era muerto hasta que le ví enterrar; enterróle tal Padre; la segunda, que tú estabas cerca de la sepultura, al lado del Evangelio de rodillas; la tercera, que con mucho fervor me estabas encomendando a Dios. Y todo esto yo no lo pudiera saber si mi Angel no me lo hubiera mostrado, y cuando te ví tan bien empleado en mi ayuda en la presencia de Dios, me holgué mucho y creció mi amor para contigo, y yo te lo pagaré en el cielo, a donde espero ir muy en breve.* Todas estas señales fueron ciertas, y fué muy gran verdad que con todo afecto y resignación le estaba encomendando a Dios, pidiéndole que le concediese o vida o muerte, lo que mejor le estuviese a su alma. El mozo murió otro día muy bien dispuesto y con muy ciertas prendas de su salvación.

Varias cosas sucedieron de almas que padecían en el purgatorio, y se mostraban visiblemente, que nos daban materia de sermones: sólo un caso referiré. Estando durmiendo un Padre en Loreto, a media noche soñó que veía un alma muy triste y con vestiduras lúgubres y asperosas, y que por cierta calle del pueblo iba dando suspiros y muestras de tener gran tormento; entró en la iglesia por la puerta principal, y en medio de la iglesia se puso de rodillas, haciendo fuertes actos de arrepentimiento y dolor, con grandes golpes que se daba en los pechos, y que de ahí a buen rato salía por la otra puerta de

la iglesia, que ambas estaban cerradas, y apartándose hacia el medio de la plaza, se perdía de vista. A este punto despertó el Padre, y dudando si había sido sueño o que en realidad la había visto, rezó por aquella alma algunas oraciones, y viéndose inclinado a decirle la Misa, propuso de no decírsela, si alguno del pueblo no le decía que la había visto. Así como amaneció vió un corrillo de gente que estaban tratando de aquesta alma, y apartándose del corrillo uno, se vino al Padre, diciéndole como había visto a media noche estando él a la puerta de su casa; y preguntándole el Padre por el menor el caso, halló que como él la había visto en su celda, la había visto el indio en la calle, conformando las señas en todo, y así le dijo la Misa.

Aunque prometí referir solo un caso, diré otro, que por no haber intervenido indios en él, estaba determinado de callarlo; pero juzgo será de edificación. Estaban dos sacerdotes de noche orando en la presencia del Santísimo Sacramento, y al cabo de buen rato salieron ambos a cumplir una obediencia; el que iba delante reparó que en la parte opuesta para donde iban estaba una figura a modo de nube blanca, arrimada a la pared; reparó en que andaba y se venía para él, y al pasar por la vislumbre de la luz de una vela que salía a aquel tránsito, reparó que era transparente, y caminando el modo de nube (era de estatura humana, sin distinción de partes) se fué para el Padre, y le penetró, pasando por su cuerpo. Sintió un contacto al modo que un cristal sintiera penetrarse del sol, hízole dar un paso atrás, volvió a ver si la veía; pero no la vió ni el Padre que iba detrás, solo reparó en el movimiento que el delantero había hecho. Dejóle esta penetración muy consolado, y con unos asomos de la gloria. No dudó ser algún alma del purgatorio, pero no la conoció. A la media noche se le apareció en el aposento un hombre amigo suyo español, que había muerto sesenta leguas de allí, el semblante muy triste y amarillo, el rostro como un difunto, pidió socorro a su pena; pidió el Padre limosna de Misas a sus compañeros, y él le dijo algunas, con que entendió había acabado su carcelaría del purgatorio.

XIX

Refiérense casos que muestran la cuenta que el demonio tiene con nuestras acciones, por menudas que sean.

PASANSENOS por alto en esta vida muchas cosas que el demonio guarda y escribe en su memoria; parécennos pequeñas, y en el último trance nos las pintará muy grandes y pesadas. A este propósito referiré dos cosas, que causaron muy buenos efectos en los indios. Entre las cosas de devoción que fuimos entablando y hoy se ejercitan con mucho aprovechamiento de aquella nueva cristiandad, fué esta. Que en tocando al Ave María por la mañana se abriese nuestra portería, para que los varones que quisiesen, entrasen a visitar el Santísimo Sacramento, y se entretuviesen en oración algunos ratos, y para que el ejemplo les hiciese el camino llano, asistía un Padre en la iglesia en el mismo ejercicio. Tomé yo a mi cargo el abrir la puerta en la reducción de Nuestra Señora de Loreto (Señora que lo ha sido y Maestra de aquellas almas) abrí la puerta una mañana, y ya esperaba un mozo que la abriese para entrar. Apenas yo volví las espaldas para entrarme en la iglesia, cuando a la misma puerta oí tropel de gente, juzgué que era del pueblo que venía a su devoción, y eran tres demonios, que en figura del P. Juán Vaseo (de cuya dichosa muerte queda dicho atrás, y ya se contaban cinco años de su fallecimiento) vestidos con sotanas negras, y el principal muy parecido al Padre en el rostro, este habló al mozo en esta forma: *Francisco* (así se llamaba el mozo) *¿conócesme? Si conozco* (dijo el mozo) *¿Cómo están los Padres? Buenos están* (respondió él.) *Yo vengo a veros y a consolarme con vuestra vista, y con vuestra buena vida y aprovechamiento. ¿Tú qué hiciste de aquellas cinco cuentas que sobraron cuando te dí aquella sarta de ellas, para que comprases aquella cosa que te encargué? Dilas luego* (dijo el mozo) *porque tú me las diste para mí. Así debió de ser* (dijo el demonio) *que yo no me acuerdo si te las dí, o tú quedaste con ellas sin mostrármelas, arrodíllate delante de mí y adórame.* El mozo simple y sin malicia alguna se arrodilló; apenas se puso de rodillas cuando aquella canalla desapareció.

El mozo que hasta allí había estado libre de temor, empezó a temerle, y llorando entró en la iglesia llamándome a voces, arrepentido de haberse hincado de rodillas al demonio, aunque él no le tuvo por tal. Yo había estado con impulsos de salir de la iglesia, molestado de oir tan larga plática a decirles que entrasen en la iglesia o se fuesen, juzgando que eran indios. No pierde el demonio la cuenta de nuestras menudencias. Yo colegí deste caso, que el mozo no volvió las cinco cuentas al Padre, y así le pidió cuenta dellas el demonio. Divulgóse este caso, y acudió mucha gente a confesarse de cosas tan leves como de haber tomado una calabaza, un pimiento y cosas semejantes, y dura hasta hoy aqueste escrúpulo, aunque sea de cosas tan menudas como esta, que realmente causa confusión.

Renovóse a muy poco aqueste caso con otro que sucedió muy semejante, de que aunque soy testigo callaré (por razones que tengo) ciertas circunstancias. Arrojé en mi celda una sartica de veinte menudicos abalorios, tomólos un mozo que nos servía en casa, este adoleció, y tanto, que entendí se me muriese. Estando en un aposento pegado al mío, que por estar en tanto peligro le tenía allí, y siendo ya cerca de las once de la noche, vió que por un ángulo o rincón de la pared entraban cinco fierísimos demonios (tenía el mozo luz) la cabeza de uno era puerco, otro de vaca y a este tono los demás, los piés de vacas, cabras y pájaros muy grandes, y con cumplidas uñas, las piernas muy delgadas, de los ojos despedían rayos como de fuego. No temió el mozo acordándose que yo estaba tan cerca; vió que rodeaban el aposento como que buscaban algo por el suelo y rincones. *¿Qué buscais?* (les dijo el mozo). *Andamos a buscar por aquí* (dijeron). *Unas cuentas que el otro día sacaste del aposento del Padre. Esas* (dijo el mozo) *yo las tengo al pecho en esta bolsa en que tengo un Agnus*[72]. *Esas buscamos* (dijeron) *dánoslas para que las restituyamos al Padre.* Y viendo el mozo que iban acercando a él, invocando el nombre de Jesús se

72. El *agnus Dei* es un objeto de devoción, que consiste en un relicario que se lleva al cuello.

levantó, y entrando en mi celda me pidió confesión. Extrañé el caso, y más viéndole caer las lágrimas de los ojos, díjele, que se fuese a dormir, que era ya muy tarde, juzgando que tenía algún impertinente escrúpulo; porque me constaba de su buena vida por las confesiones que sin faltar hacía cada ocho días. Contóme entonces las monerías que con él habían hecho los demonios, y no hubo remedio de apartarse de mí hasta haberse confesado desta niñería. El día siguiente publicó el caso, y hizo harto fruto, que a ese fin las ordena Dios, y nosotros experimentamos el provecho que causan estas cosas en nuevos aumentos de virtudes y de devoción perseverante, arredrando de sí todo género de vicio. Tienen las cosas en público en sus casas, y no hay quien hurte cosa. Contaré en confirmación desto un gracioso cuento.

Estando yo a media noche en un rincón de la iglesia encomendándome a nuestro Señor, sentí por el patio pasos de persona, y como a tales horas extrañé el ruido, que con el silencio de la noche se sentía más, cuando ví entrar en la iglesia por la puerta que sale a nuestra casa, un indio bien alto, y ví que llevaba en la mano una pequeña esportilla[73]. Dudé si era el demonio, dejéle ir entrando, y él enderezó sus pasos hacia el altar mayor, donde estaba el Santísimo Sacramento. Juzgué que iba a hacer algún desacato en el altar, levantéme y fuime para él, preguntándole quién era. Así como me sintió, volvió corriendo hacia la puerta. Arrojéme tras él, pero con gran ligereza saltó el cerco de la casa: quedé con pena de que se me hubiese escapado, y envuelto en imaginaciones si era algún indio hechicero que quería hacer alguna irreverencia en la iglesia, pero asegurábame con que de aquesta gente ya no había rastro, y con el deseo de saber quien fuese, tomé medio tomar la medida de la huella, quizá por allí rastrearía algo. Tomé una vela, y halléla muy clara impresa en arena, medila con un palo, ofrecióseme entre mis discursos que la figura que había visto era

73 Esportilla, diminutivo de espuerta, receptáculo de forma cóncava, con dos asas pequeñas, hecho de tejido de esparto, palma u otra fibra, que sirve para transportar tierra o escombros.

semejante a la de un mocetón conocido en el pueblo. Enviéle a llamar en amaneciendo, y midiéndole el pié vino justa la medida. *Vos sois* (le dije) *el que anoche entrastes en la iglesia, decidme, qué buscábades.*

Temblando y demudado confesó que él era, y que la causa de su entrada en la iglesia había sido que él yendo por el monte había hallado una cuña (son las hachas de hierro de que usan) y que había buscado su dueño, y por no haberle hallado se había servido della; pero que oyendo el cuidado que el demonio tenía con los que tenían cosas ajenas, la había querido restituir, y ocupado de la vergüenza no se había atrevido a llevármela, y así había aguardado él el silencio de la noche para llevarla al Santísimo Sacramento y entregársela en su altar; dejóme bien edificado con esta acción, trájome la cuña en su esportilla, y yo se la volví para que usase della mientras no sabía su dueño, porque la falta que tienen de herramientas es notable.

Y si la vida ajustada que comunmente tienen les es de emulación para hacer ganancias en la virtud; la muerte de aquel cacique Miguel (de quien ya dije había querido matar los Padres) les fué de áncora para la perseverancia. Tenía aquellos pueblos bien escandalizados, porque aunque los demás habían dado de mano al vicio, y abrazándose con la virtud, él solo perseveraba en su mal estado con su manceba antigua; y si bien la tenía bien oculta, nunca este vicio reprime su olor por más que haga, que no se dé a conocer y se difunda. Trataron de curar aquesta peste, quitáronle la manceba, y desterráronla a un pueblo de españoles para que la larga distancia le pusiese olvido. Hubiera sido milagro si tan envejecida culpa hubiera admitido dolor y enmienda, pero arrebatado de su torpe afición no dudó posponer su honra, que siendo gobernador de un muy lucido pueblo que tenía, se despojó de sus bienes, olvidóse de sus amigos, y sin tener cuenta con su verdadera mujer que dejaba, se desterró él mismo, y solo se partió en busca de la que le causó aquestas pérdidas y últimamente la de su alma; halló su tesoro, y por no ponerlo otra vez en peligro de que se lo quitasen llevó su manceba y un hijuelo que della tenía a un apartado monte,

donde él con sus manos trabajaba para sustentarse, cosa que jamás había hecho; allí vivía, y aunque con mucho afán, el torpe amor se lo aligeraba. Llegóse el plazo después de tantas esperas que Dios le había dado, adoleció este pobre con el trabajo y vejez, y a pocos lances en manos de su manceba despidió su infeliz alma. Ella fué cuerda, porque volvió a nuestras reducciones, donde bien arrepentida de su pasada vida, hizo penitencia, por medio de la cual alcanzó una feliz muerte.

XX

Entrada que hicieron los Padres a nueva provincia de gentiles, y martirio de un indio.

CON la magnífica liberalidad del Rey nuestro señor, que el cielo aumente en reinos nuevos y en muy larga vida, creció el número de Padres y obreros de aquella viña, y así tratamos de ir ganando tierra y almas para el cielo; y dejando en estas dos reducciones cuatro fervorosos obreros, nos apercibimos tres para esta nueva y peligrosa entrada. Aconsejáronnos los indios que enviásemos delante exploradores de la tierra, para que ofreciéndose ocasión, diesen aviso de nuestros intentos a aquellos gentiles. Ofreciéronse dos de ser los precursores con ánimo de ser partícipes en nuestra empresa; el uno era de ya madura edad y advenedizo, el otro era mozo, criado en nuestra escuela, ambos casados.

Entraron por tierras de gentiles, dándoles avisos de nuestros deseos y determinación de entrar a anunciarles el Evangelio; prendiéronlos luego con ánimo de matarlos, para hacer la célebre fiesta de su bautismo, de que ya queda dicho algo atrás; ofreciéronles luego mujeres, desahogo y libertad de conciencia. El más anciano aceptó el partido, y se amancebó luego; el mozo, no olvidado de lo que en nuestra escuela había aprendido (tanto importa aún entre los indios instruir bien la juventud) no admitió cosa de las que le ofrecían, y para moverle más le pusieron

delante una muy escogida moza, que aficionada a la buena disposición del mancebo, deseaba que la apeteciese. El casto mozo ni aún mirarla quiso. Instaron los gentiles a que la mirase, él les respondió que los Padres enseñaban el no mirar a mujeres, porque por los ojos entraba el pecado en el alma, y que la ley de Dios prohibia la deshonestidad y el adulterio, que él era casado al modo que Dios manda, y que no podía admitir otra mujer. Amenazáronle que si no tomaba aquella, le darían la muerte: *Matadme* (dijo) *que mi cuerpo solo matareis, y no mi alma porque es inmortal, y espero, que muriendo yo, irá ella a gozar eternamente de Dios.* Vista esta fortaleza por los gentiles, trataron de matarlo, y el mismo padre de la moza, borracho de enojo de ver que despreciaba a su hija, arremetió a él, y con brutal furia le dió la muerte a puñaladas. Despedazaron su cuerpo y lo comieron. El compañero infeliz vivió algunos días en compañía de la mujer que le habían dado, y al fin le mataron con mucha solemnidad, y se lo comieron.

La muerte dichosa de aqueste indio mártir apresuró nuestros pasos a la conversión de aquellas fieras, y a hacerles mudar tan brutal modo de vida, o ofrecer la nuestra a su fiereza. Llegamos los tres, que eran el P. José Cataldino, y P. Diego de Salazar[74] y yo, a un pequeño pueblo, que nos recibió con muy buen agasajo. Apenas nos sintieron en sus tierras los que hicieron mártir aquel indio, cuando con hambre canina de comernos hicieron en breve una gran junta; desgalgaban[75] como tigres rabiosos por aquellas sierras, las mujeres del pueblo donde estábamos empezaron a celebrar con llanto nuestras exequias; porque ya nos tenían amor, los varones confesaban su flaqueza, por ser pocos para resistir a tan gran junta. Crecía la turbación en el pueblo, y acercábasenos un dichoso fín: lleguéme al

74. El P. Diego de Salazar nació en 1592 en Jaén (España). Ingresó a la Compañía en 1612 y llegó a Buenos Aires el 15.II.1617. Sus últimos votos los pronunció en Loreto el 1.XI.1626. Falleció el 25.V.1659 en la reducción de S. Ignacio Mini (Argentina).

75. Desgalgaban despeñaban por las rocas.

P. José. y díjele aquellas palabras de San Ignacio mártir: *Christi frumentum sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar*[76]. Y añadí: *Padre mío, hoy me parece que será el último de nuestra peregrinación*. Repondióme este insigne varón con tanto sosiego y paz: *Cúmplase la voluntad de Dios*.

Y volviendo a unos indios que estaban haciendo una choza, para que nos sirviese de iglesia, les dió orden de lo que habían de hacer, asistiendo a la obra, sin moverse, acto por cierto de un varón Apostólico, que en todas las que hacía tenía la providencia de Dios presente, que aún los mismos gentiles que trabajaban lo notaron. Había venido a vernos allí un principal cacique, sin duda traído de Dios para nuestra defensa, muy estimado por ser noble y elocuente, el cual viendo que estaban ya muy cerca, salió a ellos, y haciéndoles un muy elegante razonamiento, diciéndoles, que nuestra entrada en sus tierras no era a pelear, pues no llevábamos armas, ni menos a quitarles oro o plata, que no la tenían, sino a solo hacerlos hijos de Dios y enseñarles el buen modo de vivir; no se rindieron tan fácilmente a la razón, instando en su deseo de matarnos; pero al fin se rindieron a las persuasiones de aquel buen cacique. Volviéndose todos a sus tierras, dimos principio allí a una reducción que intitulamos San Francisco Javier, que en pocos meses creció a mil quinientos vecinos, a donde también se recogieron aquellas bestias fieras, y se domesticaron, volviendo en ovejas mansas, haciendo esta mudanza la divina palabra y el bautismo que todos recibieron, creciendo cada día en la fe, en la virtud y en amor nuestro.

76. La cita dice: Soy trigo de Cristo, muela [de molino] para los dientes de las bestias, pan del mundo.

XXI

Entrada que hicimos por aquellas tierras, y rastros que hallamos del apóstol Santo Tomé.

COMO se iban aumentando los sujetos, íbamos haciendo nuevas entradas a gentiles, y ganando a la iglesia nuevos hijos. Pasó a aquella provincia el V. P. Cristóbal de Mendoza[77] a ayudarnos en aquella cosecha, de que se llevó el fruto y nos llevó la palma, ganando la del martirio, no en esta provincia y discurso que ahora llevo, sino en la del Tape, jurisdicción de Buenos-Aires, de que adelante diré. Quedó en la reducción de San Javier el P. Francisco Díaz[78], varón de muchas partes, misionero insigne, a quien convidó la cátedra con su asiento, por su buena doctrina; pero abajándose de ella, se hizo gran maestro de gentiles. Con tan buen cobro como en San Javier quedaba, salimos el P. Cristóbal de Mendoza y yo a la provincia de Tayatí, tierra muy áspera y montuosa, habitada de gentiles de la misma nación y lengua que la pasada. Esta conquista que la Compañía hizo fue siempre a pie, por más de diez y ocho años, por carecer toda aquella región de cabalgaduras: usamos siempre llevar en las manos unas cruces de dos varas de alto y de un dedo grueso, para que por esta insignia se mostrase nuestra predicación. Recibiónos esta gente con extraordinarias muestras de amor, danzas y regocijos, cosa que hasta allí no habíamos experimentado. Salían las mujeres a recibirnos, trayendo sus hijuelos en los brazos, señal muy cierta de paz y amor; regaláronnos con sus ordinarias comidas de raíces y frutos de la tierra. Extrañando nosotros tan extraño agasajo, nos dijeron que por tradición muy antigua y recibida de sus antepasados tenían, que cuando Santo

77. El P. Cristóbal de Mendoza nació en 1589, en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia). Ingresó a la Compañía en 1616. Sus últimos votos los hizo en San Pablo (Brasil) el 19.IV.1629. Murió asesinado en la región del Tape (Rio Grande do sul, Brasil) el 25.IV.1635.

78. El P. Francisco Diaz Taño nació el 17.V.1593 en las Palmas (España). Ingresó a la Compañía en 1614 y llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Sus últimos votos los hizo en la reducción de Santo Tomé el 23.III.1629. Fue procurador

Tomé (a quien comunmente en la provincia del Paraguay llaman Pay Zumé, y en las del Perú Pay Tumé) pasó por aquellas partes, les dijo estas palabras: *Esta doctrina que yo ahora os predico, con el tiempo la perderéis: pero cuando después de muchos tiempos vinieren unos sacerdotes sucesores míos, que trajeren cruces como yo traigo, oirán vuestros descendientes esta doctrina.*

Esta tradición les obligó a hacernos tan extraordinario agasajo. Hicimos allí una población muy buena, que fué escala para otras que hicimos en aquella provincia.

Las razones que hay para entender que Santo Tomé ilustró el Occidente con su presencia y doctrina como hizo en el Oriente, son muchas, y empezando por el nombre que dan a los sacerdotes, da no poca luz a salir de duda[79]. Llámanlos Abaré, que quiere decir *Homo segregatus a venere*. Hombre casto. Este nombre a ninguno de los indios convino desde sus progenitores hasta Santo Tomé, sino al mismo Santo, de quien comunmente dicen los indios que fué Pay Abaré. Padre sacerdote, y en propios términos Padre, hombre diferente de los demás hombres, en ser casto. Toda esta fuerza tiene esta breve palabra; ni después de Santo Tomé convino a otros sino a los sacerdotes; y aunque el vocablo Pay, que quiere decir Padre, lo usurparon los viejos, los magos y hechiceros, honrándose con él, jamás el de Abaré lo han admitido, y la razón desto a mi ver es clara. La virtud de la virginidad, castidad y celibato la ignoraron de manera, que antes lo tuvieron por infelicidad y por felicidad muy grande el abundar en mujeres y tener muchos hijos, muchas criadas y familia, y cualquier falta en esto lo imputaban a desdicha, y aún duró mucho tiempo este sentimiento entre los cristianos que bautizamos, como se verá por este ejemplo.

de la provincia del Paraguay en Europa (1637-1640 y 1658-1663) y superior de las misiones de guaraníes también en dos oportunidades (1646-1649 y 1657-1658). Falleció en Córdoba el 8.IV.1677.

79. Santo Tomás, uno de los doce apóstoles, llamado en griego Dídimos, según la tradición, marchó a predicar el Evangelio a los partos: al NO de la Mesopotamia asiática, en Edesa, se veneraba su tumba. Sobre la tradición del

Enviudó un cacique ya cristiano, tratamos de casarle, y dando él el sí a una mujer, ella no quiso; publicóse el caso, y él afrentado y corrido dejó sus vasallos, sus casas y su tierra, y perpetuamente se desterró por no vivir con esta afrenta. Otro eunuco a natura[80] reconocida su falta se andaba como venado o fiera por los montes, huyendo de ser visto; y poniendo nosotros toda diligencia en traerlo al pueblo, no podíamos con él domesticarlo, ni con los muchachos que no lo ahuyentasen, hasta que venció nuestra porfía y deseo de bautizarlo. Tanto como esto está lejos de aplicarse el nombre de Abaré y de tener nombre de castos; y aún los magos y hechiceros que nos contradicen comunmente el Evangelio, por oprobio nos llaman Abaré, si bien los ya cristianos han conocido la alteza de la virtud de la castidad por la predicación nuestra, de manera que los casados se acusan de haber llegado a sus mujeres uno o dos días antes de la comunión, y muchos solteros se pretenden dedicar al celibato; y hay quien haya pretendido castrarse, enamorado desta virtud de la castidad.

XXII

De otros rastros que dejó Santo Tomé en las Indias Occidentales.

FAMA constante es en todo el Brasil entre los moradores portugueses y entre los naturales que habitan toda la Tierra Firme, que el santo Apóstol empezó a caminar por tierra desde la isla de Santos, sita al Sur, en que hoy se ven rastros que manifiestan este principio de camino o rastro, en las huellas que el santo Apóstol dejó impresas en una gran peña que está al fin de la playa, donde desembarcó en frente de la barra de San Vicente, que por testimonio público se ven el día

apóstol en América, Enrique de Gandía. *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*. Bs. As. 1946. cap. XIII.

80. Eunuco a natura, por hombre que padece de impotencia.

de hoy, menos de un cuarto de legua del pueblo. Yo no las he visto; pero 200 leguas desta costa la tierra adentro, vimos mis compañeros y yo un camino que tiene ocho palmos de ancho, y en este espacio nace una muy menuda yerba, y a los dos lados deste camino crece hasta casi media vara, y aunque agostada la paja se quemen aquellos campos, siempre nace la yerba a este modo. Corre este camino por toda aquella tierra, y me han certificado algunos portugueses, que corre muy seguido desde el Brasil, y que comunmente le llaman el camino de Santo Tomé, y nosotros hemos tenido la misma relación de los indios de nuestra espiritual conquista.

En la ciudad de la Asunción del Paraguay está una peña pegada a la ciudad, en cuya planicie se ven hoy dos huellas humanas, a modo de sandalia, impresas en la misma peña. La huella del pié izquierdo antecede a la del derecho, como de persona que hacía fuerza o hincapié, y hay tradición entre los indios, que el santo Apóstol predicaba a los gentiles desde aquella peña, y que a oirle se llenaban aquellos campos. Y como ya dijimos, tienen por tradición, que el santo Apóstol les dió la mandioca, y es el pan principal que los naturales tienen. Y certifica el doctor Lorenzo de Mendoza[81], Prelado de aquella diócesis, en un testimonio auténtico en que dá testimonio de los vestigios dichos, y que supo de los naturales, que por el mal tratamiento que sus antepasados hicieron al Santo, les dijo que aquellas raíces de mandioca habían de sazonar en muy pocos meses; pero que en castigo la lograrían en un año, y así pasa el día de hoy.

81. Ver nota 2.

XXIII

De otros rastros que del santo se hallan en el Perú.

EN empeño me han puesto mi deseo de seguir el rastro deste santo Apóstol, y así me obliga a salir de mi provincia a la del Perú, y creo que no salgo de mi intento, pues deseo rastrear que el santo estuvo en la provincia del Paraguay, y que la tradición de los naturales es cierta, que traía una cruz por compañera de su peregrinación.

Que haya pasado al Perú uno de los discípulos de Cristo nuestro Señor, la tradición de toda aquella tierra lo testifica, y lo escribe el P. Fr. Alonso Ramos[82], de la sagrada Orden de San Agustín, el cual en el capítulo 7, dice estas palabras: "Por casi inmemorial tradición tienen los naturales del Perú, especialmente los serranos, que anduvo en él un hombre jamás visto otra vez, predicando al verdadero Dios". Hasta aquí este autor. Y en el capítulo 8, dice: "Le quisieron apedrear en el asiento de Cacha, cinco o seis jornadas del Cuzco, camino del Collao donde aún en este tiempo se ven ciertas peñas abrasadas, dicen que con fuego del cielo, que quiso vengar tan atrevida desvergüenza dejando al santo libre de aquellas sacrílegas manos. Pasó adelante el santo varón, y saliendo a tierra del Collao, deseó ver aquel famoso altar y adoratorio que los collas tenían en la isla Titicaca, y destruirle si pudiese". Y más abajo dice este autor: "En este tiempo les predicó la creencia y culto divino a un solo Dios, y viendo el poco fruto que con esta verdad hacía, y la dura obstinación en que se estaban, comenzó a reprenderlos ásperamente, de donde vinieron a cobrarle aborrecimiento grande". Y mas abajo: "Teníanle en gran veneración, tanto, que le vinieron a llamar Taapac, que quiere decir, hijo del Criador; tentáronle con riquezas y blanduras".

En el capítulo 9 trata este autor de una cruz que este santo discípulo levantó en el pueblo llamado Carabuco, y que a su

82. En nota marginal dice: fray Alonso Ramos. *Historia de Nuestra Señora de Copacabana*, c. 7, 8, 9, 10 y 11. Ver nota 57.

vista enmudecieron los ídolos; y no dando repuesta, y sabida la causa por los gentiles quitaron la cruz y la intentaron quemar, y no pudiendo, la enterraron cerca de una laguna, donde con bañar aquel sitio o sepultura el agua al cabo de más de mil quinientos años la hallaron con la entereza que hoy se ve. Y prosiguiendo esta materia, dice así este autor: Hízose averiguación por los años de 1600 con un indio muy antiguo, que tendría 120 años, llamado D. Fernando, el cual dijo que por tradición tuvieron sus antepasados, que habían visto en sus tierras un hombre de grande estatura, vestido casi al modo y traje dellos, blanco y zarco, que predicaba dando voces que adorasen a un solo Dios, reprendiendo vicios, y que llevaba consigo una cruz y le acompañaban cinco o seis indios, y que los demonios huían della, los cuales persuadieron muchas veces a los indios, que matasen aquel hombre; porque de no hacerlo se les seguiría mucho daño, y no responderían sus oráculos; los indios ataron al santo y le azotaron. Depuso más este testigo, que todas las veces que al santo le tenían en alguna aflicción bajaban unas muy vistosas aves a acompañarle, y que ahora que él era cristiano, juzgaba que serían Angeles. Y que oyó decir que después que azotaron al santo, bajaron aquellas hermosísimas aves, y lo desataron; y que el santo tendiendo su manto sobre la laguna, navegó, y se fué por ella (tiene esta laguna ochenta leguas de circuito) y que pasando por un juncal dejó hecha una senda, que hasta hoy día dura, a manera de un callejón, y es venerada de todos, y que destos juncos o espadañas comen los enfermos y sanan. Refirió también que por tradición se sabía que el santo dejó una pequeñuela caja en un cerro.

Cuando el volcán de Arequipa reventó en un cerro que esta cerca del mar, un hombre que por aquellos valles cuidaba de una hacienda, vió venir de lo alto de él tanta ceniza, que parecía un caudaloso río; esperó a que sosegase esta avenida, y echando los ojos por aquellas partes halló cerca del mismo cerro una túnica, la cual no se pudo averiguar si era de lana o de algodón, larga y al parecer inconsútil, tiraba a color de tornasol, y con ella dos zapatos como sandalia, de tres suelas, y

en la suela por de dentro estampado el sudor del pié, y eran de hombre grande, que causó a todos admiración. Las cuales reliquias se juzgó comunmente eran del santo discípulo del Señor. Una sandalia destas tiene una señora principal en un cofre de plata, y hace muchos milagros.

El V. P. Diego Alvarez de Paz[83], de la Compañía de Jesús, que escribió aquellos maravillosos libros de *vita spirituali*, afirmó muchas veces haber visto esta sandalia, y decía ser tan levantado el olor y fragancia que de sí despedía, que dejaba atrás otro cualquier olor.

En la provincia de los chachapoyas[84], donde yo estuve, en un pueblo llamado San Antonio, dos leguas deste pueblo está una losa grande de más de un estado de alto y más de seis varas de ancho, en cuya planicie están estampados dos piés juntos de a catorce puntos cada uno; adelante destas huellas están dos concavidades, y en cada una dellas cabe una rodilla, que demuestran que allí se arrodillaba el santo, y así lo sienten todos. Al lado de estas señales está señalado un báculo en la misma peña, que tendrá dos varas de largo, con sus ñudos, denotando que fué caña o palo con ñudos, y parece, según se puede conjeturar, que el santo se desocupaba del báculo para poner las manos juntas para orar. Es público que el santo arzobispo de los Reyes, D. Toribio Alfonso Mogrobejo[85] fué en persona a verlo, y de rodillas dió gracias a nuestro Señor por haber visto tales rastros del sagrado discípulo del Señor. Quiso mudar esta losa, pero

83. El P. Diego Alvarez de Paz fue un célebre teólogo y canonista jesuita. Nació en Toledo en 1560, y fue profesor en Lima, donde murió en 1620. Es autor de notables obras, entre ellas, *De Extinctionale mali et promotione boni* (1606).

84. Chachapoyas, provincia del Perú en la región Amazónica y ciudad del mismo nombre, fundada en 1536 a orillas del rio Utcubamba.

85. Toribio Alfonso de Mogrovejo nació en Mayorga (León, España) en 1538. Recibió una esmerada educación y en el consistorio del 16.III.1579 fue provisto arzobispo de Lima a pedido de Felipe II. Su gestion episcopal fue muy intensa y fecunda (1581-1606) y estuvo centrada en la evangelización de los indios, largas visitas episcopales y la convocatoria del III Concilio Limense (1582-1583). Rubén Vargas Ugarte, *Vida de Santo Toribio*, Lima, 1971.

fué imposible; porque ya antes que los españoles conquistasen el Perú, Colla Tupa, gobernador de Guarcar Inga[86], que entró a conquistar aquella provincia, intentó llevarla a la suya, y no pudo; y así dejó mandado que todos los indios la adorasen. El dicho Arzobispo mandó hacer sobre la losa una capilla, para que aquella reliquia estuviese con decencia. Esto es muy corriente en el Perú: y toda esta historia la trae latamente el P. Alonso Ramos, y en un capítulo della dice así:

Lo que a personas curiosas he oído platicar tocante a este glorioso santo, es haber venido a estas partes del Perú, por el Brasil, Paraguay y Tucumán: y el Rmo. Sr. D. Lorenzo de Grado[87], Obispo que fué del Paraguay, pasando el año de 1619 por el santuario de Copacabana, dijo que en todo aquel Obispado del Paraguay hay grandes barruntos de haber pasado por él uno de los discípulos del Redentor. De aquí se dice haber pasado a Chachapoyas, y de ahí a los valles de Trujillo[88], y después a los de Cañete, y desto hay grandes conjeturas; porque en Calango, doctrina de los Padres Predicadores, se vé hoy día una gran losa, y en ella impresos los piés de un hombre de grande estatura, y unos caracteres en lengua que debe de ser griega o hebrea, porque no han acertado personas que los han visto con lo que quieren decir. Los indios viejos tratando de aquellos caracteres y de los piés estampados en la losa, dicen, que un hombre de grande estatura, blanco, zarco y de barba crecida, para darles a entender y comprobar que el Dios a quien él

86. Huascar (Inti Cusi Huallpa), inca del Perú, sucedió a su padre Huaina Capac en 1525 y fue a vivir al palacio de los inca en Cuzco, en tanto que su hermano Atahualpa se estableció en Quito. Enfrentados en una guerra civil, Huascar murió en 1532.

87. Lorenzo Pérez de Grado, del clero secular, fue presentado por Felipe III para el obispado del Rio de la Plata: obtuvo su provisión canónica por el Papa Paulo V el 16.IX.1615. Tomó posesión de la sede en Asunción, a principios de 1618. Propuesto para la diócesis del Cuzco, dejó Buenos Aires en febrero de 1619.

88. En la provincia de Libertad, Perú.

predicaba era poderoso, y su ley verdadera, con el dedo había hecho en la peña aquellas señales. Hasta aquí dice el autor.

Demás de lo dicho es voz constante de tradición muy antigua, que el santo mandó a los indios del Perú que edificasen un templo al verdadero Dios que el predicaba. Hiciéronlo, y habiendo llevado mucha paja para cubrirlo, estando el santo durmiendo de noche sobre ella, se apareció el demonio fiero y espantable, y mandó a los indios que quemasen aquel hombre con aquella paja, reprendiéndolos de fáciles de creer a un hombre advenedizo y extranjero. Pusieron fuego a la paja, y ardiendo, salió el santo con toda paz y sosiego por medio de las llamas, dejando asombrados a los gentiles.

XXIV

Cómo este discípulo de Cristo Nuestro Señor fue Santo Tomás, y las conjeturas que hay desto.

SALIERA del carril de la brevedad que deseo en esta narración simple, si por menor me pusiera a probar que este discípulo del Señor fué Santo Tomás. Tocaré algunos fundamentos a que dará principio el sagrado texto: *Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae*[89]. Este cargo se dió a solos los Apóstoles, y así San Ambrosio sobre este lugar dice: *Agitavit Christus Apostolos suos, quos per diversa mundi direxit, ut toti orbi Evangelium praedicarent*[90]. Los Apóstoles se encargaron desta empresa, y a ellos se les cometió, y que diesen vuelta a todo el mundo universo con su predicación. Y si esto es verdad, como lo es infalible, ¿cómo se puede pensar que dejaron a oscuras sin la luz del Evangelio toda la América, que según cuenta matemática es casi la tercera parte del mundo?

89. La cita dice: Yendo por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda creatura

90. La cita dice: Cristo guió a sus Apóstoles a los que condujo por diversas partes del mundo para que predicaran el Evangelio a todo el orbe.

Que haya sido Santo Tomás el que ilustró los indios del Occidente con su predicación, es muy gran conjetura el haberle escogido Cristo nuestro Señor por Apóstol de la gente más abatida del universo mundo, para negros y indios. Predicó a los bracmanes, como lo dice Orígenes, Eusebio y otros[91]. Doctrinó los indios del Oriente. Los etíopes fueron lavados y blanqueados con la predicación deste santo Apóstol, como dice San Juán Crisóstomo[92]. Los abisinos que habitan la Etiopía, oyeron su voz, y hoy le veneran como a su primer Apóstol; y esta conjetura junta con las tradiciones que quedan referidas, hacen muy probable que Santo Tomé predicó en todo el Occidente, empezando del Brasil (pasando naturalmente en embarcaciones de los romanos, que por la costa de Africa (como dicen algunos) tenían comunicación con la América, o que Dios por milagro lo llevase, (que se puede tener por más cierto). Pasó al Paraguay, y de allí a peruanos; en el Paraguay le conocen hoy por el nombre, llamándole Pay Zumé, y con el mismo le nombran en el Perú, llamándole Pay Tume, como consta de una relación que tengo en mi poder del Dr. D. Francisco de Alfaro[93], Oidor que hoy es del Consejo de Hacienda, el más práctico que hoy se conoce de cosas de Indias, por haber andado las partes próximas y remotas de todo el Perú y Paraguay; el cual en su relación dice así: *Cuando estuve visitando la Gobernación de Santa Cruz de la Sierra, supe que había en toda aquella tierra noticia de un santo que llamaban Pay Tume, el cual había venido de hacia la parte del Paraguay, y que había venido del muy lejos, de suerte que entendí como que había venido del Brasil por el Paraguay a aquellas tierras de Santa Cruz.* Hasta aquí el Dr. D. Francisco.

91. Al margen dice: Origen. *in gen* lib. 3: Euseb. lib. 3. c. 1; *Martyrol.* 21 diciembre. Se alude en primer lugar a Origenes (185-254), a Eusebio de Cesárea, autor de la *Historia eclesiástica* (260-339), y al *Martirologio romano,* que recuerda a Santo Tomás en la misa del 21 de diciembre.

92. Al margen dice: San Juan Chrys. *Oratio duo apos.* Alude a S. Juan Crisóstomo (354-407).

93. Al margen dice: Doctor D. Francisco de Alfaro. Ver nota 29.

De manera que ya queda conocido por Tomé en el Brasil, Paraguay y Perú. Que este sagrado Apóstol haya pasado por el Brasil al Paraguay y Perú, dícelo el P. Pedro de Ribadeneira[94], de nuestra Compañía, por estas palabras: *Y no solamente predicó el santo Apóstol a todas estas provincias y naciones, pero en el Brasil, escribe el P. Manuel Nobrega, Provincial de la Compañía de Jesús que fué en aquella provincia, que los naturales della tienen noticia de Santo Tomé y de haber pasado por aquella tierra, y que muestra algunos rastros y señales dello, las cuales el mismo Padre había visto por sus ojos.* Hasta aquí dice este autor: luego mucho se llega a certidumbre la tradición que hay en el Paraguay de que por allí pasó el Santo, el cual así como en la India Oriental profetizó la renovación de su predicación evangélica, diciendo: *Cuando llegare el mar a esta piedra, por divina ordenación vendrán hombres blancos de tierras muy remotas a predicar la doctrina que yo ahora os enseño, y a renovar la memoria della.* De la misma manera profetizó el Santo la entrada de los de la Compañía en estas partes del Paraguay de que voy tratando, por casi las mismas palabras: *Esto que yo os predico se os ha de olvidar, pero cuando vengan unos sacerdotes sucesores míos, que traigan cruces como yo traigo, entonces volvereis a oír esta misma doctrina que yo os enseño.* De cuya enseñanza y doctrina les quedó hasta nuestros tiempos el conocimiento del abscóndido[95] Misterio de la santísima Trinidad, si bien ya olvidados celebraban supersticiosamente una célebre festividad deste misterio en el Perú. Halláronse tres estatuas del sol, que llamaban Apointi, Churinti, Intiqua o Qui, que quiere decir el Padre y Señor Sol, el hijo del Sol, el hermano del Sol. Y que el Santo les explicó la unidad destas tres Personas divinas, da testimonio un ídolo que llamaron Tangatanga, en que adoraban a este uno tres, y en tres uno,

94. Al margen dice: P. Pedro de Ribadeneira 2, folio 715. Se refiere al P. Pedro de Ribadeneira (1526-1611), biógrafo de S. Ignacio de Loyola (1572; ed. castellana 1583). La alusión de Montoya parece corresponder a *Flos Sanctorum* (1559).

95. Abscondito, por oculto, recóndito.

lo cual tengo por muy probable que les quedó del Apóstol, y ellos lo aplican a sus ídolos. Y así entiendo, que el nombre que en el Paraguay dan a Dios, que es Tupá, y que corresponde a Manhú, lo inventaron los mismos indios, oyendo las maravillas que de Dios les anunciaba el Santo, y espantados dijeron: *Tupá, quid est hoc*, cosa grande.

XXV

Que es muy probable que el santo apóstol se acompañó de la cruz en el occidente.

NO se puede dudar que el Apóstol Santo Tomé fué devotísimo de las llagas de su divino Maestro, por el especial favor que el Señor le hizo, que con sus manos las palpase[96]. Y aunque en su corazón las tenía impresas, como exteriormente no las podía llevar para mostrarlas a los gentiles, aprovechóse sin duda del instrumento de la cruz, donde se habían obrado, y así es muy digno de creer que el Santo la llevó consigo. La señal que dió en el Oriente de la predicación futura, fué una cruz de piedra[97]. Halláronle los gentiles del Oriente en una cueva delante de una cruz que tenía esculpida en una piedra, delante de la cual hacía siempre oración. En Melipur[98] en el lugar donde fué martirizado, se muestra una cruz cortada en piedra con algunas manchas de sangre, y en la misma piedra se ven otras señales suyas, que aún en estas señales de piedra no quiso fuese inferior el Occidente al Oriente, como ya hemos visto en las señales que en piedras vemos hoy esculpidas. Halláronse en Oriente letras incógnitas en piedra, en Occidente se ven hoy también. Fué muerto por un bracmano sobre una piedra. La cruz que este Santo llevó al Occidente es de tan buen peso que parece de piedra, así en su peso como en su incorrupción, porque como ya dijimos estuvo debajo de tierra, que bañaba el agua más de mil y quinientos años, y se ve hoy tan entera, sólida y maciza como lo pudiera estar una de piedra, y lo mas es con un olor particular, sin dar muestra que en algún tiempo se sujete a corrupción.

Ahora nos queda de averiguar, si esta cruz la hizo el Santo en Carabuco, donde la colocó, o en el Brasil o Paraguay[99]. La razón de dudar es, que era grande de altor, casi de dos varas y media, gruesa y por labrar, porque después de labrada, ahora en nuestros tiempos quedó de un palmo de ancho en cuadro y tan pesada, que la mitad della, que se llevó a Chuquisaca, iban reventando con ella dos mulas que la llevaban en unas parigüelas, de que en esta corte hay abonados testigos que la vieron llevar, y yo he hecho varias veces prueba con muy pequeñas partículas della, que echadas en agua, se van luego al fondo, y así parece que el Santo no se había de embarazar en tanta longitud de leguas con tan pesada carga.

Con todo eso parece casi cierto que el Santo la llevó de muy lejas partes. Que no la hizo en Carabuco[100] es cierto, porque toda aquella comarca no solo es falta de madera provechosa para alguna fábrica, pero aún de la leña común que se aplica al fuego. Y así lo advierte el Dr. D. Francisco de Alfaro en su memorial, por estas palabras: *Advierto, que todas aquellas tierras alrededor de la laguna (que todas las he andado) son muy faltas de madera y aún de leña.* Hasta aquí dice, y advierte que sin duda aquella cruz vino de muy lejos, porque afirma no haber visto en todo el Perú madera semejante; y así consta que

96. Al margen dice: P. Acosta. *Hist. mor.* ca. 27, folio 377. Ver nota 35.

97. Al margen dice: Ribaneira, *vid. sup.* Ver nota 94.

98. Melipur, por Manipur, antiguo estado de la India. Alusión a los cristianos de la costa malabar, llamados también "cristianos de Santo Tomás" por pretender que fue este Apóstol quien fundó aquella iglesia. En el siglo VII abrazaron el nestorianismo. En el siglo XVI los portugueses procuraron atraerlos a la fe católica. En ello intervinieron el arzobispo de Goa, Juan de Albuquerque y San Francisco Javier.

99. Al margen dice: Doctor D. Francisco de Alfaro. Ver nota 29.

100. Carabuco, alusión a la cruz de Caravaca o cruz patriarcal, compuesta de un pie y dos travesaños paralelos y desiguales, que forman cuatro brazos.

no se hizo allí, demás que madera incorruptible como ella es, y tan pesada y olorosa, y de su calidad y color no se halla en todo el Perú. Que no la hay en toda la provincia del Paraguay es cosa cierta, porque en casi 30 años que ha que andamos por aquellos montes los de la Compañía en busca de indios gentiles, nunca habemos visto tal especie de madera. Yo tengo en mi poder un pedazo desta milagrosa cruz, con testimonios ciertos, y haciendo cotejo con una preciosa especie de madera que hay en el Brasil, que los naturales llamaron yacarandá, y los españoles palo santo, de que se hacen cosas muy curiosas por remedar al ébano, hallo que de la misma especie, y así lo afirman testigos prácticos desta madera, con quien hice la experiencia en el color y olor, y muy particular en el peso, porque el palo-santo, muy pequeñitas partículas que se pongan en agua se van luego al fondo, y esto mismo hace aquella santa reliquia; de donde se colige que el santo Apóstol fabricó esta venerable cruz en el Brasil, en donde empezó su predicación, comunicando a toda la especie desta madera las virtudes que la experiencia nos enseña para la salud humana, porque bebida el agua en que se cuece, hace muy buenos efectos, y principalmente contra la disentería, a cuya causa la voz común le ha puesto por nombre el palo-santo. Hay desde donde el Santo llevó esta cruz hasta Carabuco, que fué donde la enarboló, más de mil y doscientas leguas.

De manera que se saca de lo dicho por muy probable la tradición que en el Paraguay se tiene, de haber dicho el santo Apóstol, que cuando viniesen unos sucesores suyos que trajesen cruces como él traía, volverían a oír la doctrina que él les enseñaba.

A la objeción se puede responder, que quien en el Oriente en la ciudad de Malipur trajo un madero de inmensa grandeza que mucho número de hombres y elefantes no podían mover, para la fábrica de un templo material, bien podría traer este madero precioso para el edificio espiritual de su predicación; y el que de una India a otra le pasó sin galeones, le aligeraría su cruz al peso de una paja[101].

XXVI

Cómo el santo apóstol colocó esta sagrada cruz en Carabuco, su invención y efectos que hizo contra los demonios.

EL empeño en que me ha puesto, el tratar de la cruz de Santo Tomé, me obliga a decir de su colocación por las manos del Santo, de su invención en estos nuestros días y efectos que hizo, y al presente hace. Y no juzgo haber salido de mi intento, porque trato de la conversión de gentiles y predicación del Evangelio, que es imposible hacerse sin cruz, y aún a veces muy pesada, pero como es el yugo de Cristo, él la aligera.

Consta por tradición que el Santo colocó este divino estandarte en Carabuco, pueblo de gentiles de los más idólatras y supersticiosos que se conocieron en el Perú, a cuya vista enmudecieron los simulacros que hasta allí habían sido muy parleros, avisando a los indios que mientras no quitaban aquella cruz, ni habían de serles propicios ni darles respuesta[102]. Y esta fué la causa porque los indios echaron aquella preciosa reliquia en la laguna, pero yéndose la cruz por su peso al fondo en presencia de los gentiles, a la mañana amanecía sobre el agua, los cuales por quitar de una vez aqueste estorbo a sus ídolos, sacaron la cruz del agua, y encomendándosela al fuego, pretendieron volverla en ceniza, a que aplicaron todo su poder, sin que aquellas llamas hiciesen en ella más señal de la necesaria, para que ahora en nuestros tiempos se comprobase la tradición común de los indios a vista de nuestros ojos, y así por un lado tiene una breve señal de fuego.

101. Al margen dice: Ribadeneira. Ver nota 94.

102. Al margen dice: Fray Alonso Ramos, *Historia de Copacabana*. Ver nota 57.

Viendo los gentiles que los dos elementos de agua y fuego no podían contrastar aquel madero, trataron de encomendarlo a la tierra. Cavaron en ella tres estados, y tan junto al agua, que lo más del año cubría aquel lugar, y allí depositaron este tesoro, y para que estuviese más oculto dejaron hecho un albañal de inmundicias. Llegó el tiempo que el Señor tenía determinado sacar este testimonio de la verdad de su Evangelio, para que constase que por los sagrados Apóstoles se había predicado en todo el universo, cuya invención fué esta, sacada de la historia del P. Fr. Alonso Ramos, de la Orden de San Agustín.

Comían los indios de Carabuco todos juntos en la plaza el día célebre del Corpus, uso común por aquellas partes de celebrar las fiestas. Encendióse al calor del vino una pesada pendencia entre dos parcialidades que habitaban en aquel pueblo, y viniendo a las manos, prorrumpieron también en voces, diciéndose alternativamente palabras injuriosas. Los anansayas, que eran advenedizos, dijeron a los urinsayas, que eran naturales del pueblo: *Vosotros sois mal inclinados y hechiceros, y vuestros antepasados apedrearon a un santo que les predicaba la fe y creencia de un solo Dios, y pretendieron quemarle una cruz que consigo traía, y esta la teneis escondida, y sabeis muy bien dónde está y no la quereis manifestar.* Vino esto a noticia del cura llamado el P. Sarmiento, y muy siervo de Dios, el cual ya con halagos, ya con amenazas supo el lugar, de donde habiendo cavado tres estados la sacó.

Hace nuestro Señor por esta cruz muchos milagros, y principalmente contra los rayos y incendios. Muchos se cuentan y muchos escribe el P. Fr. Alonso Ramos, solo uno referiré. Tenía una india un pedacito desta cruz al pecho, trató un deshonesto mozo de forzarla, avisóle ella de la reliquia que consigo traía para arredrarle de su intento, prosiguió en quererla hacer fuerza, y siendo claro el día y muy sereno cayó un rayo y lo mató, dejando libre y sin lesión la india.

Con esto he concluido con la cruz, rastros y señales que hay en el Occidente del glorioso Apóstol; ahora volveré a mis reducciones, deseoso de que alguno tome este rasguño[103] para tratar esta historia con fundamento.

XXVII

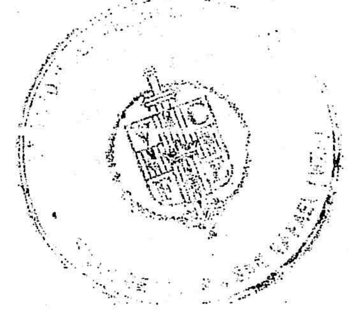
Demostraciones que hizo el demonio por un indio cristiano que dejaba de oir misa las fiestas.

IBANSE adelantando mucho los nuevos cristianos con la continua predicación del Evangelio, y entablóse muy buenas costumbres. Una, y muy loable fué, que bien de mañana oyesen todos Misa, y luego acudiesen a sus labranzas, de cuyo santo ejercicio han experimentado aumento de bienes, no solo espirituales sino también temporales, y los que no han seguido este ejercicio han experimentado pobreza y miseria, de que pudiera decir de muchos que oyendo cada dia Misa, con mediana labor abundaban en bienes, y de otros que dejándola de oir, y a veces alguna fiesta afanando y trabajando continuamente, apenas se podían sustentar.

Un indio de cierto pueblo, ni días de trabajo ni de fiestas iba a Misa. Perseverando en esto un año entero. Y como ya hemos visto en este discurso, les ha el Señor enseñando con cosas exteriores y señales, moviéndolos con esta a creer las cosas invisibles y del alma: usó también deste modo para industriar a este indio, e incitarle a que acudiese al pueblo. Un domingo estando oyendo el sermón y Misa, solo este indio se quedó en su granja, en la cual empezaron los demonios a dar balidos como de vaca, bramar como toros, mugir como bueyes e imitar las cabras. Espantado el pobre indio se recogió a su choza sin atreverse a salir fuera molestado del miedo. Acudió la gente a la tarde, dióles parte el indio de su aflicción, y andando ellos por aquellos sembrados vieron varias huellas de animales,

103. Rasguño, apunte o borrador.

y un pie de persona tan pequeño como de un recién nacido infante, y lo peor fué que todo aquel sembrado lo dejó amarillo, y como si con fuego lo hubiesen chamuscado. El domingo siguiente sucedió lo mismo. Avisáronme desto, pero no de la falta que el indio hacía en no oir Misa: aconsejéles que pusiesen cruces y asperjasen todo aquello con agua bendita. Hizose así, pero al otro domingo sucedió el mismo ruido del demonio. Avisáronme que no aprovechaban las cruces, ni el agua bendita. confesáronse todos los de aquel pago, dudando cada cual que por su causa les molestaban aquellos demonios. Solo aquel mal habituado indio no trató de confesarse y para dar los demonios a entender que aquel indio era la causa, iban los demonios de muy buen trecho como corriendo (porque solo su ruido y voces se oían) hacia la choza de aquel indio, el cual con el nombre de Jesús se defendiia. Pidiéronme remedio, después de la Misa me fui a aquel puesto que había del pueblo media legua a donde ya había concurrido todo el pueblo a oír al demonio: llegué a un arroyón que se pasa en barcos, y vi que gran tropel de gente se arrojaba al agua atravesando con cuidado el río, huyendo del demonio que embestía con fuerza contra aquella casa. Pasamos el río, y habiendo visto las pisadas, y que de propósito con ellas habían tronchado y echado a perder todo el sembrado, cuya amarillez daba grandes indicios de fuego, y el fruto que estaba en leche chamuscado y marchito, pregunté quién habitaba aquella choza, y entonces me refirieron su falta. Tomé sobrepelliz y agua bendita, y en nombre de Jesucristo, y por los méritos de su siervo Ignacio le mande que se fuese de aquellas partes, y que en ningún pueblo hiciese daño. Puse en un vaso cerrado un pedazo de la sotana de San Ignacio, y nunca más volvió el demonio. Yo me llevé aquel indio al pueblo, hizo una buena confesión, y en adelante fué muy ejemplar cristiano.



XXVIII

De cuatro cuerpos muertos de indios que eran reverenciados en sus iglesias

En todas partes procura el demonio remedar el culto divino con ficciones y embustes, y aunque la nación guaraní ha sido limpia de ídolos y adoraciones, merced del cielo que libres de mentiras están dispuestas para recibir la verdad como la larga experiencia nos lo ha enseñado, con todo esto halló el demonio embustes con que entronizar a sus ministros, los magos y hechiceros para que sean peste y ruina de las almas. Padecíamos en una reducción un gran trabajo, que estando toda la semana hirviendo el pueblo de gente, solos los domingos cuando a voz de muchas campanadas queríamos juntar el pueblo al sermón y Misa, desaparecían todos. Buscamos con cuidado la causa, para aplicarle el remedio, pero no fue posible descubrirla, hasta que un mozo descubrió a un Padre, debajo de gran secreto, como en tres cerros había tres cuerpos de muertos, y que hablaban y habían avisado a los indios que no oyesen la predicación de los Padres. Afirmó este mozo haberlos oído hablar, y de nosotros mal y de nuestra doctrina, acreditando mucho a sus ministros con todo descrédito nuestro. Había voz común que habían resucitado, y que vivían en carne al modo que vivían antes que muriesen. Con estos enredos del demonio no acudían a oír sermón, ni doctrina. Juntámonos cinco sacerdotes a tratar del caso, resolvióse que a la una de la noche saliésemos cuatro con todo silencio a buscar estos cuerpos, el P. Francisco Díaz, y el P. José Domenech[104] fueron a un cerro que estaba pegado al pueblo donde estaba el uno y el santo mártir P. Cristóbal de Mendoza y yo, fuésemos en busca de los otros. Quedó en nuestra casa el P. José Cataldino para

104. El P. José Domenech nació en Alicante (España) el 28.IV.1602. Ingresó a la Compañía en 1617 y llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Sus últimos votos los hizo en la reducción de Encarnación el 11.X.1657. Falleció en la reducción de Candelaria el 4.III.1642.

que entretuviese a los indios y los deslumbrase. Y aunque salimos después de media noche por los trascorrales, y sin ruido, no pudo ser nuestra salida tan oculta que un portero indio que teníamos no nos sintiese, el cual al punto dió parte a los del pueblo, que de aburridos de ver que no acudían a la iglesia nos ausentábamos.

Acudió la gente en tropel a nuestra casa, preguntaban al P. José por nosotros, sosególos el Padre. El P. Francisco Díaz y su compañero diéronse buena maña a caminar a oscuras por una muy agria sierra y casi sin camino, y subiendo con harto trabajo a la cumbre de aquel monte descubrieron un templo adonde eran honrados aquellos secos huesos. Vieron a la redonda muchas ermitas en que se albergaban los que iban a aquella romería, como en novenas, que todo lo quiere remedar el demonio. Hallaron aquello solo sin guarda alguna, cosa que extrañó mucho la guía que los Padres llevaban, porque afirmaban que de día ni de noche dejaba de haber allí contínua gente. Era el templo bien capaz y bien aderezado, en él había un atajadizo lóbrego con dos puertas, en que estaba el cuerpo colgado de dos palos en una red o hamaca, las cuerdas della estaban muy bien guarnecidas de muy vistosa y variada plumería, cubrían la hamaca unos preciosos paños de pintadas plumas que su variedad se llevaba la vista. Había algunos instrumentos con que perfumaban aquel lugar, en el cual nadie era osado a entrar sino el sacerdote, el cual en nombre del pueblo preguntaba las dudas a este oráculo. En lo anterior del templo había muchos bancos donde se sentaba el pueblo, el cual oía las respuestas que el demonio daba. Había por todo el templo muchas ofrendas de frutos de la tierra en curiosos cestos pendientes por las paredes y madera. Destas ofrendas comía el sacerdote, y lo que le sobraba repartía como cosa sagrada a los labradores, de que se prometía una gran bendición en sus cosechas. Recogieron los Padres los huesos, sus plumas y arreos, y con todo silencio lo llevaron al pueblo, sin que persona alguna lo supiese.

Al P. Cristóbal de Mendoza y a mí se nos dilató algo más

nuestra ventura. Caminamos aquella noche por sierras, valles y lagunas con toda la priesa que el deseo nos daba de hallar aquel demonio; serían las ocho del día cuando la guía que llevábamos nos metió en el templo. Diónos su vista muy buen alegrón, juzgando que ya no se nos podía escapar de nuestras manos, pero no hallamos más que colgajos de ofrendas en el templo. Aquí parecía dar fin nuestra esperanza, porque la guía sabía aquel lugar pero no donde aquella misma noche habían transportado el cuerpo, según el rastro mostró. Y entre la perplejidad y deseo de hallar lo que buscábamos, determinamos de seguir entre muchos caminos que había, el más trillado. Topamos por él a un muchacho gentil, que aunque entonces negó constantemente, después supimos que era el sacristán o ayudante en aquel templo; atámosle, amenazándole ya, ya prometiéndole dones, para que nos guiase. Negó siempre, pero negando juntamente nos guió por unos peligrosos riscos, que hacían una profundidad muy grande, pasámoslos a gatas, agarrándonos de las peñas. Pasado este reventón topamos una tienda o choza a medio hacer, cuya curiosidad y ser allí reciente nos dió a pensar que se empezaba a hacer para aquel cuerpo, y que por más seguridad lo habían pasado adelante. Quiso nuestra ventura que topásemos un indio que nos sacó de duda, el cual nos dió la relación siguiente: "A media noche (dijo) el cuerpo que en aquel templo que visteis era adorado, dió voces, pidiendo le favoreciesen y llevasen de allí; llevadme (decía) sacadme de aqueste lugar, porque en mi busca vienen aquellos malos hombres a cogerme, con ánimo de quemarme, sacadme apriesa; y yo si estos me maltratan haré que caiga fuego del cielo y los consuma, y que crezcan las aguas, e inunden la tierra, y convocaré a mis amigos los de San Pablo, para que venguen la injuria que me hicieren. Con este aviso los que le guardaban, no solo cuidaron de librar a este, sino también a otro cuerpo que esta bien distante de allí, con ánimo de que dos demonios se defendiesen mejor de dos sacerdotes (providencia del cielo para que los cogiésemos ambos) había caminado hasta aquel puesto que vistes medio hecho, y no seguro allí, decía, llevadme presto de aquí, porque vienen ya muy cerca aquellos Padres. Sacáronlos

luego, y de aquí algo lejos deste paraje los dejé, que van huyendo".

Hasta aquí refirió el indio; y según después supimos, este mismo indio iba acompañando aquellos cuerpos, pero viendo que el demonio nos tenía miedo y huía, juzgando por mucha su flaqueza, juzgó que mejor le estaría nuestra amistad que la de aquellos pusilánimes, y por no verlos en nuestras manos y que por lo menos habían de ser quemados, se despidió dellos.

Eran ya las dos de la tarde sin haber descansado nosotros un punto, y animados con esta relación engañando el deseo de coger la presa al terrible cansancio que llevábamos, quiso el Señor que a las cinco de la tarde diésemos con ellos, y fué que los que los llevaban con la huida tan apresurada y de tantas horas, rendidos al cansancio los acomodaron lo mejor que pudieron, pensando que nuestra diligencia no daría alcance a su apresurado curso. Cuando de repente dimos con ellos, huyeron todos, y una sacerdotisa, que compadecida del trabajo de aquellos cuerpos los había seguido, con ánimo de regalarlos, y así tenía unos vasos grandes en que ponía brasas para mitigar la humedad y frío de aquel monte. Huyeron todos, solos dos tuvieron ánimo de esperarnos, y aún de matarnos, porque asestaron sus flechas a nosotros. Acobardólos Dios, y así pudimos cogerlos y atarlos. Dimos gracias a Dios por el suceso, abrimos las redes, descubrimos unos hediondos huesos que aunque adornados con vistosas plumas nunca perdieron su sucia fealdad. El cuerpo había sido de un grande mago y muy antiguo, y el otro lo alcanzamos en nuestra primera entrada en aquella provincia vivo, y al aspecto le juzgamos por de 120 años; habiámosle convidado con el bautismo muchas veces, pero nunca lo aceptó, hasta que ya al último trance de su vida con algunas muestras que dió le bautizó el P. Simón Masseta. Enterráronle en una iglesia pequeña que poco después dejamos, y afirmaron muchos que desde la sepultura se oía dar voces, diciendo: *Sacadme de aquí que me ahogo, sacadme luego,* así lo hicieron, y lo pusieron en el templo, en donde hablaba por él el demonio como quedaba dicho.

XXIX

De lo que se hizo con estos huesos.

CONVINO mucho hacer alguna buena demostración para confusión de los sacerdotes destos ídolos y desengaño de los pueblos, que no solo este, sino los demás estaban engañados. Lo primero vedamos a todos los cristianos que no comiesen de aquellas ofrendas, por haber sido hechas al demonio; llevamos los cuerpos al pueblo, y los moradores divididos en bandos, unos juzgaban nuestra acción por muy dañosa, porque en estos cuerpos y su culto tenían libradas buenas sementeras, fértiles años y próspera salud, teniendo por muy cierto, que aunque habían sido muertos, habían vuelto a ser ya vivos, recobrando su antigua carne, mejorada con juvenil lozanía. Confirmaban esto con decir que los habían visto menear en sus hamacas, y oídolos hablar en utilidad común del pueblo. Otros dudosos de que esto fuese así, deseaban ver por sus ojos este engaño; otros juzgaban, que pues huyendo apriesa no se habían podido escapar de nuestras manos, y que como presos los habíamos traído, no podía ser menos, sino que su poder era muy poco.

Junta toda la gente en la iglesia, se les hizo un sermón, en que se trató del verdadero Dios, de la adoración que se le debe de las criaturas, y engaños del demonio, cuán poco puede, de las mentiras y enredos de los magos. Acabado el sermón, salió un Padre con su sobrepelliz y estola, ministros con agua bendita, y un grande libro bien encuardenado, en el cual leyó en latín algo de un capítulo. Incitólos a hacer acto de contricción de haber creído aquellas boberías: estaban todos puestos de rodillas, juntas las manos, puestos los ojos en el suelo. Hicieron su acto bien fervoroso de detestación de toda creencia vana y idolatría, abrazando solamente la verdadera doctrina que la Iglesia Católica Romana enseña, pidiendo a voces perdón a Dios, con tanta devoción y sentimiento, que incitaron nuestras lágrimas. Subióse (acabado este acto) un Padre en un tabladillo que se había hecho en la plaza, para que todos y las mujeres y niños

pudiesen ver el desengaño en los huesos fríos, mostrólos el Padre declarando los nombres de cuyos eran. Fué extraño el regocijo popular por ver tan gran engaño de cuerpos, que todos confesaban que vivían, deshecho tan en público. A porfía traían leña para quemarlos, y así se hizo en presencia mía para que no llevasen algún hueso, y con él continuasen su mentira.

Con este hecho se animaron a descubrinos otro cuerpo que había poco era muerto, y queriendo nosotros en su enfermedad bautizarlo, lo ocultaron los gentiles, con ánimo de fabricarle templo, el cual también pasó por la misma pena de fuego. Quitando este estorbo acudieron con continuación la gente a la iglesia, y con fervor pedían los gentiles el bautismo, y los cristianos la confesión, con que se cogió en aquel pueblo mucho fruto, acusándose con mucho sentimiento de haber tenido por verdad aquellos embustes del común enemigo.

XXX

Entrada que hicimos a la provincia de Tayaoba.

HABIENDO fundado ya cinco poblaciones, y quedando en ellas Padres que las cultivasen, pusimos la mira en pasar a la provincia de Tayaoba. Este nombre fué de un principal cacique gobernador de muchos pueblos, del cual tomó toda aquella provincia el nombre. Cúpome a mí el procurar abrir la puerta desta bien cerrada provincia, para que el Evangelio entrase. Tenía esta provincia casi infinita gente, y con las costumbres gentiles muy en su observancia, muy guerrera, y en comer carne humana muy ejercitada. Hallábanse por aquellas sierras, valles y arroyos gran número de hechiceros, llenos de muy grandes errores y supersticiones, y que con pertinacia aborrecían otras doctrinas, predicando la suya por muy cierta. Muchos se fingían dioses (común disparate destos pobres) fraguando mil embustes de su divinidad, creída neciamente de la plebe, porque como la elocuencia destos es extraordinaria, la

ordinaria gente los venera vencidos de sus compuestas y mal hiladas mentiras.

Siguiendo mi viaje, llegué a una aldea o pueblo bien pequeño, que apenas tenía sesenta vecinos que me recibieron con amor, que pagué con obras de predicación del Evangelio, y se bautizaron todos. Detúveme en este pueblo dos meses, informándome de las costumbres de los de aquella provincia, y procurando desde allí darles cuenta de mi venida y intentos. La llave y atalaya de toda la provincia estaba en un pueblo distante una jornada del en que yo me hallaba. Envié a sus moradores algunos donecillos de anzuelos, cuchillos, cuentas y otras cosillas que acá no tienen valor y son allá de estima. Con esto pude atraer algunos a que me viesen, y comunicando con ellos mis deseos, les dije como deseaba entrar en sus tierras a anunciarles la salud eterna; y fiado yo en el seguro que me dieron, me partí de allí a pocos días por el río en canoas, llegué a su pueblo con sol, habiendo caminado con toda prisa todo aquel día. Dieron muestras de recibirme bien, pero fingidas, porque dando aviso de mi llegada, toda aquella noche fué desgalgando gente de aquellas sierras, con ánimo de comerme y a los que iban en mi compañía, que serían como 15 personas. Tenían deseo (como después supe) de probar la carne de un sacerdote que juzgaban era diferente y más gustosa que las demás. Tuve a mala señal ruido tan disimulado, y así se me pasó la noche en prepararme para cualquier suceso.

Apenas rompió el día cuando entró en mi choza un grande hechicero preguntando por mí, y viéndome de rodillas en oración, con mucho silencio se sentó no lejos de mí. Yo proseguí por muy buen rato pidiendo a Dios la luz que le faltaba a aquella ciega gente, para que desechando los errores de la gentilidad, se convirtiesen a su divina fe. Levantéme, y a él y a otros ocho caciques grandes magos que se habían juntado, con amorosas y blandas palabras les dije, cómo el deseo de su bien me había guiado a sus tierras, no en busca de oro o plata, que no tenían, sino de las almas, que aunque negras con la gentilidad y pecados, les traía con que las emblanqueciesen, que era el agua del

bautismo, y en él la verdadera creencia en un Dios, criador universal, y prosiguiendo mi plática les anuncié a Jesucristo Hijo de Dios, y llegándoles a tratar de la pena eterna de los malos, me atajó uno dellos, diciendo a voces, *este miente*, repitiendo muchas veces, *miente, matémosle*, y respondiendo los otros lo mismo, salieron corriendo a buscar sus armas, que de propósito por no causar recelo las habían dejado escondidas, y en guarda mucha gente que en un monte estaba en emboscada.

Quedé con la mano sabrosa (como dicen) por haber dado aqueste pregón del Evangelio a aquellos bárbaros, y sin menearme del puesto los estuve esperando. Uno de los indios que me acompañaban entró en mi choza, rogándome que me fuese, entró segunda y tercera vez, diciéndome: Padre, por amor de Dios, que nos vamos, que te han de hacer pedazos, y echándome los brazos al cuello, con sus ruegos me movió a salir, pareciéndome ver en él, no ya indio, sino un Angel del cielo. Apenas salimos, cuando empezamos a sentir las flechas que nos venían tirando. Cayeron a mis lados siete indios de mis compañeros muertos a flechazos, que para mí fueron otras siete muertes, sin que mi dicha me enderezase alguna, para ser compañero en la muerte de los que me habían acompañado en vida, no solo con el cuerpo, sino con el ánimo de ayudarme a la predicación del Evangelio, con cuyo intento se habían preparado el día antes como para morir, con la confesión y comunión, diciéndome con un fervor cristiano: *Ea, Padre, vamos a predicar la fe a los gentiles, que nosotros en tu ayuda hemos de dar la vida por Jesucristo, y en defensa de la fe que predicas.*

Estaba junto a mí aquel buen indio que me sacó de la choza, y viéndome rodeado de tanta flechería y en tan conocido peligro, por sacarme a mí de las manos de la muerte, se expuso él con evidente peligro de perder la vida. Y sin hablarme palabra, me quitó por detrás mi sobrerropa[105] con la presteza que trance tan peligroso pedía, y mi sombrero juntamente, y diciendo a otro indio *meted al Padre al monte*, él se puso mi sobrerropa

105. Sobrerropa, gabán o abrigo que se pone sobre la ropa.

y mi sombrero, y corriendo por un campo solo a vista de los enemigos, me dió tiempo y lugar para que yo me guareciese del bosque, que era muy espeso. Oí decir a los gentiles viendo a mi buen indio con mi sombrero y ropa, *allí va el sacerdote, tiradle, matémosle*, y fue maravilla que lloviendo sobre él gran golpe de flechas ninguna le tocó, siendo toda aquella gente muy certera en tirar saetas.

Yo me metí por el monte con tres indios, y por no dejar rastro nos dividimos en 4 partes a vista unos de otros (ardid usado en semejantes aprietos) y así fuimos caminando por aquel espesísimo monte. Aquel fiel indio que por mí se expuso a recibir la muerte corrió muy grande trecho, y juzgando que yo estaría ya muy adelante por el monte adentro, él se recogió también a guarecerse, dejando burlados a los que le seguían. Alcanzóme, dióme mi ropa y el sombrero, y con intrépido ánimo juzgando que venía la gente en mi seguimiento volvió a ver si los encontraba, con ánimo de guarecer mi vida, a riesgo de la suya. Nosotros proseguimos nuestro rumbo, sin saber el que llevábamos, topamos por gran ventura un oculto camino, por donde disimular el rastro que dejábamos; este fué un acequión o pasadizo y hozadero de jabalíes metido bien en la tierra, hecho un lodazal contínuo, y tan cubierto y disimulado con unos espinosos juncos, que tuvimos a gran ventura dar con este escondrijo. Arrojámonos por él, cuya estrechura apenas daba lugar a que uno tras otro pasásemos; el altor era menos, porque yendo a gatas metiendo las rodillas y brazos en el cieno hediondo, nos era fuerza llevar por él arrastrando el rostro, pena de que en levantando un poco la cabeza topaba luego en las agudas espinas de los juncos. Aflicción grande pasé en este estrecho, sucio y espinoso camino, de que salimos como suelen los jabalíes del cieno, y yo saqué la cabeza lastimada de los juncos corriendo sangre por el rostro, que con las lágrimas de sus ojos me limpió uno de mis compañeros. Dábame priesa a que caminase, teniendo por sin duda que nos seguían los enemigos, pero iba yo tan cansado y atravesado el corazón con las

siete muertes de mis compañeros, y instimulado[106] del deseo de imitarlos, que rogué a los que iban conmigo, que se fuesen y escapasen las vidas, para que sus hijos tuviesen padres, y sus mujeres maridos, y no quedasen con su muerte viudas y huérfanos; y ellos con un varonil ánimo dijeron, que ni mujeres ni hijos estimaban, que más bien les estaba morir a mi lado en tan honrosa empresa, que vivir con infamia de haberme dejado entre gentiles.

En esto sin pensar nos vimos sobre el río por donde el día antes habíamos subido, oímos ruido de remos, el cual juzgamos ser de los enemigos que por el río andaban a buscarnos. Con este recelo nos metimos al monte, pero pareciéndome que huíamos sin saber de qué, rogué a mis compañeros que me esperasen allí, que quería reconocer quiénes eran, y que si fuesen enemigos se escapasen de ellos. No vinieron en eso, y así nos volvimos al río, descubrimos dos indios en una canoa y que eran amigos, ambos caciques de aquel pueblo de donde habíamos salido el día antes. Preguntéles (bien maravillado) la causa de su venida, respondieron que habían sabido el suceso, y que venían en mi busca. Quedé atónito, ví una providencia divina bien palpable, porque el camino hasta allí era de ocho horas con voga continua, y de mozos, que para una embarcación son menester ocho o diez, y estos dos viejos que cada uno tenía mas de ochenta años, en hora y media habían hecho aquel largo camino. Embarcámonos y llegamos al pueblo donde se renovó mi pena, porque salieron todos niños y mujeres a recibirnos llorando a voces nuestros trabajos. Quedé sin ornamento, porque aquellos bárbaros me lo quitaron, del cual hicieron presente a un gran mago que tenían, aquien todos reconocían vasallaje. Hicieron pedazos la patena para colgar los pedazos al cuello, quitáronme una hamaca y una frazada que era todo mi ajuar, quedando solamente con lo que tenía vestido, sirviéndome el fuego de frazada contra el frío, que era muy grande en las rigurosas noches del invierno.

106. Instimulado, por estimulado.

XXXI

Entrada segunda que hice a esta provincia.

PRETENDIA con tan adverso suceso arredrarnos el demonio de tan importante empresa, pero la codicia de ganar tantas almas para el cielo hacía olvidar estos trabajos. Volvíme a preparar para hacer otro acometimiento a aquel alcázar tan pertrechado de ardides de demonios, y fortificado con tantos ministros suyos. No hallé desanimados a los indios, que aunque la muerte de aquellos siete hermanos suyos y compañeros míos podía acobardarlos; pero el haberles dado a entender cuán gloriosa acción había sido la suya y el premio que esperaba tenían ya en el cielo, por haber con su sangre firmado la fe que poco ha habían recibido, les causó nuevo ánimo.

Sucedió por aquellos días, que a las nueve de la noche en lo más oscuro della, oímos por unas muy altas quebradas de montes, entre cuyos senos corría un caudaloso, y en partes arrebatado río, un ¡ay! tan dolorido y tierno, tan penetrante y repetido, que nos causó a todos gran novedad, porque ni el ruido bien grande del río ni la longitud bien grande de donde empezó este quejido disminuía un punto de aquella sonora y lastimera voz. El primer juicio que hice, fué que era alguna alma que en el purgatorio era atormentada fuertemente. Salí a la plazuela del pueblo, donde ya la aguardaban muchos, porque según de la voz se colegía, por minutos se iba acercando al pueblo. Como un rayo pasó por medio de nosotros en forma visible de un bulto, a modo de nube blanca y de altor de un hombre, y entrando a la iglesia a pocos pasos de la entrada desapareció; díjele algunos responsos y el día siguiente la Misa. Quedaron todos los indios espantados de haber visto tan claramente cosa de la otra vida, diciendo todos que sería el alma de algunos de mis compañeros.

Todo mi deseo era ver el gran cacique Tayaoba, porque juzgué que, aquel ganado, tendría a los demás de mi bando.

Quiso el Señor que mi deseo se cumpliese. La curiosidad de verme trajo a aquel pueblo un gran cacique, llevando consigo su mujer y dos hijos suyos (señal cierta de amistad) nunca apartaba de mí sus ojos, lo cual extrañé mucho, pero sacóme presto de duda diciéndome: *Padre, no te espantes que con todo cuidado te mire, porque a eso me trae mi deseo, para ver por mis ojos si es verdad lo que los magos nos predican de vosotros: dicen que sois diversos de los hombres, que sois monstruos, y que tenéis cuernos en la cabeza, y que es vuestra fiereza tanta, que vuestro común sustento es carne humana, y que vuestro modo de proceder es intratable: este engaño me ha traído y este es el que ha retardado al Tayaoba venir a verte, pero yo iré en breve y te le traeré sin falta.* Cumpliólo en breves días, vino el buen viejo a verme con su mujer y cuatro hijos, dejando en sus tierras otros veinte; recibílos con mucha honra acariciando mucho a sus hijuelos, cosa que estima mucho aquella gente; díles de mi pobreza las niñerías que tuve, y a la demás gente que le acompañaba. Corrió la voz por todos nuestros pueblos de la venida del Tayaoba, y a porfía iban de treinta y cuarenta leguas a verlo, maravillándose de ver un hombre tan famoso. Traté luego de entrar a su tierra, cuya nueva le dió mucho contento; pareciónos dejar el viaje del río y así salimos por tierra: caminamos tres días y dimos en un algo extendido campo, porque el camino todo hasta allí había sido de monte y muy espeso. Parecióme y a los indios también, que era a propósito para fundar un buen pueblo; levantamos luego una hermosa cruz, que todos adoramos; mi casa fue la sombra de un árbol, y en él tenía una imágen de la Concepción de la Virgen, de media vara, mis armas una cruz que continuamente traía en las manos. Acudió mucha gente a verme, y de aquellos que atrás dije que me habían querido matar acudieron muchos, y como vieron que no tenía defensa, porque sólos treinta indios que me acompañaban, si bien el Tayaoba había enviado a llamar su gente, previniéndose de lo que sucedió. Trataron los hechiceros de matarme, y con toda brevedad antes que el Tayaoba juntase su gente acudió tanta de los enemigos a aquel campo toda aquella noche, que por mayor serían tres mil indios. Tratamos nosotros de hacer un palenque[107] para defendernos, pero ni la oscuridad de la noche daba lugar, ni el número tan poco de gente podía hacer nada. Era ya pasada la media noche, y según su costumbre, al romper del día habían de acometernos. Aconsejáronme los indios que con la oscuridad de la noche saliese del aquel campo, y me guareciese por la espesura de aquellos bosques, que ellos se quedarían a probar la mano, y en la primera refriega se escaparían. El buen Tayaoba me dijo: Padre, al amanecer hemos de pelear y podrá ser que me maten, hazme hijo de Dios por el bautismo. Lo mismo dijeron los gentiles que allí había, a los cuales había ya dado noticia destos divinos misterios, y eran catecúmenos: bauticélos, y el Tayaoba se llamó Nicolás.

Apenas hube salido del árbol, acompañado de tres indios y de un niño que me ayudaba a Misa, cuando con todo silencio acometió por un lado una tropa de gentiles a mi alojamiento. Sentimos el ruido, y aguijando[108] el paso nos metimos en un bosque. Con la oscuridad de la noche y con la prisa que tuvimos en salir, se quedó la santa imagen. Acordóse mi sacristán de su olvido, y sin decirme cosa, vuelve al puesto a recobrar su imagen. Reconócenle los enemigos que ya habían despedazado la imagen. Atáronlo y lleváronlo a su pueblo. Al amanecer se trabó una breve pelea por ser los nuestros tan pocos, los cuales mataron algunos de los enemigos, que por ser muchos hacían presa las flechas, saliendo los nuestros sin lesión alguna.

Había un cacique de los contrarios ofrecido a sus mancebas que, por despojos de la guerra, les llevaría muy buen pedazo de mi cuerpo para el convite de la victoria. Este tenía en su mismo pueblo un enemigo, y vino con él para en esta ocasión matarlo, y así lo hizo, porque poniéndose a su lado, al primer acometimiento a traición le atravesó con una saeta.

107. Palenque, valiado de madera o estacada que se hace para la defensa de un puesto.

108. Aguijar: picar con la aguijada, bastón provisto de guijón, para que los animales anden de prisa; úsase por aguijonear, estimular.

Caminamos aquel día mis compañeros y yo por la espesura de aquel cerrado bosque. Yo, no libre de cuidados, tormentos y penas de ver que así vencía Satanás, oponiéndose al Evangelio, iba revolviendo en mí muy varias cosas. La que más me atormentaba era que parece quedaba la puerta bien cerrada al santo Evangelio en toda aquella tan larga provincia. Llegamos bien cansados a las cuatro de la tarde a un arroyuelo donde hicimos alto a descansar aquella noche, no llevábamos cosa ninguna con que poder entretener la naturaleza, porque todos íbamos ayunos desde el antecedente día. Tampoco había con que sacar fuego. Sacólo la necesidad e industria, porque uno de mis compañeros con dos palillos sacó fuego; los otros se fueron por aquel monte, y al cabo de muy poco volvieron con la comida. Traían un buen envoltorio de hongos en unas grandes hojas, y juntamente traía unas raíces de árboles bien grandes, que parecían en el color y hechura a nabos, el otro trajo un grande manojo de ramones de árboles. Los hongos envueltos en hojas los metieron en el rescoldo, y allí se cocinaron, las hojas de árboles las tostaron en su misma rama a la llama del fuego. Guisada ya la comida pusiéronme la mesa y fué de unas hojas que en Tierra Firme llaman bihao, y son muy grandes, allí pusieron las hojas y los hongos. Estuve un rato mirando mi comida, y enternecido en verla hasta que mis compañeros me rogaron que comiese. El que no ha gustado del manjar de trabajos por la conversión de gentiles, no puede percibir el gusto destas yerbas. Probé los hongos, pero resistieron con su dureza, comí de las hojas cuyo sabor sin encarecimiento eran de sardinas saladas, trajéronme por postre aquellas raíces crudas cuyo sabor era como de raiz de palo, aunque era muy tierna. Faltaba para beber un vaso de que proveyó la industria. Tomó un indio una hoja de aquellas grandes, y haciendo una leartaz[109] preso con una espina lo llenó de agua y me lo puso en las manos, acabé con hacer gracias al Señor tan suave comida, que realmente lo fué, y mucho para el alma; esta acción me fué de

109. Leartaz, aunque esta voz no ha podido ser identificada, el autor alude a un cono o cucurucho hecho de hojas para contener el agua.

ensayo a perder el temor a la hambre y trabajos, sin que jamás en otras semejantes ocasiones me diesen cuidado alguno, solo me le daba el procurar no disminuir la confianza que se debe tener en la omnipotencia divina.

XXXII

Entrada que hicieron unos españoles a un pueblo pequeño de infieles, y lo que les sucedió.

SUPOSE en un pueblo de españoles llamado Villa Rica[110], que dos veces me habían rechazado los indios de Tayaoba, y juzgando por poderosas sus armas para vengar tal desacato, y de camino salir cargados de indias y de muchachos para su servicio, que es el común interés destas entradas, se apercibieron para la jornada. Bajé a esta villa compadecido de su poco poder, para que no intentasen cosa semejante. Propúseles la multitud que había de gente, el riesgo de muchos pasos peligrosos, y viendo que persistían en su intento, jurídicamente pedí a las justicias que no entrasen, porque tenía por cierto que ninguno saldría con vida. Subieron setenta españoles con quinientos indios amigos, juzgué por necesario ir yo con ellos hasta cierto paraje para defender de sus manos una partida de gente que se me había entregado, y por cuyo medio pensaba yo conquistar lo demás. Estaban ya de paz, y sin duda la darían a los españoles, y ellos los cautivarían y llevarían presos, y aún para justificar su negocio ahorcarían algunos. No salió vano mi discurso, como probó el suceso.

Fuimos a este viaje el P. Diego de Salazar y yo, llegaron los soldados a un pueblecillo de hasta ocho pequeñas casas de gentiles, donde había muchos de los que me habían querido

110. Villa Rica del Espíritu Santo fue fundada en 1570 por Ruy Díaz Melgarejo, en la región del Guayrá (hoy estado de Paraná, Brasil). Ramón I. Cardozo, *El Guairá. Historia de la antigua provincia.* (1554-1676). Bs. As. 1938.

matar segunda vez, y me habían cautivado el niño que me ayudaba a Misa. Luego que los enemigos nos sintieron, saliendo como leones derribaron con sus saetas cuatro indios amigos, y como sintieron escopetas se retiraron al bosque. Con los gritos que los heridos daban, flechería que los enemigos nos tiraban, crecía el temor de manera que algunos españoles pusieron en plática[111] el volverse, consejo mal pensado, porque les saldrían los indios a los malos pasos, y allí con facilidad los consumirían. Mudaron de parecer, hicieron luego un palenque, no ya para vencer a los indios, sino para no ser vencidos dellos. Nuestros indios amigos hallaron unas grandes ollas de carne cocida con maiz, de que me trajeron un plato, rogándome que comiese. Comí dello juzgando ser aquella carne de caza, pero a poco rato sacaron la cabeza, y los pies y manos cocidas de aquel niño que me cogieron. Averiguóse ser él con unos mozos que de los enemigos cogimos, los cuales dijeron, como el día antes lo habían muerto con la solemnidad acostumbrada, de que dije algo atrás.

Iban los enemigos avisándose y haciendo grandes juntas, acometían a nuestro palenque haciéndonos mucho daño con sus saetas, derribando indios y españoles, que aunque no de peligro quedaban impedidos para tomar armas. Murieron a escopetazos muchos bárbaros. Continuábase esta guerra, porque nuestros indios desde el fuerte les tiraban muchas saetas: nos volvían con mucho daño nuestro. Tratamos mi compañero y yo de poner fin á esta guerra ordenando á nuestros indios amigos que no despidiesen saetas, ántes recogiesen las del enemigo, el cual viéndose desarmado nos dejaría libre el paso para volvernos, qua ya no pretendían los españoles otro despojo. Dímosles parte de nuestro intento, y mal considerado lo rechazaron, alegando que con las saetas que echábamos al enemigo, lo arredrábamos á que no se acercase al fuerte, razon sin fundamento, pues eso lo hacian ellos mejor con sus escopetas.

111. Pusieron en plática, por poner en práctica.

Al quinto dia de nuestra llegada se juntarían como 4.000 indios escogidos todos. Entraron los españoles en consejo, y viéndose ya en el último día de su vida acordaron que en entrando el palenque el enemigo, se hiciesen ellos una muela[112], y que de este modo se defendiesen hasta que acabada la munición (que ya era muy poca) acudiesen á las espadas, que ya si aqui llegaran, fuera el último remate de sus vidas. Los indios amigos viendo en tan arriesgado punto este negocio, me dijeron: Razón será, que pues avisaste á aquestos hombres de todo este peligro, y por su gusto han querido empeñarse en él, que nosostros cuidemos de nuestras vidas y de secreto nos vamos y escapemos por estos bosques, quédense ellos, pues intentaron tanto en venir á su perdición. Respondíles que no sería accion honrosa dejar los españoles en tan manifiesto peligro, que peleásemos y cuando ya llegásemos al último trance, la misma ocasión nos daría algun remedio, pues estábamos ya hechos á escapar por los montes, y que esperaba en Dios habíamos todos de quedar con vida. Ordenéles que no tirasen flecha al enemigo, que aunque no asentían á este parecer los españoles, lo juzgamos nosotros por único remedio y fin de aquella guerra.

Trabóse luego una reñida batalla; los españoles peleaban ya por la vida puestos en sus troneras, nosotros retiramos los indios á la plaza de armas, los enemigos la cubrieron en un instante de flechas clavadas en el suelo, las cuales fueron los nuestros recogiendo. Segunda y tercera vez hicieron lo mismo, sin que los nuestros despidiesen saeta, cesaron las flautas y atambores y gritería del enemigo, confuso de verse desarmado. Los españoles confusos desta novedad ignoraban la causa, hasta que sabida y viendo que los enemigos a tropas se despedían para volverse á sus tierras, dimos las gracias al autor de todo.

Los españoles cantando ventura y no victoria trataron luego de volverse a sus casas. Habían acudido á nosotros gran parte de los indios, por cuya causa habíamos seguido aquel viaje para librarlos de sus manos. Estos indios no quisieron volver a sus

112. Muela, alusión a las piedras de molino y a la trituración de los granos en ellas.

tierras, recelosos de que los indios enemigos los matasen. Salimos todos huyendo del peligro. Los españoles juzgando por caso de deshonra volver á sus casas cargados de heridas y huyendo y sin ninguna presa, pusieron la mira en hacerla en aquellas ovejuelas, que fiadas de nosotros nos seguían. Tratan de hacer proceso cómo aquellos indios me habian querido matar dos veces, y convenia proceder á castigo, hízose así, y dan sentencia que dos de ellos que eran los caciques sean ahorcados. Tuve aviso de esto, avisé de esta determinación á los caciques, dándoles por consejo que se trasmontasen por aquellas sierras con toda su gente, y que de ahí á ocho dias volviesen á aquel puesto donde me hallarían y trataríamos del buen asiento de sus casas.

A media noche con todo silencio salió aquella pobre gente, huyendo de la justicia que debía ampararla y favorecerla. Amaneció, y el capitán español envió sus alguaciles á efectuar la prisión de toda aquella gente. Halláronse burlados, hicieron grandes diligencias para saber quién ó cómo los había sacado. Nada se supo, hasta que el mismo capitán acudió á mí y me preguntó si los habia visto. Díjele que sí, y que la noche ántes les habia aconsejado se fuesen por los bosques á buscar sitios para sus rozas y sementeras. Confuso el hombre y bien triste respondió. A buen santo se han encomendado. Partiéronse de allí los españoles por no verse muy seguros de los enemigos. Mi compañero y yo nos quedamos, acudieron los ahuyentados indios, y señalándoles sitios hicieron sus casas y rozas, bautizáronse todos y viven hoy algunos de ellos como muy buenos cristianos.

XXXIII

Procura la Compañía volver tercera vez a aquella conquista.

SIN duda quedaron ufanos los demonios en aquel alcázar señores absolutos de inmensidad de almas, victoriosos con haber desterrado dos veces el sacro Evangelio. No desesperé yo de la victoria. Los consejos que me daban que desistiese de aquella empresa absolutamente imposible me encendían á mayor ánimo á su conquista. Las cartas que amigos me escribian, que dejados aquellos tan repetidos peligros, me retirase al descanso y conservación de mi vida, me impelian á arriscarla[113]. Invoqué el auxilio de los siete Arcángeles, príncipes de la milicia celeste, á cuyo valor dediqué la primera población que hiciese. Tenía yo una imágen de pincel de vara y media de alto de aquestos príncipes, púsela en su marco y llevándola en procesión aquellos tres dias había andado hasta aquel campo de donde me echaron y cautivaron el niño, acompañado de sólos 30 indios, para que la victoria de tan infernales bestias se atribuyese solamente á Dios, llegamos con esta procesión á vista de aquel campo.

No divisé mi cruz que habia levantado, cuya altura hermoseaba aquellos campos, haliela vuelta en ceniza por aquellos bárbaros; en su lugar levanté otra y allí con toda brevedad hicimos una fuerte palizada y una iglesia pequeña en que cada dia decia Misa; allí nos metimos á esperar la furia de aquellos tigres. Juzgaron todos, por la exterior apariencia, que tenía yo mucha gente en aquel fuerte, acudieron á ver mis pertrechos, pero recibiendo la gente en la puerta del fuerte no consentía que entrasen dentro. Faltónos la comida y yo me sustenté por muchos días con tallos de arbolitos silvestres, hojas de árboles tostadas, raíces de cardos silvestres. Cada día tenia nuevas de juntas que contra mí se hacían. El que más ardía en furor y deseo de comerme era un mago llamado Guiraberà, el cual se

113. Arriscar, por arriesgar.

hizo llamar Dios, y con sus mentiras se habia apoderado de aquella gente. Su comer ordinario era carne humana, y cuando fabricaba alguna casa ó hacía alguna obra, para regalar á sus obreros hacia traer el más gordo indio de su jurisdicción y de aqueste pobre hacian su convite. A los que me venian á ver, después de dádoles noticias del fin de mi venida, les daba algunos anzuelitos, agujas y alfileres, que aunque por acá son de poca estima, allá lo son de muy grande: fueron cobrando amor á mis palabras; ayudábanme mis compañeros con las suyas hablando bien á los gentiles, los cuales informados bien de mis intentos acudían á tropas cada dia, llevando sus mujeres, sus hijos, sus enfermos, sus bienes y hacenduelas, dejando sus estancias, sus chácaras y sus tierras en que habían nacido para poblar aquel puesto y oir en él la divina palabra. Allí se redujeron todos aquellos que la primera vez me quisieron matar y mataron los siete indios, que ya dije, aquel sitio poblaron los que la segunda vez me desterraron y me mataron el niño que me ayudaba a Misa, allí mostraron su sentimiento de los agravios que me habían hecho, allí confesaban su culpa lavándose con el Sacramento del Bautismo que les dí. Juntáronse en aquel campo al pie de 1.500 familias, el número de infantes que se bautizaron fué muy grande, llevándose el cielo las primicias de muchos que recien lavados volaron al cielo.

XXXIV

Como fueron desamparando a aquel gran mago llamado Guirabera, y él se rindió también a la verdad.

VIENDO aquel gran mago llamado Guirabera que no era bastantes sus mentiras y fabulosos sucesos que para conciliar su crédito contaba, para detener la gente que á porfía no acudiese á oir la divina palabra, se determinó de visitarnos. Señalámosle un pueblo nuestro donde nos juntamos tres sacerdotes, avisámosle que allí con toda seguridad podía vernos. Vino acompañado de 300 indios armados de arcos y

saetas, delante de él iba un cacique muy principal que llevaba una espada desnuda y levantada en la mano, tras él una tropa de mancebas suyas muy bien aderezadas llevaban en sus manos algunos instrumentos de vasos y otras cosas de su uso, iba él en medio de todo este acompañamiento muy bien vestido. Continuamente iba echando bendiciones al modo obispal, que aun esto le industrió el demonio, iba su gente arrojando por tierra muchos paños para que no tocasen sus piés al suelo, y muchos se quitaban las vestiduras que traian vestidas, y se las ponian á sus piés con pertinaz cuidado y diligencia. No quiso entrar en nuestra casa, y segun se juzgó fué del recelo que tenía de nosotros no le matásemos para comerlo. Salimos a la puerta, y allí le pusieron un banco muy adornado de ropas varias y á los piés lo mismo, y nosotros sentados en tres sillas oimos su arenga como de hombre que por la elocuencia se habia entronizado tanto. Díjonos el agrado que habia tenido en vernos, porque deseaba le tuviésemos por amigo y otras cosas muy bien dichas. Respondímosle brevemente y que despacio le hablaríamos.

Regalámosle lo que nuestra pobreza sufría. El dia siguiente más asegurado nos fué á ver, y entró en nuestra casa donde delante de muchos de los suyos le dí á entender que habia un sólo Criador, y que todos éramos hechura suya y él daba los tiempos como le placía, criaba hombres de nuevo y causaba la muerte á otros, sin que á la muerte fuesen de reparo nuestras diligencias. Díjele cuán bobo era él, pues siendo indio como los demás y que bebia y comía y tenía las necesidades de las bestias, de comer, dormir y otras tan comunes, olvidándose de sí mismo y de su Criador se intitulaba Dios, que se reconociese por hombre, y aun menos, pues tenia menos juicio que todos en fingir tales locuras. Mostró oirme bien, y negando todo lo que de él la fama habia predicado, convidónos á que fuésemos á su pueblo, donde deseaba regalarnos.

De ahí á algunos dias el P. Simon Masseta y yo nos pusimos en camino. Recibiónonos el indio con buen semblante, enarbolamos luego el estándarte de la cruz en medio de aquella leonera, porque todas aquellas sierras y quebradas eran habitadas de magos y hechiceros. Fundamos allí una población de 2.000

vecinos y de leoneras de fieras, donde nunca se habia visto sino borracheras, deshonestidades, enemistades, muertes, comerse unos á otros, como acaudillados del demonio, de cuya enseñanza procedían tales efectos, viviendo en una inquietud continua, ya hecha aquella tierra un Paraíso, se oía la divina palabra en la iglesia, en sus casas ántes de dormir rezaban las oraciones voz en cuello, y lo mismo hacian en despertando. En lugar de aguzar huesos humanos para sus saetas, ya labraban cruces para traer al cuello, y con porfía acudian a saber lo necesario para su bautismo.

Llegaron todas las poblaciones que en aquellas provincias hicimos á 13, en que todos los domingos se predicaba, y todos los días del año se hacia la doctrina; las confesiones eran muy frecuentes; colocamos en algunas de las primeras el venerabilisimo Sacramento del Altar. En estos pueblos donde asistia este Señor no se sufrían amancebamientos ni otros vicios, comulgaba la gente destos pueblos cuatro veces al año con muy buena disposición de confesión sacramental, disciplina que ocho días ántes hacian, creciendo cada dia en el aprovechamiento de sus almas, y echando grandes raíces en la fe, con que floreci- toda aquella cristiandad. Celebrábase todos los domingos las Misas en canto de órgano, con muy buenos instrumentos; con que grandes provincias de gentiles que teniamos en frontera nos deseaban para que entrásemos en sus tierras á enseñar á sus hijos.

Llegó el juicio final de aquellas reducciones y de las esperanzas que habia de hacer otras, por medio de los vecinos de San Pablo.

XXXV

De la invasión hostil que los vecinos de la villa de San Pablo hicieron a estas reducciones.

LA villa de San Pablo está fundada al Sur lugar el más metido la tierra adentro de toda aquella costa; dista del mar 16 leguas, está fortificada con una altísima sierra que llaman Panamá Piacaba, que quiere decir lugar de donde se ve el mar; es tan empinada aquella sierra, que cuatro hombres impedirian el paso á grandes ejércitos. Otro camino puede haber muy fácil para esta villa por camino llano desde el rio Ginero abriendo un pedazo de monte, que repugnan mucho los de San Pablo; es tierra muy fértil, dase trigo, maíz y vino, carnes de vaca y puerco, y esto se beneficia, y lleva á vender por la costa acuesta de indios y de indias, que como mulas los cargan, aunque tengan hijos que crear. Los moradores de aquella villa son castellanos, portugueses y italianos y de otras naciones, que el deseo de vivir con libertad y desahogo, y sin apremio de justicia los ha allí agregado. Su instituto es destruir el género humano, matando hombres, si por huir la miserable esclavitud en que los ponen, se les huyen[114].

Dos y tres años están en esta caza de hombres como si fueran bestias, y tal vez han estado diez y doce años, y volviendo á sus casas hallaron hijos nuevos, de los que teniéndolos ya á ellos por muertos, se habían casado con sus mujeres, llevando también ellos los hijos que habian engendrado en los montes. Y porque deste punto habré de decir en otra parte, basta dar esta nueva noticia. Entró esta gente peores que alarbes[115] por

114. San Pablo. Esta ciudad tuvo su origen en el colegio jesuítico de San Pablo de Piratininga, fundado por el P. Manuel de Nóbrega el 25.I.1554. En torno suyo fueron agrupándose pobladores portugueses, mestizos e indios. Las características de esa población han sido descriptas por Alonso de E. Taunay, *San Pablo en el siglo XVI. Historias de la vila de Piratininga*. Trad. Benjamín de Garay y prol. de Rubén Franklin Mayer. Bs. As. 1947.

115. Alarbes o alárabes, árabes nómades que habitaban en sus tiendas lejos de los centros urbanos, con ropas distintas a las usadas en las ciudades. Dícese

nuestras reducciones, cautivando, matando y despojando altares. Acudimos tres Padres á sus aduares y alojamientos donde tenían ya cautiva mucha gente, pedísmoles nos diesen los que nos habian cautivado, y tenian muchos en cadenas. Al punto como locos frenéticos dieron voces diciendo, préndanlos, préndanlos, que son traidores estos, y juntamente dispararon algunos arcabuzazos, con que hirieron ocho ó nueve indios que nos acompañaban. Uno quedó luego allí muerto de un balazo que le dieron en un muslo; el P. Cristóbal de Mendoza salió herido de un flechazo. Tuvieron al P. José Domenech preso, diciéndonos palabras como al fin salidas de sus sacrílegas bocas, que no éramos sacerdotes, sino demonios, herejes, enemigos de Dios, y que predicábamos mentiras á los indios. Apuntóme uno de ellos con su escopeta al pecho, abrí la ropa para que sin ninguna resistencia entrase la pelota[116].

Poco después entraron á son de caja y órden de milicia en las dos reduccione de San Antonio y San Miguel destrozando indios á machetazos. Acudieron los pobres indios á guarecerse en la iglesia, en donde (como en el matadero vacas) los mataban, hicieron despojos de las pobres alhajas de la iglesia, derramando los óleos por los suelos. Y si como los Padres desearon salir con el Santísimo Sacramento en las manos, para que con su presencia reprimiese aquellas fieras bestias, no tomaron por más advertido consejo no hacerlo, hubiéramos visto un escandalosisimo acto de aquellos perdidos hombres[117]. Y no solo en ésta, pero en otras reducciones me pidieron los Padres, que sacásemos este Señor con toda reverencia, y lo tuviésemos á la entrada de la iglesia para impedirles el paso. ¿Quieren por ventura (dije) que estos herejes cojan el Santísimo Sacramento

también de los piratas berberiscos, y en sentido figurado, hombres incultos o brutales.

116. Pelota, dícese de la bala redonda del arcabuz.

117. Dice al margen: Consta y mucho más de informaciones auténticas que se han presentado. Ver nota 11.

y en nuestros ojos lo arrojen en el suelo, y lo pisen y quemen? y así fué necesario consumirlo y desterrarlo del altar donde era venerado de gente que ayer era pagana y infiel. Entráronse en un aposento de un Padre, prometiéndose un gran tesoro, hallaron dos camillas hechas pedazos y una sotana de algodon muy vieja, y en lugar de edificarse de la pobreza de aquellos apostólicos varones, haciendo banderas de ellas las mostraron á los indios, diciéndoles: "Mirad los pobretones que teneis en vuestras tierras, que por no tener que comer en sus tierras, vienen con embustes á las vuestras á engañaros; mirad qué camisas tienen, nosotros sí andamos bien vestidos y tenemos muchas cosas que daros. No os conviene tener en vuestras tierras á estos pobretones, y así venimos á echarlos de toda esta región, porque esta tierra es nuestra y no del rey de España. Mientras este predicaba andaban los otros matando.

Favorecióse un indio del P. Simon, huyendo de la muerte que uno de estos ladrones le quería dar, y estando abrazado del Padre, lo mató con un balazo sin confesión, y con no poco peligro de matar al Padre, y sin respeto de sus venerables canas, el cual le reprendió, prometiéndole la paga en el infierno. "Yo (respondió el malhechor) me he de salvar á pesar de Dios, porque para salvarse el hombre no ha menester más que creer". Este sabe ya por experiencia la falsedad de su doctrina, porque le mataron de tres balazos sin confesión, y tras el alma desapareció el cuerpo, que no se halló en la sepultura, donde con duda si la merecía, fué enterrado.

No quiero olvidar un gracioso modo que tienen de gobierno en estos hostiles actos y invasiones; llevando consigo unos lobos vestidos de pieles de ovejas, unos hipocritones, los cuales tienen por oficio mientras los demás andan robando y despojando las iglesias, y atando indios, matando y despedazando niños, ellos mostrando largos rosarios que traen al cuello, lléganse á los Padres, pídenles confesión y tratan de la oración y recogimiento, y si en aquellas parroquias se administran los sacramentos, tratan del bien grande que hay en servir a Dios,

y mientras están hablando de estas cosas, van pasando las cuentas del Rosario muy aprisa[118].

Juntaron estos hombres infinita gente de nuestras aldeas y de otras partes de gentiles que teníamos apalabrados para reducir, dióles peste, de que murieron muchos sin bautismo y los cristianos sin confesión, tratamos de ir á bautizarlos y confesarlos, y yo me ofrecí á ello, pero no quisieron consentirlo. Supimos que se iban ya, y que querían quemar los enfermos é impedidos, envié al P. Cristóbal de Mendoza á que les rogase nos los dejase bautizar ántes ó los dejasen vivos. Respondieron con acostumbradas astucias diciendo que nos avisarían, pero saliendo de aquel puesto, que es como un corralazo mayor que esta plaza de Madrid[119], pegaron fuego a las chozas, que todas son pajizas, donde quemaron con inhumanidad de bestias muchísima gente.

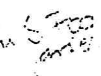
Fueron tras estos alarbes el P. Simon Masseta y P. Justo Mansilla[120], acompañando a sus feligreses que sin dejar uno se los llevaron todos. Llevaban los Padres cinco indios que les llevaban dos hamacas en que dormían, y con su inhumanidad acostumbrada se los quitaron, obligando a los Padres á que las llevasen acuestas. Hicieron en el camino obras de mucha caridad, porque quedándose atrás, en las dormidas y alojamientos hallaban enfermos que bautizar, que confesar, en que hicieron

118. En nota al margen dice: En Oriente lo hicieron así, como lo dice Pinto en su historia. Es muy posible que aluda a Fernao Mendes Pinto (1510-1583) autor de un relato autobiográfico, *Historia oriental de sus peregrinaciones* (1614), que recoje sus impresiones de viaje en Etiopía y el Japón.

119. Alusión a la plaza mayor de Madrid, en el momento en que Montoya está redactando su obra.

120. El P. Justo van Suerck (Castellanizado Mansilla) nació en Amberes (Bélgica) el 2.I.1600. Ingresó a la Compañía en 1616 y llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. Hizo sus últimos votos en la reducción de S. Ignacio de Itatines en 1641 y falleció en la de Santa María de Fe, el 21-IV-1666. El relato de esta peregrinación penosa en compañía de sus neófitos fue escrita por los padres Mascetta y Mansilla en Bahía, el 25.IX.1629. Últimamente, la reprodujo el P. Guillermo Furlong en *Justo van Suerck y su carta sobre Buenos Aires (1629)*. Bs. As. Teoría, 1963, 89-106.

obras de apostólicos varones. Los muertos que quedaban por los caminos no era posible enterrar. Habiendo caminado casi 300 leguas á pié llegaron á la villa de San Pablo, pidieron su justicia en varias partes, pero es cosa de cuento tratar del nombre de justicia. Trampeáronlo todo las justicias, y ya desesperados del remedio se volvieron los Padres por el mismo camino, silbándoles y burlándose de ellos, y la misma justicia de San Pablo salió á ellos, y sus moradores llamándoles perros, herejes, infames, atrevidos en volver á su tierra, y porque no se fuese todo en palabras, pusieron manos violentas en el P. Simón Masseta sin respeto de sus edad y venerables canas. Clamaba el pueblo diciendo, prendan a estos perros. Y yendo los dichos dos religiosos a acojerse al colegio que allí hay de la Compañía, anticipándose algunos seculares, les cerraron las puertas con ruido y vocería extraña, lleváronse presos con órden de los jueces, que allá llaman cámara[121], á una casa de un seglar donde estuvieron presos con guardas con notable desacato de la dignidad sacerdotal, esperando los Padres otras mayores afrentas por Dios y por sus ovejas. Algunos Padres de aquella costa del San Pablo, confiesan que desacato ninguno usaron con ellos sino mucha cortesía y humanidad los holandeses, y tal vez de regalo, con ser herejes y tan enemigos de la Compañía.



XXXVI

Prosigue la misma invasión por los de San Pablo.

FUE creciendo la libertad de aquestos de San Pablo por la falta que hubo de castigo, que desde el año de 1628 hasta estos tiempos no han cesado de debelar cristianos, cautivarlos y venderlos. Entraron con mano hostil en la reducción de San Francisco Javier, pueblo de mucha vecindad, donde habia mucho tiempo que estaba colocado el Santísimo Sacra-

121. Cámara, ayuntamiento municipal en Brasil.

mento. Los vecinos bien informados de las crueldades de estos alarbes muchos se metieron por los bosques con sus mujeres é hijos de donde salian á sus mismos sembrados a buscar su comida, pero allí topaban con sus enemigos que los prendían y atormentaban para que declarasen á dónde habian dejado su chusma, en busca de la cual iban y la llevaban a su palenque. Y en estas ocasiones no hay que hacerles resistencia, porque con un alfange les derriban la cabeza ó los abren por medio, con que amedrentan á los demás. Dudamos si saldríamos con el Santísimo en las manos á atajar á estos enemigos del género humano, pero tuvimos por más acertado consejo consumirlo.

Con la poca gente con que nos hallábamos hicimos una palizada pequeña, porque no nos cogiesen descuidados. A la una del día con bárbaro estrépito por un montecillo se metieron en nuestro patio, salimos al ruido, amparamos la gente en unos aposentos, y mientras los demás arrebataban lo que veían, un beatón[122] de aquellos que atrás dije se puso muy despacio á tratar con un Padre de cosas muy espirituales, de la confesión y de las diferencias y grados que hay en oración. Tenía su escupil[123] (arma muy usada por aquellas tierras, que es al modo de dalmática hasta los piés, de lienzo de algodón cólchado, y es arma fuerte) tenía su escopeta al hombro y su espada ceñida, y el rosario muy largo en las manos, y fingiendo que rezaba, iba pasando cuentas á gran priesa, y reparamos después que sin duda contaba los cautivos que llevaban por ajustar su parte, sobre que suele haber entre ellos pesadas pesadumbres. Muy poca presa hicieron en esta ocasión por la buena diligencia de los Padres. Asió uno de aquestos á una mujer por los cabellos, ella se defendía varonilmente, si bien estaba embarazada con un hijo suyo de seis meses, no pudiendo el traidor rendirla, arrebatóle el niño de los pechos y llevóselo. Aún no comía el niño; fué un Padre á pedírselo para que no se muriese de hambre. El que lo tenia no quería darlo, pidiendo á la madre

122. Beatón, en sentido figurado, hipócrita, santurrón.

123. Escupil, por escaupil, protección descripta en el texto. La descripción se reitera en el capítulo LXXV.

por cautiva, la cual lamentaba el trabajo de su hijuelo. Hasta bien tarde estuvo el Padre procurando ablandar aquel corazón bestial de aquel tigre.

Iba saliendo de la palizada uno de aquestos, y púsose despacio a pegar fuego á una casa pajiza que esta pegada á la iglesia. Así como empezó á arder, empezó á dar voces, séanme testigos que los Padres son incendiarios. Acudimos luego á apagar el fuego por escapar la iglesia.

Toda la gente que de aquí escapamos la enviamos á Loreto y San Ignacio, pueblos que sólos de trece habían quedado[124].

XXXVII

Cómo los de San Pablo destruyeron una población de españoles y muchos pueblos de indios que les servían.

CEBADOS aquestos lobos en los indios, trataron de destruir los españoles. Tenía la Villa Rica 130 hombres, tenía en su jurisdicción nueve pueblos de indios de que se servian. Los de San Pablo fueron asolando los pueblos de indios, de los cuales muchos se recogieron á la villa, á la cual tambien pusieron cerco. Los españoles se acogieron á un corral bien capaz cercado de tapias, en donde se defendían, pero perecían de hambre, porque como señores del campo los de San Pablo defendían las comidas. Muchos de los indios que estaban en el fuerte se iban de secreto al enemigo sólo por comer y aplaudir al que vence. Iba ya el negocio tan delgado, que aun los mismos españoles trataban de entregarse al enemi-

124. En la región del Guayrá, los jesuitas fundaron 13 reducciones: S. Ignacio (1611); Loreto (1610); S. Francisco Xavier (1623); Encarnación (1625); S. José (1625) y S. Miguel (1627), todas ellas en las costas del Paraná panema y el rio Tibají; otras cinco, como S. Pablo (1627); Angeles del ayaoba (1625-1627), S. Antonio (1627), S. Tomás (1628) y Jesus María, todas en torno de la ciudad de Villa Rica. Otras dos reducciones, Concepción y S. Pedro eran de indios Guañanas.

go. Su dicha fué que el Obispo descuidado de que sus ovejas se viesen en tal aprieto iba á visitarlos, reconoció el daño que aquellos lobos causaban, armóse de sus vestiduras pontificiales, vistiéronse asimismo los clérigos que le acompañaban de las sacerdotales vestiduras, y con este género de armas se fueron hacia aquellos hombres[125]. Reconocido por ellos el Obispo, sin aguardar á hablarle se alejaron un poco, con que tuvo lugar aquel pueblo acorrolado á respirar un poco y á tratar de ponerse en cobro. Aderezaron sus embarcaciones y se desterraron más de 70 leguas de allí, bajándose al pueblo de Maracayu, que como ya se dijo es el seminario de la yerba, quedando aquellos enemigos de Dios señores de la tierra. Un vecino desta villa habiendo concertado con el enemigo de irse á San Pablo con su mujer y casa, lo puso en ejecución, y subiendo por el Paraná arriba y yendo ya al fin de su jornada, dió en una emboscada de indios de los de San Pablo los cuales habituados a fiereza, á saetazos lo mataron y le quitaron la mujer y lo que llevaba.

XXXVIII

Salida que hicieron los indios de Loreto y San Ignacio de sus tierras huyendo del enemigo.

HABIA el P. Francisco Vazquez Trujillo[126], Provincial que entónces era, visitado por aquestos dias toda aquella tierra. Hallóse en la destrucción de San Javier, y con la noticia clara que tenía, nos ordenó que muy de secreto dispusiésemos las cosas de manera, que cuando fuese necesario hacer mudanza por causa del cornun enemigo, se hiciese con

125. El obispo era fray Cristóbal de Aresti OSB, quien en 1628 ocupó la sede de Asunción. Trasladado a Buenos Aires dejó aquella diócesis en 1636. Falleció en 1638.

126. El P. Francisco Vázquez Trujillo nació en Trujillo (Cáceres. España) el 8.X.1571. Ingresó a la Compañía en 1588 y llegó a Chile en 1607. En Santiago hizo sus últimos votos en 1608. Fue procurador de la provincia en Europa

seguridad y desahogo, encargándose de alcanzar de la real Audiencia de Chuquisaca licencia para ella[127].

La centinela que comunmente teníamos, nos dió aviso de, la venida del enemigo, con que los indios trataron de mudar y dejar sus tierras por escapar las vidas y libertades. Ayudó mucho á esta mudanza un requerimiento que la justicia de la ciudad de Guaira nos habia hecho, pidiéndonos mudásemos aquella gente, porque ellos por sus pocas fuerzas no nos podían ayudar contra enemigo tan pujante[128]. Este requerimiento fué lleno de dolo y engaño, porque pretendieron los españoles salirnos al camino, y á fuer de los de San Pablo quitarnos las ovejas y repartirlas entre sí. Así lo probó el suceso, aunque no consiguieron su intento, y como ya los indios se habían prevenido de canoa por haber de ser la salida por el Paraná abajo, facilitóse mucho la mudanza.

Ponía espanto ver por toda aquella playa ocupados indios en hacer balsas, que son juntas dos canoas ó dos maderos

(1620-1622) provincial del Paraguay (1629-1633) Falleció en Córdoba el 24.VIII.1652.

127. La mudanza o traslado de pueblos debia contar con la autorización de las autoridades civiles, al igual que las fundaciones de reducciones. Así la fundación de las misiones del Guayrá fue autorizada por orden del teniente general de la gobernación del Río de la Plata, Antonio de Añasco, en Asunción el 26.XI.1609. La Audiencia de Charcas en provisión del 16.IX.1636 autorizó a posteriori el traslado del Guayrá, ordenando se cumplieran los artículos 6 y 72 de las ordenanzas de Alfaro sobre mudanzas de pueblos. Cfr. Manuscrito sa Colecao de Angelis, t. I. *Jesuitas en bandeirantes no Guairá,* con intr. y notas de Jaime Correçao, Rio de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1951, 137 (En adelante MCDA) y Pablo Pastells, *Historia de la Compañia de Jesús etc.* Madrid, 1912, t. I 530-531.

128. Sobre el requerimiento aludido, se conoce una información hecha por Montoya, en su carácter de Superior de las Misiones del Guayrá. El cuestionario de siete preguntas fue respondido por los padres José Cataldini, Simón Mascetta, Juan Agustín de Contreras y se halla publicado en MCDA, I. 425-430. También la información tomada por el alcalde ordinario de Córdoba sobre el retiro de las reducciones del Guayrá debido a la invasión de los portugueses, fechada en Córdoba el 22.I.1632, en MCDA I, 378-386. Entre ellos está el propio testimonio de Montoya. El texto de los requerimientos y negociaciones en *ob. cit* 352-369.

grandes, cavados á modo de barco, y sobre ellos forman una casa bien cubierta que resiste el agua y sol; andaba la gente toda ocupada en bajar á la playa sus alhajas, su matalotaje, sus avecillas y crianza. El ruido de las herramientas, la priesa y confusión daban demostraciones de acercarse ya el juicio. Y quién lo dudara, viendo seis ó siete sacerdotes que allí nos hallamos consumir el Santísimo Sacramento, descolgar imágenes, consumir los oleos, recoger los ornamentos, desenterrar tres cuerpos de misioneros insignes que allí sepultados descansaban, para que los que en vida en nuestros trabajos nos fueron compañeros, este último nos acompañaran tambien, y no quedaran en aquellos desiertos; desamparar tan lindas y suntuosas iglesias que dejamos bien cerradas, porque no se volviesen en escondrijo de bestias. Fué tan horrendo y calamitoso este espectáculo, que no con cometas dió el cielo muestras de sentimiento, sino en el suelo, por medio de una imágen de pincel de dos varas de alto que estaba en una reducción del Paraná destas que despoblamos mas de cien leguas, y adonde llevábamos puesta la mira del fin de nuestro viaje, la cual imágen en el mismo tiempo que desamparábamos los templos sudó gotas tan grandes y en tanta abundancia, que dos Padres no se daban mano á recoger el sudor en algodones, maravillados de tan espantoso suceso, temiendo algún grave trabajo y ignorantes del nuestro[129]. Cogiónos la nueva de este suceso en el mayor aprieto de esta transmigración, y confieso que me fué de grande consuelo y alegría, viendo tan á los ojos que mostraba la Virgen sernos compañera en nuestros trabajos y agonías. Fueron tales (de mí; solo digo, que las de mis compañeros fueron gravísimas) que sin encarecimiento pensé tres veces que de dolor y angustia me desamparaba el alma pero acogiéndome al refugio de la oración me sentia seguro de la muerte.

Dos ángeles hicieron igual sentimiento, porque por sus ojos se vieron correr lágrimas como gruesas perlas, mostrando

129. La imagen aludida se hallaba en la reducción de N. S. del Acaray. El hecho está referido en la Carta anua de las misiones del Paraná y Uruguay firmada por el P. Pedro Romero el 16.V.1632, en MCDA III, 48.

el sentimiento que el cielo y los siete principes de los ángeles á quien atrás dije habia dedicado la famosa reducción del Tayaoba, hicieron viendo su reducción ya despoblada, de que se tomó información jurídica por el Obispo del Paraguay. Fabricáronse en muy breve tiempo 700 balsas, sin muchas canoas sueltas, en que se embarcaron más de 12.000 almas, que solas escaparon en este diluvio tan tempestuoso. Dos días sólos habíamos caminado rio abajo, cuando nos alcanzaron unos indios qué se habian dilatado en su despacho, de los cuales supimos como aquel tan pernicioso enemigo quedaba furioso viéndose burlado, que á haberse dado un poco más de priesa nos hubiera cogido sin duda y llevádose tan buena presa. Llegaron al despoblado pueblo, embisten con las puertas de los templos, y como hallaron resistencia en abrirlas por estar bien atrancadas, hicieron pedazos las puertas, que su labor y hermosura pudiera recelar su atrevida mano, ya que no les moviera el saber que eran templos, donde Dios habia sido tantos años reverenciado: entraron en aquellos templos con tropel y algazara, embisten con los retablos, derriban sus columnas, dan con ellas en tierra, y á pedazos las llevaron para guisar sus comidas, acción que ellos mismos confesaron á algunos religiosos, que despues de haber hecho esta bárbara acción les temblaban las carnes de su atrevimiento. Alojáronse en las iglesias y en nuestras celdas, llenándolas de indias, lugar que nunca jamás habían visto mujeres.

No quiero callar un riguroso exámen que ellos mismos han confesado hicieron de nuestras vidas, y para cohechar testigos, se amancebaron con las indias que de nuestras reducciones habian hurtado, dándoles regalos y dádivas para que les descubriesen nuestra vida y costumbres, deseosos de rastrear algo. Muchas diligencias hicieron también con los varones y con los indios que más de cerca nos asistian, haciendo de nuestras vidas un muy riguroso exámen con porfiadas preguntas. Pero ¿qué hallaron? Con confusión y vergüenza han confesado este atrevimiento y pudieran con edificación aprovecharse de la declaración de los testigos.

Más ¿qué pudieron decir? La libertad (dijeron) con que reprendimos siempre todo vicio, y principalmente el de la deshonestidad. ¿Qué habían de decir? Que jamás, ni de dia ni de noche entró mujer en nuestra celda, y dos que con lascivo intento las entraron á media noche, con ánimo de provocar á mal á un Padre, que sólo en una reducción estaba durmiendo, á quien su Angel de Guarda avisó en sueños del veneno mortífero que la deshonestidad le preparaba, y levantándose bien despavorido, dió voces llamando á unos indios que en otro aposento dormian, y riñéndoles por descuidados, sin ver quién por el cerco entraba. Buscad (les dijo) que dos han entrado, hallaron dos mujeres que al ruido se habian escondido en el rincón de un aposento; las cuales despedidas, con harta compuncion se confesaron el siguiente día. ¿Qué habian de decir? Que siendo solicitados de mujeres aun en parte sacra, las dejaron bien arrepentidas, bien confesadas y con propósito de vivir bien, como lo hicieron. Dirian que (como dijimos) les habían ofrecido mujeres para su servicio de las cosas caseras, y dada á entender á los gentiles la honestidad y recato sacerdotal, las desecharon. El haberse sustentado tantos años, sin haber visto pan, vino, sal y carne raras veces; gastar muy largas horas de la noche en oración (de cuyos efectos es bien calle la pluma, y de otras cosas que á los religiosos apostólicos de aquella provincia pertenecen; porque mi intento se endereza sólo á contar las de los indios) efectos de tal predicación y de tal vida fueron la multitud de mancebas que se quitaron, tanta multitud de gentiles que dejando su gentilismo se agregó al aprisco de la Iglesia, de que por los libros solos que escapamos (que otros quemó aquel tirano) se hallan hoy escritos en el libro del bautismo 22.000 y más almas. Esto fue lo de aquellos bien cohechado testigos declararon.

Volvamos ahora á nuestra flota de balsas, que iba caminando, al parecer segura de enemigos que por detrás dejaba, cuando tuvimos aviso que los españoles, vecinos de Guaira, nos aguardaban en un estrecho y peligroso paso que hace el famoso salto del Paraná, en cuya ribera habían fabricado una fortaleza de

palos para impedirnos el paso y cautivar la gente[130]. La traza era que desde este fuerte, al pasar las embarcaciones fuesen derribando los remeros y gente que podía defenderse; y debilitando con esto aquella tropa, saliesen ellos á la presa. Supe el caso, y dudoso que fuese así, dejando la gente, me adelanté en una embarcación ligera. Hallé ser verdad, entré en aquel palenque, seguro de traición, quejéme dando mis razones, á que cerrando los oidos sacaron sus espadas, y poniéndome cinco á los pechos me quisieron tener por prisionero. Salí por medio de ellas ayudado de una sobrerropa que llevaba.

Volví á mis compañeros á consultar el caso, que causó á todos pena y dolor, viéndose perseguidos y atajados de la fortuna, que por todas partes querían hacer presa dellos. Resolvimos que volviesen dos Padres á requerir á aquellos hombres nos diesen paso libre, pues ellos mismos en el requerimiento que nos habian hecho confesaban que no podían ayudarnos, y que á ellos mismos los habían de desterrar de sus tierras los de San Pablo, como muy poco después lo hicieron, y juntamente la ciudad de Jerez, llevándose de ambas ciudades consigo muchos moradores y un clérigo cura[131]. No alcanzaron nada los Padres mensajeros. Pareciónos enviar otros dos, para que la amonestación fuese trina y ajustada á la razón. Fuimos dos religiosos, roguélos que nos dejasen pasar, halléios aún con más aceros á la resistencia. Instaba el temor de que los de San Pablo, que quedaban en los despoblados pueblos, no se arrojasen por el rio abajo en nuestro seguimiento, los cuales juntos con estotros los viéramos como dos manadas de hambrientos lobos en el rebaño de ovejas mansas; y así valiéndome de maña donde faltaba fuerza, mostré ánimo de pasar á su despecho, y llegándome á un hombre que allí tenía su mujer, le avisé que la apartase de allí, porque no se contase aquel dia muerta entre

130. El salto del Guairá, o de Sete Quedas, cubierto hoy por las aguas de la represa de Itaipú. Los incidentes referidos también están documentados en la información citada en nota 128.

131. La ciudad de Santiago de Jerez fundada en 1593 por Ruy Díaz de Guzmán, en la región del Itatín, al norte del Paraguay. Fue despoblada en 1632.

hombres muertos una mujer. Volvimos con esto á deliberar en el caso.

Los españoles picados de lo que oyeron recelaron su dureza, ya no se veian seguros en el fuerte, ya les parecia verse consumidos, y cuando la conciencia aprieta los cordeles aparece la verdad muy clara. Juzgaron su accion por muy injusta y así enviándonos mensajeros nos pidieron que les diésemos término y seguro para salir de aquel palenque. Dióseles con mucha humanidad y cortesía, y salieron creo más corridos de haber intentado tal traicion, que de que la presa que á su juicio tenian segura, se les hubiese deslizado de las manos. Con esto tomamos aquel puesto, donde fué fuerza dejásemos las canoas; porque por allí es innavegable el rio por la despeñada agua que forma remolinos tales, que rehusa la vista el verlos por el temor que causan. Con todo eso probamos á echar por aquellas rocas de agua 300 canoas, por ver si salian algunas sanas, porque pasadas 25 leguas que habiamos de fuerza caminar por tierra, habiamos de volver á tomar el mismo rio y rumbo; pero el ímpetu del agua, la profundidad inmensa y el arrebatado movimiento con que daba con ellas en asperísimos escollos, las volvia astillas. Nuestro intento en este viaje fué bajarnos por aqueste rio á buscar las poblaciones que por él habia hecho la Compañía[132].

Pasado ya aqueste impedimento tratamos de seguir nuestro camino por tierra: todo viviente apercibia su carga, varones, mujeres y niños, acomodando sobre sus costillas sus alhajas y su comida. Acrecentóse el número de gente con la que en esta sazón bajó el P. Pedro de Espinosa[133] de aquellas más remotas reducciones del Tayaoba, el cual era ya muerto, recibidos los Sacramentos y con buenas prendas de su salud eterna.

132. En el rio Paraná los jesuitas tenían establecidas las reducciones de la Encarnación de Itapúa (1615), Corpus Christi (1622), y algo mas al norte, las de Nuestra Señora de la Natividad del Acaray (1619) y Santa María del Iguazú (1626).

133. El P. Pedro de Espinosa nació en Baeza (Jaen, España) el 17.IX.1596. Ingresó a la Compañía en 1614 y llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Sus últimos votos los hizo en la reduccion de Loreto el 18.IV.1632. Murió el 5.VII.1634, entre Santa Fe y Corrientes.

Con órden que el P. Provincial me habia dejado, que si las cosas diesen lugar, fuese yo ó enviase Padres á la provincia de los Itatines, sobre el rio Paraguay, paso para el Perú, envie á los PP. Diego Rancioner[134], P. Nicolás Hernacio[135], P. Mansilla, fervorosos misioneros, de los cuales los dos primeros dieron su vidas, si no al cuchillo del tirano que siempre acompañó su deseo, diéronla al rigor de sus inmensos trabajos, martirio más prolijo de que diré abajo. Llevaron consigo campanas, imágenes y otras cosas, que su peso impidió encaminarlas por tierra.

Al salir de aqueste pueblo israelítico, imitador de Jacob, huyendo del pueblo bárbaro, sentados á orillas de aquel rio, haciendo tierna mención de sus trabajos, el afán y pobreza en que se veían, ahuyentados de sus mismas tierras, de aquellos mismos que si usaran de razón debían ampararlos[136]; hacian tierna memoria de sus casas, y principalmente de la de Dios, adonde fué de ellos por muchos años adorado y humildemente servido y recibido en sus almas en el vivífico Sacramento. Llevaban arpas y instrumentos músicos, con que en su patria daban música á Dios en sus festividades, y entre motetes suaves crecia su devoción, juzgando por muy breve la asistencia larga que hacian en el templo, al son de aquellos acordados instrumentos ya sin cuerdas y deshechos. No sirviéndoles ya más que para una triste memoria, los dejaron perdidos entre las peñas de aquel áspero camino.

En ocho dias dimos fin á nuestro viaje por tierra saliendo al mismo rio, pero ya más benigno y navegable. Juzgamos ser el fin de nuestro afán, por prometernos allí la esperanza embarcaciones y algun refresco de comida, á que los Padres que bien

134. El P. Diego Ransonnier nació en Borgoña (Francia) el 11.XI.1600. Ingresó a la Compañía en 1619 y llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. Falleció el 7.X.1636 en la reducción de S. Ignacio de Itatines.

135. El P. Nicolás Henard (castellanizado Hernacio) nació en Toul (Meu-Meurthe y Mosela, Francia) el 7.IV.1596. Ingresó a la Compañía en 1617 y llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. Sus últimos votos los hizo en 1636. Falleció el 18.I.1638 en la region del Itatin

136. Alusión a la transmigración de Jacob, Génesis, 31.

lejos de allí tenian reducciones hubieran acudido si el aviso de nuestra peregrinación no hubiera llegado tarde, pero fué principio este de otro trabajo grande.

XXXIX

Prosigue lo mismo.

LA hambre, la peste y la diversidad de pareceres causó una muy gran confusión, porque ¿cómo no había de haber hambre con inmensa chusmilla de muchachos y tanta gente, que limitadamente pudo traer comida para aquel camino, por no tener ayuda otra más que la de sus espaldas y hombros? Y ¿cómo no había de haber peste con tal necesidad, que sola la imaginación de que se les iba acabando el sustento les causaba hambre, y por consiguiente peste? Hallaron en esta dificultad algun remedio, unos hicieron canoas de nuevo con inmenso trabajo, otros rozaron pedazos de monte en que sembraron y cogieron a su tiempo con que poder seguir nuestra derrota, otros en balsas de cañas (que las hay tan gruesas como el muslo, y de 50 piés de largo) se arrojaron al agua, fiados más en su destreza en nadar, que en la seguridad de la embarcación

Llenóse una destas de gente, y apénas hubo empezado á caminar cuando se volcó, despidiendo de sí toda la gente, que salió á nado. Sola una mujer que llevaba en sus brazos dos gemelos de teta hijos suyos, se fué luego á pique á vista de dos Padres que allí estábamos. Mi compañero dió voces á los indios, que se arrojasen á buscarla. Hay por aquel río unos peces que los naturales llaman culebras grandes[137], que hemos visto tragarse hombres enteros, y enteros volverlos á echar, pero quebrantados los huesos como si con piedras los hubieran quebrado. El recelo de estos animales (con razón temidos) les detuvo por muy gran espacio, hechos argos[138] si veian alguna señal por donde la llevaba el agua, que á juicio de muchos la tenían ya por tragada destas bestias. Confieso que me enternecí con un dolor intenso, y volviéndome al cielo con los ojos destilando lágrimas, acusé mis culpas causadoras de estos desastres, y mirando á Dios que la fe viva representa al vivo, dije: *Señor, ¿es posible que para esto habéis sacado á esta gente de su tierra, y para que mis ojos se quiebren con tal vista, después de habérseme quebrado el corazón con sus trabajos? Dirán (por ventura) que mejor les estaba ser esclavos, que al fin vivieran, que no morir en el vientre de estos peces.* Fuí corriendo al lugar donde la vista juzgaba que estaría, cuando asomó lo sumo de la cabeza arrojáronse luego á cogerla, y agarrándola bien de los cabellos la sacaron á rastro por el agua. El tiempo solo que la traian á rastro fué bastante para haberse ahogado. Salió á tierra con alegría comun, y no con ménos espanto acudimos mi compañero y yo á los dos niños, los cuales como si hubieran estado en algun regocijo y no en tal trabajo, se empezaron á reir á carcajadas. Contónos la buena india su aflicción, y la que le causaron sus dos niños; porque el deseo de su vida le inclinaba á soltar el uno á los peces, y como diestra en nadar pudiera salvar el otro; pero el amor materno venció el peligro y cobró el logro de sus dos gemelos.

Corrió fortuna una balsa de dos muy hermosas canoas en que se embarcaron cerca de 50 personas, diles dos indios prácticos de aquel rio, y aviso que en los pasos peligrosos saliesen á tierra, y por ella los evitasen. Fiados de la embarcación se arrojaron por un gran remolino que sorbió la balsa y la gente toda, la cual valiéndose de sus brazos y destreza en nadar, escaparon la vida, echándolos la furia del agua á varias partes sólo cada uno. Cada uno lloraba á sus compañeros como aho-

137. Sobre estas culebras grandes dice Azara: "El curuyú es un culebrón que asusta, torpe en tierra, no en el agua, bobo, que no muerde, y que habita en los ríos y lagos o sus inmediaciones...Yo creo que este culebrón es de quien han hablado las relaciones antiguas de los conquistadores, y que lo han hecho exajerando sus medidas, formando fábulas y cuentos, y que lo alimentaban con hombres que tragaban enteros..." *Descripción cit.* I, 124.

138. Argos, alusión a Panople, rey de Argos, quien según la leyenda tenía numerosos ojos.

gados, hasta que despues de dos dias se volvieron á juntar contando sus trabajos, 11 infantes dichosos se ahogaron y ahorraron de verse en los afanes que quedaban. Con estos dos sucesos pusimos gran cuidado en las embarcaciones, que fué causa de que no viésemos más desastres por el río. Socorriéronnos los Padres, sabida nuestra peregrinación, con canoas que venían vacías y volvían cargadas de gente.

Escogieron dos puestos que parecen que el cielo se los tenía aparejados, en un bueno y navegable arroyo que sale al gran rio Paraná; allí hicieron unas muy bajas chozuelas pajizas. Hay tres leguas á la redonda de allí dos reducciones nuestras muy antiguas, las cuales socorrieron con comida á tan apretada necesidad[139]; pero ¿quién podía sustentar aquella multitud en la soledad, y por largo tiempo en donde no hallaron cosa alguna, sino aquel Señor que con cinco panes sustentó otra multitud en el desierto? Vendimos nuestros librillos, sotanas y manteos, ornamentos, cálices y arreos de iglesias, enviándolos á la ciudad de la Asunción por semillas para que sembrasen, de que el colegio que allí tenemos y su Rector, que era el P. Diego Alfaro[140], con liberalidad nos proveyó.

Con la franca licencia que nos dió un hidalgo honrado, vecino de la ciudad de Corrientes, llamado el maestre de campo Manuel Cabral[141], dueño de una gran cria de vacas que por aquellos extendidos campos se crían, de que ahora dos años se sacaron juntas más de 40.000 cabezas; entramos en ellos el P. Pedro de Espinosa y yo, con gente á propósito y caballos, con que sacamos muy buena cantidad de vacas. En ambas reduc-

139. Sobre las reducciones más antiguas, ver nota 132.

140. El P. Diego de Alfaro nació en Panamá en 1596. Ingresó a la Compañía en Castilla en 1614 y más tarde llegó a Buenos Aires, el 15.II.1617. Sus últimos votos los hizo en Asunción el 19.III.1632. Fue superior de las Misiones de guaraníes (1637-1639) y falleció en el combate de Caazapáguazú el 17.I.1639, enfrentando a los bandeirantes del Tape.

141. Ver nota 42. Sobre los problemas de la ganadería en Corrientes y las acciones de vaqueo, Raúl de Labougle, *Orígenes de la ganadería en Corrientes, siglos XVI y XVII*. En *Buenos Aires revista de Humanidades* Nº 2 (Bs. As. 1962) 47-66.

ciones de Loreto y San Ignacio se mataban cada día 12 y 14 vacas al principio, de que á cada uno se le daba una tan limitada porción, que no servia de más que entretener la vida y dilatar la muerte. Comian los cueros viejos, los lazos, las maneas de los caballos, y de un cerco que teniamos de palos en nuestra casa quitaron de noche las correas, que eran de cuero de vaca. Sapos, culebras y toda sabandija que sus ojos veían no se escapaban de sus bocas.

Acudió la peste, que en estas ocasiones nunca es lerda, acudieron los Padres con infatigable cuidado á curar las almas y los cuerpos trabajando de dia y de noche. Dieron sus almas al cielo 2.000 personas de adultos y infantes recibidos los capaces los Sacramentos todos, y aunque la memoria de la abundancia grande de que gozaron en sus tierras les pintaba al vivo el miserable estado en que se veían, morían muy alegres repitiendo: más vale que el cuerpo muera, que no que el alma peligre en la fe entre aquellos hombres sin Dios, vecinos de San Pablo. Común consuelo de todos fué aqueste.

A la chusmica[142], desamparada de la imposibilidad de sus mismos padres, y muchos de ellos huérfanos, se acudió con todo cuidado dándoles en sus escudillas sus porciones cocidas. Al llevarlo á sus casas era el alboroto, porque unos á otros se arrebataban la comida, y allí era el llanto y confusión. Aqueste por huir de este peligro, corriendo caia en otro, que se le derramaba su comida, el otro por quitar la ajena se iba desposeido de la suya. Remedióse con la asistencia de un Padre, que les hacía comer en su presencia.

Tratamos luego de las sementeras, dábamosles semillas, y olvidados del esquilmo que habian de tener, se lo comian, otros lo sembraban hoy, pero mañana hallaban que esta noche habían sacado los granos de los hoyos. Esta tuvimos aun por peor peste, que lo era del multiplico de la comida. Pensado bien el remedio, condenamos al cepo á los delincuentes todo el tiempo que

142. Chusmica, diminutivo de chusma, conjunto de mujeres y niños.

duró el estar las sementeras crecidas, y fuera deste riesgo. Este remedio dió logro á sus labores.

No es Dios menos próvido en estos tiempos que lo fué en los pasados, ni con el Maná que entónces dió se le acabó el caudal de su potencia. Socorrió á esta pobre gente con una medicina que lo fué de la peste y de la hambre. En el arroyo que está pegado al pueblo hallaron una yerba que llamamos perejil marino, y ellos ygau[143]. Llegando á su sazón, tiene de largo media vara, echa sus raíces en las mismas peñas, que es donde se cria sin salir del agua, es de su natural salobre, muy gustosa y cria buena sangre, tiene para su perfección como la arbusta, tiempo limitado. Acudió a sacarla todo el pueblo, y olvidados de mañana sacaban hoy cuanto topaban. Confieso yo; mi poca confianza, que sentí algunos días su codicia en despojar las peñas, sin esperanza de que el siguiente dia hallasen cosas; pero el que lo es de los atribulados socorría cada dia con lo necesario; tanto, que viéndome vencido de mi corto ánimo, les animé á que se aprovechasen de la liberalidad del que aun de un gusanillo vil no se olvida. Esta yerba cocida con la carne fué remedio á la disentería que arrebatadamente los llevaba. Vióse con ella mudada la figura de muerte y palidez del rostro que tenían todos. Gastáronse en todo aqueste aprieto 13.000 vacas, unas habidas por precio, otras de limosna. En algodón, lana y lienzo para vestir su desnudez, y en semillas para su sustento y sementeras, se gastaron 2.000 pesos, sin una buena limosna que el P. Diego de Boroa, que hoy es Provincial, les llevó y repartió por su misma mano.

Trabajo fué aqueste muy de prueba. A la consideración dejo del lector lo que mi corta pluma ha dejado[144]. Volvió la primavera después del riguroso estío, empezóse á trabajar varonilmente, hizo cada uno á tres y cuatro rozas, empezó la tierra á ofrecer sus frutos, que bien agradecida da fértil esquilmo. Llenaban las trojes de maíz; la mandioca, que es el comun pan, se dió excelentemente; todo género de legumbre creció con abundancia. Compramos algun ganadillo de cerda, patos, gallinas y palomas, todo lo cual repartimos á los indios principales, de que se llenó despues de este diluvio aquella tierra con una singular abundancia, de que hoy gozan, y con extraña liberalidad reparten á necesitados de otros pueblos. Y porque el algodon no se logra muy bien por el rigor del hielo, que lo mata á veces, me arrojé á comprarles 1.800 ovejas, para que con la lana y algodón hiciesen sus vestidos, aunque no se lograron todas; porque quitando la vida al P. Pedro de Espinosa unos indios bárbaros, robaron juntamente parte de las ovejas[145].

Atribuimos todos esta abundancia á la devoción que se entabló de que todos oyesen Misa todos los días. Movióles á esta devoción algunos ejemplos que desta materia escriben los autores. Hiciéronse iglesias fáciles, capaces y vistosas, renováronse los instrumentos de bajones, cornetas, vigolones, arpas, cítaras, vigüelas, monacordios, con que á canto de órgano á dos y tres coros se celebran las Misas. Colocamos el Santísimo Sacramento, cuya festividad del Corpus se celebra con pobreza, pero con devoción y aseo. Ponen sus altares, hacen sus arcos de que cuelgan los pajarillos del aire, los animales del monte y peces del agua; ponen por donde ha de ir el sacerdote con el Señor, esteras porque no pise el suelo, derraman por las calles (en lugar de las monedas que en triunfos suelen los poderosos) de los frutos que cogen sobre que pise el sacerdote, y aquello recogido después lo guardan para sembrar. Comulgan cuatro veces al año á 800 y 1.000 personas en cada pueblo, con muy buena preparación de confesión y limpieza de almas.

143. Perejil marino o Ygau. En la Carta anua ya citada del P. Pedro Romero (ver nota 129) se menciona el hinojo marino, usado por los indios del Iguazú, MCDA III, 49 y 199.

144. Otras noticias de las vicisitudes sufridas en la transmigración y reedificación de los pueblos de S. Ignacio y Loreto, en la ya citada carta anua del P. Pedro Romero, nota 129.

145. Sobre este hecho, ver nota 133.

XL

De algunas cosas que sucedieron de edificación.

FUERA divertirme mucho si por menudo hubiera de referir las cosas que sucedieron de edificación de este tiempo trabajoso, que el rigor duró tres años. Diré algunas. En aquella reducción donde contamos la quema de huesos, oráculo del demonio, habia un indio vivo que en la vida, y disposición disforme de su cuerpo se le parecia mucho. Llamábase Zaguacari, que quiere decir el hermosico. Poco decia con él este apellido porque era de estatura muy corta, tenia pegada la cabeza a los hombros, y para volver el rostro atrás volvia todo el cuerpo, los dedos de las manos y piés imitaban mucho á los de los pájaros, torcidos hácia abajo, las canillas solas se veían en sus piernas, y en piés y manos tenía poca ó ninguna fuerza. Viéndose imposibilitado de poder sustentarse con el trabajo de sus manos, quiso valerse de su buen ingenio y elocuencia rara; con una natural retórica con que tenia suspensos á los que le oian, y aunque su disposición de cuerpo le hicieran á otros contemptible[146], la novedad del monstruo causaba espanto reverencial á todos. Supo lograr su dicha porque dándose á embustes y mentiras ganó el honor de mago.

Subió después á ser tenido por Dios, fingía dar las lluvias, los buenos temporales, las cosechas; y si salian mal, sabía muy bien mentir, atribuyéndose á sí el efecto, por causas que á él le daban de no acudir á él en sus necesidades. Tenia tal astucia, que no sólo á los indios comarcanos tenia engañados; pero aún á los muy lejanos y aun de los mismos que servian á los españoles y muy antiguos cristianos, distantes muchas leguas, acudian como en romería á verle, y el taimado recataba mucho el mostrarse, con que crecia más el deseo de verle. Tuvimos noticia deste, y que su habitación era en un muy alto cerro, y que el pueblo pretendía en muriendo hacerle templo, al modo de los

146. Contemtible, adjetivo anticuado usado por contenible, despreciable, de ninguna estimación.

que ya vimos. Enviámosle á llamar al disimulo, como para honrarle; recelóse él, y los del pueblo decian que si se lo quitábamos les quitaríamos el comer; porque él como Dios les proveía abundantemente. Vino al fin á vernos, tratámosle bien, rogándole que no extrañase el venir á menudo á vernos.

Llegó la Pascua de Navidad, juntáronse en aquel pueblo muchas tropas de indios de los comarcanos, juzgué por ocasión nacida, á vueltas de regocijo destronizar este demonio y pernicioso ídolo, hícele llamar, díjele cuan festivo era aquel día, y que él con su persona nos habia de alegrar con un juego muy usado entre cristianos, que le habían de vendar los ojos, y si el vendado así cogiese alguno le daría un buen premio. Dificultólo un poco, pero vencido del amor del premio se dejó vendar. Teníamos prevenidos unos mozos, hijos de padres muy cristianos, para que empezasen el juego. Juntóse á este juego en nuestra casa mucha copia de gente advenediza y del pueblo; empezóse el regocijo y los muchachos á hacerle cocos, á imitar su torpe modo de andar, á tirarle de la ropa, á darle golpes y empellones hasta arrojarle en tierra. El pobre ya empeñado en la codicia de alcanzar el premio, procuraba agarrar á alguno. Quedaron los circunstantes asombrados de ver su Dios tan bien escarnecido; los muchachos del pueblo á grandes gritos y risadas (entre la admiración) lo celebraban; pero arrojando de sí el respeto y temor que habian tenido á aquel monstruo, con gran furia embistieron á él y le pararon tal, que la compasión me hizo quitársele de las manos.

Hízose con él algunas otras veces este juego, de que los niños gustaron tanto, que ya le andaban á buscar para entretenerse. Recogímosle en casa, y dímosle por ocupación que barriese la cocina, el patio ó antepuerta de la iglesia, que se entretuviese en hacer cestos, y que á su tiempo acudiese á la doctrina. El aplicando su buen juicio á la verdad, dejada ya la mentira aprendió muy bien lo necesario para su bautismo, pusímosle por nombre Juan, acudía á la iglesia todos los dias á oir Misa. Venían de muy léjos á verle gente honrada, á quienes él en lugar de las pasadas mentiras les predicaba verdades,

descubriéndoles sus embustes y pasados enredos, con que hizo muy gran provecho.

En la transmigración y tempestad que habemos dicho nos siguió siempre, y en la trasportada reducción de Loreto le tuvimos siempre en casa, donde procedió como cristiano, y aun predicador de Cristo. Allí adoleció, curéle en casa con el cuidado que la caridad pedia, recibió todos los Sacramento con muy gran devoción; la noche en que murió me envió á llamar y me dijo estas razones: *Padre mio, que verdaderamente lo has sido de mi alma, mucho te debo y muy agradecido me parto, con confianza en Dios que he de ir al cielo, por el medio que tomaste de abatirme, para que mi necedad no me perdiese. Contento muero porque gracias a Dios he recibido los Sacramentos todos, y no siento en mi alma cosa ninguna que me dé cuidado. Mis boberías pasadas sólo me dan pena: pero fío en Dios que me dará el perdón que siempre concede su misericordia. Ahora te quiero restituir lo que no es mío, olvido mio ha sido no haberlo hecho antes.* Sacó del pecho una bolsita, y de ella un pedacillo de cadenilla y una aguja y me lo entregó diciendo: Esto no es mío, que junto á tu celda lo hallé, y hasta ahora lo he tenido. Confieso que me dejó confuso y envidioso de ver alma tan sucia ayer, y hoy tan pura y limpia, que un solo alfiler le picaba la conciencia. Ayudéle con consejos para la partida, y haciendo fervorosos actos cerró los ojos á las cosas mundanas, con prendas de que los abrió á las celestes.

Muchas muertes de aquestas pudiera contar y mudanzas de peores vidas, la brevedad me pide que las calle. Advierto solo un sentir comun que allá se tiene en aquellas partes, que es muchísima gente la que se salva; porque tenazmente tienen la fe y con perseverancia obran.

Ya eran pasados cuatro años en peregrinación, hambre y desasosiegos; pareciónos era ya tiempo, no sólo de cobrar el sosiego necesario para la cristiana vida, sino aun de aventajarlos en virtud, y así tratamos de erigir una Congregación de Nuestra Señora. Hicimos elección de sólos 12, los más aventajados en

virtud. Empezóse con mucha fiesta de música y celebridad de Misa y sermon, comulgaron los congregantes este dia, que no causó poca emulación y santa á todo el pueblo. Hanse ido recibiendo poco á poco otros escogidos, que han sido la sazon de una muy aventajada virtud. Acuden á su congregación con toda diligencia, tienen su plática todas las tardes los domingos y á veces conferencias de cómo se aprovecharán en la virtud á que preside un Padre, comulgan más amenudo que lo restante del pueblo, en sus confesiones no viendo el confesor pecado grave y preguntados si han caido en alguno, responden que son ya de la congregación, y que fuera cosa disforme á tales personas admitir pecado; y no sólo los recibidos ya, pero aun los pretendientes responden que no es razon que pretendiendo entrar en Congregación de una Señora tan limpia, ensucien ellos sus almas con pecados, y comunmente la devoción de la Virgen soberana ha cobrado grande esfuerzo, no sólo en los adultos sino en los niños y niñas, llamándola comunmente nuestra Madre. Dijera muchas cosas en confirmación de aquesta devoción santísima; cállolas por la brevedad, y porque los ejemplos que ahora diré declaran mucho mi intento.

Cautivaron los de San Pablo entre mucha gente una india moza, casóse en el Brasil, donde dió soltura á sus deseos (y no hay que espantar que la falta de enseñanza causa éstos inconvenientes) oyó que nuestros feligreses comulgaban y vivían cristianamente en las reducciones que en Guaira teniamos, encendiósele el deseo de gozar de aquella vida, solicitó á su marido que la sacase de aquella brutal vida que tenían. Pusiéronse en camino por cerrados bosques, huyendo de la crueldad que en ellos ejercitaría su amo si siguiéndoles les diese alcance. Padecieron en esta peregrinación muchos trabajos por falta de comida y de camino y carga de dos hijos que llevaban. Viéndose esta mujer flaca y sin fuerzas y rendida casi al cansancio de manera que juzgaba no podría seguir ya su camino sino dejar allí su cuerpo sepultado, hincóse de rodillas y con devotas lágrimas pidió a nuestra Señora le diese fuerzas para llegar á su pueblo de Loreto, donde se ofrecia a servirla. Parece que

fué oida segun mostraron los efectos, porque acabada su oración se halló ya otra, con fuerzas y aliento, con que prosiguieron su viaje y al fin de haber caminado más de 300 leguas, llegaron á su deseado pueblo, donde el P. Francisco Díaz sabida esta peregrinación los hizo acomodar muy bien, defendiéndola de un ladrón que como bienes mostrencos juzgaba le pertenecian.

Parecióle que estaba ya en la gloria, dióse muy de veras á la devoción de la Virgen, oia cada día Misa, pidió luego la comunión cuya hambre le traia, defiriósele hasta que estuviese bien instruida en las cosas de la fe, que nunca habia oido (que á este modo bautizan los más cabales curas) vivió en esta reducción algunos años, confesando a menudo y comulgando cuatro veces al año. Murió su marido, instó á los Padres que casasen su hija con deseo de que perseverase en limpieza con su marido, y no maculase ántes de casarse su honestidad; crió á otro hijo varon con todo cuidado, enseñándole el temor de Dios. En la transmigración que vimos de estos pueblos no ayudó poco aquesta buena mujer que como experimentada aconsejaba á todos, que ántes perdiesen las vidas que verse en manos de aquellos piratas de San Pablo, cuyo vivir era bestial.

Padeció en la mudanza gran trabajo, á que acudimos socorriéndola con comida y vestido. Desamparóla su hijo por evitar trabajos; sintió la buena madre su ausencia, no por otra cosa sino por que temía se echase á perder y maculase su alma con pecados, y mostrando su afecto me dijo un dia: *Más quisiera á mi hijo verle muerto aquí á manos de la necesidad y hambre, que verle ausente en partes donde ha de ofender a Dios.* Trajeron á este mozo las oraciones continuas de su madre, la cual, ya recibida en la Congregación me envió á avisar que estaba enferma. Visitéla, confeséla, y no hallé cosa de que formar absolución. Preguntéla si habia comulgado el jubileo que habia tres dias que habia pasado. Díjome que no y la causa juntamente, y fué que los examinadores de la doctrina (examínanse siempre de la doctrina los comulgantes, porque el no repetirla no cause olvido) la habian repelido porque habia errado (turbada) en cuatro puntos, que de este rigor usan los indios que á los

varones, y las mujeres á mujeres examinan, con que se saben bien los cristianos misterios, y son mejor guardados.

Juicio hice que se hacia enferma para comulgar á este título, engaño religioso que no pocas veces nos han hecho. Díjela si quería comulgar; respondióme que entendia que su enfermedad era causada de la pena que habia recibido de ver que sus compañeras habian sido dignas de recibir al Señor, y sus pecados della la habian repelido. Díjela que se hiciese llevar en una hamaca á la iglesia, modo con que se llevan los enfermos. Dijo con un alentado consuelo de haber oido mi liberalidad en ofrecerle la comunión (sirva de confusión á alguno): "Padre, yo iré con mis piés, ayudada de un báculo á recibir á mi Dios y mi Señor". Confieso que me enterneció y causó no poca devoción. Comulgó, y volviendo á su cama, en breves días, recibidos todos los Sacramentos y con fervorosos actos acabó la vida.

Acudieron mujeres á amortajarla, y tres mancebos de la Congregación á velarla aquella noche (oficio que á los de la Congregación solos se ha encargado). Llegó la media noche, cuando vieron que la difunta daba muestras de vida meneándose y forcejando á desenvolverse de la mortaja. Acuden luego, desátanla y venla viva. Lo primero que dijo fué: "Llamadme al Padre:" dijéronle que yo estaba ausente en otro pueblo cercano: "Pésame, que el Padre esté ausente, porque tenía mucho que decirle para su consuelo: llamadle al P. Juan Agustin[147], que a él se las diré. Mientras le llamaban al Padre pidió á uno de los que la habian velado un rosario y un Cristo pequeñito de metal que tenía al cuello, y tomándolo con mucha devoción y reverencia comenzó á besarlo y aplicarlo apretadamente al pecho. Corrió la voz por el pueblo que aquella mujer Isabel habia resucitado, y como su buena vida le habia dado buen nombre, acudió

147. El P. Juan Agustín de Contreras nació en Pastrana (Guadalajara, España) el 8.VIII. 1601. Ingresó a la Compañía en 1621 y llegó a Buenos Aires el 24.III.1628. Sus últimos votos los hizo en 1638 en Loreto. Falleció en la reducción de Santa María de Fe el 23.VIII.1668.

mucha gente á su casa, y hablando á los de la Congregación les dijo de esta suerte:

"Hijos míos, los de la Congregación de nuestra Madre santísima y Señora nuestra, por vuestra causa vengo otra vez á mi cuerpo. Yo morí verdaderamente y tengo de vivir ahora cinco dias solos, porque solamente vengo á traeros unas buenas nuevas de parte de nuestra Madre y Señora la Virgen santísima, de que está muy contenta con esta Congregación, y la agradan mucho los que viven en ella, y os dice la lleveis adelante, y yo de mi parte os lo ruego, y que mireis bien la obligación que teneis de seguir la virtud, y dar buen ejemplo, y de amaros unos á otros, y de cumplir los consejos que os dan los Padres".

Llegó el P. Juan Agustín, y ella prosiguió diciendo:

"Luego que pasé desta vida fuí llevada al infierno, donde vi un fuego horrendo que arde y no da luz, y causa grande temor; en él vi algunos que han muerto y vivieron en nuestra compañía, y los conocimos todos, los cuales padecían muchos tormentos. Luego me llevaron al cielo, donde vi á nuestra Madre, tan hermosa, tan resplandeciente y linda, tan adorada y servida de todos los bienaventurados, y en su compañía innumerables Santos hermosísimos y resplandecientes, que todo lo de por acá es basura, estiércol y fealdad, allá es todo tan hermoso, allá todo es hermosura, todo belleza y riqueza. Allí vi los que han muerto de nuestra Congregación muy resplandecientes vestidos de gloria; luego que me vieron, me dieron mil parabienes, y principalmente por ser yo de la Congregación, y os envían grandes recados, y principalmente que lleveis adelante esta Congregación y seais verdaderos cristianos".

Fué llamando esta buena mujer á todos los del pueblo, varones y mujeres, y les exhortaba al amor y caridad, que oyesen Misa siempre, que hiciesen buenas obras, que diesen la limosna que pudiesen á los pobres, que cumpliesen los preceptos divinos. Tratábales maravillosamente de la fealdad del pecado, de la hermosura de la virtud, del horror del infierno, del temor del juicio y cuenta estrecha que Dios pide, de la hermosura de

la gloria. Y aunque llamó á todos no llamó á su hijo, y á lo que pareció para castigarle con esto, por el descuido que tenía en no pedir ser recibido en la Congregación, y rogándole que lo llamase, no quiso hasta el último dia de su vida; entónces lo llamó y le dijo:

"Yo no te he querido ver, porque no eres de la Congregación. Mira que pidas luego á los Padres que te reciban, no te apartes de ellos, sírvelos y ámalos siempre, que son nuestros verdaderos Padres, no ofendas á Dios para que seas digno de ir á gozar de aquella bienaventuranza".

Lo cual él cumple muy bien, porque luego instó á que le recibiesen y sirve él por su persona á los Padres, y procede como religioso. Entre las mujeres que concurrieron a ver á esta buena mujer se llegó una, á la cual mandó salir de allí, y aunque entónces no se supo la causa (porque parecía vivir bien) se descubrió que vivía mal, la cual reconocida por aquel desden, hizo una buena confesión y mudó de vida, y es hoy de raro ejemplo.

Habiendo cumplido esta buena mujer con su legacía[148], y cumpliéndose los cinco días que dijo habia de vivir, se despidió, derramando todos muchas lágrimas, y con toda paz y sosiego durmió en el Señor. Tuvo siempre el rosario y crucifijo que pidió tan apretado, que despues de muerta con mucha fuerza aun no se lo podían quitar. Los efectos que dejó fueron maravillosos, porque no quedó persona en el pueblo que no se confesase, con muy buenos deseos de imitarla, cuya memoria vive hoy muy fresca.

Despues de haber estado enterrada ocho ó nueve meses con ocasión de enterrar allí otro difunto, la sacaron con las carnes enteras, flexibles y sin ningún mal olor. Pusímosla en otro más decente lugar. Tuvo noticia un religioso de este caso, y con religioso afecto me pidió le enviase el rosario; recibiólo el Padre con estima y aprecio. Moríanse en su reducción muchos

148. Legacía, mensaje o negocio de que está encargado un legado

niños de peste, sin que ninguno escapase: con mucho sentimiento dijo un indio que un hijo único que tenía se le estaba muriendo. Condolido el Padre y no hallando otro remedio le dió el rosario sin decirle cuyo era, para que lo pusiese al niño. Volvió el padre dentro de poco tiempo diciendo, que su hijo estaba ya bueno y sano.

XLI

Prosigue otro suceso semejante.

OTRO caso semejante á este sucedió en esta misma reducción. Crióse entre las demás niñas una en la doctrina á que acudía siempre. De dieciocho años la casamos con un mozo criado en nuetra casa, y de ambos puedo decir que no perdieron la gracia bautismal. Murió el mozo muy en breve con muy buenas prendas de su salvación, porque los crié y traté sus almas hasta la muerte. Poco después adoleció ella, y habiendo recibido todos los Sacramentos la víspera de su muerte me llamó y me habló de esta manera: *Padre, ya me muero, y con alegría y consuelo porque no tengo cosa que me dé pena: pídote que no entierres mi cuerpo en el cementerio sino dentro de la iglesia, delante de la imagen de Nuestra Señora, y también te pido que ruegues a Dios por mí, que yo te prometo, que viéndome en el cielo, rogaré a Dios por ti.* Espiró á media noche, velábanla los de su casa y algunos de la Congregación. Habiéndola amortajado, al cabo de tres horas dió muestras de estar viva, ó ya que hubiese muerto, como ella decía, ó que fuese parasismo[149]. Acudieron los de su casa, desatáronla, pidió que me llamasen; yo, deseoso de que me cumpliese la palabra, oyendo el llanto de su casa, á la una de la noche me puse delante del Santísimo Sacramento á cumplir la que yo la había dado de encomendarla á nuestro Señor, deseando el día para decirle la Misa. Llamáronme, y ya estaba gran parte del pueblo en su casa con velas de cera en las manos, y aunque le preguntaron les dijese algo, respondía: "Venga el Padre, que entonces oireis lo que me ha pasado". Halléla muy alegre y al parecer no como difunta ni como enferma que moriría en muchos días. Tenía entre sus brazos una cruz de madera de tres cuartas; en la alegría del rostro parecía un ángel, hízome sentar junto á sí, y dijo:

149. Parasismo, por paroxismo, acceso violento de una enfermedad.

"Padre mío, yo pasé desta vida esta noche; lo primero que vi fué una tropa de demonios muy fieros que me salieron al encuentro. Traían unos gárfios con que me pretendían agarrar; pero un ángel de grande hermosura que estaba conmigo me defendió, y con una espada de fuego ahuyentó los demonios. Este ángel me guió al infierno á que viese el espantoso fuego que padecen los condenados; oí allí grandes aullidos de perros, bramidos de toros, silbos de serpientes que daban los demonios. Allí vi cómo aporreaban y atormentaban las ánimas que allí estaban, conocí entre ellas algunos que vivieron entre nosotros, pero ninguno de la Congregación".

Díjome de dos mujeres que había visto en aquel lugar, cuya mala vida me dió mucho cuidado, y estuve para desterrarlas del pueblo y habia quince dias que eran muertas. Eran advenedizas de los montes, y poco dadas á entrar en la iglesia. Y esta buena mujer ántes de morir no supo que eran ellas muertas, y así lo confesó. De otro mozo me dijo, que aunque creado desde niño en nuestra escuela, se aprovechó muy poco, porque habiéndole yo llevado por maestro de escuela á un pueblo de gentiles procedió muy mal, y castigado bien, le saqué, y volviendo á su tierra murió, y aunque confesado se presumió que había muerto mal preparado.

"De allí (dijo) me llevó el ángel á ver la gloria de los bienaventurados, vi á Dios en un asiento y trono hermosísimo rodeado de infinitos bienaventurados. Preguntéle cómo era Dios, qué forma tenía. No sé (dijo) cómo es, ni su grandeza la podré decir, porque ni palabras hay con qué decirlo, ni cosa en esta vida con qué hacer comparación, sólo con el fuego diré algo:

Era un resplandeciente ser infinitamente más que el fuego, no quema, alegra y regocija el alma su vista, no puedo decir más. Vi también á Nuestra Señora, mas cómo te diré su hermosura que no hay con qué compararla, ni la alegría con que estaban aquellos bienaventurados"; y solia repetir de cuándo en cuándo: "Ah Padre, qué cosas tan lindas son aquellas que allí vi. Todo lo de por acá es feo y despreciable, acá en este mundo no hay gente, es despoblado todo en comparación de lo que allí vi, solos los ángeles que vi son más que las arenas y más que las hojas de los árboles destos montes. Allí conocí muchísima gente destas reducciones, y entre ellos á los tres Padres que murieron en Guairá, tenian grande gloria. Vi a Isabel (la que dijimos había resucitado) la cual me dijo: "Hermana, mira bien aquestas cosas, para que allá las cuentes á los que viven en la tierra. Sentí entónces esto que me dijo, porque entendí habia de volver acá, y me pesaba de dejar aquellas tan lindas cosas; pero conociendo mi dolor me dijo: No tengas pena, que quiere la Madre de Dios que vayas á anunciar todo esto a nuestros parientes, para que se animen á servir a Dios y no se cansen de seguir la virtud. Y hoy en este día has de volver acá, para no dejar más aquesta vida. Y esta es, Padre, la causa de mi venida, y deseo ya volverme á aquella bienaventurada vida, y ojalá que todos los de estos pueblos se muriesen hoy sin que quedara ninguno, y fuesen conmigo á ver aquellas lindezas que yo vi, qué lindos niños, qué danzas, qué regocijos vi; Hacían estas danzas los niños que han muerto despues del bautismo en estos pueblos, y entre ellos vi á mi hijo (habia muerto de cuatro meses) vi á mi marido (y por sus nombres dijo muchos que habiamos criado en nuestra escuela y doctrina, con muy singulares particularidades de su predestinación). Padre, no te canses (dijo) de enseñar el camino del cielo á estos mis parientes para que se salven, porque es increible el bien que les haces. Oh! si no cometiesen pecado! Oh! si amasen á Dios de todo su corazón! Oh! si cumpliesen todos sus mandamientos! Cómo se hallarian contentos á la hora de su muerte".

Hizo llamar á los de la congragación, exhortólos á la perseverancia, diciéndoles que la Virgen se agradaba mucho de ellos y de aquel santo ejercicio. Había muerto pocos días antes una moza criada desde su niñez en todo recogimiento, confesándose cada ocho días; y puedo afirmar con toda verdad (porque traté su alma toda su vida) que jamás cometió culpa mortal. De esta afirmó haberla visto en el cielo con muy gran gloria y que le había dicho:

"Decid á mis padres que no me lloren por muerta, porque estoy viva y con la gloria que ves; que ellos prosigan en la vida que hacen, para que sean dignos de venir á hacerme compañía". Han sido y son al presente los padres de esta moza de rarísimo ejemplo. A los caciques del pueblo los exhortó al buen ejemplo, y en particualr que ayudasen á los Padres en procurar el bien de las almas de sus parientes. Llamó á una hermana suya y le dijo:

"Hermana, encárgote mucho que cuides de la enseñanza de nuestra madre, y le renueves las cosas de nuestra fe, porque te hago saber que muchos viejos y viejas vi en el infierno".

Fué devotísimo espectáculo ver á una muchacha que ántes de casada y después de viuda guardó singular recogimiento y recato en hablar, verla ahora hecha predicadora y apóstol de su gente, ver juntamente el pueblo con velas encendidas derramando todos ternísimas lágrimas. Yo confieso que en mi causó deseo de morirme luego, y de servir á Dios con muchas veras, con un singular cariño y amor á las cosas de la bienaventuranza, y esto mismo causó en todos como se vio luego que espiró por las obras. Diez horas estuvo hablando, y esto me causó no poca admiración, verla continuamente predicando y anunciando el reino de Dios. Llegó la hora de su tránsito para la vida eterna, como se puede entender de su inculpada vida:

Ya es hora, Padre (me dijo), *de que me vaya á aquella patria mia, donde se vive la vida verdadera; quédate a Dios y no te olvides de mi alma, que yo no me olvidaré de ti en aquella bienaventuranza.* Preguntéle si tenía algo de qué confesarse; dijo que no la daba pena cosa, sino verse en esta vida. Cruzó sus brazos sobre la cruz, que nunca la dejó, perdió la habla, preguntéle si se había de acordar de mí y de sus parientes en el cielo; dijo inclinando la cabeza que sí, con que despidió su

alma como en suave sueño. Quedó su rostro hermoso como un ángel, tan lejos de causar horror, que nos arrebataba el corazón su angélico agrado y hermosura, prendas buenas de que iba á su deseada patria. Confieso que con haber cinco años que esto sucedió, la tengo muy presente y me anima su memoria, y cuando esto escribo, me enternece el ánimo y me enfervoriza á su imitación.

Pareció luego, que los del pueblo celebraban la Semana Santa, no quedó varón, mujer ni niño que no se confesase, y con curiosidad pregunté á todos, qué le había movido más de las acciones y dichos de aquella buena mujer, y todos prontamente me refirieron alguna particularidad que habían aplicado á la memoria. Unos decían algo de la gloria, otros de las penas, otros de sus parientes que ya estaban gozando de Dios y aquella buena mujer había visto. Por las calles de noche se veían disciplinantes; á la puerta de la iglesia se azotaban muchos. Finalmente, fué un grande estímulo para todos, y principalmente para los de la Congregación, y en muchos dias no trataron de otra cosa con singular provecho.

XLII

Cuéntase otros casos particulares.

UNA devota mujer y anciana adoleció, y llegando al punto de la muerte, recibidos ya los Sacramentos y agonizando con la muerte, me pareció que no viviría un cuarto de hora. Ronca la voz y levantando el pecho, estuvo de esta forma más de un mes, llamábame á menudo, y viniendo á la confesión no habia cosa. Causó admiración muy grande; avisóme un devoto indio que entendia que la muerte no hacia presa en aquella mujer, porque tenia sospecha que no era cristiana. La causa de la duda fué ser advenediza, y habérsenos juntado en la mudanza de pueblos ya dicha, y afirmar ella que era cristiana. Hallé que no lo era, bauticéla estando con todos

sus sentidos y respondiendo muy bien á las preguntas, acabado de recibir aqueste sacramento espiró.

Durmiendo un principal cacique y de mucha virtud, se llegó á él una persona y le despertó diciendo: Mira lo que tienes junto á ti, y reparando vió un pozo muy profundo lleno de fuego, y en medio de él una cama muy encendida, en que estaba una pesona dando vuelcos y grandes alaridos: ¿Conoces (dice) á este que aquí ves? Respondió que no lo conocía. Mírale bien (dijo) que yo sé que le conoces. Reparó bien con la vista y conocióle, y era un cacique muy principal que aún vivia y era deudo suyo. Esta cama (dijo) que ves está preparada para ese y para otros que no quieren enmendar la vida, y los pecados que ese hace no los ignoras. El P. Francisco Diaz, á quien se avisó desto, con prudencia le amonestó que no declarase á ninguno la persona; pero que en comun dijese lo que habia visto.

No fue la visión vana, porque de ahí á pocos tiempos, estando este cacique que fué visto en llamas, á la puerta de su casa, vió que su aposento ardia, entró á socorrer una caja que era todo su caudal, y permitiéndolo Dios se encendió tanto, que cogiendo la puerta la cerró al triste, dió crueles voces pidiendo le socorriesen, acudió el pueblo, pero vedábales el fuego la entrada. Viéndose el triste en aquel aposentó ya encendido, teniéndose en el suelo se procuró reparar con un cuero de vaca; apagaron por una parte, y dando lugar el fuego entraron, y le hallaron aún vivo y en una cama de fuego, como el otro la había visto. Estaba negro como un carbón, y aunque con el alma en el cuerpo ya sin habla y sin poder dar señas algunas de contrición. Fué notablemente vicioso, y el que más nos dió en que entender con sus escándalos, que de veces propuso en enmendarse; pero luego volvía al fuego de su concupiscencia, en tanto grado, que propuse si muriese enterrarle á la puerta de la iglesia con particular señal, para memoria y ejemplo.

No paró aquí la justicia de Dios para con este muerto, ni su misericordia para con los vivos. Estando un mozo congregante y de buena vida ausente de este pueblo é ignorante de la visión y presagio que de este muerto hubo, ni de su quema

y muerte, estando él despierto vió cabe sí una figura que le dijo: Advierte á esto que te quiero mostrar, y al punto en su presencia vió a este cacique quemado en una figura horrible y espantosa, el cual estaba asentado sobre un demonio muy feo, negro como Etiope, y encendido en fuego. ¿Conoces a este pobre? (le dijo la figura). Si dijo el mozo, bien le conozco; pues mira que cuentes á tu pueblo lo que has visto, que para esto he hecho esta demostración, y para ejemplo de los que soltándoles riendas á sus vicios, no dan lugar á la misericordia divina. El mozo, bien espantado y casi perdido el hablar, nos dió cuenta de lo que habia visto, que aprovechó mucho, que este es el fin que Dios pretende, dando fuerza á nuestra predicación con semejantes sucesos.

Apuraba el demonio á un mozo de la Congregación con dudas de las penas que en el purgatorio padecen las almas; no le satisfacian nuestros sermones y ejemplos; estando este mozo medio despierto se le aparecieron dos perosnas vestidas de blanco, de muy hermoso aspecto, y le dijeron: Venimoste á enseñar lo que son las penas del purgatorio, y le metieron en un fuego terrible y le dijeron: Aquí has de estar solos cinco días, después de los cuales te sacaremos; sintió cruelísimos tormentos, tales que juzgaba habia estado allí muchos años, y quejándose les dijo: ¡Cómo me habeis engañado, pues ha muchos años que me teneis aquí! Engáñaste (le dijeron), porque aún no ha pasado la mitad de medio cuarto de hora, en lo cual echarás de ver qué tales son las penas del purgatorio; con que quedó bien enseñado de su duda.

XLIII

Prosigue la misma materia de cosas particulares.

HA querido nuestro Señor darles á entender cuán acepta le es la devoción que tienen con los Santos. Un indio de la congregación tuvo devoción de guardar los papelicos de los Santos que le habían cabido después que era Congregante, y ya tenia once; guardólos en una bolsica donde traia un pedacico de Agnus aforrado y un poco de cera bendita; púsose á trabajar en su oficio de herrero, colgó sus reliquias en parte donde con la Bula cayeron entre el carbón, y sin reparar echó aquel carbón a la fragua, en donde por el humo que hacia, revolviendo las brasas hallaron la bolsa quemada toda, y los papeles, cera y Agnus, sin lesión, ni sin derretirse más que si estuvieran en agua. Lleváronme esto maravillados desta maravilla.

Camínábamos dos sacedotes á visitar un pueblo; alojámonos en un desierto, bien cansados, no podíamos dormir con una grave inquietud; concertamos de caminar de noche por ser buen camino y haber luna; amanecimos á vista del pueblo, habiendo caminado toda la noche sin enfado alguno; aún á vista del pueblo, nos salieron á recibir unos moradores de aquel lugar, pregunté si habia enfermos, dijéronme que no, y que sola una vieja habia muerto el dia ántes, y que trataban ya de enterrarla; llegamos al pueblo y pregunté por la casa de la india; dijéronme que no me cansase en verla, porque ya estaba muerta. Vamos (dije) le diré algun responso; entré en la casa que era tan lóbrega que no se veía cosa della. ¿Dónde está la muerta? (dije en voz alta). Respondió la mujer: *Padre, aquí estoy, que no estoy muerta, y te estoy esperando para confesarme.* Confeséla con harto consuelo mio, y acabada de confesar, perdió el habla y entregó su alma al Criador, que tanto estima sus almas redimidas con su sangre.

Envidioso el demonio de verse despojado de los despojos que tiránicamente poseia, quiso probar la mano, á ver si se

podia volver á entablar con los huesos de magos que atrás dijimos. Estaba un mozo de muy buena vida enfermo meses habia, y estando con él sus padres á la una del dia, vió el mozo ante sí un etiope desnudo, que llevaba en una esportilla unos huesos de difunto; preguntóle quién era. *Soy* (dice) *uno de aquellos que aqueste vuestro Padre quemó* (de que ya queda dicho) *¿pues qué quieres aquí?* (le dijo el mozo). *Véngote á ver* (le respondió el demonio), *porque deseo que seas mi amigo: vete de aquí* (le respondió), *que no quiero tu amistad; y si te quemaron, ¿cómo te atreves a venir aquí?* Fuésele acercando, y el mozo invocaba el nombre de Jesús, y decía al demonio que se fuese; él procuraba con palabras blandas que le diese oidos á sus embustes. *Yo soy* (le dijo) *el que de veras os amo, y vengo con deseo de enseñaros la verdad, que aquestos Padres no os la dicen, yo os doy lo que tenéis, porque soy vuestro Dios. Mientes* (dijo el mozo) *que tú eres demonio.* Y diciendo esto se le entró en el cuerpo. Dió muy grandes voces el mozo, llamando a Dios en su ayuda, y diciendo al demonio que le dejase; los circunstantes, que eran muchos, y sus mismos padres estaban atónitos, porque si bien no vieron al demonio, oyeron sus palabras fuera y dentro del mozo, cuya voz oian en su boca, y la del demonio en el estómago. Pidió el enfermo que me llamasen, y era ocasión en que me habia acudido la fiebre; rehusaron llamarme. Viéndose el mozo atormentado de tan mal huésped, pidió a su padre que le azotase fuertemente, que con eso saldría aquella bestia; el amor le hizo rehusar esta acción, pero la madre, juzgando por bueno el remedio, cogió unas cuerdas, y azotando á su hijo que le rogaba le diese fuertemente y al demonio que saliese, al fin después de varias demandas y respuestas salió, dejándole molido. Fuíle á ver, pasado mi trabajo, confesóse, cuya concienia era muy pura. A la media noche, asegurado que los de su casa dormían, se levantó, no habiendo podido hacerlo en algunos meses, y en las puertas de la iglesia tomó una disciplina; al salir le siguió un vasallo de su padre, y cuando le vió que se azotaba crudamente, dió aviso, y en brazos, por su flaqueza, le volvieron á casa.

No quiero olvidar otro caso que pocos meses después

sucedió en esta misma reducción. Adoleció un cacique principal que nos ayudó mucho, ántes de la transmigración de los pueblos en la quema de los cuerpos que ya he dicho; más de un mes llevó en la cama; salió de su aposento como pudo á gozar de la serenidad de la noche en el verano; apenas salió á la calle cuando le rodearon cinco bultos, con ornamentos ricos y olorosos; temió, pero, asegurado por ellos de buenos espíritus, le preguntaron si se había confesado; dijo que al principio de su enfermedad lo habia hecho, y que no se sentía con cosa de cuidado. *Ya te conocemos* (le dijeron) *que vives bien y oyes Misa siempre. ¿Acuérdaste de aquellos huesos que estos Padres quemaron?* (respondió). *¿Creiste* (replicaron) *en aquellas cosas que decían? nunca creí tal cosa* (dijo el indio). *Muy bien hiciste* (respondieron ellos), *porque aquellos eran demonios, enemigos de vuestro bien y amigos de nuestro mal. Tú avisa á esta gente que viva bien y oigan la doctrina de los Padres, que os enseñan la verdad, si bien hay algunos de vosotros que son como el peine que tiene algunos dientes quebrados, y no son parejos; algunos se adelantan en la virtud, otros quedan cortos en ella, nosotros velamos sobre este pueblo, y arredramos los demonios, que de noche principalmente os incitan al mal. ¿Y tú rezas el Rosario de la Virgen? Sí* (dijo), *nosotros* (respondieron) *nos honramos con él, y así lo traemos al cuello, mira: toca este Rosario.*

El indio ya gustoso con tan buena plática, y sin ningún recelo tocó el Rosario y una cruz, olió en él un muy suave olor, que se quedó impreso en los dedos. *¿Cuánto haya* (prosiguieron) *que no vas á ver al Padre? Tres semanas ha* (respondió) *que por no poder tenerme en pié no le he visto. Pues ve mañana á verle, que desde ahora quedarás ya sano, y dile todo lo que aquí has oido, y que no se canse en enseñaros, que nosotros cuidamos de defenderos; y mira que luego que amanezca vayas y le cuentes esto, porque ántes que tú vayas estaremos en su celda y hemos de oír lo que le dices.* Apénas salí de la iglesia de oración para mi celda, cuando le vi en la puerta: maravilléme de verle, porque sabia que su enfermedad le tenia en la cama; contóme todo aquesto, y cómo de veras estaba ya sano, y en

prueba de esto empezó a trabajar en cierta obra de la iglesia.

Quiero poner fin á estas cosas que el Señor ha obrado, y la Virgen Santísima en su pueblo; callo muchas, contentándome con haber referido brevemente aquestas á gloria del Señor, que obra maravillas con gente simple, llana y sin dobleces; porque es amigo de la simplicidad, y así: *Cum simplicibus sermo cinatio eius*[150]. Y, como atrás he dicho, en cristiandad nueva usa de nuevos modos, si bien antiguos y aún necesarios riesgos para que plantas tiernas como la de los indios crezcan en virtud y se aumenten en la gracia; sólo quiero añadir un buen ejemplo, no de edificación sino de malicia, á propósito de mi intento.

Ciertas personas que su común sustento tienen librado en la sangre que chupan á estos pobres indios, y entran á la parte con los de San Pablo, viendo que habíamos librado esta gente de sus manos, y que no les dimos lugar á que hiciesen presa, escribieron cartas á varias personas, Prelados, Obispos y señores, y aún en esta corte sembraron fama, que yo (que como malhechor me cargaron la culpa) habia sacado aquellos indios de sus tierras, y llevándolos á extrañas regiones los habia muerto en el camino todos, lamentándose mucho deste yerro; cartas tuve de Obispos y de oidores culpando mi desacierto, y aún despues que estoy en esta corte algunos señores del Consejo, á cuyos oidos vino aqueste informe, me han preguntado por tan desastrado caso, y aunque he satisfecho, ó por mejor decir, la verdad misma ha dado voces, servirá esto poco por respuesta.

La Real Audiencia de Chuquisaca nos dió amplia licencia para mudarlos, que con toda esta justificación se procedió en el caso, que aunque cuando llegó estaban ya mudados, llegó poco después su beneplácito; más ¿quién dudará que en caso tan apretado quiere esperar licencia para huir el que ve que le ponen el cuchillo á la garganta?, la misma ley natural les dió licencia para huir de la esclavitud, conservar su libertad y aún

150. La cita dice: Un discurso con cosas simples.

la fe y la salud eterna, que todo lo hubieran perdido (como otros) si solos dos dias retardaban su huida[151].

Más cristiana acción hubiere sido escribir á esta corte que los de San Pablo habían cautivado de nuestras reducciones 60.000 almas, de qúe hoy no hay 1.000, por haberlos muerto á puro azote, trabajo y afan: mas ¿cómo habian de hacer tal querella si estos mismos eran comprendidos en el mismo crimen? Pero, para que constase su falso informe, y que los indios, que ellos decían haber yo muerto estaban vivos, pedí á cierto gobernador que aceptase los tributos de aquestos indios para Su Majestad, y con ponerle por terceros al Obispo de Paraguay, D. Fr. Cristóbal de Aresti y al P. Diego de Alfaro, Rector del colegio de la Asunción con todas estas dilgencias nunca pude alcanzar mi intento[152]: la causa ya se ve, y no quiero fatigarme en explicarla. Muy cristiana acción hubiera sido si en este caso me hubieran tachado en haber ofrecido yo tributos de una gente desterrada, y que padeció la tormenta que vimos atrás, y aconsejarme que pidiera a Su Majestad en merced (bien debida á tal trabajo) que les diese libertad, inmunes de tributo, para que lograran el fruto de su lealtad, pues dejando enemigos ciertos, se ampararon al abrigo con que Su Majestad ampara á esta pobre y acosada gente: pero pasemos adelante con nuestra narración, y fiemos de la verdad, que ella por sí vuelve.

151. Sobre las acusaciones contra Montoya por el éxodo, véase los documentos indicados en nota 128. El reclamo de los vecinos por el perjuicio que les significó el traslado de los indios de encomienda del Guayrá, y el largo pleito que siguió, en Ernesto J. A. Maeder, *Las encomiendas en las Misiones jesuíticas* en *Folia Histórica del NEA* Nº 6 (Rcia, 1984) 119-137.

152. Montoya en un memorial que presentó al rey en Madrid en 1639, deja constancia que ofreció al gobernador Martín Ledesma Valderrama los tributos de aquellos pueblos, y que éste no los quiso aceptar. Al pie de la copia agrega Montoya: Este es el borrador del memorial que presenté a S.M. obligado de las calumnias que nos ponen. Su texto en MCDA I, 431-432.

XLIV

Muerte del P. Pedro de Espinosa a manos de infieles.

FUE el P. Pedro de Espinosa natural de Baeza, hijo de padres muy siervos de Dios: tuvieron cuatro hijos, y todos los dedicaron á la Compañía, uno pasó á Indias al empleo de almas, y desde Panamá escribió á sus padres que criasen con cuidado á su hermano Pedro, porque le había de seguir y morir á manos de gentiles. El mismo P. Pedro estando en oración, y estando aún en España, le pareció que le arrastraban unos indios, y de hecho se halló en tierra, y que le revolcaban y trataban mal; ambos pronósticos probó el suceso.

Pasó á Indias, donde trabajó en Guaira apostólicamente; tuvo á su cargo desde sus principios una reducción de gente bárbara, que amansó con sufrimiento y paciencia. Tenia esta población 2.000 vecinos, que hacían 9.000 ó 10.000 almas, reducidos por nuestro trabajo; de sus virtudes raras pudiera decir mucho.

En la transmigración dicha de los pueblos trabajó infatigablemente; caminó muchos años á pié, con ser muy delicado, perfeccionó sus trabajos con dichosa muerte; obligóle la caridad y la obediencia á llevar á aquellas reducciones de Loreto y San Ignacio unas ovejas para vestir pobres, por la falta de algodón que causan los hielos; volviendo con ellas, á media noche, unos bestiales indios gentiles dieron en su alojamiento en despoblado, y allí le mataron á palos. Encomendábase el siervo de Dios á Jesús y María; reprendíanle los indios de que invocase tales dioses falsos, que mentirosamente llamaba en su ayuda; arguyoles el Padre de su infidelidad, desnudáronle luego en una rigurosísima noche del invierno; y estando el buen Padre encomendándose al Señor, y ofreciéndole su alma, agraviados los bárbaros y ofendidos de verle tan ansioso del Dios que ellos negaban, le rompieron la cabeza. Dejáronle desnudo á manos de tigres, que le comieron todo, sólo pudimos haber un brazo y una pierna á que dimos sepultura.

Fue muy sentida y llorada su muerte de los indios, á quien con su predicación habia dado la vida y puesto en policía, enseñándoles oficios de carpintero y sastre, que el Padre por su buen discurso habia alcanzado. La misma noche que le mataron apareció á un grande amigo y ayudante suyo en la conversión de los indios, y con alegre semblante le dijo: Ea, hermano mío, quedaos á Dios, que yo me voy á descansar al cielo. A otro grande amigo del Padre manifestó Dios nuestro Señor dos días antes del peligro en que estaba, y el mismo dia que le mataron se lo manifestó, y el modo con que le mataron, estando muchas leguas ausente. ¡Dichosa vida y dichosa muerte!

XLV

Advertencias generales.

PARA más noticia de lo que queda dicho atrás de las reducciones pasadas y de las que ahora diré, pondré algunas advertencias generales, que son comunes á todas las reducciones y poblaciones. Y no es mi intento tratar de las virtudes y hechos de los operarios desta viña, que dejando sus patrias, deudos y comodidades, se han metido por tierras extranjeras, sacrificándose á la hambre y desnudez, y aún al cuchillo (como veremos) renunciando el aplauso que entre nuestros españoles tuvieran en cátedras, púlpitos y ocupaciones lustrosas (señuelo que al más remontado halcon abate), ni quiero comparar aquesta espiritual conquista á otras muy lustrosas; porque esta carece totalmente de lustre exterior, siendo el que tiene interior de infinitas almas.

Y si en el Japon hay cuchillo que hace mártires, no faltan acá saetas que lo forman; hallo ménos acá las casas y palacios, la policía, las sedas, los vestidos japoneses, la variedad de comidas y regalos, no digo que los usen los apostólicos varones; pero al fin su visita atrae y entretiene. Acá hay la vestidura y traje que al nacer concede la naturaleza á los humanos, siendo

fuerza que un solícito cuidado de los Padres haga cubrir lo que puede ofender á ojos castos, con cuidado necesario y afan continuo de buscarles lana, cordellate[153] y algodón, y para que con comodidad siembren este, los mismos Padres con sus mismas personas les han enseñado á hender la tierra con arado, cosa nueva para ellos, pero bien lograda.

Ni es mi intento tratar de los operarios que viven en colegios y ciudades de españoles, cuya penuria hace que en el colegio más numeroso haya solos cinco Padres, en otros tres, y colegios hay que no pasan de dos, con obligaciones de acudir al cultivo de españoles, indios y negros, á cada uno en su idioma, consejo muy importante del Apóstol. Si ne sciero virtutem vocis, ero ei cui loquor barbarus; et qui loquitur mihi barbarus[154]. Y suele haber en una ciudad de españoles indios de varias lenguas, y ser necesario que los Padres las sepan para su cultivo, y no hay Padre que, demás de la nativa y latina, no sepa por lo menos una lengua extranjera, y muchos dos y tres de que se imprimen hoy en esta corte algunos libros; y la de los negros no ha costado poco desvelo el sacarla á luz, y ponerla en los términos de la imprenta, trabajo bien logrado; porque en las numerosas tropas de armazones[155] que entran en Buenos Aires destos negros, se averigua siempre haber dolo en sus bautismos, á cuyo remedio ocurre el celo de los mismos Rectores y Padres más graves, acudiendo á los navíos y á las atarazanas[156], donde como ovejas están hacinados, cuyas enfermedades y mal olor retiran aun á sus propios amos: allí les curan los Padres las almas y los cuerpos, de que todos los años se coge copioso fruto.

La fuerza del Evangelio pretendo explicar, cuya eficacia se

153. Tejido basto de lana, cuya trama hace cordoncillo.

154. Al margen dice: Corintios 14. Corresponde a la I° Epístola de S. Pablo a los corintios, 14, 11: Si yo desconociere la significación de las palabras, seré para el que me habla un bárbaro, y el que me habla, un bárbaro para mí.

155. Armazones, dícese de las maderas que forman el esqueleto de un bajel, y de lo que sobre ellas se construye. La entrada de negros por el puerto de Buenos Aires fue constante hasta la separación de Portugal en 1640.

156. Atarazanas, cobertizos o depósitos.

ve en amansar leones, domesticar tigres, y de montaraces bestias hacer hombres y aún ángeles. Para explicar el trabajo y afan con que trabajan los operarios de aquella viña y forman los pueblos, de que haré mención simplemente, fuera necesario poner aquí la letanía de trabajos que pone el Apóstol en la segunda epístola á los corintios, que como fué el mismo empleo del santo, tiene hoy el mismo precio: recopilaré aquí los usos y costumbres que la predicación continua ha entablado, con otras advertencias, para desobligarme á repetirlas en cada reducción[157].

En todo se les mostró avara la naturaleza, negándoles los metales de que abundan otros, si bien el codicioso deseo de que los tuviesen hizo afirmar algunos que los tenían, de que se enviaron papeles á esta corte; remito al lector al párrafo 80 de esta narración donde verá la respuesta y no mia, sino de un gobernador que hizo su esfuerzo por descubrir, ó el monte de oro ó la verdad que era imaginado. Mostróseles liberal en el desembarazo de ídolos y adoraciones mentirosas, con que con facilidad abrazan la verdad católica, y con constante firmeza la retienen; comprámosles la voluntad á precio de una cuña[158], que es una libra de hierro, y son las herramientas con que viven; porque antiguamente eran de piedra, con que cortaban la arbusta de sus labranzas. Presentada á un cacique una cuña (que vale en España cuatro ó seis cuartos) sale de los montes, y sierras, y partes ocultas donde vive, y se reduce al pueblo él y sus vasallos, que con la chusma suelen ser 100 y 200 almas, que bien catequizadas reciben el bautismo; anzuelos, agujas y alfileres, cuentas y abalorios, son los intereses á que los demás aspiran.

Son todos labradores y tiene cada uno su labranza aparte, y en pasando de once años, tienen ya su labranza los muchachos, á que se ayudan unos á otros con mucha conformidad; no tienen compras ni ventas, porque con liberalidad y sin interés se soco-

157. II° Epístola de S. Pablo a los corintios, 3-7.

158. Las cuñas de hierro empleadas como hachas.

rren en sus necesidades, usando de mucha liberalidad con los pasajeros, y con esto cesa el hurto, viven en paz y sin litigios.

Al rayar del dia en todo el año oyen Misa, y desde la iglesia acuden al trabajo, que logra muy bien preparación tan religiosa; y aunque el Sacramento de la confesión lo ejercitan luego, la comunion se les dilata y por algunos años, á unos más y á otros menos, que aunque la capacidad de aquella gente es muy conocida en aprender las cosas de la fe y en lo mecánico; la dureza en los de mayor edad suele ser mucha.

Los capaces comulgan cuatro veces al año, en que tienen jubileo, con preparación de sermones y ejemplos, ayunos, disciplinas y otras penitencias. Los de la congregación de la Vírgen y otros que no lo son, frecuentan la confesión cada ocho dias, y los menos cuidadosos cada mes; rastrean en la confesión cosas muy menudas de la ingratitud con que corresponden á Dios, de haber puesto en la boca un bocado de carne por olvido en viérnes, y acordados, lo arrojaron; de no haber oido Misa el dia de labor y otras á este modo, y aunque en la conciencia errónea están bien instruidos, prosiguen á este modo, y, si impertinente á veces, la brevedad con que representan todo su interior no cansa, y su simplicidad agrada, ni dejan de manifestar lo que en su infidelidad hicieron, que si bien no materia de este Sacramento, su dolor de haberlos cometido edifica.

Celebran las fiestas principales con más devoción que aparato, por la comun pobreza suya y de las iglesias; las disciplinas de sangre ha sido necesario limitárselas, porque con el frio y poco abrigo peligraban muchos; la ternura en oir la Pasión es tanta, que nos sucede no pocas veces, atajados de las lágrimas nacidas de las del pueblo, poner fin al sermón sin darlo al discurso.

Son en las cosas mecánicas muy hábiles; hay muy buenos carpinteros, herreros, sastres, tejedores y zapateros, y si bien nada de esto tuvieron, la industria de los Padres los ha hecho maestros, y no poco en el cultivo fácil de la tierra con arado; son notablemente aficionados á la música que los Padres enseñan á los hijos de los caciques, y á leer y escribir; ofician las

Misas con aparato de música, á dos y tres coros; esméranse en tocar instrumentos, bajones, cornetas, fagotes, arpas, cítaras, vihuelas, rabeles, chirimías y otros instrumentos, que ayuda mucho á traer á los gentiles y al deseo de llevarnos á sus tierras al cultivo y enseñanza de sus hijos.

No tiene lugar en ellos la embriaguez, porque sus vinos no causan (por su flaqueza) estos efectos. Si algun descuido en la castidad se reparó en alguno, el cuidado y celo de los caciques, padres de familas y alguaciles, pone luego remedio eficaz con ejemplar justicia. Rondan de noche el pueblo, y si cogen algun sospechoso lo corrigen; amancebamiento ni por imaginación se conoce, porque su castigo fuera perpetuo destierro. Procúrase que se casen con tiempo, ántes que el pecado les prevenga.

Hánse erigido hospitales donde se curan los pobres y los varones á parte de las mujeres; hánles enseñado los Padres á sangrar, y no pocas veces lo ejercitan los mismos Padres; tienen señalados enfermeros, que con vigilancia acuden á su oficio: otras cosas usan á este modo que forman una muy buena política república.

No han entrado españoles á aquella tierra por haberla conquistado sólo el Evangelio, y porque nuestro deseo ha sido que estos indios los ampare su Majestad, como lo hace, y se verá por una su real cédula que pondré en el último párrafo y que le paguen el tributo justamente debido. No ha faltado quien avise á esta corte que nos alzamos con los indios y que no queremos que entren españoles á sus pueblos. Constará lo contrario en el párrafo 80; y bien deseamos que estos tales no los vean de sus ojos, porque, si bien hallarán cosas muchas de que edificarse, no sé si ellos edificarán mucho á los indios.

De estos tales están muchos á la mira, deseosos de que su Majestad se los encomiende (pasados los diez años que su Majestad les ha concedido de libertad, desde su bautismo, y les ponga el incomparable yugo del servicio personal, traza que inventó Faraon para aflicción del pueblo israelítico, y con que han muerto en las Indias infinidad de gentes, y aun sin esperanza de la vida eterna, por falta de doctrina) que la continua ocupa-

ción (así lo dice su Majestad en su real cédula) de este diabólico servicio personal les ha quitado el tiempo de aprenderla y de ejercitarla; y el despacho de esta cédula no lo han atribuido al cristianísimo celo de su Majestad y á la obligación que tiene de amparar á gente tan destituida de todo amparo humano, sino á la impertinente pertinacia (así lo dicen) de la Compañía, refundiendo esta acción tan católica de su Majestad en descrédito nuestro, queriendo persuadir á los señores de esta corte, que nos servimos en el Paraguay de los indios para nuestras granjerías[159].

Información traigo auténtica de lo contrario, y si se deseare que la dé aquí de personas de todo crédito, presento por testigos al Dr. D. Francisco de Alfaro, oidor del Consejo de Hacienda, persona en quien cabe la experiencia de aquellas Indias con toda eminencia, porque visitó muchas provincias y les dejó muy ajustadas leyes, que su Majestad aprobó, y principalmente las de la dicha mi provincia del Paraguay[160]; y al dignísimo prelado del Rio Genero, el Dr. Lorenzo de Mendoza, que como vecina su diócesis á aquella provincia, sabe muy bien que ántes han gastado nuestros provinciales del Paraguay en cuñas, cuchillos y otros rescates, en cordellates, lienzo, lana y algodón para los indios más de 20.000 pesos (que por las partidas consta por la información auténtica que traigo) de legítimas de nuestros religiosos y de limosnas que el mismo prelado, antes de serlo, ayudó á pedir en Potosí y provincia de los Chichas, de que tengo testimonio suyo; y todo esto lo aplicaron los Superiores al granjeo de aquellas pobres almas, cuya pobreza es tal, que no tienen muchos para pagar solos dos pesos que su Majestad ponga á cada uno de tributo; y ha sucedido que enviando yo á vender á los pueblos de los españoles mi manteo y sotana, Concordancias, Biblia y otros papeles, y hasta los cálices del altar y ornamentos, por lana y algodón que hice traer de la ciudad de Santa Fe para vestir indios pobres, se hizo información

159. Ver nota 151.

160. Ver nota 29.

que ocupábamos los indios en nuestros trajines y aprovechamiento.

Por veces me ha sucedido, visitando á los Padres de aquellas reducciones, hallarlos sin camisa en el cuerpo, y disimulando su necesidad ponerse un pedazuelo de lienzo por cuello; otros dormir en un cuero de vaca, por haber dado sus colchoncillos á los enfermos, y no perdonar aun á una pobre frazada, partiéndola para el abrigo de pobres; y los mismos provinciales nos han dado muy raro ejemplo en esto. El Dr. Lorenzo de Mendoza, prelado del Rio Genero, á quien el real Consejo cometió el exámen desta historia, llegando á este punto añade de su misma letra al márgen esto que se sigue: "Cuando los P. P. Simon Masseta y Justo Mansilla llegaron al Brasil de la provincia del Paraguay en seguimiento de sus ovejas, en que habian hecho presa los vecinos de San Pablo, á buscar justicia, de que no hallaron rastro; los mismos Padres de la Compañía de Jesus del Rio Genero, me dijeron algunas veces que se admiraban de ver la casi intolerable pobreza que padecían los Padres de la Compañía de Jesus del Paraguay por la conversión de los gentiles, de que daban muestra aquellos dos apostólicos varones". Hasta aquí dice el dicho prelado[161].

Y fuera bien sea mancha si por un temporal interés nos expusiéramos al riesgo frecuente que se padece de la vida en aquellas partes, y aun fuera muy gran necedad dejar la religiosa comodidad de un colegio por tan grande afán entre gentiles, si el fin fuera algun interés humano. Ningun cristiano con juicio juzgará por malo que nosotros instruyamos á los indios á que se den á granjerías, para buscar con qué cubrirse (que es todo á lo que pueden aspirar de mayorazgos) porque la desnudez no les sea excusa de entrar en los templos (como á veces sucede) á oir la palabra divina, ántes lo deben juzgar por obligación, como de pastores de aquel rebaño.

Que mi intento sea que los indios no sirvan personalmente, confiésolo, porque en esto miro al bien comun de indios y

161. Ver nota 2. El párrafo aludido no figura en la aprobación del libro.

españoles: las razones dícelas su Majestad en su real cédula que pondré al fin; ni pretendo que estén ociosos, porque fuera pretensión bien culpable; mi deseo es que paguen á su Majestad el tributo que su pobreza pudiere, que harto harán en afanar á sustentarse á sí y á sus familias; y si su Majestad fuere servido con estos tributos premiar servicios de españoles, será muy justamente hecho, y no habrá quien repugne á esto, ántes se lo pedimos y suplicamos que es bien se remunere con estos tributos; pero poner los indios en sus manos, servirles ha el servicio personal de cuchillo, con que degüellen las ovejas de Jesucristo como á las del matadero.

XLVI

De las reducciones que tiene hoy la Compañía en aquella provincia, trátase de ellas aquí.

TIENE hoy la provincia del Paraguay 25 poblaciones de indios á su cargo; de las dos se ha dicho: iré tratando ahora de las demás, y empezaré por dos que tiene el rio Paraguay, como hijas de Loreto y San Ignacio, de donde salieron á dar principio á una gran miés, que ofrecen provincias muy latas de gentiles, chiriguanas y otras naciones, que á fuerza de armas se han defendido y aún ganado banderas á nuestros españoles, que hoy tienen y muestran por trofeo desde el tiempo del virrey D. Francisco de Toledo.

Fueron á esta empresa tres fervorosos sujetos, los PP. Diego Rancioner, Justo Banciur y Nicolás Hernacio; tomaron dos puestos donde han trabajado apostólicamente y á donde han acudido muchas gentes á oirlos, volviendo á sus tierras y á las comarcas sembrando una muy buena fama de que ha salido el deseo de tenerlos cada uno en sus pueblos; están tan cerca de los gentiles, que á solas tres leguas de distancia está una nación que llaman Payaguás, cuya fiereza indómita ha muerto muchos españoles. Hánse amistado estos mucho con los Padres honrándolo con

el nombre de crucíferos por las cruces que traemos en las manos; piden religiosos, y por su causa otras muchas provincias, como son guatos, Ibitiriguaras, serranos, porque viven en sierras ásperas. Demás de estas provincias que ya tienen noticia de los Padres, hay otras muchas más adentro. La falta de sujetos ha hecho que no se eche la hoz á esta miés, y más cuando la muerte con la suya quitó la vida á los PP. Diego Rancioner y Nicolás Hernacio, llevándolos en flor de sus deseos, que aunque habian en Guaira y sus provincias trabajado apostólicamente, les parecia nada.

El P. Rancioner era flamenco, hijo de un gran capitán contra los rebeldes, y él sirvió en la guerra; tenía singulares partes de doctrina; su ordinaria cama en las misiones era un cuero de vaca en el suelo, y á este paso fueron las acciones de su vida. El P. Nicolás era francés; salió del palacio del rey de Francia (donde le habia puesto su noble padre, al humo de las esperanzas á veces malogradas) para la provincia del Paraguay á la voz de la riqueza de almas, en cuyo beneficio trabajó incansablemente; testigo soy de sus acciones raras que calla la modestia. Sólo diré que su ordinaria cama fué una tabla á raíz del suelo, y por su enfermedad la mejoró en un poco de paja; cogióle la muerte sólo sin compañero, y con una enfermedad tan penosa, que por un boqueron que se le hizo en un costado, se le veian los intestinos; su regalo en comer fué como la cama.

Fuéronle á ver aquellos fieros bárbaros que arriba dije (que la virtud amansa fieras) y viéndole tan falto de sustento, le llevaron de sus regalos pedazos de culebrones asados (manjar para ellos muy gustoso) algunos peces de muchos días asados, que el fuego en carnes y peces suple la total falta de sal de aquella tierra. Dijo á dos mozos donados que tenía consigo que habia de acabar su vida en el día que acabó la suya San Francisco Javier, porque así se lo habia pedido; y no sólo en esto pareció al santo, porque murió como él en sumo desamparo sin Sacramento alguno, por no haber sacerdote; pero su vida fué tal, que mereció tal muerte. Acudió luego el P. Justo Mansilla á encargarse de aquellas dos reducciones, donde le dejé sólo á vista

de una miés copiosísima de gentiles. Querrá el Señor que el dueño de esta viña, que es su Majestad católica envie obreros[162].

XLVII

Reducción de San Ignacio del Paraná.

TIENE el gran río Paraná siete poblaciones. La primera es ésta de San Ignacio[163], y la primera que se fundó en la provincia por los de la Compañía. Su fundador fué el V. P. Marciel de Lorenzana, cuya vida (como ya dije) se escribió. Fué inconquistable por armas esta gente; conquistóla este varon con sólo el Evangelio, y caridad y paciencia de Cristo. Como era esta la puerta por donde se habia de comunicar la predicación cristiana á innumerables gentiles, acudió el enemigo comun á cerrarla, por no verse despojar de la presa; concitó los gentiles que tierra adentro había, para que acudiesen al remedio, deseando matasen no sólo al Padre, pero aún á los que le habían recibido.

Los del Padre eran á la sazon pocos, los enemigos muchos: bien determinados á retener la verdad del Evangelio, pidieron al Padre que los bautizase, para que viéndose cristianos (eran todos catecúmenos) pudiesen pelear con ánimo. Venian ya los enemigos cerca, y apresurando el Padre su bautismo, de cuatro en cuatro los fué bautizando. Pidieron al Padre se escondiese por el peligro; *yo he de ser el primero,* dijo el Padre, y el que ha de ser vuestro caudillo en esta guerra y fio en Dios que vénceremos; quedaron finalmente victoriosos. Creció el número de gente que allí se recogió, con que se hizo un lustroso

162. Montoya se refiere en este capítulo a la misión del Itatin, región ubicada al norte del Paraguay. Las referencias a los padres van Suerck, Ransonnier y Henard en notas 120, 134 y 135.

163. La reducción de S. Ignacio del Paraná, llamada también Guazú, fue fundada por el P. Marciel de Lorenzana (ver nota 24) en 1610, en la región del Añapé, al sur del río Tebicuarí; se mudó en 1628 a doce leguas del Paraná.

pueblo, como hoy se ve, y se dedicó á San Ignacio, que en casos apretados ha sido verdadero Padre; y dejando el común favor que en todos los pueblos da á las mujeres afligidas en el parto (de que se pudiera hacer muy larga historia) diré sólo algunas muestras que el Santo ha dado de su patrocinio.

Borraron de la Congregación de la Virgen (que con muy gran aumento tienen) á un mozo, porque una acción pidió este castigo (si bien la acusación fué falsa) y juntamente le aprisionaron; sintió este agravio y afrenta; el demonio valiéndose de la ocasión, para que dando de un barranco en otro se desempeñase, incitóle á que desesperado se ahorcase; quiso ejecutarlo con tan loco ánimo, que si el cepo no tuviera sus piés, con manos libres se hubiera sacrificado al demonio. Estando á media noche velando sobre la ejecución de su deseo, juzgó que una luz que entraba por la puerta era de algún amigo suyo; y fué así, porque era San Ignacio, que echando rayos de su rostro, y mayores de celo de aquella alma, se llegó al mozo, y con voz amorosa le dijo: *Dios te guarde, hijo,* poniéndole la mano sobre la cabeza, *no tengas pena, pues careces de culpa, presto serás libre,* y con esto se desapareció el Santo: el mozo ya libre de su tentación, dió voces, acudió gente á ellas, hallaron las puertas cerradas y al mozo llorando amargamente, arrepentido de la desesperación que habia tenido.

A una mujer á quien un muy repetido pecado tenia tenazmented presa, se le apareció el Santo, y reprendiéndola del descuido grande de su alma, con que por aquel camino caminaba á su perdición, la redujo á que, haciendo una buena confesión, se apartase del vicio y siguiese la virtud.

Otra cuya enfermedad la tenía ya apretada, con los Sacramentos para dejar esta vida, llorando ya los de su casa su cercana muerte, aplicándola una imágen del Santo Padre puesta sobre el pecho, abrió luego los ojos, y abrazándose con el Santo sintió por el efecto de su auxilio, porque estuvo luego sana.

No ha mostrado ménos aquí la Soberana Virgen el agrado que tiene de sus Congregaciones: deseó una mujer ser recibida, y haciendo escrutinio de su alma para limpiarla con una confe-

sión general (diligencia que se procura para recibirlos) forcejando una noche con su exámen, se quedó dormida, y entre sueños le pareció veía a la Vírgen, y oyó que le advertía de ciertos pecados, que por haberlos cometido en su mocedad eran ya antiguos y nunca confesados por olvido ó mal exámen: despertó y halló que la advertencia habia sido cierta, y arrepentida, alegre y agradecida á la Virgen, confesó sus culpas.

XLVIII.

Reducción de la Encarnación en el puesto que llaman Itapúa

VEMOS hoy en este pueblo el trueco que de Saulo en Pablo hizo el sagrado Apóstol. Fué esta gente la que á la reducción pasada hizo cruda guerra por haber recibido el Evangelio: tomó á su cargo su conversión el santo mártir P. Roque González[164] (de quien diré adelante); tentó con apostólico celo su rebeldia, rindióla con la espada de la predicación á fuerza de trabajos, y agonías, y peligros evidentes de la vida (precio común con que se compra el paganismo); acompañóle en aquestos trances el P. Diego de Boroa, cuyo celo no inferior muestra hoy las ganancias que ha hecho de rebaños enteros, que recogió al aprisco de la Iglesia católica. Los lances que se les ofrecieron en arraigar esta rebelde gente en la fe, pide larga historia (que saldrá algun dia), porque, si bien el deseo comunicado de Dios les incitaba á recibir el yugo, la inconstancia los detenía, y el deseo de vivir á su brutal modo,

164. El P. Roque González de Santa Cruz nació en Asunción del Paraguay en 1576. Fue ordenado sacerdote en 1598. El 9.V.1609 ingresó a la Compañia. Fue uno de los más grandes misioneros de guaranies y fundador de varios pueblos. Durante su predicación en Caaró fue asesinado el 15.XI.1628 por los conjurados del cacique Nezú. Beatificado en 1934, junto con sus compañeros de martirio Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, su santidad fue proclamada en 1988 en Encarnación, en ocasión de la visita del Papa Juan Pablo II al Paraguay.

cargados de mujeres, embarazo comun, los arredraba: pero venció la constancia de estos dos varones, rompiendo el miedo con que algunos magos y hechiceros (peste mortal) los amenazaban. Dedicaron este pueblo á la Soberana Vírgen, de quien podemos con razón decir: *Sanabiles facit nationes orbis terrarum*[165], cuyo auxilio bien esperado manifestó la experiencia. Curó esta Virgen las llagas de aquel enfermo pueblo, que concurrió con fervor á las saludables aguas del bautismo y al defensivo remedio del matrimonio, asiéndose á la áncora de la oración, á que se han dado mucho, y á la devoción de su Patrona. Fundóse su Congregación que hoy está muy adelantada, con frecuencia de confesiones y comuniones cuatro veces al año.

Preguntó un Padre á uno desta Congregación, si les venía deseo de volver á aquella vida antigua y libre; respondió: Padre, no, porque, despues que somos esclavos de la Virgen, se nos han borrado tales pensamientos, y ya vemos en nosotros tal mudanza, que no nos conocemos, porque de bestias que fuimos, nos vemos ahora hombres racionales.

Hemos visto ejemplos buenos en raras resistencias al pecado deshonesto, ofreciéndose á cualquier pena y trabajo por no ponerse en éste. Preguntó un varon á una mujer si estaba sola; conoció su dañado pecho y respondió que no, porque allí estaba Dios que la acompañaba, y queriendo el torpe solicitar su castidad le dijo, no te canses, que mientras estuviere Dios presente, no le he de ofender. Otra solicitada así, le puso al torpe mozo el rosario que traia al cuello por delante, diciéndole, mira que soy esclava de la Virgen, no me inquietes. Otras responden, mira que comulgo, y no es bien que donde entra Dios entre el pecado.

165. Al margen dice: Sapi. c.1. La cita latina: hace saludables a las naciones del orbe terrestre, corresponde al antiguo testamento, Sabiduría de Salomón, 1, 14. El pueblo de Encarnación de Itapúa se fundó en 1615 por el P. Roque González. Inicialmente ubicado en la actual costa argentina, se trasladó a la margen derecha del Paraná, donde perdura en el sitio la ciudad paraguaya homónima.

Muchas veces los hemos visto por los caminos, por los rios habiendo remado todo el día, ponerse debajo de los árboles de rodillas rezando el Rosario, y aun á media noche los hemos cogido en este santo ejercicio. Acuden con dudas que el demonio les propone de la fe, para que los Padres les dirijan; preguntan de las cosas de la otra vida, de la gloria, de las penas eternas y del modo con que se aprovecharán en virtud, y, finalmente, unos á otros son de estímulo para vivir concertadamente, y aun en perfección rara, como se verá por el ejemplo siguiente:

Es costumbre casarlos en teniendo edad suficiente, para que el carecer de este remedio no los dañe; casóse un mancebo de la Congregación con una moza de su edad, doncella y de muy buenas partes; el dia de su casamiento el casto mozo habló á su mujer de esta manera: *Si gustas de concurir a mi determinación, conoceré que me amas y que de veras me has escogido por esposo; sabrás que mi deseo es de conservar la limpieza de mi cuerpo para que mi alma se conserve pura; yo no he llegado á mujer, y deseo no perder esta joya; si te place de que como dos castos hermanos vivamos hasta acabar la vida, será para mí la mayor muestra que me puedes dar de que me amas; ya has oido lo que los Padres nos dicen de la limpieza, su hermosura y premio; la fealdad deste vicio, que como á locos trae desenfrenados á los que en él se embeben; ya tambien lo has oido muchas veces, cordura será, pues, que nosotros nos dediquemos al perpetuo servicio de la Virgen, Madre de pureza y amadora de los que en tan noble virtud le imitan; míralo bien, que el tiempo de esta vida es breve, el de la otra eterno, el deleite carnal brevísimo, sin fin su pena, y si bien el matrimonio es lícito y bueno, mejor es (así lo dicen los Padres) el vivir en pureza. Bien veo que los Padres nos amonestan á todos que nuestra perfección está en casarnos al amanecer del apetito del deleite, ántes que nos coja la noche del pecado; ya hemos cumplido con casarnos en público, ahora somos hermanos en secreto.*

¡A quién no aficionara á tal deseo tan castas y suaves persuaciones! prometióle la casta vírgen, esposa suya, de serle siempre hermana; vivieron mucho tiempo como tales, sin que persona alguna supiese sus intentos. Cogió el Señor tan sazonado fruto para su celestial mesa, dándole una enfermedad á aqueste mozo, de que bien adornado con la vestidura de la gracia, por medio de los Sacramentos, y habiendo dado cuenta de su angelical intento al P. Juan de Porres[166], cuyo celo y vigilancia ha adelantado esta gente en un subido grado de perfección, murió con las prendas que de tal acción y vida se presume; confieso que los que conocimos y tratamos á este mozo reconocimos en él prendas de no mediana virtud.

Considerando el Padre las buenas dotes de la doncella viuda, le propuso si seria bien casarse por evitar peligros; respondióle que, pues habia conservado su pureza con el primer marido la conservaria mejor sin tomar segundo; instóla el Padre, celoso de los enemigos que tiene esta virtud; ella le respondió que su intento y propósito firme era morir como habia vivido, pero que si á él, como á su Padre y confesor, le parecia que para el bien de su alma le estaba bien casarse, lo mirase bien, y lo encomendase al Señor, y le ordenase lo que le convenia. No parece que dista mucho este ejemplo de los que dejaron los Alejos y Caribitas[167], y más si volvemos el rostro á la gentílica vida que esta gente tuvo ayer, cuyo ídolo comun de todos fué la carne.

Moríanse en esta reducción los niños que nacian, y lo que más causaba sentimiento, ántes de nacer algunos y otros al punto que nacian, se iban sin bautismo. Tomó el pueblo por su Patron á San Ignacio, con voto de celebrar su fiesta con espiritual festejo, confesando y comulgando aquel día; las mujeres preñadas y paridas experimentaron luego el favor del Santo, porque desde entonces vimos un muy gran logro de infantes; no quiero detenerme á referir milagrosos efectos de

166. El P. Juan de Porras nació en 31.X.1596 en Manzanares (Ciudad Real). Ingresó a la Compañia en 1619 y llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Hizo sus últimos votos en la reducción de Encarnación en 1632. La última noticia que de él se conoce es de 1681, cuando asistía en esa misma reducción, ya muy anciano.

167. La alusión corresponde a la vida de anacoretas o calibitas, o de gran santidad, humilde y escondida (vida de San Alejo de Roma).

este Santo con las peligrosas en los partos, porque fuera hacer un gran volúmen.

XLIX
Reducción del Corpus Christi.

NO fué mejor la vida destos en su gentilidad que la de los de la reducción pasada; redújoles el pertinaz trabajo de los PP. Roque Gonzalez y Diego de Boroa (y por haber entrado aquella alcázar, donde el demonio tenia recogido grande espolio), el dia santo del Corpus Christi dedicaron á este Señor aqueste pueblo[168]. Hubo muchos magos que poco á poco se fueron rindiendo á la verdad; bautizáronse todos, instituyeron la Congregación de la Virgen, comulgan cuatro veces al año con buena preparación, y se aprovechan bien de la doctrina. Y aunque viven todos muy firmes en la fe, quedó un rezago de un mago, que en lo exterior parecia cristiano, pero en lo interior era un demonio. Este mismo lo descubrió de esta manera.

Quejóse á cierta persona un demonio de que en cierto pueblo no le daban entrada, y aunque con sus artes los incitaba al mal, le repelian, resistiendo á sus persuaciones. *No lo hace así* (dijo) *un grande amigo que tengo en el Corpus, porque me oye bien y solicita mis cosas con cuidado.* Supe aquesta historia, y escribiéndola á los Padres de cuyo cuidado dependia aquel pueblo, afearon en sermones la causa que se daba al demonio á que mormurase dellos; quiso el Señor que luego fuese público el oculto mago y hechicero, el cual, habiendo enfermado su madre y su mujer, las privó de los Sacramentos, porque, pidiendo ellas llamase á un Padre, nunca lo hizo, engañándolas á ellas que no moririan, y al Padre diciendo que ya estaban

168. La reducción de Corpus Christi fue fundada en 1622 por los padres Pedro Romero y Diego de Boroa, en el actual territorio de Misiones, Argentina.

buenas, pero al fin murieron sin el socorro último; á él se le aplicó muy buen castigo.

L
Reducción de la Concepción de Nuestra Señora[169].

AQUI llegó la voz de aquel insigne Padre y santo mártir Roque Gonzalez que á guisa de una sonora trompeta atronaba aquellos montes llenos de gentiles con su predicación y elocuencia en hablar en la lengua indica; rindiólos aún más con el ejemplo de su santa vida. Y aunque despues de haber juntado aquí tigres y leones de aquesta inculta silva, deseó pasar á otras provincias cercanas; retardaron su fervor por algunos años la obstinada porfia de unos magos que á fuer de furias le contradijeron el paso. Muy despacio instruyó la gente de este pueblo, ayudándole al P. Alonso de Aragona[170], italiano, varon de insignes prendas en virtudes raras, que con una dichosa muerte dió fin á sus trabajos. Fué este pueblo como los demás seminario de hechiceros; venciólesla divina predicación. Quedó uno tan obstinado y terco, que aunque se hizo cristiano, fué siempre ministro del demonio; fingia confesarse y siempre con mentira; repitió estas falsas confesiones muchos años, hasta que el Padre de las luces se la dió.

Aparecióle un santo, que según dió las señas, parece fué

169. La reducción de Concepción fue fundada por el padre Roque González en 1620. Estuvo en Misiones, Argentina.

170. El padre Alonso D'Aragona nació en Nápoles en 1585. Ingresó en 1602 en la Compañía y llegó a Buenos Aires el 15.II.1617. Sus últimos votos los hizo en la reducción de Concepción en 1621. Fue autor de una *Breve introducción para aprender la lengua guaraní*, un *Confesonario* y un *Catecismo que se reza en la Iglesia*. La primera parte de esta obra ha sido publicada recientemente por el P. Bartolomé Meliá SJ. *La primera gramática de la lengua guaraní*, Posadas, Ed. Montoya, 1980. El P. D'Aragona falleció en Asunción el 10.VII.1629.

San Francisco Javier, con sobrepelliz y estola. y un libro en la mano, y le dijo. *¿Cómo no te dueles de ti mismo, miserable? confiésate bien y sal ya de ese cieno.* Acudió su dueño, el demonio, ardiendo en fuego, pero más en ira, para con sus horribles gestos amedrentarlo y arredrarlo del consejo que le daba el Santo; pero fácilmente lo ahuyentó el Santo. El indio amedrentado del demonio y acariciado del Santo, hizo un muy buen escrutinio de sus enredos, y los confesó con mucho dolor. Acabada la confesión, le volvió á aparecer el Santo, y alabando su acción, le aconsejó se preparase para recibir el vivífico Pan del cielo, y que lo pidiese á los Padres. Fué Saulo, y ahora es un Pablo con los buenos ejemplos de su vida, con que predica y deshace sus pasados embustes.

A una mujer moza á quien el demonio en salud con sugestiones no pudo derribar, con clara y aparente figura la provocó á que consintiese en pecado de deshonestidad, y para más obligarla la ofrecia llevar consigo en muriendo á los deleites que él tenía; la cual, ayudada bien de un Padre á quien dió parte de su tentación, recibidos los Sacramentos, durmió en el Señor.

En el postrero trance en que estuvo un indio, preparado ya con todos los Sacramentos para partir desta vida, se le apareció un venerable varón con las insignias de Obispo (que él no conoció) y le habló de esta manera: *Hijo, mira el peligro en que estás, las agonías que la muerte causa, la osadía y atrevimiento con que el demonio tienta, aflige y endereza á los pecadores á la deseperación; ya tú lo pruebas; bien será que tú seas pregonero de estos trances, y así, sanarás luego desta enfermedad, y mira que lo publiques, y enseñes a tu pueblo la dificultad del camino para el cielo; que traten de su salvación, y acudan a la iglesia, que es donde Dios oye, y allí pidan remedio á sus necesidades.* Llamó este hombre á su confesor, y le refirió aquesto, y la repentina salud del moribundo testificó el caso, y más la diligencia con que cumplió el mandato, aprovechándose á sí mismo, y con su ejemplo y palabras á los demás.

La congregación de la Virgen está en este pueblo tan bien

entablada, que la juventud florece en muy grande honestidad, modestia y recato, de que se han visto muy buenos ejemplos.

LI

Reducción de Nuestra Señora de los Reyes.

ESTA reducción forjó la Compañía de varias naciones de indios de diversas lenguas, si bien se entienden por la común que es la Guaraní[171], está en frontero de una nación indómita llamada Charrúas, gente agigantada; su morada es la que les ofrece la noche; andan vagos por los campos á guisa de fieras, buscando caza y pesca en las lagunas; no siembran ni saben de eso; algunos se han acogido á esta reducción; suelen acudir al puerto de Buenos Aires al olor del vino, que compran con caballos que cogen por los campos, cuya multitud es casi infinita y sin dueño; dan un buen caballo por cuatro ó seis reales, y á veces por dos y aun por un pan ó una vez de vino; allí á los ojos de los Prelados y gobernadores los hemos visto tendidos por los suelos, derribados del vino; quiebra el corazón ver este desórden, y si la eficacia que se pone en otras cosas se pusiera en su conversión, reducción y bautismo, no dudo que se domesticaran.

Tiene esta reducción por otra parte otra nación llamada Yaro, gente también bestial, que no conoce sitio; como los charrúas son muy guerreros, usan de unas bolas de piedra que tiran con extraña certeza. Salieron desta reducción 80 indios á recoger algunas vacas sin dueño, y son en tan gran número, que llenan muchas leguas de campo, sin haber quien les impida su aumento. Cercaron los yaros á nuestros indios; estos, vista la ventaja del contrario, les ofrecieron paces, que no quisieron

171. La reducción de Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú fue fundada en 1626. Participaron de ese acto el provincial Nicolás Mastrilli Durán, el superior de Misiones Roque González y el P. Pedro Romero, que fue su primer cura. Su ubicación está en la actual provincia de Corrientes, Argentina.

aceptar; los nuestros retiraron á un pajonal un golpe de niños que para recrearlos los habian llevado. Trabóse la pelea en que murieron 40 de los nuestros, y de los enemigos muchos, cuya fuerza obligó á retirarse al pajonal los que quedaban; acudió con fuego el enemigo, y estando ardiendo la paja por todas partes, de cuyo peligro fuera imposible escapar si el cielo con una fuerte lluvia que envió al fuego no lo apagara, con que volvieron libres á su pueblo. Reparóse que el dia que salieron confesaron y comulgaron todos, y muchos volvieron del camino á reconciliarse, con que nos dejaron prendas de su salud eterna.

Tras este trabajo vino el de la peste, de que adolecieron todos; sola una niña de diez años se escapó, y atribuyóse á que todos los dias en despertando se ponía de rodillas, y persignándose, rogaba á Nuestra Señora le librase de la peste.

La solicitud y celo del P. Diego de Salazar[172], misionero muy antiguo, ha concordado las varias naciones y condiciones de este pueblo, empleando su cuidado en la juventud, para que no se crien con los resabios paternos. Perseveraba un indio destos en huir de la doctrina y sermones, pasó por junto á él un niño, que por su pequeñez apénas podia andar ni soltar la lengua para hablar. Preguntóle el indio: *¿Niño, dónde vas tan determinado?* El niño, como si fuera de maduro juicio, *voy á oir* (dice) *la palabra de Dios, que los Padres predican en la iglesia, y no me quiero quedar fuera con las bestias;* hirieron su corazón estas palabras, y enseñado de un niño, le imitó y perseveró en acudir siempre.

Adoleció un viejo (que estos suelen ser muy duros), visitóle el Padre, y convidóle con la confesión; díjole que no tenia de qué acusarse, y juntamente deseó que le llevasen á su labranza. Volvió el Padre, vedó que le llevasen, y sentándose muy de propósito le instó con amor á que limpiase su alma por la confesión. Viendo el indio la determinación del Padre, y medroso de que quizá sabia su interior, empezó á vomitar pecados mostrando un muy doloroso arrepentimiento, y habiendo recibido la absolucion, dió su alma (segun esta prenda) á Dios.

172. Ver nota 74.

Y aunque no sucedió aquí lo que diré, viene á propósito. Entienden algunos de los viejos que el breviario habla y avisa á los Padres las cosas ocultas. Cometió uno de estos un delito, castigáronle los caciques para que lo confesase, negábalo él tenázmente; acudió un Padre, rogóle lo confesase, porque convenia para el bien público, nególo; acaso se puso el Padre á rezar en un diurno, y acabado el rezo le dijo: *Ea, hijo, confiesa esto que se dice de ti.* Respondió el indio: *Háteio dicho ya ese libro:* dijo el Padre, coligiendo el intento del indio: *este libro dice las verdades:* ea pues, dijo, *supuesto que ya ese lo ha dicho, bien será que yo diga verdad,* y así, confesó luego y se remedió el inconveniente.

Hallaron los indios de este pueblo una niña gentil perdida por los montes y expuesta á ser comida de alguna fiera; bautizóla el Padre estando sana, adoleció luego y voló al cielo, como predestinada.

LII

Reducción de Santa María la Mayor.

LA gente de este pueblo la conquistó el P. Diego de Boroa á costa de muy grandes trabajos y perseverancia[173]. Estaban situados en un puesto imposible de entrar, sin que ellos concurriesen á llevar al Padre, por la aspereza de una sierra y dos rios muy caudalosos que la ciñen. Despidieron al

173. La reducción de Santa Maria la Mayor, fue fundada en 1626 por el padre Diego de Boroa. En 1633 fue trasladada hacia el sur, a la actual provincia de Misiones, Argentina.

Padre varias veces con desdén y enojo, y tal vez trataron de matarlo; pero el ánimo del Padre, la caridad y su celo rindió aquel alcázar del demonio.

Tuvo por su compañero un antiguo y fervoroso misionero, el P. Cláudio Reyer[174] borgoñon, cuya gracia en disciplinar indios es muy conocida. Conocieron estos indios el bien que tenían en haber recibido á los Padres, y agradecidos recibieron la fe y la policia como en las demás reducciones, desembarazándose para ello del comun estorbo de mujeres. Mudóse este pueblo, receloso de la invasión cruel de los de San Pablo; mejoráronse de puesto, donde viven con descanso y muy como cristianos y devotos de la Vírgen, cuya Congregación es de raro ejemplo.

Un hijo de uno destos congregantes, que aún no tenia un año, enamorado de ver enterrar unos infantes con flores y guirnaldas en la cabeza, pidió algunas veces á su padre que les diese licencia para morirse, y él se fingia muerto echándose en el suelo como ensayándose. Importunado el padre de esta licencia que su hijo le pedía, le dijo: Hijo, si Dios quiere que te mueras; hágase su voluntad santísima; oyendo el niño el beneplácito y resignación del padre, le dijo: Pues padre, yo me voy a morir, y acostándose en su cama, se quedó muerto, sin haber precedídole enfermedad alguna.

No sin gran fundamento dicen los médicos que *imaginatio facit causam*[175], probóse esto en un indio, el cual con su mujer estando descansando en un camino, salieron de una cueva dos pestilentes víboras que rabiosas con la ponzoña acometieron á los dos, matólas el indio bien turbado del repentino suceso. Llevóle la curiosidad á despedazar aquellos animales y contemplar el instrumento con que causaban muertes, hízolo y prosiguió su camino, con aprensión tan vehemente de aquellas ponzoñosas víboras, que estando aquella siguiente noche durmiendo, dió voces diciendo que las víboras le mataban; despertó su mujer, y hallóle ya sin pulso; acudióle un Padre, hallólo agonizando con la muerte, é informado del caso, le aplicó las medicinas ordinarias contra ponzoña, como si de verdad estuviera emponzoñado. Volvió luego en sí aunque le duró la enfermedad seis días, de que quedó muy flaco, como si hubiera padecido muy grave enfermedad, y, como él confesó, la aprensión que en sueños tuvo de que las víboras le mataban á picadas, le causó esta enfermedad.

174. El P. Claudio Royer nació en 1582 en Champlois (dioc. Langres, Francia). Ingresó a la Compañía en 1612, en Nápoles. Llegó a Buenos Aires el 15.II.1617, e hizo sus últimos votos en 1627. Fue superior de las misiones de guaranies (1639-1644). Falleció en ellas el 22.III.1648.

175. La cita dice: La imaginación encuentra el motivo.

LIII

Reducción de San Francisco Javier.

LA gente de la comarca donde se fundó este pueblo la juntó el Evangelio con el afán común de trabajos, dádivas y perseverancia[176]. Bautizáronse todos; algunos retuvieron el vicioso modo de vivir antiguo, pero ocultamente. Enviólos el demonio un ministro suyo de hácia el Norte, en donde veremos adelante los seminarios que hay de aquesta pestilencial gente. (Palió su venida con capa de devoción, por oir la palabra de Dios) recibióle el P. Francisco de Céspedes[177], que entonces tenia este pueblo á su cargo, con amor y agasajo, agregó á sí la gente ruin del pueblo, y para tratar sus cosas con seguridad le hicieron una casa algo apartada del pueblo donde les hacía pláticas; el tema era el comun de libertad en la carne. *Vivamos*

176. La reducción de S. Francisco Xavier fue fundada en 1629. Estaba ubicada en la actual provincia de Misiones, Argentina.

177. El P. Francisco de Céspedes se apellidaba Broglia y había nacido en Turín (Italia) el 1.VI.1599. Ingresó a la Compañía en 1615 y llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. Hizo sus últimos votos en 1637. Falleció en la reducción de Encarnación el 24.III.1647.

(decia) *al modo de nuestros pasados: ¿qué hallan estos Padres de mal en que tengamos mujeres en abundancia? Por cierto que es locura, que dejadas las costumbres y buen modo de vivir de nuestros mayores, nos sujetemos á las novedades que estos Padres quieren introducir: el mejor remedio que hallo á este mal es. que quitemos la vida á este Padre.*

Aplaudió el auditorio con regocijos y bailes, juzgando que les habia llegado un gran profeta. Quiso el Señor que á esta plática se hallase un mozo muy bien inclinado y virtuoso; partió luego á avisar al Padre, si bien calló el trato de matarle. Cogiólos el Padre de repente y huyeron de su presencia por no ser conocidos. Al mago que solo quedó le dejó reprendido, pero no enmendado; poco después cogiendo su arco y saetas, y bien acompañado de muy mala gente, se fué en busca del Padre diciendo de él los disparates que un endemoniado pudo, y contra nuestra santa fe muchas blasfemias; con la oscuridad de la noche pudo el Padre por unos trascorrales huir la furia desta bestia, que sin duda le hubiera quitado la vida: en el mozo que avisó al Padre descargaron un golpe con un palo que le dejaron por muerto. Acudió al ruido la gente buena del pueblo, buscaron al Padre y lo restituyeron á su casa.

Los delincuentes se acogieron á los bosques, llevando consigo la horrura de gente de aquel pueblo, con mucha chusma de niños que iban con sus madres. Armado el Padre de caridad y acompañado de muy cristiana gente y de otro Padre que á favorecerle habia venido, siguió el rastro de los fugitivos, diéronles alcance, y á los más principales de esta rebelión echamos al Paraná, á la reducción de la Encarnación y de Nuestra Señora de Loreto, para que como gente tan arraigada en la fe los industriasen. El mago y principal autor de esto llegó á Loreto, y no olvidado de sus ruines mañas, se empeñó á engreir y á querer allí alzar cabeza. La gente de este pueblo está notablemente fundada en la fe y costumbres cristianas: avisáronme de sus disparatados intentos, hícele castigar, obligándole á que acudiese á la doctrina con los muchachos, donde supo lo necesario;

adoleció en breve, y gastando yo con él muchos ratos en industriarle, murió con prendas de salud eterna.

A los demás los desterró la peste de esta vida, reconocidos de sus pasados yerros; notóse mucho que en ellos solos hizo la peste presa, olvidando los demás del pueblo que conservaron la salud y vida. Prosigue este pueblo una muy alentada virtud.

LIV

Reducción de la Asunción[178]

PASTOREA hoy el rebaño que aquí juntó el afan dicho el P. Cristóbal de Altamirano[179], cuyo infatigable trabajo y prudencia en amansar leones es muy conocido: llególe el trabajo de curar almas y cuerpos en una rigurosa peste á punto de perder la vida, que iba asido á dos mozos á visitar los enfermos y á veces rendido se caia en el suelo desmayado, topando primero que cayese con las aguas de que formaban arroyos las lluvias que corrian por las calles; tomóle el pulso un Hermano que le acompañaba y reconoció en él indicios mortales; rogóle que hiciese cama, pero como el celo de sus ovejas le incitase á acudirles en tan apretado y riguroso trance, le consoló el Señor dándole repentina salud y fuerzas, con que sin dificultad pudo ejercitar su celo, de manera que, faltando ya en el pueblo sanos que ayudasen, el Padre y el Hermano llevaban en sus hombros los muertos á enterrar, hacian los

178. La reducción de Asunción del Acaraguay fue fundada en 1629. Años más tarde se trasladó a su sitio actual, y se la conoció con el nombre de La Cruz. provincia de Corrientes, Argentina.

179. El P. Cristóbal de Altamirano nació en Santa Fe (Argentina) el 11.VI.1602. e ingresó a la Compañía en 1617. Sus últimos votos los hizo en la reducción de Concepción en 1638. Fue superior de las Misiones de guaraníes en dos oportunidades (1660-1665 y 1678-1680) y procurador en Europa (1670-1674). Falleció muy anciano en la reducción de Apóstoles el 27.IV.1698.

hoyos, y á los vivos guisaban la comida, y ellos mesmos se la daban. Decian los indios con agradecimiento de estas acciones: *Cuando éramos gentiles moriamos como perros, huiamos unos de otros y ahora, ya cristianos, ha enviado el Padre común este socorro para nuestras almas y cuerpos.*

Apareció el demonio una noche á un mozo cuya vida estaba ya en las manos de la muerte, y hablóle así: *Tú estás al último remate de tu vida, y tus pecados son tantos, que la justicia de Dios no te ha de admitir á penitencia, y así, conviene que no trates de confesarte, porque ¿qué dirá el Padre si ve que hasta ahora te olvidaste de tu alma? además que perderás el buen nombre que de ti ha tenido; toma mi consejo y olvida tus pecados.* Acudió la Madre de misericordia, refugio de pecadores, la Soberana Virgen, y ahuyentando el demonio dijo al doliente: *Hijo, ten buen ánimo, ve y confiésate, que mi Hijo te perdonará.* Levantóse con denuedo el mozo, y juzgándole por frenético los de su casa le quisieron detener, pero con intrepidez se acogió al Padre, y derramando lágrimas le pidió confesión; confuso el Padre de verle, juzgando lo mismo que los de su casa, le despidió pero el mozo le dijo: *Padre, mira que voy derecho al infierno, porque he cometido muchos pecados,* y refiriendo lo que habia visto, hizo una buena confesión, con que recibió la salud del alma, y poco después la del cuerpo.

El mozo sin empacho de su afrenta publicó este caso y favor que la Virgen le había hecho, con que granjeó muchos devotos á la Virgen, atrajo muchos á la esperanza del perdón, conciliando desprecio á la desesperación en todos.

LV
Reducción de San Nicolás.

IBA el apostólico varón P. Roque Gonzalez con aliento de gigante por tanta malicia de bárbaros, abriendo paso al sagrado Evangelio, y juntamente acercándose á la gloriosa palma del martirio. Halló en este lugar, si bien muy remontada[180] la gente, no aversa á oir su legacía de la fé cristiana. Formó su pueblo allí al patrocinio de San Nicolás[181], cuyo favor muestra la rara cristiandad de aquesta gente, que aunque los tiempos contrarios de hambres y pestes han contrastado su firmeza, las hondas raíces que en ellos echó la fe los conserva firmísimos en ella: bien lo mostró una cristiana mujer, que habiendo parido y reconociendo señales de muerte en su recién nacido infante, y careciendo de quien le llamase al Padre, ella misma lo llevó á la fuente del bautismo, en donde acabando de lavarse, voló al cielo, quedando muy gozosa de haber dado vida inmortal, al que, si un punto más tardara, muriera á la vista de Dios eternamente.

La devoción de la Virgen en su Congregación está muy aumentada, de que se ven muy ejemplares acciones.

180. Ahuyentada: dícese de la caza que, acosada y perseguida, se retira a lo oculto y montuoso.

181. La reducción de S. Nicolás fue fundada en 1626 por los padres Roque Gonzalez y Miguel de Ampuero. Huyendo de las bandeiras en 1638 se trasladó a la mesopotamia argentina. En 1687, volvió a sus tierras de origen, y sus ruinas se hallan hoy en Rio Grande do sul (Brasil).

LVI

Reducción de la Candelaria.

EL deseo de la cristiana enseñanza juntó en este pueblo[182] una muy lucida población de gentiles, que en breve recibieron la vestidura de la gracia en el bautismo, creciendo en virtud y devoción de la Virgen, á cuya esclavitud se adjudicaron, fundando una muy devota Congregación: cogió el cielo sazonados frutos de muchos infantes que en flor pasaron al descanso, y de adultos que con confesiones generales, adornados de los Sacramentos, se espera les hacen compañía.

Es común el culto de la Religion cristiana, y así, cualquiera cosa que desdice de esto es muy notada. Hicieron cierta jornada 50 indios; pasaron por un peñasco á quien en su gentilismo, reconociendo con vana aprensión (enseñados de los magos) alguna virtud escondida, le pedían buen hado en su viaje; pasaron todos burlándose ya de su pasado engaño: sólos tres, quedándose escondidos, cumplieron con su rito antiguo. Al volver adolecieron todos, y para que aquellos tres no reiterasen su acción gentílica, murieron, volviendo sin peligro los demás.

Un indevoto mozo huia siempre de oir Misa, aun en dias que la Iglesia manda; servia de tropiezo á otros, llevándolos por los bosques. Vencido de una recia tentación, sacó consigo á otro un dia de fiesta sin permitirle volviese á oir Misa; al siguiente, que también era festivo, le quiso detener, pero, arrepentido del perdido día quiso lograr este, y despidiéndose del, á pocos pasos que dió, oyó que el que le incitaban á mal, á voces pedia le socorriese; volvió los ojos, y vió que le tenia preso un fiero tigre que con rabioso coraje le despedazaba: huyó del peligro, y avisando del caso, acudió el pueblo y halló

182. La reducción de Candelaria fue fundada en 1627 por el P. Pedro Romero. En 1637 se retiró ante la amenaza de las banderas. Se instaló más tarde en la provincia de Misiones, Argentina.

que el tigre le habia comido ya gran parte; conocido castigo fué y ejemplo á los demás.

LVII

Martirio de tres Religiosos de la Compañia de Jesús.

HEMOS llegado con nuestra peregrinación al lugar donde, hechos víctimas tres apostólicos varones, firmaron con su sangre la fe, desmintiendo la infidelidad gentílica; estos fueron los Venerables PP. Roque Gonzalez, Juan del Castillo y Alonso Rodríguez. Y si de tres géneros de martirios, es el primero la paciencia en las adversidades y trabajos, así lo dice San Gregorio: *Triplex est spirituale martirium primum servare patientiam veram in adversis*[183], no diré que fueron estos insignes varones sola una vez mártires; tantas lo fueron, cuantas las ocasiones que tuvieron de verdaderísima paciencia, que tantas son, cuantos pasos se dan entre gentiles, y cuantos gentiles son, tantas son las causas del martirio.

Fué el P. Roque Gonzalez natural de la ciudad de la Asunción, hijo de padres nobles en virtud y sangre; llenó muy bien su devoción á estas dos obligaciones; rayaron en el Padre los rayos de la gracia que el Padre de las luces le infundió en su niñez, para que en edad mayor alumbrase á innumerables almas; crióse en nuestra casa (que mas estuvo por suya que la de sus padres) con la leche de la oración, cuya perseverancia le formó en un varon perfecto: en la primera Misa que cantó le pusieron en las manos una palma (que su modestia rehusó) señal de la pureza que en medio de ocasiones conservó sin mancha: pronóstico fué de la que el cielo le tenía preparada por el martirio. Rehusó los honores que pertinazmente le ofreció el Obispo en

183. La cita dice. Triple es el martirio espiritual. el primero es conservar la verdadera paciencia en las adversidades. Al margen dice: Greg.

su Catedral, y así se valió de la Iglesia, que con voto renuncia dignidades[184].

Entró en la Compañía el año de 1609, y á pocos meses de novicio, le hicieron misionero (oficio propio de nuestros profesos); tan conocida fué su virtud y celo, que le encargaron la más trabajosa misión que tuvo la Compañía; aquí empezó su martirio entre gente bárbara. Pasó al Paraná, donde ya queda dado un rasguño de su celo y trabajos, al Uruguay llenó de reducciones, y no llenando su corazón tan heróicas hazañas, acometió otra nueva, que le laureó de mártir. Cerca de la reduccion de la Candelaria (que atrás dejamos) habia un cacique llamado Cuarobay, ganado con dádivas de poco valor, la voluntad de aqueste facilitó la entrada del Padre á su tierra, llamada Caró, que quiere decir casa de avispas, que aun el nombre del lugar concurrió al dichoso hado de los Padres; casa de avispas fué, pues con sus aguijones apresuraron el paso á la corona.

Habitaba por aquel contorno el mayor cacique que conocieron aquellos paises; hacíanle respetar sus malas artes, embustes y magias, con que traia engañada aquella bárbara gente; llamábase Nezú que quiere decir reverencia. Ganóle el P. Roque, y él, con deseo de tener en sus tierras á los Padres, o que fuese falso ó verdadero; edificó iglesia para Dios, y á ellos casa. A esta sazón empleaba muy bien su talento y fervor en San Nicolás el P. Juan del Castillo[185], natural de Belmonte, hijo de nobles padres; llevóle consigo el P. Roque á tomar posesión de la iglesia que Nezú habia fabricado; levantaron allí el trofeo de la victorias de Cristo nuestro Señor; allí se detuvieron los dos algunos días.

184. El obispo de Asunción, fray Reginaldo de Lizarraga, aun sin conocerlo personalmente y desde la ciudad de Santa Fe, lo nombró en 1609 provisor y vicario general de la diócesis. Roque González no aceptó el nombramiento y poco después, ingresó a la Compañía, en la cual se lo admitió el 9.V.1609.

185. El P. Juan del Castillo nació en Belmonte (Cuenca, España) el 14.IX.1596. Ingresó a la Compañía en 1614 y el 15.II.1617 llegó a Buenos Aires. Fue ordenado sacerdote en 1625. Murió asesinado en Ijuhi (Rio Grande do sul) el 17.XI.1628.

Era recien llegado á aquellas reducciones el P. Alonso Rodriguez[186], natural de Zamora, hombre adornado de virtudes; el celo le incitó á que solicitase el ánimo del P. Roque, á que le llevase á la reducción del Caró; consiguió su intento, y á pocos lances sintió en aquella gente mudanza en el primer cariño que le hicieron en su pueblo; Nezú trocada su constancia, trataba al P. Castillo con desdenes, efecto del furor con que el demonio ardia, por ver que ya hasta allí le habian despojado de su reino, y por medio de un mal indio apóstata en la fe granjeó la voluntad de Nezú, para quedar victorioso, en que quien encendió la centella que de odio tenia contra los padres, con un razonamiento á este modo. "La libertad antigua veo que se pierde, de discurrir por valles y por selvas, porque estos sacerdotes extranjeros nos hacinan a pueblos, no para nuestro bien, sino para que oigamos doctrina tan opuesta á los ritos y costumbres de nuestros antepasados. Y tú, Nezú sí adviertes, empiezas ya á perder la reverencia debida á tu nombre; porque, si los tigres y las bestias fieras de esos bosques te están sujetas, obrando en tu defensa cosas increibles, mañana te verás (ya lo ves en otros) sujeto á la voz de aquestos advenedizos hombres. Las mujeres de que á nuestra usanza gozas y te aman, mañana las verás que te aborrecen hechas mujeres de tus esclavos mismos, ¿y qué ánimo tan fuerte habrá que sufra tal afrenta? Vuelve los ojos por todos estos pueblos, á donde el poco brío de sus moradores ha hecho hacer pié á estos pobres hombres, y verás menguada su potencia; ya no son hombres, son mujeres sujetas á voluntad extranjera, si aquí no se ataja este mal y tú te rindes, todas las gentes que desde aquí hasta la mar habitan, á tu despecho y deshonor, verás sujetas á estos, y tú que eres el verdadero Dios de los vivientes te verás miserable y abatido; remedio tiene fácil si tu poder aplicas á quitar la vida á estos pobretones". Creció la llama de Nezú con estos infernales soplos, y viéndose, como se veia, con dos atarazanas llenas de mujeres, que siendo dos piaras de inmundos animales le eran de delicias á su gusto.

186. El P. Alonso Rodriguez había nacido en Zamora (España) el 10.III.1599. Ingresó a la Compañia en 1614 y llegó a Buenos Aires el 15.II.1617. Fue asesinado en Caaró (Rio Grande do sul) el 15.XI.1628.

LVIII

Trata Nezú de matar a los Padres.

ESTE fingido Dios y esclavo del demonio, tomado de una rabiosa ira trató de dar la muerte, no sólo á los tres Padres, sino también á todos cuantos en el Uruguay había; despachó aviso á todos los caciques; mandóles que todos matasen á los Padres que en sus tierras tenian, que él en la suya haria lo mesmo reprendiéndoles de fáciles en haber recibido su doctrina, y de cobardes sino ejecutaban este su mandato con conminatoria tal, que á los remisos mandaría que los tigres y fieras de los bosques saliesen rabiosos á despedazarlos.

Estaban tan ignorantes los Padres de esta alevosía, que los PP. Roque y Alonso trataron de celebrar fiesta á la dedicación del pueblo del Caró, á que se juntó gran tropa de vellacos. El santo P. Roque, despues de haber dicho la Misa y dado (con la devocion que solia) gracias al Altísimo, por sus propias manos quiso atar la lengüeta á una campana, cosa nunca vista de aquella gente bárbara, para con su sonido regocijar la fiesta. Apénas le vió Carupé, cacique principal, ocupado en esta acción, cuando hizo señas á un esclavo suyo (que ya estaba prevenido) para que le matase. Levantó este vil esclavo del demonio (Maranguá fue su nombre, que quiere decir vil, y bien mostró serlo en tal vil acción) una porra de armas, que aunque de madera imitaba al hierro en su dureza y forma, y dando al Padre un furioso golpe en el cerebro le hizo pedazos la cabeza, con que á golpes y repique de campana voló su alma regocijada al cielo. Hoy tenemos esta campana por reliquia, si bien para hacer puntas de saetas le quitaron muy buen pedazo; embraveciose su cobarde furia en aquel santo cadáver, moliéndolo á palos, no perdonando el rostro y la cabeza.

Partieron en cuadrilla á la choza donde el P. Alonso[187] estaba, que al ruido de la algazara llegaron juntos él y su muerte á los

187. En nota marginal dice: P. Alonso Rodriguez.

umbrales; abrazóse con él un mal cacique, mandando á un criado suyo que lo matase; cargaron sobre él muchos porrazos, y receloso el mastín que lo tenia asido que por yerro no le maltratasen, soltóle, y el Padre con amor de hijo se acercó á su ya muerto Padre, repitiendo estas razones. ¿Hijos, por qué me matais? ¿Qué haceis, hijos? Parecióle mejor hacer de sí sacrificio en la iglesia, donde tantas veces celebró el divino, y en donde con oración fervorosa se habia él sacrificado; pero aun en esto le mintió el deseo, porque en los mismos umbrales le cogió la muerte, y para cebar su saña aquellos tigres en un cordero tierno, partieron por el vientre en dos pedazos su sagrado cuerpo, y dividiendo los muslos, arrastraron sus venerables fragmentos alrededor de la iglesia, en donde le arrojaron, quedando como el tigre que, ensangrentadas sus uñas en la caza, se relame.

Acudieron al despojo de ornamentos, y con impiedad gentilicia desnudaron los altares, vistiéndose las sacerdotales vestiduras, que desgarradas partieron entre sí; el cáliz y patenas volvieron en pedazos, que aplicaron al adorno de sus infames cuellos. La cruz que la fe habia levantado por trofeo, derribó la infidelidad y paganismo, y consumió el fuego. Sentimos, y con dolor muy grande, el execrable destrozo que hicieron en una imágen de la Virgen, querida prenda del santo P. Roque, que fué su compañera en sus peregrinaciones, y colocada en un pueblo y estando ya fundado, la pasaba á otro. Y así (con razón) la llamaba la conquistadora, atribuyendo á su presencia los sucesos prósperos de sus empresas, conquistas donde fué á pérdida y ganancia, pues feneciendo su pintura y sus cuerpos, hoy gozan en el cielo inmortal gloria.

No trato de la presa que en las religiosas alhajas hicieron, porque fué muy corta, y como ya enseñados á pelear con muertos, hicieron cosas execrables con dos crucifijos, haciéndolos pedazos, y juntos con los sagrados miembros de los Padres, instaron en volverlos en ceniza, pero reservó el cielo muy grandes pedazos que nos incitan hoy el ánimo y consuelo.

Muchos del pueblo, inocente desta conjuración y libres del delito, sintieron, y con dolor grave este destrozo; el amor de

sus religiosos Padres les pedia venganza, que rehusó el miedo que causó la furia de los parricidas. Un venerable viejo y principal cacique, á quien tenia preso el amor de ser cristiano, con palabras graves y afrentosas los reprendió de aqueste atroz delito, poniéndoles delante la afabilidad, el amor, las dádivas y la mayor, la de la fe católica, con que los querian enriquecer los Padres. Perdió el respeto la ira y el furor á sus venerables canas: cerraron con él, y á crueles golpes lo mataron; dichosa muerte, pues con cristiano despecho, en ocasión de tan conocido peligro de su vida, si bien gentil, volvió por la verdad católica, y, á lo que juzgamos, no sin sobrenatural impulso de la fe. La misma reprensión hicieron dos muchachos atravesados de filial dolor de ver el destrozo que en brevísimo tiempo hicieron en sus queridos Padres: tuviéronlos para matar, pero escaparon la vida, y aún la dieron á los Padres de otras reducciones, yendo por ocultos caminos á avisarles del fin del P. Roque y su compañero.

Llegó á Nezú la nueva, y al punto envió á la choza del P. Juan del Castillo[188] una tropa de los conjurados, para que luego al punto le matasen, pidiéronle con libertad cuñas (son hachas de hierro que allá usan) anzuelos y otras cosas. Estaba el santo varon bien descuidado pagando á Dios tributos de alabanzas en las canónicas Horas y habiendo repartido con ellos lo que tuvo, en recompensa de su liberalidad, le ataron por los brazos, sacándole por las calles á empellones, mojicones y porrazos, le decían: "Ahora morirás á nuestras manos como Roque y Alonso, y no quedará de vuestra mala semilla rastro alguno".

Pidió el Padre que le llevasen á la presencia de sus hermanos vivos para que de todos juntos se hiciese un holocausto. Respondióle un mal indio con tres estocadas que le dió con una espada, flechándole otros con saetas y con palos agudos, le punzaban los ojos y la cara, diciendo, aquí has de morir, perro hechicero. No me matareis el alma (respondió el santo) por ser inmortal; padezca enhorabuena mi cuerpo, en confirma-

188. En nota marginal dice: P. Juan del Castillo.

ción de la fe de Jesucristo que siempre os he enseñado. Tres cuartos de legua le arrastraron por tan ásperos pedregales, que en breve le robaron las piedras sus vestidos, sintiendo su honestidad más la desnudez que las heridas; tanto deseo llevaba de ver consumado su martirio, que viéndose casi suelto de la cuerda con que le arrastraron, les dijo: Volved á atarme, que de muy buena gana muero.

Cansáronse los sayones de arrastrarlo, sin cansarse el santo de tan cruel tormento. Descargaron sobre su cabeza dos peñascos grandes, que el santo recibió pronunciando los dulces nombres de Jesús y María, á quien entregó su dichosa alma. Dejaron el cuerpo allí con deseo de que las bestias y aves se apacentasen en él. Y con ser aquel lugar cueva de tigres, se mostraron humanos, zahiriendo la bestial crueldad de aquellos bárbaros; los cuales posponiendo el ejemplo de los brutos, ofrecieron (sin pensarlo) al cielo por el fuego el cuerpo muerto en holocausto vivo; y para mostrarse Nezú sacerdote (aunque falso) se vistió los ornamentos sacerdotales, con que se mostró al pueblo; é hizo traer á su presencia los infantes, en quienes procuró borrar con ceremonias bárbaras el carácter indeble que por el bautismo tenian impresos en sus almas; rayóles las lenguas con que gustaron la sal del espíritu de sabiduría, los pechos y espaldas rayó para borrar los óleos santos, con que para la lucha estaban prevenidos.

Trataron luego de dar fin á su victoria matando á los demás Padres que ya con nuevas de lo sucedido tenia hechos mártires el cuchillo del dolor que atravesó sus entrañas. Pusiéronse los cristianos como firmes en la fe á defenderla y á sus Padres: hiciéronlo con tanto valor, que mataron algunos de los enemigos.

Los del Caró volvieron el siguiente dia á reconocer las hogueras en que dejaron el dia antes los venerables fragmentos de los dos santos; oyeron que del corazón del santo Roque salia esta voz muy bien formada, de que depusieron testigos muy concordes: *Habeis muerto al que os ama, habeis muerto mi cuerpo y molido mis huesos, pero no mi alma, que está ya entre*

los bienaventurados en el cielo. Muchos trabajos os han de venir con ocasión de mi muerte, porque mis hijos vendrán á castigaros, por haber maltratado la imágen de la Madre de Dios. Suceso era este bastante para reducirlos á la razón, pero sordos con bestial bruteza: *Aún todavía* (dijeron) *habla este embustero*, y abriéndole aquel amoroso pecho, le sacaron el corazón, que aunque frio, ardia en llamas de caridad que luego el matador Marangua lo atravesó con una saeta; y para que no quedase rastro de los mártires, encendieron una gran hoguera, y en medio arrojaron los dos cuerpos y el corazón; mas este quedó entero, venciendo el fuego de caridad las llamas que del material ardían quedando como el oro al fuego acendrado y puro aquel corazón, que hoy se guarda en Roma con la misma flecha[189].

Convocáronse los pueblos al castigo, y fué ejemplar, y no fué poco para Nezú haberse obligado á huir por los bosques; recogióse á unos pueblos de gentiles, donde vive hoy. Hémosle convidado con la paz y verdad del Evangelio. Ofrécenos el deseo prendas de ganarle, para que su pobre alma no se pierda; sus vasallos todos tenemos hoy en una muy buena población llamada San Javier, y los cómplices en las muertes de los santos viven bien arrepentidos y avergonzados.

189. Los testimonios sobre el martirio han sido estudiados y publicados por el P. José María Blanco SJ. *Historia documentada de vida y gloriosa muerte de los padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo de la Compañía de Jesús, mártires del Caaró e Ijuhí.* Prólogo de Rómulo D. Carbia, Bs. As. 1929.

LIX

Prosigue el mismo intento y la misma reducción del Caró.

FUE cómplice en el martirio de estos santos un famoso cacique llamado Tambavé[190], el cual cogió por despojos de su inhumano insulto un caballo, en que el V.P. Roque solía andar, el cual, mostrando el sentimiento que tenía con la ausencia de su amo, no quería comer aunque le ofrecían paja y grano, que ya pertinazmente, y en prueba de la sospecha que tenían de que lo hacía de dolor y pena, le ofrecían. Acudía á las casas donde los indios con algazara y juegos celebraban las muertes de los santos al olor del vino, y como si tuviera discurso daba temerosos relinchos; salían á verle, y forzados de la perseverancia del caballo confesaban que lo hacia por la fuerza del dolor. Confirmáronse mas cuando repararon que en nombrandole al P. Roque arrojaba dos arroyos de lágrimas de los ojos, cosa que hallaron por cierta los mismos testigos que lo declararon, en la repetida prueba que hicieron. Confirmose más la prueba deste caso el ver que nunca consintió que indio alguno le subiese encima; vistióse un indio la sotana del santo Padre, y mintiendo el indio ser su santo dueño, con que pudo fácilmente sujetarle y subir en él; enflaqueciose tanto del ayuno, que viendo los indios que no les era de provecho, y aún reprendidos de una bestia, le mataron.

Y si este fué testimonio de la gloria de los mártires, no lo fué menos la conversión de sus verdugos, que con sus oraciones alcanzaron del cielo, y muchos bien arrepentidos confesando con dolor su atrevimiento. Solo diré de uno que es Tambape, que de cacique y señor se hizo criado de los Padres, ayudándolos en oficio de caridad con los enfermos á quien servia con todo amor, y en otros humildes oficios. Fue tan grande su eficacia

190. La reducción del Caaró, conocida después como Mártires, se fundó con varias parcialidades fugitivas de los bandeirantes; con ellas se estableció en 1638 en Misiones, Argentina. El nombre Tambavé, aparece unas líneas más abajo escrito Tambapé.

en predicar á Cristo, que vuelto en Paulo, ayudó á la conversión de muchos gentiles que hoy gozan del bautismo y fe cristiana. Cogióle la muerte en tan buena disposición, que á voces confesaba su pecado, pidiendo á los santos que él coronó, perdón con coloquios tan tiernos, que movía á los corazones de los que le oian. Vióse en los consejos que en su último fin dió á sus vasallos, el celo con que moría de que todos sirviesen á Dios, y huyesen de las fabulosas persuaciones de los magos, con que, armado con los Sacramentos, reposa en paz.

Ha ido creciendo en virtud aqueste pueblo, desterrando el vicio, y siendo maestros los hijos de sus padres, de que sólo contaré un raro ejemplo. Ocultamente vivia torpemente una mujer, de que solo era testigo una niña hija suya de dos años, cuya poca edad le quitaba el recelo de publicarse su culpa. La niña, ofendida de tan gran pecado, reprendió con respeto á la lasciva madre. *Yo* (dice) *me quiero morir por no ver tus deshonestidades; enmiéndate, que yo en el cielo solicitaré tu perdón,* y cogida de un repentino mal, empezó á caminar á la muerte; la madre viendo que á largos pasos caminaba su hija, tomó de veras lo que por burla habia oido; murió la niña en breve, y ella acudiendo al remedio de la confesión y penitencia, vive con raro ejemplo, esperando el cumplimiento de la palabra de su hija.

Un mozo se vió en ocasión de ver cosas obscenas: acordóse haber oido en un sermon la explicación de aquellas palabras de Cristo nuestro Señor: *Si oculus tuus scandalizat te, erue eum*[191]. Y con sus dedos se hirió los ojos, de que estuvo doliente algunos dias. Y argüido desta accion por un Padre, le respondió: ¡Ojalá perdiera yo ambos ojos ántes que ofender á Dios! Este mozo en tentaciones graves se aprovechaba de algun alfiler ó espina, punzándose los brazos y muslos, acción que en un religioso perfecto fuera admirable.

Y aunque destas azucenas hay muchas que producen suave

191. La cita es de S. Marcos, 9:47, Si tu ojo es para tí ocasión de pecado, arráncalo.

olor, no faltan espinas. Vivia un indio con notable descuido de su alma, y en dejar de oir Misa las fiestas era continuo; ofrecióle el demonio un sábado de Cuaresma caza del monte; escondióla de dia, y á media noche se hartó de ella, diciendo, Dios no me puede ver, que duerme ahora; vióle Dios de noche y el siguiente dia tambien, que, siendo domingo, no quiso oir Misa, y castigóle con ejemplar castigo; reparando el Padre en su ausencia de la iglesia, le envió á buscar por aquel bosque, y al entrar en su casa le salteó[192] la muerte, de manera que en los mismos umbrales cayó muerto, dejando su alma el cuerpo tan hediondo, hinchado y feo, que puso horror y áun escarmiento.

Está muy alentada en este pueblo la Congregación de la Virgen, á que acude esta Señora con sus misericordias. Instruia uno de esta Congregación á dos hijas que tenía, la una de cinco años y la otra de tres, en rezar el Rosario de la Virgen y otras devociones; tomó la mayor tan á pechos repetir el Ave María de rodillas, que la reñian ya el exceso; mostró esta Señora cuán grato le era aquel servicio. Estaban las dos hermanas juntas á la puerta de su casa, y áun allí no interrumpian su oración, cuando de repente vieron junto á sí una Señora con vestiduras muy blancas y resplandecientes que traía un hermosísimo niño en sus brazos, y cogiendo á su devota niña se la llevó, diciendo á la que quedaba, no temas, que yo te volveré á tu hermana; extrañamente, quedó espantada aquesta, porque la novedad de mujer, que nunca habia visto, le hizo entrar corriendo á hacer sabedora del caso á su madre, la cual con ansioso deseo la buscó por todo el barrio, y su marido, que turbado del caso, anduvo en su busca todo el pueblo.

Volvieron á su casa derramando (con el dolor de haber perdido á su hija) tiernas lágrimas. Volvian á preguntar á la niña por las señas de la que habia arrebatado á su querida hija. Una mujer (decía) muy hermosa la llevó de mi presencia. En medio de su mayor congoja vieron entrar la niña por las puertas, pregúntanle por el que robó su cara prenda, refirió lo mismo

192. Salteó, por asalto.

que la hermana, y que la habia llevado aquella hermosa mujer, haciéndola compañera de un niño muy lindo, Hijo suyo, á un jardin hermoso donde la llenó de deleites y regalos, amonestándole, que en lugar de las gargantillas y adornos que traía al cuello, trujese su rosario, y que la habia enseñado un cantarcico, que ella repitió fielmente, y contenia las alabanzas de la sagrada Virgen; cantábalo la niña con gracioso donaire. Esta Mujer (decia) excede á las demás mujeres: su vestidura era como el sol, tiene unas palabras dulces y amorosas, no sé para qué me volvió acá, sola me hallo sin su Hijo. ¡Oh si yo me hubiera quedado con ella eternamente!

Atónitos los padres, y no ménos contentos, le daban de comer; mas la niña que habia gustado de aquel celeste manjar, aborrecia aqueste, de manera que ni probarlo pudo. En amaneciendo la llevaron sus padres á la iglesia, y así como vió un bulto hermoso de la Vírgen con su Hijo santísimo en sus brazos, á voces dijo: Esta Señora es la que me hizo aquel regalo: quedó el pueblo no ménos maravillado que devoto, y la niña prosigue con sus devociones, y por su ejemplo muchos.

Las ánimas pagaron la devoción continua, con que por sus penas ofrecen disciplinas y otras pertinencias; ardia el pueblo en llamas vivas, que por ser pajizas las casa, sin reparo humano llevaba furia de abrasárselas todas: hicieron un voto de Misas y penitencias, y acabado el voto se apaciguó el fuego con espanto y admiración de todos.

LX

Reducción de San Cárlos.

SIRVEN los indios, ya bien fundados en la fe, de cazadores para juntar estos rebaños. Y este que hoy rebelde corre por los bosques, ya manso mañana, ayuda á nuestros Padres á rastrear otros, y así se va continuando la espiritual conquista. Agregóse á este pueblo[193] gran copia de gentiles, que con el tiempo se fueron bautizando. A vista de él estaba una alta sierra habitada de racionales bestias de gentiles, cuyo porquerizo era un grande mago, que con obstinación cerraba los pasos y las orejas á la voz del Evangelio. Y aunque la comun gente deseaba oirla, con amenazas que con los tigres y serpientes (ficción comun de aquestos hechiceros) les hacia, borraba sus deseos.

El P. Pablo Palermo[194], á cuyo cargo estaba esta conquista, discurriendo por aquellas selvas, juntó un copioso rebaño de 400 indios, que contaba la chusma, hacia número de 1.600 almas: ganó á este mago con amor y dádivas, que aunque de poco valor quebrantan tales peñas. Vióse este ya entre cristianos, nada ya obedecido de los suyos, deshechos sus embustes y marañas; veíase receloso de que una piara de mujeres de que libre gozaba en sus montañas las habia de dejar á su despecho. Ofendido de la luz en lo más oscuro de la noche, á fuer de un caballo yeguarizo huyó, llevando consigo por los bosques la piara de yeguas, que el conservarlas era su desvelo. No logró sus deseos, porque empeñándose mucho en la huida, se remontó de suerte, que la diligencia del Padre no pudo hallarlo; hallólo la justicia divina, que castigó su rebeldía con la peste de que murieron

193. La reducción de San Carlos de Caapí se fundó en 1631, por el P. Pedro Mola. Abandonada después del asalto de las bandeiras al Tape, se repobló en las nacientes del río Aguapey, en 1639, en Corrientes, Argentina.

194. El P. Pablo Antonio Palerm nació en Palma de Mallorca (Is. Baleares, España) en 1602. Ingresó a la Compañía en 1624 y llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. Hizo sus últimos votos en la reducción de Loreto en 1638. Falleció en Encarnación el 21.X.1665.

todos, cogiendo el cielo de estas espinas las flores de muchos infantes, que hermoseados con la primera gracia del bautismo volaron al descanso.

Entre los que quedaron de estas tropas fué un anciano viejo de ochenta años, envejecido en vicios deshonestos. El Padre trató de bautizarle, vínose á la dificultad comun de las mujeres, huyó (por no dejarlas) por los montes. Hallólo el celo del cuidadoso Padre, cuyas razones blandas y amorosas, á vueltas de sus dádivas, no fueron bastantes á que el duro viejo se ablandase; huyó segunda vez á la voz de un demonio, que apareciéndosele dos veces, le persuadió la huida. Volviéronlo las ánimas al interés de un novenario de Misas que les ofreció el Padre. Cayó enfermo el venturoso viejo; y á muy pocos días de su vuelta reconoció su peligro de alma y cuerpo, y su terquedad y dureza; despidió las mujeres, pidió el bautismo con instancia, y limpio ya de lepra tan antigua, con actos fervorosos de dolor y esperanza huyó de aquesta vida á la eterna.

Ablandó el deseo de la comunión sagrada la dureza de un cristiano antiguo, que ocupado de vergüenza calló muchos años un pecado; el ejemplo que vió en los que comulgaban, le excitó á gustar el Pan de vida, y viendo en sí la suya perdida y estragada, con diligencia hizo un largo exámen, con que en confesión general limpió su alma; la comunion que hizo mostró el Señor haberle sido grata, porque entre sueños le agradeció su diligencia, amonestándole que jamás ocultase al confesor pecado alguno, porque los tenía en la tierra por vicarios para la salud de pecadores. Él, codicioso con esto de más gracia, prosigue una cristiana vida, sin faltar á la Misa dia alguno, ni á la frecuencia de sus confesiones.

LXI
Reducción de San Pedro y San Pablo.

ESTA población[195] es algo nueva: hánse bautizado al pié de 4.000 personas, y los gentiles que quedan se van disponiendo para este Sacramento, y dan todos muestras que ha de ser muy lustrosa en cristiandad.

LXII
Reducción de Santo Tomé.

ESTE puesto es muy celebrado[196]: pusiéronle los moradores de toda la comarca por antonomasia Tape, que quiere decir la ciudad; por su grandeza deste pueblo toma denominación esta provincia, que comunmente se dice la provincia del Tape; y aunque es gente nueva en la fe, se iguala con los más antiguos; vánse bautizando apriesa; tiene pocos ménos de 6.000 cristianos; su conversión fué casi milagrosa, porque fué gente de dura cerviz; domó su furia el cielo con tigres que andaban á manadas discurriendo por las rocas[197], labranzas y montes matando á muchos, y principalmente gentiles, que con rebeldía huian de los Padres, y tal vez sucedió que una tropa de indios acosados dellos hicieron un fuerte de palos, donde los tuvieron los tigres cercados sin darles lugar á salir en cuatro dias; con esto se fueron reduciendo todos los gentiles. Cesó este trabajo con un novenario de Misas cantadas.

195. La reducción de S. Pedro y S. Pablo, conocida también como Apóstoles, se fundó en 1632 por el P. Pedro Alfaro. Transmigró luego de la bandeira de 1637 y se repobló en la actual provincia de Misiones, Argentina.

196. La reducción de Santo Tomé se fundó en 1632 por el P. Luis Ernot. Huyendo de las bandeiras en 1639, se ubicó luego en las costas del río Uruguay, Corrientes, Argentina.

197. Aunque dice rocas, debe ser rozas, tierra desmontada para cultivar.

Con la abundancia de comidas, volvieron á olvidarse los gentiles y á discurrir por bosques, olvidados de recibir la fe, y los cristianos de vivir ajustados á la ley divina: al punto volvieron los tigres con más furioso estrago. Reconocidos los naturales, se ajustaron á sus obligaciones, conociendo que las cosas que estos animales hacian salian ya de la naturaleza; desterraron estos tigres oraciones y plegarias.

Ya parece debian establecer enmienda, pero la naturaleza deleznable ayudada de la paz, comidas y descanso, y olvidada de tan conocido azote, volvió á reincidir en sus delitos. Unos magos que al miedo habian desterrado sus magias, volvieron de secreto á ser más perniciosos; pero los tigres, como instrumentos de la justicia divina, volvieron á ejecutar peores daños; más de 200 trampas le pusieron, y en ellas perros y venados, y ningun tigre cayó, ántes sacando el cebo, quedaban sin caer las trampas. Reconocido el pueblo de su culpa, pidió misericordia, y levantando motín contra los magos, los obligaron á dar de mano á sus diabólicos embustes, con que han quedado reconocidos y libres destos daños.

Un infiel tenia dos mancebas; bautizóse y casóse con la una; al cabo de tres años pidió al Padre le casase con la otra, porque ad tempus habia tomado aquélla; vista la imposibilidad, cogió la manceba y se acogió al bosque; buscóle la diligencia y celo del P. Luis Arnot[198] que fielmente ha trabajado en el cultivo de esta gente; á la mujer, ya casi muerta, perdida de su mancebo, la hallaron sola; á él tambien hallaron bien distante; sanaron en el pueblo y volvieron á hacer fuga con ánimo de meterse entre gentiles, que llega vieja, tarde ó nunca sana; volvieron á recoger estas ovejas, murió la primera mujer, casóse con la manceba, aunque poco se gozaron, porque la muerte les quitó la vida.

Solicitaba una mujer á un honesto mozo; cogióle en parte

198. El P. Luis Ernot nació en Marienburg (Namur, Bélgica) en 1597. Ingresó a la Compañía en 1622 y llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. Sus últimos votos los hizo en la reducción de Loreto, en 1643. Falleció en S. Ignacio Mini, el 11.V.1667.

oculta y haciéndole fuerza, él la persuadía á la honestidad y limpieza, y viendo que razones no la convencian, la dió muy buenos palos, y así escapó libre.

Un mozo lascivo solicitó torpemente á una casta moza; huia del cuanto podia; cogióla á solas, y á fuerza procuró que consintiese en su pecado; la casta moza, ya sin fuerzas, con lágrimas le dijo: *Mira que comulgo y recibo á Dios, no me hagas tal agravio, y tú teme que te castigará severamente.* Apoderóse de él un interno temor, que le dejó temblando, sin poder proseguir su intento, con que la honesta mujer quedó libre.

LXIII
Reducción de San José.

FUNDO este pueblo[199] el P. José Cataldino, italiano, apostólico varon, cuyo celo se emplea sin interrupción más de treinta años en la conversión de gentiles; bautizáronse en este pueblo casi 3.000 almas; en la mayor pujanza deste pueblo ocurrió una maligna peste, y faltando el culto á la tierra, faltó el sustento; pero suplió la caridad del Padre y su compañero el P. Manuel Bertot[200]. Llevóse el cielo las primicias de muchos infantes que murieron; de adultos se perdieron muchos, porque acogiéndose á los bosques, murieron sin el agua del bautismo. Salió del pueblo un viejo con su mujer é hijas, todos infieles, la más pequeña niña era cristiana; murió de repente el viejo; volvia la madre al pueblo con ánimo de recibir el agua del bautismo, pero á poco dias siguió al marido por la muerte;

199. La reducción de S. José, ubicada en el Tape, se fundó en 1633 por el P. José Cataldini. En 1638 se replegó ante las bandeiras paulistas y concluyó instalándose en la actual provincia de Misiones, Argentina.

200. El P. Noel Berthot nació en Marboz (Ain, Francia) el 25.XII.1601. Ingresó a la Compañía en Lyon en 1621. Llegó a Buenos Aires el 29.IV.1628. Hizo sus últimos votos en la reducción de S. Ignacio en 1641 y falleció en la de S. María la mayor el 17.I.1687.

animáronse las niñas á acudir á la fuente del bautismo, pero la flaqueza impidió el viaje á las dos; afligidas la mayor por verse infiel, y sus hermanas ya para morir, se encargó de ambas; llevaba la una á cuestas un buen trecho, y volvia por la otra; caminó con este afán dos dias enteros hasta que con la una á cuestas llegó al pueblo. Enviaron los Padres por la otra, hiciéronlas regular, y lavadas las dos por el bautismo, luego volaron al cielo; la menor, que era cristiana, las siguió de ahí á cinco dias.

Acudió en tan apretado tiempo al común refugio de la devoción de la Virgen, rezando su rosario, y en comunidad el sábado en la iglesia, con que han experimentado gran bonanza.

Sucedió al P. José un milagroso caso; iba de un pueblo á otro en un rocin rijoso, y en un mal paso tropezó, echando de sí al Padre, cuyo pié quedó preso en el estribo; el cosquilloso caballo corrió por un áspero campo y pedregoso, tirando coces y arrastrando al Padre; rompióse la correa del estribo con el peso del Padre, que es ya de sesenta y ocho años; acudió el compañero, y juzgándole por muerto ó mal herido, le halló sentado y tan entero, que llegando al pueblo, dijo la Misa en acción de gracias.

En un apretado lance de un peligroso parto, faltando la imágen de San Ignacio (que en esta parte se esmera en milagroso) suplió sus veces su santo y venerable hijo el hermano Alonso Rodriguez, cuya estampa dió un Padre, y tomándola la devota mujer con fe y reverencia, y echando de sí el niño vivo (que ya por muerto le juzgaban, y áun por causa total de la muerte su madre) fué un acto solo, y no es mucho que el Padre en tan honrosos lances dé sus veces á tan santo hijo.

LXIV
Reducción de San Miguel.

LLEGO á este pueblo[201] la fama del Evangelio, y sus moradores codiciosos de tanto bien fueron muchas leguas á buscar Padres. El primero que aquí puso pié fué el santo mártir P. Cristóbal de Mendoza; engendrólos en Cristo, y crióles con la leche del Evangelio; tendrá 5.000 personas, y ya hoy son cristianos todos. Cultivó, despues del martirio del santo, el P. Miguel Gomez[202], que fué el testigo de un pronóstico de los trabajos que poco después padeció toda esta cristiandad.

Tenía el Padre un Cristo de pincel, que después de azotado tomaba sus vestiduras, el cual vió que sudaba copiosamente de las rodillas abajo, y mismo sudor vió en las huellas y en los abrojos de los azotes y espinas, y cogido este sudor en algodones, volvia á correr al mismo paso. En este mismo tiempo sudó una imágen de Nuestra Señora de la Asunción y otra de San Ignacio en la villa del Espíritu Santo, de donde habian salido á hacer guerra estos indios, los moradores de aquellas villas; así nos lo afirmaron los Padres de nuestra Compañía. En Guaira (ya dijimos) que sucedió lo mismo en una imágen de Nuestra Señora, prueba clara del sentimiento que hace el cielo ofendido de los de San Pablo y demás villas, y materia de consuelo nuestro, pues vemos que nos ayuda á sentir nuestros trabajos.

Muchos casos sucedieron aquí; diré alguno. Una vieja infiel adivinando su cercana muerte, arrimada á un báculo se partió para el pueblo con ánimo de ser cristiana; daba con ella su flaqueza en el suelo á cada paso; cogióla un indio, y, llevada á cuestas, la presentó al Padre, bautizóla luego, respondiendo ella

201. La reducción de S. Miguel se fundó en 1632, en el Tape. Transmigró en 1638, ubicándose en la mesopotamia argentina. En 1687 volvió a sus tierras, en el actual Rio Grande do sul, Brasil.

202. El P. Miguel Gómez nació en Buenos Aires el 3.II.1606. Ingresó a la Compañía en 1623. Hizo sus últimos votos en la reducción de Loreto en 1641. Falleció en la de S. Tomé el 23.II.1673.

con voz entera al Catecismo, y al punto la perdió y despidió su dichosa alma: lo mismo sucedió á otros viejos, que bautizados aun en salud murieron de repente.

Maravilloso es Dios en su misericordia; mostrónosla muy clara en un indio cómplice en la muerte del santo P. Juan del Castillo. Retiróse huyendo á esta tierra, por verse apartado de los Padres y de la fe, que opuesta á sus hechicerías y embustes le causaban pena; hallóle aquí el P. Cristóbal de Mendoza, de quien luego huyó, acompañado de chusma de gentiles; metióse muy adentro de una sierra, en donde á fuerza de razones y magias arredraba del bautismo muchas gentes. El celoso Padre le siguió, ganó y restituyó á este pueblo, para tenerle consigo y amansarlo; las razones con que le convenció el Padre le forzaron á pedir las aguas del bautismo, que recibió con consuelo suyo y de todos bien catequizado; en lo poco que vivió se vieron muestras de su predestinación. Adoleció, y viendo el demonio que se le habia ido de las manos, le quiso reducir con sugestiones y tentaciones graves, á que resistió el valeroso indio; apareciósele visiblemente quejándose de su ingratitud, prometiéndole salud y vida larga si volvia á su amistad antigua, y entre halagüeñas promesas le amenzaba con rigurosos castigos, con que le dió muy peligroso asalto. Pidió el fuerte luchador los sacros oleos, y ungido con ellos, confesó que no temia ya al demonio.

Cogióle en el último trance un parasismo, en que parece entró en una grave lucha, y envuelto en trasudores repetia: *Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, perdóname mis pecados, para que este demonio me deje: confieso que he sido gran pecador y un muy mal hombre: perdóneme tu misericordia, para que este espíritu maligno, viéndote en mi ayuda, se arredre de mí.* Apretaba fuertemente entre sus manos una Cruz, y con voz lastimera le decía: *Cruz buena, Cruz santa, muéstrate firme ayudadora mía, para que pueda yo despedir de mí este demonio, que me tiene asido.* Y vuelto á los presentes (que atónitos sentian varios movimientos interiores de pena y de consuelo de verle atormentado, y que vencía, y de escarmiento otros).

Vivid bien (dijo) *y sed buenos cristianos, porque si Dios espera, al fin castiga; y tú, Cristo Jesús, muéstrate ayudador mio contra tus enemigos y mios para que me dejen.* Y con meneos mostraba quererse desasir del que con fuerza le tenia asido, pidiendo á voces ayuda en esta agonía, que duró buen rato. Volvió en sí, ya libre del demonio, y contaba su aflicción que fué diabólica; dió gracias al Señor de verse victorioso. Pidió á todos perdon de haberles con sus magias engañado, y haciendo tiernos actos y coloquios, durmió en paz.

No tuvieron tal dicha los siguientes. Llegó á esta reducción un indio extranjero, y con malas palabras y peores ejemplos inquietaba el pueblo; enfermo y enfadado de las amonestaciones del Padre, que le persuadia el bautismo, se hizo llevar del pueblo a una chácara; siguióle allí el Padre, y él huyendo se hizo llevar por un cerrado bosque, diciendo que las campanas y las razones del Padre le aturdian, cuya caridad le halló, y ni con dádivas ni amorosas palabras pudo ablandar aquel empedernido pecho, volviendo el rostro á la pared por no oirlas; y con pertinaz deseo de morir infiel como sus pasados, murió infelizmente.

Otro viejo, envejecido en pecados de deshonestidad, por no comprar el bautismo por unas mancebas que tenia, se huyó á los bosques acompañado dellas y un hijuelo; hízolos seguir el Padre, para remediarlos; pero habia ya hecho presa de ellos la divina justicia, matándolos á todos cuatro de repente.

LXV

Reducción de San Cosme y San Damian.

LA celosa industria de los Padres juntó aquí de varias sierras y bosques al pié de 5.000 almas, que se van bautizando[203]. Venció á muchos la repetida contradicción que los magos hacen al Evangelio, á que se volviesen á sus antiguos puestos; los persuadidos experimentaron el debido castigo con muertes repentinas en su gentilismo. Y discurriendo los Padres por aquellos bosques, rescataron muchos al precio de trabajos para el cielo; sobrevino una recia peste, acudióse á todos con el sustento del cuerpo y alma; y porque la tierra desamparada de sus labradores por la enfermedad comun no estuviese ociosa y hubiese semillas para sembrar y sustento para los necesitados, los Padres mismos la labraron, haciendo copiosas sementeras, con cuyos frutos sustentaron á los enfermos, y atrajeron á los que por los montes se habian acogido.

Contaré por extraño un caso raro, y el primero que hemos visto entre esta gente. Amancebóse con su misma hija su infiel padre; salió ella de este delito por medio del bautismo, que recibió bien arrepentida de maldad tan enorme, y con buenas prendas de su salud eterna, murió en breve. Vivia en el padre el amor de su manceba é hija, y aburrido de pena con su muerte, se acogió á su labranza, acompañado de un hijuelo suyo; disgustáronse los dos por una niñería, y el mal sufrido mozo, olvidado de las obligaciones de hijo, mató á su mismo padre con un palo; venganza fué que tomó el cielo por medio del hermano, hijo, y cuñado.

Repartiendo el Padre la ordinaria comida á los pobres, reparó en dos mujeres que extraordinariamente estaban flacas; propuso de bautizarlas el siguiente dia, y ellas pasaron algunos

203. La reducción de los SS. Cosme y Damián fue fundada en el Tape en 1634. Desde allí debió emigrar en 1638 a la mesopotamia argentina. En 1718 se trasladó a su sede definitiva, en el sur del Paraguay.

sin volver; fuélas á buscar el mismo Padre por un bosque, por donde supo se habian entrado; hallólas su ventura tendidas en el suelo y ya casi espirando, catequizólas y diólas el bautismo, y ellas al punto sus almas al Criador.

Advertido un fervoroso mozo que un hermano suyo estaba espirando en un bosque hallólo, y echándoselo á cuestas, lo llevó al pueblo; lo mismo hizo con su madre, que lejos padecia el mismo riesgo; y bien dispuestos ambos por el bautismo murieron luego. Cebóse en estos oficios de piedad de manera, que su gusto y descanso era acarrear á cuestas enfermos peligrosos, para que no muriesen infieles, con que acarreó la vida eterna á muchos y raro ejemplo á todos.

Opuesto fué á este otro indio, que olvidado de su misma madre é hijos, los desamparó en la necesidad extrema de una enfermedad prolija; huyóse por los bosques sin acudir á las obligaciones que para cristianarse tenia de oir la doctrina. Buscóle el Padre, trájole, solicitó con dádivas su enmienda, pero, como por su descuido murió su madre sin bautismo, así permitió el cielo, que sin él, él y su mujer muriesen en un bosque, á manos de una muerte repentina.

Obligó á Dios un indio á que se olvidase del, porque olvidado de sí mismo huía de la iglesia y Catecismo, discurría por los montes en busca de animales, que era dado á caza; siempre proponia el Padre de buscarle, y siempre se olvidaba; adoleció este pobre en el monte; un deudo suyo acudió al Padre para pedirle fuese á verle, y estando en su presencia gran parte del día, nunca acertó á avisarle. Fuése el indio con ánimo de volver el dia siguiente á avisarle, pero este mismo dia murió sin el bautismo y olvidado el que se olvidó de sí.

LXVI

Reducción de Santa Teresa.

AGREGARONSE á este puesto de Santa[204] Teresa 5.000 almas con la diligencia y fervor del P. Francisco Jimenez[205], el cual no sólo se ocupó en la predicación del Evangelio, sino tambien en labrar las tierras y hacer grandes sembrados, enseñando á los naturales el labor de la tierra con arado, á cuya fama recogió grandes rebaños de almas. Dejáronse un anciano viejo en el camino, imposibilitado de andar, por estar juntamente enfermo; este, animado con el deseo del bautismo, caminó tres dias á gatas por un camino áspero; salió el Padre á buscarlo, y recibido el bautismo, murió. Hay por toda esta comarca copioso número de infieles. Acudió á un pueblo de estos un indio desta reducción, donde adoleció, y refiriéndoles la caridad de los Padres para con los enfermos, al punto dejaron sus casas y se redujeron, y recibieron el bautismo, y han muerto algunos con prendas de su salvación.

Corrió el Padre aquellos bosques, rios y quebradas, donde halló grande número de infieles, que le recibieron con notable amor, pidiéndole les señalase sitios para hacer pueblos, que no pudo tener efecto por falta de Padres. Bautizó 250 infantes; al pié de 1.000 almas le siguieron para avecindarse en esta reducción.

204. La reducción de S. Teresa fue fundada en 1633 en la región oriental del rio Uruguay. Fue destruida en 1638 por la bandeira que entró en los pueblos del Tape.

205. El P. Francisco Jiménez nació en Villarrobledo (Albacete, España) el 12.XI.1602. Ingresó a la Compañia en 1619 y llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Hizo sus últimos votos en la reducción de Loreto en 1638. Falleció en Buenos Aires el 10.V.1668.

LXVII

Reducción de la Natividad de Nuestra Señora.

REDUJERONSE aquí[206] cerca de 6.000 almas, hánse bautizado ya 2.600, y las demás se van preparando para lo mismo. A la fama deste Sacramento se redujo aquí un indio con su mujer y cuatro hijos; de la longitud y trabajo del camino adolecieron; visitólos el Padre, y la buena mujer le recibió, diciendo: *Seas muy bien venido, Padre, que en busca del bautismo he venido de mi tierra á esta, donde me veo pobre, y no lo extraño ni siento, porque mi venida ha sido solamente á bautizarme.* Lo mismo dijo el marido, y bien catequizados, los bautizó aquel día, y el siguiente volaron al cielo. Encargóse el Padre de los cuatro niños, los tres siguieron á sus padres recien lavados con el agua de la salud eterna.

No hay lugar donde el Evangelio no halle contradicción en los magos, ministros del demonio, que atribuyen al bautismo la muerte, y así, los procuran retraer deste Sacramento. Adoleció un muchacho, y sus infieles padres, creyendo los embustes destos, lo ocultaron bien léjos del pueblo; el muchacho instaba á que le llevasen al Padre para que le forme hijo de Dios por el bautismo, no lo pudo alcanzar; lleváronlo unos indios movidos de sus ruegos á la casa del Padre, que el muchacho no quiso ir á la de sus padres, bautizóse, y al siguiente dia se fué al cielo.

Lo mismo sucedió á una muy anciana mujer, que por ruegos se hizo llevar al pueblo donde el Padre la vió muy aflijida, y preguntada la causa, dijo, que estaba congojada[207] por verse infiel, y tan cargada de años gastados en servicios del demonio; consolóla y bautizóla el Padre, con que huyeron aquellas aflicciones, y al siguiente dia reposó en el Señor.

206. La reducción de la Natividad de Nuestra Señora, en el Acaray, Paraguay, se fundó en 1624. Los restos de su población, al huir de los bandeirantes, se reunieron parte en Corpus, y parte en Encarnación.

207. Congojada, por acongojada.

En cada parte destos suele haber particulares usos, y aunque llorar sus difuntos es comun en todos, y con más energía á los más nobles, aquí añadían desnudarse una mujer, y arrebatando un arco y saetas, salia á las calles á tirarlas al sol, seña de la saña que tienen con la muerte, á quien con el deseo intentan matarla; procuraron evitar los Padres estas deshonestas acciones, y no era posible ni lícito apretarias, por ser gente nueva. Adoleció un cacique muy principal, que recibió con muy buen afecto el agua del bautismo; próximo á la muerte, mandó á toda su gente que en su muerte no hiciesen aquellas ceremonias, ni le llorasen como muerto, sino que se alegrasen como con un vivo que iba á vivir eternamente. Murió este dichoso cacique, y se cumplió su legado en todo el pueblo, porque no se oyeron adelante los alaridos, ni se vieron las ceremonias gentilicas que hasta allí usaron.

LXVIII
Reducción de Santa Ana.

POBLARON este puesto 6.000 personas y en breve se bautizaron 2.600[208]. Avecindóse en este lugar un gran cacique, llamado Ayerobia, que quiere decir, yo confío; llamóse en el bautismo Bartolomé: el deseo de su salvación dijo bien con su nombre, confirmándola con muy insignes obras: encargóse de aguijar los gentiles remisos al bautismo; buscábalos, recogíalos en su casa, sustentábalos, y como si ya fuese cristiano muy antiguo, los doctrinaba en la fe, y ya bien instruidos los presentaba al Padre, para que les ministrase aqueste sacramento; empleaba su industria en el adorno de la iglesia, ejercitando la carpintería. Sabida la invasión que los de San Pablo

208. La reducción de S. Ana se fundó en 1633, en el Tape, por los padres Pedro Romero y Cristóbal de Mendoza. En 1637 transmigró a la mesopotamia argentina, ubicándose definitivamente cerca del río Paraná, en la provincia de Misiones, Argentina.

habian hecho en Jesus María, matando y cautivando mucha gente, atravesado el corazón de dolor de ver que hombres que decian ser cristianos estorbasen la predicación á los gentiles, se partió á ayudar á sus hermanos; armóse con la confesión, y en una refriega, habiendo muerto muchos tupis[209] (que son como alarbes, y los que traen en su ayuda los vecinos de San Pablo) quedó muerto, y queda su nombre vivo y confianza de su salvación.

Otro cacique imitó al pasado en la vida y en la muerte; mostró su celo en recoger la canalla de magos y hechiceros; hacíales entrar á la doctrina, y juntos todos los llevaba los domingos á la iglesia, con celo de un muy verdadero y fiel cristiano, y como tal murió en la guerra, como el pasado.

No quiero dejar un cuento algo gracioso, si bien de edificación. Un virtuoso mozo, movido de las pláticas que de la castidad oia á los Padres, y encendido de su amor, les pidió con grande instancia le hiciesen castrar; edificados de su celo le dieron á entender que no era lícito, y el modo que habia de tener ser casto.

Mostró la fe sus efectos en un milagroso caso. Hirió de muerte á un indio una ponzoñosa víbora en un pié, cayó como muerto, destilando de ambos y de los ojos, oidos, narices, boca y demás partes del cuerpo mucha sangre, como si en cada parte de éstas le hubiese lastimado; confesóse, y como en último trance recibió los oleos con mucha devoción, y con la misma y no pequeña instancia pidió que le llevasen á la iglesia, por ver á su despedida el santo sacrificio de la Misa; tanta fué su devoción, que vencido el Padre, en parte cerca y decente dijo Misa, que oyó el enfermo, y al punto quedó sano.

Vencido uno de vergüenza, calló en la confesión un pecado

209. Los tupíes, vinculados lingüísticamente con los guaraníes, habitaban la región litoral del Brasil. Practicaban la horticultura por rozado, y su alimentación se complementaba con la caza y la pesca. Por el rápido agotamiento del suelo, migraban con frecuencia. Sus aldeas se componían de pocas viviendas colectivas o malocas. Conocían la cerámica y la cestería y usaban la flauta y las maracas como instrumentos musicales.

sucio; al punto adoleció con tales accidentes, que parecia exhalaba el alma. Acudió el confesor, y atribuyendo el accidente del cuerpo á mal del alma, le instó á que se confesase bien. Bien advertido el indio confesó su culpa, y como la iba diciendo se sentia mejor, y recibida, la absolución, se halló sano; mas olvidado presto, volvió á reincidir en su delito; volvió la justicia divina á echarle mano con enfermedad mortal. Reconocido el pobre y flaco, acogióse al probado remedio de la confesión, con que sanó del alma y no del cuerpo, porque en breves dias acabó la vida.

Trajo á este lugar la predestinación á un anciano viejo; caminó desde su lugar á este más de 40 leguas; pasó seguro por tierra de gentiles, cuyo oficio es matar á extranjeros; presentóse al P. José Oregio[210], italiano, el cual, considerada la consumida disposición del peregrino, al punto le industrió y ministró el bautismo; quedó muy alegre el viejo de ver efectuado su deseo, y el dia siguiente, estando hablando, remató su vida.

No tuvieron la dicha que este dos que aquí se avecindaron, marido y mujer, infieles, y de edad anciana. Acudia todo el pueblo con fervor á la doctrina, para recibir el beneficio del bautismo; estos solos al primer toque de campana huian, y ni advertidos del ejemplo y de las amonestaciones de los suyos se rindieron. Advertido el Padre, fué él en persona á convidarlos; guiólos á la iglesia, porque en tanto tiempo ni los umbrales della conocian; y si la predestinacion los hubiera admitido, buen principio era este; pero volviendo á su dureza antigua, prosiguieron en ausentarse del pueblo mientras los demás rezaban en la iglesia. Llególes el castigo al entrar en su casa, dándoles un temblor y accidentes tales, que allí cayeron, y aunque con toda priesa les acudió el Padre, se dió la muerte más priesa en desterrarlos desta vida y aun del Paraíso.

210. El P. José Oreggi nació en Santa Sofía (Forli, Italia) el 1.III.1588. Ingresó a la Compañía en 1606 y llegó a Buenos Aires el 15.II.1617. Sus últimos votos los hizo en Asunción en 1626. Falleció en la reducción de S. Francisco Javier el 1.I.1664.

LXIX
Reducción de San Cristóbal.

ESTABA ya el santo Evangelio tan bien acreditado entre los gentiles deste partido, que el deseo de tenerlo en sus tierras los juntó aquí[211] de varias partes, y lo que en otras hacian los Padres á costa de mucho trabajo en atraerlos, ellos lo hicieron, y con mucha facilidad, casa para recibir los Padres y aposentarlos; llevaron unos escogidos niños á los cristianos pueblos, para que los instruyesen en la fe, con ánimo de tenerlos despues por sus maestros; llevaron tambien indios hábiles, para que aprendiesen la carpintería, con deseos de hacer ellos mismos la iglesia. El promotor de todo esto fué un muy honrado cacique, dotado de inclinación á lo bueno, que en el bautismo (que solicitó con muchas veras, y le costó varios caminos) se llamó Antonio. La penuria de sacerdotes no dió lugar á que en mucho tiempo se les acudiese; pero la solicitud de Antonio y otros muchos que le imitaban formó aquí un jardin, si bien aún no regado con las aguas de las fuentes del Salvador; preparábase bien á que con facilidad corriesen, desterrando magos (que con celo de su mentirosa enseñanza se opusieron) rezando en sus casas voz en cuello todas las oraciones, teniendo á sus mismos hijos por maestros, que habian sido discípulos de nuestros Padres. Este Antonio, aunque ya de edad, se hizo tan docto en la doctrina, que la enseñaba él, y promovia con grande aumento.

Alcanzaron sus importunos ruegos que se les diese un Padre: recibieron como ángel al P. Juan Agustín[212], á quien á porfía manifestaron sus mancebas, pidiendo con extraño deseo el bautismo, que recibieron en muy breve tiempo 950 personas. Tan fieles fueron, que habiendo trocado un cacique todas sus mancebas por el bautismo, despues de algunos meses volvió á

211. La reducción de S. Cristóbal, fundada en 1633 ó 1634 resultó destruída el 25.XII.1636 por la bandeira de Antonio Raposo Tavares.

212. Alusión al P. Juan Agustín de Contreras, ver nota 147.

su casa una dellas, y con cristiano celo, bien enseñada la volvió á despedir, y pidió al Padre la corrigiese, que estos efectos hace la divina gracia. Cogieron á un mago que (llevado de un furor diabólico, por ver el descrédito de sus fabulosas artes) persuadia á unos simples indios, que dejada la cristiana licencia, retuviesen la fabulosa suya; con ejemplar castigo reprimieron el diabólico celo de este mago, magnificando nuestra ley católica y el beneficio recibido de los Padres.

Es tanta la terquedad de aquestos hechiceros, que muy tarde ablandan su dureza. Tenia á un hermano suyo uno destos enfermo en su casa; parsuadiéronle que le llevase al Padre; oida por el enfermo esta demanda, enseñado del mentiroso hermano, no vino en ello, y al punto sintió el castigo: porque en los gritos, gestos y meneos pareció estar endemoniado, y echando espumarajos por la boca, á vueltas de ellos despidió su infeliz alma sin bautismo.

Un descuidado indio de lo que en el bautismo habia prometido, vivia licenciosamente sin oir Misa ni dar muestras de que era cristiano; adoleció, y aunque con peligro, lo disimulaba por huir de la confesión; dióle un parasismo (si ya no murió como él decia) en el cual se vió llevar de unos ministros horrendos ante el Tribunal de Dios, de quien se vió ásperamente reprendido de sus culpas, dándole por pena que padeciera las molestias de aquella enfermedad por muchos días, los cuales acabados, moriría. Volvió en sí, y bien arrepentido confesó sus pecados y prosiguió su enfermedad por muchos dias; agradecido él á la misericordia de tan benigno juez, y cumplido el plazo de su penitencia partió á gozar su fruto como esperamos.

El celo deste Padre le llevó por las estancias apartadas en busca de enfermos, de que bautizó muy grande número; tanto se empeñó por aquel bosque, que se perdió, sin que la guía acertase á volver; pero guiábalos la predestinación de una alma. Dieron en una choza, donde hallaron un tierno infante que á grande priesa iba caminando á la muerte, bautizólo el Padre, y al punto se partió á la eterna vida.

Otra vez se perdió y fué acierto, porque topó una mujer, llorada ya por muerta; reconocióla que vivia, hízola hija de Dios por el bautismo, con que murió para vivir eternamente.

LXX

Reducción de Jesús María.

DIÓ forma á esta reducción[213] el P. Pedro Romero, de quien ya dije y pudiera decir mucho de su celo y vigilancia. Y aunque bien ocupado en el oficio de Superior de todas las reducciones, visitándolas continuamente y consolando á sus hermanos, trabajaba en todas en el cultivo de los indios. Juntáronse aquí 2.000 familias, que hacen número de 10.000 almas. Dejó en su lugar (por acudir á su principal oficio) al insigne P. Cristóbal de Mendoza, á quien coronó la aureola de mártir; y como veterano y experto en la agregación de gentes á la cristiana Religion, instruyó aquella con muy grande progreso, comunicándole el cielo un encendido celo de convertir los numerosos rebaños de gentiles que pastoreaba el demonio por aquellos valles, sierras, rios y quebradas.

Tuvo noticia de unos tupis, que son banqueros ó cajeros de los vecinos de San Pablo, á quien en lengua portuguesa llaman pomberos, y en nuestro castellano palomeros, á la similitud de los palomos diestros en recoger y hurtar palomas en otros palomares; los naturales los llaman mú, que quiere decir, los contratantes. Estos dividen entre sí las comarcas, y cada uno en su puesto tiene su aduar y mesa de cambio, para comprar indios, mujeres y niños, para lo cual les envian los moradores de las villas de la costa del Brasil, hachas, machetes, cuchillos y todo género de herramientas, vestidos viejos, sombreros, jerguetas y mil bujerías para la compra de almas, al modo que acá

213. La reducción de Jesús María fue fundada en 1633 por el P. Pedro Mola. Fue destruída en la invasión de Antonio Raposo Tavares de diciembre de 1636.

se envia á comprar una partida de carneros ó hatajo de vacas.

Estos pomberos, si bien profesan ser cristianos, son los mismos demonios del infierno, oficina de todo género de maldades y pecados, aduana de embriaguez y de torpísimos pecados. Tienen las casas llenas de mujeres gentiles, compradas para sus torpezas; incitan á los gentiles á que se hagan guerra, y se cautiven y prendan, y los traigan al contraste y venta. La necesidad de aquestas herramientas (para sus labranzas) les hace cautivarse unos á otros, y á veces á los mismos deudos y moradores de sus mismas casas, los entregan por una hacha ó por un machete, que esta es ya la tasa. Y así el que más puede, abrazándose con el que no le puede resistir lo prende diciendo: *Ya eres mi esclavo*. Con que rendido se deja llevar á los pomberos, y se trata y sirve como esclavo; supe de uno un cuento, que si gracioso, causa dolor.

Cogieron a un indio á este modo; no pudo repeler la violencia, iba á ser entregado á esclavitud perpetua á aquellos infames telonarios[214]; halló que estaban comprando y vendiendo mucha gente, y él tambien entre ellos fué vendido (estos pomberos los hay tambien en Angola al trajin de negros puestos por los que tienen este estanco y granjería de comprar negros). Anduvo el triste discurriendo en su rescate; vió que se iba uno que había sido vendedor de otro y juzgó que tendría brío para asirle; el deseo de su libertad le dió aliento, embiste con él, y atado (haciendo presa en el precio que llevaba de su injusta venta) lo llevó al pombero, y en trueco de su libertad se lo entregó por esclavo, y quedó él libre. Y por no verse en semejante trance se acogió al seguro de nuestras reducciones.

Juntas ya muchas tropas, avisan á San Pablo y demás villas de la costa, de donde acuden barcos y canoas en que los llevan en ganancioso empleo; porque el costo fué dos ó cuatro pesos, y puestos en sus villas valen 15 ó 20; llevados al rio Genero los venden por 40 ó 50 cruzados.

214. Telonarios, de telonio, aduana o banco público donde se pagaban en otro tiempo los tributos.

Cogió á algunos pomberos destos el santo Padre, y quitándoles la presa (á que dió libertad) envióloṡ á las reducciones lejanas, para que allí fuesen doctrinados; discurrió el Padre y su compañero el P. Pedro de Mola[215] por toda aquella tierra, descubriendo pueblos de gentiles, y dándoles noticia de la Religión cristiana.

Supieron cómo un famoso cacique, grande hechicero y mago, se publicaba dios de toda aquella tierra (común locura destos miserables) con que se hacia adorar de aquella gente simple; desearon ganarle, y para tener entrada le enviaron á Antonio (de quien ya dije) hombre adornado de fe y confianza; fué muy bien recibido de Yeguacaporú (que así se llamaba aquel fingido dios) juzgando que venia á reconocerle y adorarle, como en su gentilidad habia hecho; despues de muchas razones que con sagaz prudencia Antonio tuvo con él, le dijo que los Padres gustarían de verle, y él tenia por cierto que no se disgustaria de tratarlos. *Pues cómo quieres* (le respondió) *que yo que soy dios y señor de lo criado, formador de los rayos, causador de la vida y de la muerte, me sujete á ir á ver á unos extranjeros pobretones, que á mi despecho y descrédito pregonan á esa gente bárbara que hay un solo Dios y que ese está en el cielo: yo soy ese, que ellos con ignorancia predican a mi descrédito; yo tomaré venganza justa y pondré remedio, matando á todos estos sacerdotes, para que cesen los embustes con que llevan tras sí los ignorantes. ¿Y tú por qué te has dejado engañar tan ciegamente?* Respondió Antonio, que él no habia recibido mal ninguno de los Padres, ántes le habian hecho grandes beneficios á él y á sus vasallos. Con esto divirtieron la plática, y Antonio se volvió. Y sirva de advertencia la memoria que aquí hago deste mago, que fué gran parte en el martirio del P. Cristóbal de Mendoza.

La provincia del Caagua allá es muy célebre por la multitud

215. El P. Pedro de Mola nació en Barbastro (Huesca, España) el 17.I.1602. Entró en 1619 en la Compañía y llegó a Buenos Aires el 12.III.1622. Sus últimos votos los hizo en la reducción de S. Carlos en 1632. Falleció en la de Apóstoles el 4.VII.1660.

de sus habitadores, y aunque bien apartada, voló allá la fama de los Padres: enviaron mensajeros á pedirles fuesen á sus tierras á su enseñanza. Consultado el negocio con Dios en sacrificios que se ofrecieron de Misas y oraciones, se juzgó convenía que el Padre diese una breve vista á aquella tierra, y entretuviese la falta que habia de Padres con la esperanza que habiéndolos, irian de propósito. Habia en el camino una sierra habitada de magos, que á manera de tigres salian á los caminos á hacer presa.

Llegó á este paraje el santo Padre; recibiéronle aquestos con aparente agasajo; dióles noticia de su cristiano intento. Habíase retirado á esta leonera un demonio llamado Tayubay, muy grande hechicero, que quiso en San Miguel con sus mentirosos enredos defender la entrada al Evangelio, pero los vecinos de aquella población lo llevaron atado á la presencia del P. Cristóbal, el cual le tuvo un dia entero en su misma celda, corrigiéndole con blandura y amor; pero este género de demonios no se vence sino con el castigo. Corrido y desacreditado se desterró este pobre, y se vino á esta leonera, donde libre usaba de sus mentirosas artes. Trataron de dar la muerte al Padre, pero quisieron consultar primero á Yeguacaporú (que queda ya advertido). Insistieron al Padre con mentido amor que volviese por allí, donde hallaria la gente de la comarca toda junta, para que todos gozasen de su doctrina y enseñanza. El Padre, libre de la traición que maquinaban, les prometió volver, prometiéndose el logro de aquellas gentes, con que se despidió. Llegó á su deseada provincia del Caaguape, donde con universal amor fué recibido; detúvose allá algunos días, dándoles noticia de nuestra fe, que oyeron todos con mucho gusto.

Mientras el santo varon andaba hecho pregonero de la vida, trataba Tayubay de darle la muerte; hizo á los suyos un largo razonamiento, cuya materia fué abonarse á sí y á su doctrina, desmentir la del Padre, desautorizar el modo de vivir de los cristianos, que bajamente dejaban sus mujeres, sujetos á una extranjera enseñanza. *Tomad* (decía) *ejemplo en mi, mirad cuál ando desterrado por este sacerdote, y desacreditada la antigua usanza de nuestros pasados.* Con esto se partió á consultar al dios mentido de Yeguacaporú, el cual le encargó matase al Padre, y concordes todos, se pusieron en emboscadas á esperarle.

Ocupaba en su misión el corazón del Padre tan gran consuelo, cuanta era la latitud de la esperanza de la conversión de aquella tan dilatada provincia de gentiles, y dadas á Dios las gracias, y repartidos los dones (que la pobreza común permite) entre aquella buena y amorosa gente, se despidió, dejándolos con el dulzor primero de la palabra divina, deseosos de que él volviese ú otros Padres.

LXXI

Martirio del P. Cristóbal de Mendoza[216].

VOLVÍA el Padre tan alegre como ganancioso, con haber ganado las voluntades de tantas gentes, bien descuidado de la traición que los magos le tenian armada; sintiéronle las centinelas[217], y dando aviso de su venida, unos y otros, saliendo á recibirle, y con fingidas palabras le guiaron por donde estaba la fuerza de la gente. Llegó á Villarroyon á las dos del día, donde le obligó á quedarse un aguacero; la poca gente que le acompañaba se dividió á tratar del reparo de la lluvia, que comunmente son unas chozuelas pajizas; descubrieron la traición, volvieron á gran priesa á avisar al Padre parte de sus compañeros; atajados de los enemigos no pudieron volver á socorrerle: los que con él estaban eran pocos, los enemigos muchos, cuyo tropel y vocería hacia romper el aire y temblar la tierra; su repentino acometimiento turbó el órden que pudie-

216. Ver nota 77. El martirio del P. Cristóbal de Mendoza, ocurrido el 26.IV.1635 está narrado por el P. Francisco Jiménez en la Carta al P. Provincial Diego de Boroa, fechada en la reducción de la Natividad de Nuestra Señora del Acaray, el 26.V.1635. MCDA III, 101-104.

217. En el texto dice centilas.

ran tener los pocos que estaban con el Padre, si bien se pusieron en una desordenada resistencia.

Saltó el Padre en un caballo, animando con extraño valor á sus amigos, y como siempre fué su desvelo bautizar infieles, aun en tan evidente peligro de la vida fué todo su cuidado defenderlos, ya arredrando con valor al enemigo, ya persuadiendo á los infieles no se pusiesen á peligro de perder la vida. Pudo escapar la suya, pero por dar la eterna á un catecúmeno que atravesado de una saeta estaba agonizando, se acercó á los enemigos para bautizarlo, que aunque no alcanzó su deseo por la resistencia bárbara, no perdió su mérito.

En la mayor diligencia que ponia para defender los suyos se halló en un lodazal en que el caballo cayó sin poder salir de él; á voces mandó el Padre á su gente que se metiese al monte para salvar las vidas, y quitando una rodela á un indio se guareció de la lluvia de flechas que sobre él venian; solo ya y desamparado de los suyos que escaparon por los bosques, eran tantas las flechas que en la rodela recibió, que el peso le impedia abroquelarse; para romperlas descubrió el cuerpo, y al punto le dieron en una sien con una saeta, y ya aturdido y con dos golpes crueles que con un palo le dieron en la cabeza, y dos flechazos, se rindió su cuerpo á la tierra.

Cargó sobre él aquella bárbara canalla, y probando su fuerza en el sagrado cuerpo, lo molieron á palos, y le quitó por trofeo una oreja un pernicioso mago; quitáronle el vestido sin dejarle cosa; halláronle un Cristo que traía al pecho, en quien estos gentiles renovaron el judaico escarnio. La lluvia que le ordenó la muerte, le dilató la vida para la ganancia de más méritos. Su deseo fué quemar el cuerpo, pero dejáronlo, huyendo de la lluvia, para el siguiente dia, dejando para entónces el abrirle el vientre, que las fabulosas observancias les persuaden, que si el matador no abre el vientre al muerto, al paso que este se hincha él tambien y muere.

Acuérdome en este paso, que en trances de la muerte en que nos vimos, me decía este santo varon que deseaba un martirio breve y repentino, por no ver tan despacio la cara de

la muerte; no se le concedió, porque se le dilató la vida con una larga muerte, para que á pena larga siguiese largo premio, y no se pusiese duda en su martirio. Volvió en sí bien tarde de la noche oscura, hallóse desamparado de los suyos, desnudo y metido en un pantano, la cabeza rota por dos partes, la sien herida, las espaldas atravesadas de saetas, y su cuerpo todo ensangrentado. Levantóse el invicto mártir, y medio arrastrando se apartó algun trecho buscando algun abrigo, ¡mas cómo lo habia de hallar en la campiña! dejo á la consideracion lo que este santo haria toda aquella noche.

Apenas abrió el dia, cuando aquellas bestias, á fuer de tigres, salieron (como de leoneras) de sus casas á cebar su furor en la presa que á su entender juzgaban ya por muerta; guiólos el rastro de la sangre al mártir, que tendido estaba en el duro suelo; pusieron en él sus sacrilegas lenguas, con oprobios, y en Dios con horribles blasfemias. *¿Dónde está* (decian) *el Dios que has predicado? ciego debe de ser, pues no te ve, y su poder ninguno, pues no te puedes librar de nuestras manos.* El santo les arguyó de su perfidia, ya amonestándoles con amor á que, dando de mano al gentilismo, abrazasen la ley de los cristianos, ya amenazándolos con el riguroso castigo con que Dios castiga á los rebeldes, que si disimula y espera, descarga la mano más pesada; mandáronle callar, mas prosiguiendo, con un machetazo que le dieron en la boca le derribaron los dientes, que recogidos por un muchacho que se halló presente y le ayudaba á Misa, los tenemos hoy por reliquias.

Prosiguió el santo con su predicación, y ellos con golpes y porrazos, cortándole los labios de la boca, la oreja que le quedaba, y las narices, repitiendo por mofa lo que el santo solia decir á los cristianos en la explicación de la doctrina; atravesado en un palo le llevaron á un bosquecillo, para que allí muriese, y como si su boca estuviese muy entera les dijo el gusto con que moria, y el amor que tenía á sus almas, deseando lavarlas en las aguas puras del bautismo: La mia (decia) irá á gozar de Dios, mi cuerpo solo matareis. ¡Oh si conociésedes el bien que os anuncio, y vuestro desagradecimiento no merece! Cansados

ya de maltratar el santo, le sacaron la lengua por debajo de la barba, y con bestial fiereza le fueron desollando todo el pecho y vientre, que todo hacia un pedazo con la lengua; tuvo siempre los ojos clavados en el cielo, como reconociendo el camino por donde su alma á largos pasos habia de caminar á la corona. Abriéronle el pecho, y aquel corazon que ardia en su amor se le sacaron, y atravesándole de saetas decian los obstinados hechiceros: Veamos si su alma muere ahora. Dió, finalmente, fin á su apostólica predicacion con tan ilustre martirio.

No quiso el fuego concurrir al deseo que tuvieron de hacer ceniza el santo cuerpo; pero para que pasase por agua y fuego al refrigerio eterno, lo arrojaron en un arroyo. Volviéronse á sus casas estas bestias, y no hartos con las carnes de tan amoroso Padre, fueron á comerse dos hijos que el santo en Cristo habia engendrado, cautivos el antecedente dia, y relamiéndose en la inocente sangre, con gran festejo y provisión de vinos hicieron pan molido entre sus dientes, que servirá en la mesa de Dios eternidades.

LXXII

Castigo que se hizo en estos parricidas.

LA medida del amor que todos tenian al santo Padre fué su sentimiento, á cuya venganza se apercibieron luego más de 1.400 indios de guerra, encargándoles los Padres que no hiciesen mal á nadie, sino que cobrasen[218] el santo cuerpo. Hallaron á los enemigos muy prevenidos, los cuales con gran ímpetu embistieron con los nuestros; pero rechazados primera vez, se juntó mucho más número. La segunda los nuestros hicieron en ellos muy cruel matanza, y entre ellos murieron todos los que martirizaron al Padre. Cogió vivo al traidor de Tayubay un famoso cacique de San Miguel llamado Guaybicang;

218. Recuperar, en montería, recoger las reses y piezas heridas o muertas.

preguntóle donde habia muerto el Padre, y mostrándole el lugar; allí mismo lo mató, quebrándole la cabeza con una porra de armas. A maravilla se atribuyó que muriendo de los enemigos muchos, de los nuestros no murió ninguno, aunque mal heridos muchos, cobraron salud todos. Sacaron el cuerpo del arroyo, que fué recibido en el pueblo con universal llanto de los indios, y envidia de los Padres.

Fué el P. Cristóbal natural de Santa Cruz de la Sierra, de la gente más noble de aquella ciudad: su abuelo fué el primer gobernador de aquella provincia. Llamóse ántes de entrar en la Compañía D. Rodrigo de Mendoza; tomó en la Religión nombre de Cristóbal; fué verdadero despreciador de sí, humilde é incansable trabajador en la conversión de infieles, liberalísimo con los pobres, de que vimos raros ejemplos. Soñó una noche que un pobre le pedia limosna, y no teniendo qué dar, se quitó (durmiendo) la ropa de encima, y la arrojó al soñado pobre. Seria muy larga cosa contar sus heroicos hechos; celebráralos el tiempo con larga historia.

LXXIII

De los impedimentos que los magos pusieron al Evangelio, y muerte de más de 300 infantes en odio de la fe.

QUEDÓ aquel gran hechicero Yeguacaporú saboreado con la muerte que por su órden se ejecutó en el santo P. Cristóbal de Mendoza; procuró hacer lo mismo en los demás, pero atajóle los pasos su desdichada muerte. No le faltaron herederos en sus embelecos y magias. Estos hicieron iglesias, pusieron púlpitos, hacian sus pláticas, y bautizaban; la forma de su bautismo era ésta: Yo te des bautizo, lavándoles todo el cuerpo: las pláticas eran enderezadas al descrédito de la fe y Religión cristiana, amenazando á los que la recibiesen y á los que recibida no la detestasen, á que serian comidos de los tigres, y que las formidables fantasmas

saldrian de sus cavernas armadas de ira, con espadas larguísimas de piedra á tomar venganza, y otras boberías á este modo, cosas todas muy formidables á aquella simple gente.

Fingian que los ecos son las voces que dan aquestos monstruos, que esperan el mandato de los hechiceros para salir á destruir á los cristianos. Agregóse á esta congregación una mujer que su estatura extraordinaria de gigante la dió atrevimiento á hacerse diosa del sol y de la luna y de los demás planetas, cuya luz estaba á su gobierno. Instaba á que se destruyesen los pueblos de cristianos, ofreciendo ella quitarles la luz en el conflicto, quedando los suyos en luz clara; y de aquestas boberías cada cual decia ciento.

Hay una parcialidad ó provincia de gente endemoniada, que realmente habita en ellos el demonio; hánles puesto por nombre los protervos ú hombres sin discurso; no son labradores, susténtanse de caza, y cuando falta ésta (que es muy ordinario) es su sustento carne humana; andan por los campos y montes en manadas al modo de rabiosos perros. Entran de repente en los pueblos, y como fieras acometen al rebaño y hacen presa en los muchachos que pueden para su comida. Suelen, tomados del demonio, andar vagando de noche por los campos como borrachos ó locos, comen brasas de fuego como si fueran guindas (dudoso es de creer) y yo confieso que lo tuve por patraña; pero desengañóme la experiencia que uno en mi presencia hizo, mascando carbones encendidos como un terron de azúcar[219].

Algunos tiempos gozan de sosiego, pero suele de repente el mal espíritu embestir en su interior con tal fiereza, que como al fin endemoniados, cogen sus arcos y saetas, y bramando con fiereza extraña, tiran, matan y ahuyentan, que parece cada uno un fiero toro. Pasada aquella furia, quedan en paz, y ellos confiesan que no saben qué es aquello que interiormente les mueve; uno de estos tuvimos preso, y se averiguó que se habia comido á su mujer y dos hijos, y actualmente le cogieron comiéndose á su mismo padre; en las acciones y aspecto parecia un tigre. Hánse reducido algunos de estos á nuestras reducciones, donde parece viven sosegados, y si el cielo nos concediese ayuda de Religiosos, toda esta presa se le quitaría al demonio.

219. Es muy posible que estos "protervos" sean los Gualachos o Coroados, selvícolas del grupo lingüístico GE, y cuyas características físicas y comportamiento describe Aurelio Porto en su *Historia das Missoes orientais do Uruguay*. 2ª ed. Porto Alegre, 1954, vol. I, 55-57.

En muchos lugares de este discurso se ha visto que, para atraer á sí las almas, el demonio ha procurado imitar nuestras acciones; fué invención suya una religión que forjó de doce escogidos magos; éstos traían más de 700 hombres, de estos escogían unos bailadores, cantores y en embustes diestros; enviábanlos de secreto á nuestros pueblos para que con sus fábulas arredrasen la gente del bautismo, y no fué poco el daño que hicieron entre los nuevamente convertidos, á que acudió el celo de los Padres, poniendo remedio en sus pueblos con recoger la gente nueva, en que trabajó el P. Francisco Diaz.

Estos 700 ladrones, discípulos de los 12 magos, hacian por la comarca graves daños en los cristianos que cogian, comiéndolos en odio de la fe. Cogiólos disfrazado un antiguo cristiano de nuestras reducciones en una acción diabólica; echaron en una tina de agua hirviendo á un cristiano infante, celebrando con mucho regocijo su llanto y sus meneos, y con sus carnes celebraron su convite. Hállase por cuenta que estos lobos se comieron más de 300 infantes en odio de la fe, sin muchos adultos que pasaron por el mismo trance. Armóse un buen número de fieles para reprimir las insolencias destos, que ya llegaba a intentar el saco de nuestras reducciones y á tratar de comerse á los Padres; dos veces pelearon, quedando vencedores siempre nuestros fieles, y de infieles muertos y cautivos muchos. Uno que trajeron bien atado, con verse así, á voces decia que era amigo del sol, el cual á ciertos tiempos bajaba á verle; á este disparate, lo arrastraron é hirieron de manera que, á no quitárselo, lo matan.

Después destos nublados se siguió la luz y paz, despues de aquestas guerras ofrecian las mieses, que ya parecia iban

sazonando, un muy copiosos esquilmo, si la penuria de operarios no anublase la esperanza; los cercanos infieles, ya desengañados se reducian á la verdad, los apartados la pedian, y como vencedor el Evangelio parecia ya libre de enemigos. Hecha la cuenta de aquesta cosecha, cónsta por los libros que escapamos del incendio, que se agregaron á los troges de la Iglesia hasta el año 1626, 94.990 almas que recibieron la fe y el bautismo.

Mas ¡quién pensara que cristianos habian de hacer guerra á la fe de Cristo! (si ya no digamos que son herejes). A este tiempo los vecinos de San Pablo, Santos, San Vicente y otras villas de la costa del Brasil se apercibian á venir con nueva guerra á turbar la paz, cautivar y matar cristianos, quemar templos, herir y maltratar á los sacerdotes, despojar las iglesias y pegar fuego á la virtud y desarraigar la religión cristiana, y plantar una sementera de detestables vicios.

LXXIV

Cosas que antecedieron á la hostil mano con que los de San Pablo de nuevo entraron en la provincia del Tape.

NO es cosa inusitada el dar Dios señas y demostraciones en cosas graves y portentosas. Así lo dice Eusebio, lib. 1 de Historia Evangélica; y Josefo de Bello Judaico; y Cristo nuestro Señor en su Evangelio da las señas del Ante-Cristo, y dice la pérdida de muchos; y aun si posible fuera, los mismos escogidos pudieran correr riesgo. ¡Mas ay de aquel que causa estos escándalos! De aquesta persecucion daré las señas, la pérdida de muchos que parecían electos veráse clara, el escandoloso goce de su presa, mas guárdese que le amenaza un terrible golpe: *Vae qui lugenda in posterum, nunc ridenda putant*[220].

220. En esta nota marginal dice: Euseb. de demostratr. Evang. demostrat. I. Josephus. Alude a Eusebio de Cesarea (260-339) autor de una *Demostración evangélica* (contra los judíos) y a Flavio Josefo (37-100) cuya obra no indica.

En el cap. 2° dije la prevencion que más de veinte años ántes tuvo la Majestad de Dios de enviar á la provincia de Guaira sujetos para que recogiesen los predestinados, ántes que el Ante-Cristo les turbase; y allí apunté las señas. Los demonios que en el cap. 16 dije, lo significaron mostrando ser en el hábito semejantes á estos de San Pablo y costa del Brasil, mostrándose en su figura con sus escopetas y armas, y aún dijeron que eran sus amigos. Los que en el cap. 27 dije que quemamos, á voces dijeron que habian de convocar á los de San Pablo, como amigos suyos, para que asolasen los pueblos en su venganza. Bien sé que es mentiroso, pero obligale Dios no pocas veces á que diga verdad y en la ejecución la vemos.

Cuando salió la gente de Loreto y San Ignacio de sus tierras huyendo desta cruel persecución sudó una imágen de nuestra Señora copiosísimo sudor. Dos ángeles (como en el cap. 37 dije) lloraron, cuyas lágrimas distintas hilo á hilo vieron los Religiosos de la Compañía (que se hallaron presentes) salir por los mismos lagrimales de sus ojos. Tuvieron parte tambien los ángeles en este trabajo, porque la reducción del Tayaoba, que atrás dije la habiamos dedicado á los santos Angeles, cuya defensa me libró de más de 3.000 indios que me tuvieron cercado en aquella provincia en un palenque que hice para defenderme, y así mostraron sernos compañeros en el trabajo y sentimiento. Esto sucedió en la destrucción de la provincia de Guaira. En esta del Tape y de la sierra, sea la primera señal, que estando toda aquella tierra en toda paz, y sin juzgar ser posible que estos hombres la entrasen por muchas y claras razones, cinco años ántes una persona á quien el cielo declaró el destrozo que habían de hacer por allí, escribió un papel á un amigo suyo, que se ocupaba en aquel ministerio, en esta forma: *Dentro de cinco años irá por ahí aquella perversa gente, y para prueba desto y que se ejecutará sin falta, guárdeme este papel para cuando vengan, que entónces yo se lo pediré.* Sucedió á

La cita latina significa: ¡Ha! Quienes piensan que ha de llorarse en el futuro, consideran que ahora ha de reirse. Al margen de la cita agrega: S. Eucher, *Hom.* [Homilías?].

la letra, y hallándose juntos estos dos en la entrada destos malos hombres, le pidió su papel, el cual tuve yo en mis manos.

San Ignacio y San Francisco Javier en una reducción desta sudaron en un dia muy copioso sudor. El Cristo á la columna, de que en el cap. 64 dije, sudó en esta misma ocasión, y es de reparar que los vestigios que el pintor expresó desde la columna, hasta donde Cristo nuestro Señor fué á tomar sus vestiduras sudaron juntamente, que aun en esto nos quiso avisar el rastro y las pisadas de aquellos monstros daban, alegres en su perdición, diligentes en la de los gentiles y cristianos indios, y cuán dolorosas las dió este Señor por redimirnos á todos.

Cuando salieron estas furias de sus villas sudó en su misma tierra una imágen de nuestra Señora, y otra de San Ignacio, y de muchos Religiosos supe que lo atribuyeron á sentimientos que el cielo hacia contra esta maldad, reprendida de varones santos y doctos, si bien apoyada de muchos ignorantes.

Y si aquestas señas que Dios, como amoroso Padre, dió para la enmienda y correccion no bastan, vengamos á las del castigo. En la villa de San Pablo han muerto desastradamente 83 españoles; el que tuvo preso a los PP. Simon Masseta y Justo Mansilla, de que en el cap. 34 dije, se cayó muerto de repente; otro que á los mismos coronó con baldones y manos violentas, é irritó con horrendas blasfemias la ira de Dios, murió de tres pelotazos. Despues de sepultado en la iglesia, á pocos dias abrieron su sepultura para enterrar á otro; el rastro hallaron de un zapato solo, que sin pasar por purgatorio, vestido y calzado lo llevaron; el que con flechas encendidas pegó fuego á la iglesia de Jesus-María, de que atrás dije, murió muy en breve y con tan desastrada muerte, que los mismos cómplices la publicaron, atribuyéndola á castigo del cielo[221].

221. Montoya en su viaje a España como procurador, se detuvo en Rio de Janeiro, desde donde escribió al P. Juan de Hornos el 25.I.1638. Allí, en ese puerto, reconoció a muchos indios guaraníes del Tape; identificó a Federico de Melo como el muerto de tres balazos, y describe las violencias y abusos existentes en San Pablo y la costa del Brasil. MCDA III, 291-293.

No quiero callar una cosa que todos la han juzgado por milagrosa. Tres meses ántes de embarcarme en el puerto de Buenos Aires envié la primera vía de las informaciones que en esta razón de las maldades que los de San Pablo habían cometido, se hicieron para que se presentasen en esta corte. El navío en que venían, en una furiosa tempestad se hizo pedazos, y para que la justicia humana pudiese poner remedio á tan graves males, y la divina mostrase el deseo que de su fin tenía, no sólo conservó estos papeles, sino los sacó por las tempestuosas ondas del mar ó la orilla de la costa de Lisboa, donde los hallaron, con admiración y espanto de los que los vieron, que fueron muchos, concurriendo el cielo, no sólo á guardarlos, sin que las olas los despedazasen y el agua del mar lo consumiese, sino tambien á que llegasen á esta corte á tiempo que se trataba del remedio de los males pasados, cuya grandeza causaba duda en muchos; pero confirmando estos papeles los males nuevos, quedó la verdad acreditada.

Testigos hay muchos deste caso en Lisboa, y á esta corte ha pocos meses que llegó un hidalgo honrado que venía en aquella nao y traia á su cargo un pliego para su Majestad, y previniéndose del peligro de enemigos, sacó de su caja el pliego para tenerlo á mano y echarlo á fondo si abordase algun enemigo; y esta fué la causa, que yéndose el navío a fondo, se hallase con el pliego del rey y á nado lo escapase, el cual afirma que estos papeles de que trato fué maravilla haber escapado, porque además de haberse ahogado mucha gente, no se pudo en ninguna manera escapar cosa del navío.

Baste, por conclusión del castigo que Dios hace en aquellos hombres, el comun morir dellos desesperado de la vida eterna, castigándolos Dios en esta vida con horrendas tinieblas, permitiendo que dén de un abismo en otro de maldades, porque, cuando salen á cautivar hombres libres (declarados así por los Pontífices, con excomunion reservada contra los que les quitaren su libertad)[222] á matar inmensidad dellos, á quitarles sus

222. En nota marginal dice: Paulo III, año 1537. Alude al breve Sublimis Deus,

hijas y mujeres para sus torpes usos, á desterrar el Evangelio y el Santísimo Sacramento de sus templos, confiesan y comulgan como si fuesen en romería á Compostela. Este es su modo de vivir hasta la muerte, y salteados desta, reciben los Sacramentos todos, dejando en testamentos y legados gran copia de gente libre en perpetua esclavitud.

LXXI.

Entrada de los de San Pablo en Jesús María.

A la voz que corrió de que venían sobre esta reducción los de San Pablo, dieron principio los indios á un pequeño cerco que no se pudo acabar por la priesa con que los enemigos caminaron. El día de San Francisco Javier del año de 1637[223], estando celebrando la fiesta con Misa y sermon, 140 castellanos del Brasil con 150 tupis, todos muy bien armados con escopetas, vestidos de escupiles, que son al modo de dalmáticas estofadas de algodón, con que vestido el soldado de piés á cabeza, pelea con seguridad de las saetas; á son de caja, bandera tendida y órden militar, entraron por el pueblo disparando, y sin aguardar razones, acometiendo á la iglesia, disparando sus mosquetes; habíase recògido á ella la gente del pueblo, cuya pared también servia al no acabado cerco; halláronse allí dos

del 9.VI.1537, emitido en defensa del derecho de los indios, y que fuera reiterado por el mismo pontífice el 21.III.1542, y por Pío V el 19.VIII.1568. La gestión de los procuradores jesuíticos obtendrá el 22.IV.1639 una nueva declaración de Urbano VIII específicamente dirigida al ámbito rioplatense.

223. La fiesta de S. Francisco Javier se celebra el 2 de diciembre. Pero Montoya equivoca el año, ya que el relato se refiere a lo que ocurrió en 1636 y no en 1637. El P. Provincial, en carta fechada en Corpus el 4.III.1637 refiere lo sucedido en la reducción de Jesús María el 2.XII.1636 y la destrucción posterior de las reducciones de S. Cristóbal, S. Joaquín y S. Ana, en MCDA III, 143-148. También en carta al P. General de la Compañía, datada en Santa Fe el 10.IV.1637, identifica a los agresores, capitaneados por Antonio Raposo Tavares, y describe los detalles de la refriega, cautiverio de los indios y maldades cometidas, ob. cit. 153-161.

sacerdotes y dos hermanos nuestros, que viéndose apurados de balazos, se aplicaron los hermanos é indios á la defensa justa, y los Padres á ponerles ánimo.

Pelearon seis horas, desde las ocho de la mañana hasta las dos del día; hirieron á un Padre en la cabeza de un balazo; atravesaron el brazo á un Hermano, y al otro le hirieron con milagroso suceso, porque descargando la furia de la bala en una medalla que traia al cuello, no le atravesó, y resurtiendo[224], le hirió la mano. Los cristianos nuestros hacian su esfuerzo, esperando el socorro que de gente se aguardaba; las mujeres y niños de rodillas pedian socorro á Dios con muchas lágrimas. Mal herido y cansado se guareció un religioso de un madero; viéronle desde el campo los enemigos, y diciendo á voces: Matemos aquel perro, le asestaron puntería todos; contadas despues las balas pasaron de 500, de que los mismos traidores se maravillaron.

Vistos por los enemigos el valor de los cercados, y que los muertos suyos eran muchos, pretendieron[225] hacer un boqueron por unos palos del fuerte; sintiólo una varonil mujer, y vistiéndose de varon, con una lanza que tenia embistió con un tupi, que ya á los demás abria el paso, y atravesándole le dejó allí muerto, defendiendo á los demás la entrada.

Determináronse los enemigos de quemar la iglesia; yo confieso que les he oido decir que son cristianos, y aun en esta ocasion tráian rosarios bien cumplidos; sin duda tienen fe en Dios, las obras son del diablo. Tres veces tiraron fuego en saetas (y aunque con dificultad), lo apagaron; pero como el sol mostraba bien su fuerza, hizo á la cuarta vez presa irremediable el

224. Resurtir, por rebotar. En la refriega resultaron heridos el P. Pedro Mola, de un balazo en la cabeza; el hermano Antonio Bernal sufrió la quebradura de un dedo de la mano izquierda, al tiempo que quedó herido del balazo que rebotó en la imagen. El hermano Juan de Cárdenas, recibió una bala que le pasó el brazo de parte a parte, y otra en la cadera, mientras que al P. Pedro Romero lo rozó una bala, la que hirió de muerte a un muchacho indio. Los detalles de la entrada en carta citada en nota 223.

225. Dice Pretendió.

fuego en la pajiza iglesia; allí fué la confusión y vocería, los gritos y alaridos de los niños, llantos de mujeres y turbación de todos.

Estaba el enemigo muy alegre, dando gracias á Dios por ver arder la iglesia; el cerco era pequeño, el fuego grande, el sol echaba rayos encendidos, el peligro del enemigo estaba claro; al fin juzgaron con razon fiarse del racional enemigo (si tal nombre merece) ántes que abrasarse en aquella hoguera. Abrieron un portillo, y saliendo por él al modo que el rebaño de ovejas sale de su majada al pasto, como endemoniados acudian aquellos fieros tigres al portillo, y con espadas, machetes y alfanjes derribaban cabezas, tronchaban brazos, dejarretaban piernas, atravesaban cuerpos, matando con la más bárbara fiereza que el mundo vió jamás, á los que huyendo del fuego encontraban con sus alfanjes. Más ¿qué tigre no rehusara de ensangrentar sus uñas en aquellos infantes tiernos, que seguros parecían estar asidos á los pechos de sus madres?

Sin encarecimiento digo que aquí se vió la crueldad de Herodes, y con exceso mayor, porque aquel perdonando á las madres, [se] contentó con la sangre de sus hijuelos tiernos; pero estos, ni con la una y otra se vieron hartos, ni bastaron los arroyos que corrian de la inocente sangre á hartar su insaciable fiereza. Probaban los aceros de sus alfanjes en hender los niños en dos partes, en abrirles las cabezas y despedazar sus delicados miembros. Los gritos, voceria y aullidos destos lobos, con las lastimeras voces de las madres que quedaban atravesadas de la bárbara espada y de dolor de ver despedazados sus hijuelos, hacia una confusion horrenda[226]. Hecha esta cruel matanza, entraron á los Padres, que se estaban abrasando con el fuego y sol que ardia, sin tener el más mínimo reparo: los baldones é

226. Al margen dice: Consta de informaciones jurídicas que se presentaron al Consejo. En la carta del P. provincial ya citada en nota 223, se dice que despachara al P. Montoya "a la corte, con las informaciones que el gobernador del Paraguay ha hecho, y los informes del cabildo eclesiástico y los informes que yo hice en la Sierra [del Tape], de los estragos que han hecho Antonio Raposo y su ejército, para que llegado a Madrid, despache a V.P. aviso de todo y aguarde su orden para procurar el remedio..." MCDA III, 159.

injurias que les hicieron es bien calle la pluma más modesta que sus infernales lenguas; ni les movió á compasion ver los heridos, ántes los pusieron en prision con buenas guardas; y discurriendo al robo de lo que el fuego habia perdonado, no perdonaron las vestiduras sagradas, que á pedazos las partian y llevaron consigo por trofeo, que con dervergüenza mostraban en su tierra, de que se presentó en el Consejo información jurídica.

Con licencia alcanzada con dificultad, salieron los Padres á ver si entre los muertos habia algunos vivos, á quienes ministraron Sacramentos. Uno se habia hecho mortecino para escapar á lo oscuro de la noche; los pajezuelos destos bárbaros ejercitandose á tirar saetas le clavaron algunas, que sufrió por escapar la vida.

Cautivaron los cantores, á quienes los castellanos por hacer publicación de su doctrina les ofrecian mujeres, y con desvergüenza se las señalaban; pero los castos mozos, ni aun los ojos alzaron á mirarlas. Con sus mismos indios gentiles que llevaban en su ayuda se mostraron tan crueles que, heridos de los nuestros, los mandaban arrastrar y echar en una laguna para que allí se ahogasen y condenasen en su gentilismo; los cantores acudieron á catequizarlos y á darles el agua del bautismo, accion que pertenecia más á dos capellanes, religioso uno y otro clérigo, que lo eran deste ejército.

Tratóse del rescate de una mujer de un indio principal que escapó libre y ella quedó en cautiverio, y de unos niños cantores; pero el rescate y cautivos se llevaron con 500 vacas que para el remedio de todos aquellos pueblos habia en este.

Hame hecho la honestidad que calle muchas cosas, pero no quiero dejar de decir esta. Las mujeres que en este y otros pueblos (que destruyeron) de buen parecer, casadas, solteras ó gentiles, el dueño las encerraba consigo en un aposento, con quien pasaba las noches al modo que un cabron en un corral de cabras. El fin, demás del deleite, era ganarlas la voluntad, para con eso hacer lo que los pomberos ó palomos ladrones, que traen á su palomar el despojo de otros. Aquí era el exámen

de nuestras vidas, estos los testigos, de que ya dije algo á los principios.

Corrió voz que los Padres eran muertos; el Padre Juan Agustin[227] acudió desde su reduccion con ánimo de darles sepultura; alcanzóles libertad de la prisión, llevándolos á curar de las heridas, que no fueron poco peligrosas.

LXXVI

Entrada que hicieron estos en la reducción de San Cristóbal.

DISTABA esta reducción de San Cristóbal de la de Jesús-María cuatro leguas; estaba á cargo del P. Juan Agustin de Contreras, el cual por haberse hallado en la destruida provincia de Guaira por estos mismos hombres, y viendo las crueldades que ya empezaban á hacer, pasó toda su gente á la reducción de Santa Ana, que desta distaba solas tres leguas. Apénas hubo salido el Padre, cuando entraron estos haciendo robos y talando las comidas. Juntáronse de los nuestros 1.600 de pelea, para hacer rostro al enemigo mientra acudia la gente que habian pedido de socorro de los demás pueblos; en Jesús-María tenian ya los castellanos un fuerte ó corral de palos, de grandor como esta plaza de Madrid dos veces, para ir acorralando allí su presa: hicieron allí iglesia, en que dos capellanes decían Misa: no sé si para rescatar ánimas del Purgatorio ó para cautivar los vivos; el clérigo fugitivo, llamado con pregones por haber dejado sin licencia su curato, estaba descomulgado de su Obispo, y ambos decían Misa en despoblado, usando del privilegio concedido á los que convierten y reducen indios, juzgando ser lo mismo reducirlos que deberlos.

Estaban nuestros 1.600 indios en San Cristóbal, donde celebraron la Pascua de Navidad con oir Misa; con la alegría que

227. Alude al P. Juan Agustín de Contreras, ver nota 147.

escasa les concedia tan pernicioso enemigo, y juzgando que los españoles estarian recogidos aquel dia, imitando siquiera á las bestias: *Bos cognovit possessorem suum*, y dejarian siquiera de hacer mal en tan dichoso día, se esparcieron en busca de comida. Pero advierte muy bien San Juan de los hebreos. *Et sui cum non cognoverunt*[228]. Contrarios pensamientos tenian los de San Pablo, juzgaron por nacida la ocasion de aquel célebre día, que seria bien cogerlos en la iglesia oyendo Misa, al descuido de armas, y cuidadosos de sola la devoción. Ejecutaron su determinación, que sabida por los nuestros se juntaron: riñeron porfiadamente por espacio de cinco horas, y dura más si la noche no quitara el dia; y con ser las armas tan desiguales, los indios desnudos, los españoles fuertemente armados, estos con mosquete, aquellos con flacas cañas de saetas, los hicieron retirar dos veces á un bosque, y les tuvieron casi ganada la bandera. Murieron muchos de una y otra parte, apartólos la noche, y los españoles tomaron la banda de la iglesia, que luego abrasaron en vivas llamas, que para tan santo dia se podian esperar mejores obras.

LXXVII

Retirose la reducción de Santa Ana á la de la Natividad, y crueldades del enemigo.

COGIERONME estas nuevas harto léjos, y dándome la priesa posible, llegué este mismo dia de Pascua á la reducción de Santa Ana, donde hallé una confusión terrible. Pasósenos la noche entera en el desvelo que pedia remedio á tales males; la conclusion fué mudar la gente deste pueblo, y la de San Cristóbal al de la Natividad, por estar algo fuerte, por un rio que seria de estorbo á los enemigos, y solas

228. La cita latina significa: El buey conoció a su dueño, y los suyos no lo conocieron.

cuatro leguas deste. Fué muy numeroso el número de gentes que salieron: fortificóse el paso de aquel rio con un buen terraplen, donde hubo la defensa necesaria para que no nos cogieran las embarcaciones, en que cada dia pasaban tropas, que huyendo del enemigo se venian. Trataron los soldados nuestros de dar en su fuerte, disuadímoslo, como cosa conocidamente peligrosa: pareció mejor esperar al enemigo en campo, el cual se habia hecho señor de los sembrados, á que acudieron los nuestros con mejor acierto, donde á cada paso con emboscadas por el bosque mataron muchos, sin peligro suyo. Tenian ya los enemigos mucha gente, que amedrentada no osaban acudir á buscar comida, muy ciertos de la muerte; valió esta diligencia para que el enemigo alzase su alojamiento y nos dejase.

El P. Diego de Boroa, Provincial nuestro, deseó hablar á los enemigos, como si fuesen capaces de razon; fuimoslé acompañando algunos Padres, hallamos en San Cristóbal 20 cuerpos muertos, con crueles machetazos y balazos; detuvimonos á darles sepultura. Encontramos perdida por aquellos montes una niña infiel de hasta siete años, que tenia dos crueles heridas, una bien larga en el rostro, y otra en la cabeza, ambas cubiertas de gusanos; contónos su desastrada historia de esta suerte:

Yo estaba en compañía de mis padres y hijos vuestros, dieron estos hombres de repente en nuestras casas, dividiéronnos luego entre sí, y á mí y un hermanito menor que yo nos llevó otro amo, sin que hasta hoy haya sabido de mis padres, y viéndonos juntamente huérfanos y esclavos, huímonos los dos con ánimo de hallaros, para que como Padres nuestros nos amparásedes: siguiéronnos, y con furor terrible me dieron estas heridas, y á mi hermanito otra en el cuello, dejándole la cabeza sin gobierno, dejándonos por muertos: volví en mí y reconocí que mi hermano aún vivía: atemorizada me metí por el bosque, llevando á mi hermanito en brazos: estuve con él tres dias, sin comer ni beber, sustentada con la esperanza de que volviendo en sí, seguiríamos nuestro viaje, pero viéndole ya acabado y á mi cual me veis lo dejé aún vivo, atravesada de dolor: probé á traerlo á cuestas, y no pude. Curámosla en el cuerpo y en el alma con el bautismo. Topábamos á cada paso cuerpos muertos, descabezados, atravesados de saetas y muertos á machetazos.

Llegamos al palenque que hicieron en Jesus-María, donde fué la primera refriega, y habia sido vergel de odoríferas flores de gentiles, ya vueltos cristianos, cuya pronosticacion parecia cierta, y ahora cautivos se tiene por dudosa. Saliónos al encuentro un hedor terrible de los muertos, cuyo número nos vedó contar la hediondez; sola una mujer hallamos viva, pero sin habla, chupada de un enjambre de moscas: abrimosle los dientes con un cuchillo, y bebido un trago de vino, pudo hablar, y dijo: ¡Ah que me han llevado mi madre, mi hermano y mis bienes! Confesóse, y luego despidió su alma; entre mucho número de quemados se hubiera quemado esta; fué su ventura que su choza estuviese apartada, y así no la alcanzó el fuego: no se podrá hacer concepto de lo que yo no puedo escribir. No hallamos aquí muertos a machetazos, degollados, ni mujeres hendidas con alfanjes, como en otras partes, aquí hallamos asados vivos hombres racionales, niños, mujeres y varones; una mujer vimos asada con dos gemelos, que abrazados con ella se quemaron.

Uso comun es destos homicidas cuando se parten con la presa quemar los enfermos, los viejos é impedidos al caminar; porque si quedan vivos, á la memoria de los que se quedan, se vuelven los que van; muchas horas estuvimos acarreando á una fosa, donde ibamos echando los asados cuerpos. Tal fué este espectáculo, que 400 indios que nos acompañaban enternecidos de verlo se volvieron luego, y nos dejaron.

Hallamos otra mujer que milagrosamente habia escapado de un alfanje y fuego; quisiéronla llevar cautiva, resistió con valor, diciendo queria morir cristiana entre los Padres; arrastraronla, aporreáronla, y hallándola constante, le dieron una herida mortal en la cabeza, lastimándole el rostro con un guijarro, y para asegurar su muerte procuraron quemarla; pero mostrándose benigno el fuego reprendió su inhumana furia; hallámosla ya al fin, pero recibido el sustento humano y el divino del bautismo, salvó su libertad y vida.

Certificáronnos muchos que habian corrido aquellos montes que estaban llenos de cuerpos muertos, de gente que, acogida á ellos, habian sido presa de alfanjes, espadas y machetes. Y si estas acciones son infamia de cristianos y del mismo Evangelio, cuyo descrédito ahuyenta los gentiles, ¿qué infamia será del cristianismo haber hecho lugar inmundo los cristianos el mismo altar, donde por mucho tiempo se celebró el vivifico sacrificio de la Misa? Estos desmocharon el altar, y allí acudian á hacer sus inmundicias. Quebrónos el corazon ver tal desacato.

El número de gente que llevaron no se sabe, algo se rastreará por el diezmo que pagaron á la iglesia; 500 personas dieron al Religioso por su parte, al modo que el ganadero paga el diezmo de ovejas ó de vacas; cupieron al clérigo 200.

Estas cosas, contadas por mayor, fueron la causa de mi venida á la fuente de la justicia y reales piés, empleo para mí dichoso, que con esperanza firme espero el debido remedio para que aquellas ovejas que gozando de sus vegas (sus tierras digo) que la naturaleza les repartió, usen de la libertad común á todos, y renonociendo con el tributo que su pobreza alcanza, vivan amparados del poderoso brazo con que su Majestad, que Dios aumente, defiende sus vasallos.

LXXVIII

Exhortatorio que hizo el Ilustrísimo Señor Obispo de Tucumán a nuestra Congregación[229].

La peligrosa carga de un Obispo (si se mide bien) es intolerable, y mucho más si esta es de gentiles. Los obispados del Paraguay, Tucumán y Buenos Aires están rodeados de provincias dellos, que al Ilustrísimo de Tucumán le fué forzoso para cumplir con su obligacion y ejecutar su celo, valerse de la Compañía (de que dan muy claro testimonio 94.990 gentiles que por el bautismo tiene agregados á la Iglesia, sin los que desde el año de 36 hasta hoy ha ido bautizando)[230]. Representó su celo en un exhortatorio que presentó á la Congregacion, y es el siguiente:

"Fray Melchor, de la Orden de nuestro P. San Agustín, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo de la Catedral de Tucumán, del Consejo de su Majestad, etc. Al P. Diego de Boroa, Provincial de la Compañía de Jesús en esta provincia de Tucumán, Paraguay y Buenos Aires. Salud en nuestro Señor Jesucristo[231].

"Sabrá V.P., como bien debe saber, y le tenemos comunicado, y entre los dos conferido muchas veces, la necesidad grande que en esta provincia hay de ministros evangélicos, para predicar y administrar los Santos Sacramentos á nuestras ovejas, en particular á los indios que ya están convertidos y bautizados, y para llamar al conocimiento de Dios y de su santo Evangelio á los que están fuera de la Iglesia; y que en las doctrinas que hay

229. Al margen dice: Juntóse Congregación a 20 de julio de 1637. Alude a la sexta congregación de la provincia jesuítica del Paraguay, reunida en esa fecha en Córdoba.

230. Al margen dice: 94.990 bautismos hasta el año 1636.

231. Fray Melchor Maldonado de Saavedra, OSA, fue presentado por Felipe IV en Real Cédula del 20.IX.1631; su provisión canónica la hizo el Papa Urbano VIII en el Consistorio del 8.III.1632. Llegó a Santiago del Estero el 7.VI.1635. Falleció el 10.VI.1661.

hoy de gente bautizada es tan grande la falta de operarios, que hay hoy doctrina con más de 1.300 almas en sola una reduccion, sin que tenga cura que los doctrine y confiese, ni le haya en todo el obispado capaz; y hay otras, donde aunque le tienen, son tan largas en la distancia, que es imposible un clérigo solo poder hacer como era razón.

"Demás de lo cual hemos conocido muchas faltas irremediables en algunas partes, de que tenemos dado cuenta á su Majestad, y se la damos á Su Santidad. Y asimismo hay en los senos y términos de nuestra diócesis grandísimos centenares de millares de almas por convertir á nuestra Santa fe, y en algunas provincias hay principio de predicacion del Evangelio y conocida experiencia de buenos naturales; y considerando que por cada uno destos infieles y de los ya convertidos, Jesucristo Señor nuestro derramó su sangre, y que con la heredad que le dió su Padre, y que á nuestra corta pequeñez se dignó encargar esta Iglesia para que en ella cuidásemos de predicar el Evangelio y darlo á conocer y su nombre, y cómo nos crió y redimió, y la ley que nos dió, y que nos ha de juzgar, premiándonos en jucio ó castigándonos, segun nuestras obras; y que nos obliga á pecado mortal el predicar lo sobredicho, haciendo que los ya convertidos se conserven en la pureza del bautismo, y llamando á los que no lo están á que lo reciban, y que donde no pudiéremos por nuestra persona, lo debemos encargar y fiar á personas dignas, y no perder medio ni diligencia humana para que estos infieles miserables conozcan á Dios y consigan la bienaventuranza.

"Y teniendo la satisfacción que tenemos de la Compañía de Jesus y del celo con que cuida de la honra de Dios y de la conversion de las almas; y por lo que hemos hallado en esta parte, que ha sido en este obispado servida la Iglesia por la dicha Religion en tiempo de nuestros antecesores, ayudándoles en las misiones y en la predicacion á los infieles, y generalmente en todas las ciudades, asistiendo á todas horas del dia y de la noche á las necesidades espirituales de todo género de gente, y nos lo hemos experimentado en nuestro tiempo; y porque así

nos lo tiene prometido V. Paternidad, que se continuará; le exhortamos de parte de su Majestad, como Patron destas Iglesias, y de parte de Dios, que es el Señor que sólo puede pagar con igualdad el mérito de tan grande obra, y de nuestra parte se lo pedimos y rogamos que haga á nuestro Señor y á su Iglesia este servicio.

"Y pues hoy está su Religión junta en Congregacion en esta ciudad, y han de ir á repartirse por todas esas diócesis, escoja los sujetos que hallare más capaces, y les cometa la predicación del santo Evangelio á los infieles, y en la partes donde no se ha predicado, y donde se ha comenzado á predicar, para que vayan como tales predicadores evangélicos, dando á conocer el nombre de Dios. Y asimismo á otros operarios cometí el ir corriendo las doctrinas, valles, estancias y términos donde hubiere gente convertida y bautizada, que vayan confesando, predicando y administrando todos los Sacramentos y el del matrimonio, haciendo oficio de curas, que á los que V. Paternidad aprobare y señalare para los dichos efectos desde luego les señalamos, y aprobamos, y damos el poder en derecho necesario, como lo tenemos para todo lo sobredicho, y descargamos en esto nuestra conciencia con la de V. Paternidad".

LXXIX

Carta que escribió el mismo señor Obispo a su Majestad.

"SEÑOR: Manda vuestra Majestad por una su real carta, escrita á mis antecesores, que le informe de la necesidad en que este obispado de Tucuman hubiere de Religiosos, para ayuda de la predicacion evangélica y conversion de los indios; porque, teniendo noticia en el Consejo real de las Indias, se provea para el remedio de semejantes necesidades. Y lo que puedo informar con el conocimiento de más de tres años que ha que entré a este obispado, y haber andado las cuatro partes del, las tres visitándole personalmente, en que he andado casi 300 leguas, es lo siguiente:

"Esta provincia tiene 400 leguas de término y más, donde hay pobladas ocho ciudades, y en ella hay muchos senos, que donde menos hay de 12.000 á 14.000 almas, muchos de ellos bautizados, y hoy apóstatas de la fe; porque con la falta de la doctrina con mucha facilidad se vuelve esta nacion á sus antiguos ritos é idolatrías. Otros senos tiene con más de 50.000 almas, donde ha tenido principios la predicación evangélica por Religiosos de la Compañía de Jesus, y se dejó por el mal gobierno de unos españoles que entraron con las armas á conquistar aquella parte, que llaman el Chaco, tierra de grandes poblaciones, de gente dócil vestida y reducida á pueblos.

"En lo ya católico hay más de ocho doctrinas que de ninguna manera tienen cura que los confiese y doctrine, ni es posible hallarle; porque en los lugares de españoles hay apénas un clérigo en cada uno, y donde hay alguno de sobra es de calidad, que cuando le ordenaron era muy viejo y enfermo, y no habia estudiado; y en un año apénas puedo enviar dos veces sacerdotes que corran estas doctrinas. Yo no puedo estar en todas partes; de donde resulta la condenación de muchas almas redimidas con la sangre de Cristo nuestro Señor, y que están debajo del amparo de vuestra Majestad y á mi cuidado.

"En las reducciones donde hay sacerdotes seglares hay muchísimas faltas irremediables; porque son cortos los talentos para saber ellos sus obligaciones, y cortísimos para enseñar á otros. Las Religiones tienen en este obispado mucha cortedad; porque la de San Francisco tiene pocos sujetos, con que apénas puede servirse en sus coros. La Compañía de Jesus es la que verdaderamente descarga la conciencia de vuestra Majestad y la del Obispo, porque en las ciudades, de dia y de noche acuden á doctrinas y confesar los enfermos, y esto muy en particular á los indios y negros, con mucha caridad y ejemplo, porque en esta parte pocos se valen de los curas, porque son de la calidad dicha arriba.

"Y hoy he pedido en nombre de vuestra Majestad al Provincial de la Religion de la Compañia que ha concurrido en esta ciudad de Córdoba (donde estoy visitando) á su Congregación, y con la mayor parte de sus Religiosos, que envíe al Chaco predicadores evangélicos, para que sin armas, y con la predicacion evangélica veamos si podemos alcanzar de Dios nuestro Señor la conversion de aquellas gentes que tienen ya principio de conocimiento de la fe. Y que asimismo por toda la provincia envíe Religiosos misioneros que la vayan corriendo y predicando, y reformando costumbres, y administrando los Sacramentos en donde totalmente falta copia de ministros, y donde no la hay capaz; y refrenando la muchedumbre de mestizos, castellanos y portugueses, que viven entre los indios con depravadas costumbres, que son más que los que los que viven en las ciudades: y aunque me representó, que podia tener igual persecución, por la ejecución de lo susodicho á la que han padecido y padecen en el Paraguay, pues á un tiempo están padeciendo el odio doméstico de los mismos castellanos de aquel obispado, por el amparo que dan á los indios de aquellas reducciones, amparándoles la libertad natural en que vuestra Majestad los tiene amparados, y doctrinándolos en el Evangelio; y por los moradores de San Pablo del Brasil, ayudados de los tupis, causando estragos, muertes y cautiverios en los indios recien convertidos; y los Religiosos padecen injurias, sufren blasfemias, malos tratamientos, heridas y afrentas: asaltando, como poco ha lo han hecho, los pueblos de los ya cristianos, matando muchos inocentes, llevándose muchos cautivos al Brasil, profanando los templos, altares é imágenes de Dios, y de su bendita Madre, y de su santos; haciendo la misma ruina en los Religiosos que no lo pueden defender, con el dolor de su corazón, el trabajo y la miseria de los que han engendrado espiritualmente en el Evangelio.

"Con todo, por acudir al servicio de vuestra Majestad y al de Dios nuestro Señor, y al bien de tantas almas, dió órden á todos los Rectores, que cada uno en su distrito ocurriesen por sus personas, donde no hubiese copia de Religiosos, á correr todos los valles, ríos y poblaciones de indios, para lo cual di amplias comisiones, y estoy cierto que, ó no han de poder, ó han de dejar los colegios solos, porque no tienen número de

Religiosos, y más esta Religion, que ni quedan en sus casas, ni van á las misiones, ni á sus ministerios solos.

"Atento á lo cual humildemente pido á vuestra Majestad por las entrañas de Dios se compadezca desta miserable nacion, y pues Cristo nuestro Señor fió de vuestra Majestad la salvacion destos indios que le costaron su sangre, me ayude con su larga y poderosa mano á conseguirlo, concediendo á esta Religión 40 Religiosos para este obispado de Tucuman, sólo con cargo y obligacion de que todos han de ejercer sus ministerios en este dicho obispado de Tucuman y no en otro, porque este es el más necesitado que tiene toda la Iglesia de Dios. Y es cierto, Señor, que si no estuviera empeñado en gastos de mi oficio, y con renta tan corta como son 4.000 pesos, los trajera á mi costa. Vuestra Majestad mandará lo que fuere servido, que yo para el descargo de mi conciencia acudo al último remedio, dando cuenta á vuestra Majestad como á rey y señor natural destas tierras, y patrón destas iglesias, cuya católica y real persona guarde nuestro Señor, para amparo de la cristiandad con el aumento de muchos reinos. Córdoba y Agosto 11 de 1637.

Esta misma necesidad y celo muestran los demás Obispos y los gobernadores seculares destas provincias, pidiendo buen número de Padres para sus obispados y gobiernos[232].

232. Aunque Montoya no lo incluye en su libro, el obispo de Buenos Aires, fray Cristóbal de Aresti, en carta del 20.IX.1637 informó al Papa de las tropelias cometidas por los portugueses de San Pablo contra las reducciones, y le pidió los conmine con penas y censuras. El mismo obispo hace igual información al Rey el 30.IX.1637; en ella declara haber escrito otras tres cartas al Consejo de Indias sobre el mismo tema. MCDA III, 283-284.

LXXX

Pónense dos capítulos de una carta de D. Pedro Estéban Dávila, gobernador de Buenos Aires, para su Majestad.

SEÑOR:

"Fuí advertido de las reducciones ó misiones que los Padres de la Compañía de Jesús tenían en el distrito deste gobierno en el Uruguay y provincia del Tape, y los daños que recibian de los vecinos de la villa de San Pablo en la costa del Brasil. Y llegado que fuí al río Genero, ví y reconocí ser cierta la relación que se me habia hecho, pues á mis ojos se vendian los indios en aquella ciudad, traídos por los vecinos de la villa de San Pablo, como si fueran esclavos, y dados por tales por vuestra Majestad; é informado, vine á averiguar verbalmente cómo desde el año de 1628 hasta el de 1630 habian traido los vecinos de San Pablo más de 60.000 almas de las reducciones de los Padres de la Compañía del distrito deste gobierno y del de Paraguay, en que habian usado los dichos vecinos de San Pablo crueldades é inhumanidades increíbles, hasta faltar en sus acciones católicas y cristianas; y deseando el remedio desto exhorté á Martin de Sa, gobernador que en aquella sazon era de aquella provincia, lo que vuestra Majestad se servirá de mandar ver por el exhortatorio y su respuesta que va con esta. De cuya clemencia espero el remedio, por el fin de piedad de la cristiandad de vuestra Majestad y lo pernicioso que es la continuacion de las entradas que hacen los de San Pablo en este reino y provincias, facilitando aquella entrada, de donde se reconoce un breve camino al Perú, como más largamente podrá informar á vuestra Majestad el P. Antonio Ruiz, de la Compañía de Jesus, que va desta provincia por estas causas, por ser del servicio de Dios y de vuestra Majestad. De Buenos Aires y Octubre 12 de 1637. Don Pedro Estéban Dávila[233]".

233. Pedro Esteban Dávila, gobernador y capitán de la provincia de Buenos Aires, designado el 2.X.1629. Asumió su gobierno el 26.XII.1631 y lo entregó a su sucesor el 24.XII.1637. Raúl A. Molina, *Pedro Esteban Dávila, el gentilhombre*. Bs. As. 1960.

En el cap. 45 apunté la falta que de oro y plata tiene aquesta gente; y el deseo comun de que lo tuviesen; hallo dos testigos que dicen afirmaron habia arroyos y montes de oro, y que yo era el que gozaba desta grandeza y la ocultaba (que hasta aquí puede llegar la emulación). Pedimos que los testigos á cuyo crédito se nos imponía esta accion, descubriesen los arroyos, los cuales juraron en tres tribunales (cuyos instrumentos tengo auténticos) que era falsa imposicion que les ponian. Dan los indios por un pedazo de vacinilla vieja para adorno del cuello, un vasallo por esclavo, y con eso rescatan los de San Pablo muchos indios; ¿y teniendo oro no lo hubieran sacado y aprovechado del? La verdad escribe D. Pedro Estéban Dávila, gobernador que fué de Buenos Aires, que como solícito servidor de su Majestad hizo las debidas diligencias, sobre que escribió á su Majestad, y el capítulo de su carta dice así:

"La fertilidad y abundancia que prometen las dichas provincias promete mucho, en que sé cree hay metales y cosas preciosas, como más particularmente lo tengo avisado á vuestra Majestad y remitidos papeles auténticos en esta razon, que me constan están en ese real Consejo, si bien en tiempo del gobernador Ruiz Diaz Melgarejo, poblador de la Villa Rica, se tuvo esta confusa noticia, é hizo vivas diligencias, y halló ser incierta la relación; y últimamente, siguiendo este mismo intento Manuel de Frias, su yerno, primer gobernador del Paraguay, en la division que se hizo destos dos gobiernos, hizo empeño con vuestra Majestad, en que parece prometia el seguro de hallar estos metales, sobre que hizo (según estoy informado de personas de crédito) vivas diligencias, de que no surtió efecto alguno; y los informes que refiero tengo remitidos á vuestra Majestad, y me consta estar en ese real Consejo; los tengo en poco crédito por dos cosas; la una, por las vivas diligencias que se hicieron por los sobredichos; la segunda, por tenerlos por personas apasionadas los testigos, y no afectas á la Compañía, y no de las obligaciones que se requieren para la verdad que se pide en los informes que se deben hacer á vuestra Majestad". Hasta aquí dice la carta.

Dá no poco crédito á mi verdad el conato que hemos puesto en que aquella provincia se visite, pidiéndolo y rogándolo á los gobernadores, representándoles el órden y voluntad de su Majestad, para cuya prueba quiero dar por testigo bien abonado al licenciado D. Andrés de Leon Garabito, el cual en su memorial ó relacion que hizo á su Majestad de la visita que por su real mandato hizo en Buenos-Aires, dice así: *El tiempo que asistí en Buenos-Aires, diversas veces propusieron los Padres convendría visitar aquellas poblaciones, y que las que habian pasado de los diez años, conforme la ordenanza, se tasasen, encomendándose en cabeza de vuestra Majestad, pues con tanta costa se habian reducido y conservado. Oí la plática de que luego di cuenta al Consejo, virey del Perú, y Audiencia de la Plata, continuándo los Padres con muchos oficios, por desear la visita en persona de satisfacción, con experiencia de aquella tierra: nunca se resolvió.* Y en el número 34, dice así:

Ni se contestaron los Padres con solicitarlo en Lima con el virey; requirieron al gobernador, y no tratando de visitarlas, etc.[234]

Fácil cosa hubiera sido en la visita descubrir el oro; pero ¿cómo lo habian de descubrir, no lo habiendo? Por lo ménos la verdad se descubre ella, cuando la mañosa emulacion quiere disfrazarla.

234. Al margen dice: Licenciado Andrés de Leon, en el memor.[ial] discurso Nº 33. Y más abajo: Cédula Real en Madrid, 30 de enero de 1607, Ordenanza del doctor don Francisco de Alfaro visitador, confirmada. Ubi supra Nº 34. Se alude aquí al *Memorial discursivo,* escrito por el visitador Andrés de León Garavito, que se publicó en Madrid en 1635, ahora citado por Montoya. León Garavito fue comisionado al Río de la Plata por R. C. del 2.V.1630, como visitador y juez de residencia del gobernador de Buenos Aires, Francisco Cespedes. Estuvo en esa ciudad entre 1631 y 1634, y mantuvo conflictos con el gobernador Dávila. Fue persona afecta a los jesuitas y en ese Memorial establecía criterios para el futuro pago del tributo de los indios guaranies de las reducciones. Magnus Morner. *Actividades económicas de los jesuitas en el río de la Plata. Era de los Habsburgos.* Trad. Dora D. de Halperin. Bs. As. Paidos, 1968, 151, n. 12. El capitulo 34 aludido por Montoya, en MCDA IV, 159.

LXXXI

Pónese aquí una cédula real.

PARA que conste del celo con que la Majestad del rey nuestro señor ampara á los indios y desea su plena libertad, honrándolos con el noble titulo de vasallos suyos, quiero poner por remate desta obra una cédula que su Majestad mandó despachar al Perú, cuyo tenor es este:[235]

"El rey. - Conde de Chinchon, pariente, de mi Consejo de Estado y Guerra, gentil hombre de mi cámara, mi virey, gobernador y capitan general de las provincias del Perú, á la persona ó personas á cuyo cargo fuere su gobierno.

"Bien sabeis que por muchas cédulas y ordenanzas mias y de los señores reyes mis progenitores, se ha mandado que los indios naturales de esas provincias tengan y gocen entera libertad, y me sirvan como los demás vasallos libres de estos mis reinos. Y asimismo sabeis, que por repugnar á esto el servicio personal en que en algunas partes los han tasado en vez de tributo, que pagan y deben pagar á sus encomenderos, está ordenado y mandado apretada y repetidamente que cese y se quite del todo el dicho servicio personal, y se hagan tasas de los dichos tributos, reduciéndolos á dinero, trigo, maiz, yuca, gallinas, pescado, ropa, algodón, grana, miel ú otros frutos, legumbres y especies que hubiere y cómodamente se cogieren y pudieren pagar por los dichos indios, segun el temple, calidad y naturaleza de las tierras y lugares en que habitan, pues ninguna deja de llevar los tales, que pueden ser estimables y de algun provecho para el uso, comercio y necesidades humanas.

"Y porque, sin embargo desto, he sido informado que en esas provincias y en otras duran todavía los dichos servicios personales con graves daños y vejaciones de los indios, pues los encomenderos con este título los tienen y tratan como esclavos, y aun peor, y no los dejan gozar de su libertad, ni acudir

235. Al margen dice: En Madrid, 14 de abril 1635 años.

á sus sementeras, labranzas y granjerías, trayéndolos siempre ocupados en las suyas, con codicia desordenada, por cuya causa los dichos indios se huyen, enferman y mueren, y han venido en gran disminucion, y se acabarán del todo muy presto si en ello no se provee de breve y eficaz remedio; habiéndose visto en mi Consejo real de las Indias muchas cartas, relaciones y memoriales que sobre esto se han escrito y presentado por personas celosas del servicio de Dios y mio y del bien y conservacion de los dichos indios, y los que los fiscales del dicho mi Consejo han pedido en diferentes tiempos en esta razón y consultándoseme lo que ha parecido convenir; he tenido por bien de ordenar y mandar, cómo por la presente ordeno y mando, que luego que esta recibais, trateis de alzar y quitar precisa é inviolablemente el dicho servicio personal en cualquier parte y en cualquier forma que estuviere y se hallare entablado en esa provincia, persuadiendo y dando á entender á los dichos indios y encomenderos que esto es lo que les está bien y es lo que más les conviene, y disponiéndolo con la mayor suavidad que fuere posible, os juntareis con el Arzobispo, oficiales reales, Prelados de las Religiones y otras personas entendidas y desinteresadas de esa provincia, y platicareis y conferireis en qué frutos, cosas y especies se pueden tasar y estimar cómodamente los tributos de los dichos indios, que correspondan y equivalgan al interés que justa y legítimamente les pudiera importar el dicho servicio personal, sino excedieren del uso, exaccion y cobranza de él; y hecha esta comutación[236], hareis que se reparta a cada indio lo que así ha de dar y pagar en los dichos frutos, dinero y otras especies, haciendo nuevo padron dellos y de la dicha tasa en la forma que se ha referido; y que tengan entendido los encomenderos que lo que esto montare, y no más, han de poder llevar y cobrar de los dichos indios, como se hace en el Perú y en la nueva España.

"Y esta tasa la habeis de hacer dentro de seis meses como esta cédula recibiéredes, y ponerla luego en ejecución, salvo si halláredes, y se os ofrecieren tan grandes é inexcusables incon-

236. Comutación, por conmutación, trueque, cambio o permuta.

La Conquista Espiritual del Paraguay, de Antonio Ruiz de Montoya, se terminó de imprimir el día 6 de noviembre de 1989, en los talleres de la Escuela de Artes Gráficas del Colegio Salesiano San José. El tiraje consta de 3.000 ejemplares y en su composición se utilizaron tipos Garamond lit de 9:11, 9:10, 8:9 y 7:8 puntos.